

LA MIRADA DEL PIRATA

JUAN PABLO GINER

EL PIRATA

1

Cullera, verano de 1660

Los latidos de su corazón apenas le dejaban oír los ladridos de los perros. Pero estaban ahí; cada vez más cerca. Las voces de los soldados, excitados por la inminencia de la captura se hacían cada vez más agudas e incomprensibles. Sólo quedaba una alternativa: seguir corriendo. El cañaveral que rodeaba el terreno pantanoso en el que se encontraba le podía ayudar a eludir a sus perseguidores. Las hojas del cañaveral amenazaban sus ojos y los restos de las cañas rotas lastimaban sus pies descalzos ablandados por el agua, pero no podía parar. Había visto cómo los perros destrozaban a su amigo Hakim que inmediatamente había sido decapitado por sus perseguidores. No quería seguir su mismo fin. Sólo tenía 14 años.

Todo había comenzado ese mismo día. Habían desembarcado, horas antes del amanecer, en una cala rocosa que permitía ocultar la pequeña embarcación. Estaba a unos cientos de metros al norte de un islote próximo a unas casitas de pescadores, y tras esquivarlos, porque éstos no tenían nada de valor, se dirigieron a Cullera, donde esperaban asaltar las viviendas de la periferia y quizás alguna iglesia. Era su estilo. Ataques relámpago, contundentes y despiadados. Tomaban cualquier cosa que pudiera ser de valor y huían rápidamente de vuelta a la pequeña embarcación que les había traído que, bien a vela o a remo, se alejaba rápidamente de la costa, lejos del alcance de sus perseguidores, si los había.

Eran 20 hombres, a los que se añadían dos más viejos que habían quedado en la barca para tenerla lista para la huida. Al Garruf era el más joven pero era muy apreciado por sus compañeros porque era de los más osados. Menudo de cuerpo, mostraba en los ataques una ferocidad y energía que parecían impropias en un adolescente de su tamaño. Los capitaneaba Youcef el viejo que, como Al Garruf, descendía directamente de los moriscos expulsados

cuarenta años antes de aquellas tierras precisamente. De las tierras fértiles de la orilla del río Júcar. Estos moriscos, de tez clara, todavía hablan la lengua romance de su tierra dentro del entorno familiar y ello les resultaba de gran utilidad para entenderse con sus víctimas cuando era necesario.

Habían avanzado rápidamente, protegidos por la noche, siguiendo la línea de la costa hacia el sur. Cullera estaba a menos de media hora de marcha ligera y muy pronto divisaron algunas luces de la ciudad. Alcanzaron las primeras casas que, de espaldas al mar tenían en sus corrales conejos y gallinas que serían, como en otras ocasiones el botín menor del asalto, pero no el menos necesario, ya que esta era la única fuente de carne que podían conseguir los piratas. Buscaron las dos o tres que les parecieron más importantes e irrumpieron en ellas derribando las puertas o forzando las ventanas desprotegidas. Sus ocupantes, aterrorizados ante las amenazas de los asaltantes, entregaron todo aquello que pudieran pensar que sería de interés para los piratas. Nadie se resistió. Sabían que la mínima vacilación o resistencia suponía la muerte inmediata. Ya lo habían visto en otras ocasiones. Los piratas no vacilaban en degollar a quien no se sometía. Era su sello, una prueba irrefutable de su determinación y de su ferocidad que facilitaba su quehacer en futuros ataques. Al Garruf lo había visto hacer en varias ocasiones y, aunque lo consideraba necesario, no dejaba de producirle mucha repugnancia. Recordaba como en un asalto anterior, un joven marido intento proteger a su esposa que se resistía histéricamente a ser raptada para ser vendida como esclava. Mohamed, el más sanguinario del grupo, había sujetado al imprudente y le había cortado el cuello de un solo tajo. La sangre salía desbocada por la herida, impulsada por el corazón excitado por el miedo. El marido, tendido en el suelo, parpadeaba rápidamente mientras sus piernas se agitaban convulsas y sus manos trataban inútilmente de tapar la herida. Súbitamente, mirando a su esposa con una sonrisa patética y absurda, se quedó inmóvil. La esposa, enajenada, intentaba arañar y morder a quienes la sujetaban. Sus chillidos antinaturales crispaban a los piratas que asistían a la escena. Mohamed exasperado y excitado por la sangre hundió su cuchillo en el vientre de la mujer y con un rápido movimiento ascendente abrió todo su abdomen que rápidamente esparció los intestinos en un vomito viscoso e increíblemente abundante.

Ya regresaban. Habían tenido suerte. En una de las casas asaltadas un mercader viejo les había ofrecido una bolsa con monedas de oro para salvar a su familia. Youcef no queriendo tentar más a la fortuna había decidido que el premio compensaba con creces el riesgo de la incursión y que convenía retirarse cuanto antes. Recogieron los animales que encontraron e iniciaron una retirada rápida por el mismo camino que habían tomado para llegar a la ciudad.

2

Unos kilómetros más al norte, el capitán Roger Martorell comandaba una pequeña tropa de 50 soldados, 20 de ellos a caballo que, procedente de Valencia, se dirigía precisamente hacia Cullera para asumir el mando y reforzar a las escasas tropas que allí estaban estacionadas y que pretendían proteger aquella ciudad de los ataques frecuentes de los piratas berberiscos. Venían bien armados. Los soldados llevaban picas, espadas y dagas. Transportaban las armas de fuego y la pólvora en varias mulas pues no pensaban en tener que utilizarlas de momento. Cerraba la marcha una importante jauría de mastines que empleaban como primera línea de ataque en sus escaramuzas.

Habían decidido avanzar por las playas ya que el capitán deseaba reconocer el terreno para estudiar la línea de la costa y determinar cuales eran los puntos de desembarco que los piratas pudieran utilizar para sus incursiones. La arena gruesa y blanda había dificultado el avance y había impedido llegar a Cullera en una jornada. Por esa razón, Martorell había ordenado pernoctar en la playa. Llegarían a la ciudad a primera hora de la mañana.

La defensa de Cullera se basaba en una fortaleza situada en lo alto de la montaña en la que se asienta y en una serie de torreones de vigilancia, de los cuales, el más alejado estaba en la desembocadura del río Júcar y que servía para controlar el acceso a la ciudad a través de la misma. Concebido éste sistema como medio de defensa ante un ataque enemigo en toda regla, resultaba poco eficaz contra las razzias de los piratas que, en embarcaciones pequeñas, y después de arriar la vela, remaban hasta la costa antes del amanecer y huían con rapidez, después de obtener su botín. Martorell quería

cambiar aquello: buscaría los puntos más adecuados y esperaría el ataque con patrullas que se relevarían constantemente. Si conseguía eliminar a algunos piratas, confiaba en que el resto buscara otros lugares menos peligrosos para sus incursiones.

En ello venía pensando cuando al frente de sus tropas estaba alcanzando la estribación norte de la montaña de Cullera. Único punto próximo donde la montaña tocaba directamente el mar y que, por lo tanto, podía ofrecer algún abrigo a los piratas. Estaba a punto de llegar a la pequeña cala donde la barca de Youcef el viejo esperaba a sus tripulantes.

Los ladridos de los perros y el ruido de la impedimenta de los soldados y caballos, había alertado a los piratas que habían quedado en la barca quienes rápidamente habían recogido el ancla y remaban desesperados para alejarse cuanto antes de la costa. Cuando Martorell avistó a la embarcación que huía, ésta se encontraba demasiado lejos para poder ser atacada pero no impedía ver que apenas tenía tripulantes y que los piratas todavía estarían en tierra llevando a cabo alguna incursión. Por el tamaño de la embarcación, éstos no podían ser más de 15 o 20. Haciéndose rápidamente cargo de la situación ordenó desplegar a sus soldados. Los infantes ascenderían con los perros la pequeña montaña para cortar una eventual retirada o atacarles desde una posición de ventaja. Él con los hombres a caballo, galoparía por el camino de la costa hacia la ciudad de Cullera, único punto donde los piratas podían haber encontrado algo de valor.

3

Al Garruf trotaba detrás de Hakim al que consideraba como a un hermano mayor. Llevaba tres conejos en un saco. No había tenido tiempo de coger más. Hakim había preferido las gallinas y únicamente había atrapado a dos. Youcef, satisfecho por la bolsa de oro no les había dejado más tiempo. No quería tentar a la suerte extraordinaria de aquel día y les había urgido a salir corriendo de regreso a la barca. Corrían a buen paso en fila de a uno. Estaba amaneciendo y quería llegar cuando antes para alejarse a la seguridad del mar abierto. No sabía que estaba corriendo hacia su muerte.

4

Estaban llegando a un recodo de la costa que los lugareños conocían como Punta Negra, próximo a las casitas de pescadores que los piratas habían descartado por su pobreza. Éste les impedía ver a los caballeros de Martorell que galopaban con las espadas desenvainadas, listos para el combate. Cuando los primeros piratas vieron a los caballeros fue para casi tropezar con ellos por lo que no hubo tiempo de preparar ninguna estrategia. Estaban en inferioridad numérica y mucho peor armados pero ya no quedaba otra alternativa. Sacaron sus espadas y se aprestaron a morir luchando si esa era la voluntad de Alá.

Al Garruf y Hakim, los últimos de la fila, al ver la situación, se detuvieron bruscamente, soltaron los sacos y se pusieron a trepar por la ladera de la montaña a su izquierda. Allí no les seguirían los caballos y, por otra parte, los caballeros estaban bastante ocupados enfrentándose a los piratas que no pensaban dejarse matar fácilmente aunque sabían que su batalla estaba perdida.

El choque fue inmediato y muy violento. Youcef, que iba el primero esquivó el golpe de espada del capitán Martorell para inmediatamente enfrentarse al siguiente caballero que, con más tiempo para preparar su ataque, atravesó con su espada en el corazón del jefe pirata. Los demás evitaban como podían los golpes que les caían y trataban de herir a los caballos con el fin de derribar a los jinetes y enfrentarse a ellos en plano de igualdad. Pero poco a poco iban sucumbiendo. Su ferocidad no era tan eficaz ante soldados bien entrenados como lo era ante campesinos indefensos. Uno a uno fueron cayendo para ser inmediatamente decapitados por orden de Martorell.

El capitán había aprendido en las campañas de los tercios en el norte de Francia que las cabezas de los enemigos derrotados eran un signo de victoria fácil de transportar, que enfatizaba la determinación de los vencedores y su falta de piedad, que servía, en definitiva, para amedrentar a los adversarios.

Un caballero se dio cuenta de la huida monte arriba de Al Garruf y de Hakim y espoleó su caballo en un intento de perseguirles por la empinada ladera. El animal impotente por lo escarpado del terreno relinchaba sudoroso mientras sus cascos resbalaban por las piedras. Finalmente cayó aplastando a su jinete

que ahora se lamentaba de una pierna probablemente fracturada por varios sitios.

El capitán, enfadado por la estupidez del jinete, ordenó al resto suspender la persecución de los fugitivos, recordándoles que por la montaña avanzaban los infantes con la jauría de perros y que finalmente darían buena cuenta de ellos.

Los dos muchachos corrían tan rápido como podían. Los brazos y las piernas en plano de igualdad, según las características del terreno arañaban las piedras, arrancaban matorrales y les impulsaban constantemente hacia arriba sin parar. Quizás si coronaban la montaña, que por otra parte era de poca altura, podrían esquivar a sus eventuales perseguidores y tal vez intentar alcanzar la barca y huir. Aun les faltaba un trecho para alcanzar la cima cuando empezaron a oír a los perros que desde su derecha les anunciaban la presencia de la tropa de infantería.

Los soldados habían visto desde lejos el enfrentamiento de los caballeros con los piratas y, mientras acudían en su apoyo, divisaron a los dos fugitivos que pasaron a convertirse inmediatamente en su objetivo. Los mastines, ahora sueltos, avanzaban rápidamente hacia los dos muchachos seguidos por sus cuidadores que les azuzaban con voces desabridas. Los infantes, dificultados por su impedimenta y armas y por la irregularidad del terreno lo hacían con torpeza mientras juraban, sudorosos y jadeantes.

Estaban los jóvenes casi en la cresta de la montaña. Una vez que la alcanzaron corrieron en dirección opuesta al lugar donde habían desembarcado, alejándose de su posible salvación en dirección a la fortaleza militar que se encontraba en el otro extremo del monte, sobre la ciudad. De momento no había otra escapatoria. Al Garruf encabezaba la huida y dejaba poco a poco atrás a Hakim que empezaba a flaquear en sus fuerzas y en su ánimo. Los perros cada vez estaban más cerca y competían por alcanzar cuanto antes al fugitivo más próximo.

Al Garruf vio que a la derecha, la ladera se hacía bruscamente casi vertical. Allí los perros no podrían seguirles. Incluso había cierta vegetación que podría servir de escondite. Esperanzado, se volvió para indicárselo a Hakim cuando

vio que éste, de espaldas, con el cuchillo en la mano derecha, encorvando espasmódicamente el tronco al ritmo de sus jadeos, con las piernas separadas y un aire de determinación, se preparaba para recibir de frente el embate de los primeros perros que ya le enseñaban sus formidables colmillos. Al Garruf, perplejo, vio cómo destripaba de un solo tajo al primer mastín que de un gran salto volaba hacia su garganta, pero el segundo atacó sus ingles lo que hizo que Hakim se doblase en un aullido de dolor y, de inmediato, el resto de la jauría le cubrió en una orgia de gruñidos y de sangre que Al Garruf no olvidaría jamás.

Hakim, ya inerte y posiblemente muerto, se agitaba por los tirones de los perros que parecían querer desmembrarle. Cuando llegó el primer soldado espantó a los perros, desenvainó la espada y asestó un fuerte golpe para decapitar al preso. Cansado por la carrera, tembloroso por la excitación, necesitó varios golpes más para conseguirlo, finalmente, sujetando la cabeza por los cabellos, la levantó con su brazo izquierdo en un grito de triunfo para mostrarla a los que iban llegando.

Al Garruf estaba inmóvil casi sin respirar, de pie al borde del precipicio cuando uno de los soldados se dio cuenta de su presencia y le señaló con vehemencia a los demás. Cuando estos iniciaron una carrera para alcanzarle, reaccionó y, de un salto, se arrojó a unos arbustos que crecían en la ladera casi vertical, en un intento irracional de huir de una muerte tan cierta como espeluznante. El arbusto no aguantó su peso y, tras un instante de incertidumbre, cedió para dejar caer a Al Garruf ladera abajo quien iba intentando desesperadamente agarrarse a los matorrales que sorprendentemente crecían en aquella pared. De repente, un golpe doloroso en su cadera detuvo su caída. Había tropezado con un pino pequeño que crecía de forma grotesca, casi horizontal, al que pudo aferrarse con las dos manos para quedar suspendido en el vacío. Vio que un poco más abajo había una oquedad en la que cabría si se acurrucaba lo suficiente. Apoyándose en algunos salientes se descolgó y se introdujo en ella con la esperanza de permanecer oculto a sus perseguidores.

Los perros ladraban su frustración al vacío por donde se había lanzado su presa. Los soldados estiraban el cuello para intentar localizarle o, al menos

para atisbar alguna vía de descenso accesible. No la había. Además, no se veía al fugitivo por ningún lado. Probablemente estaría muerto, oculto en la vegetación al pie de la montaña. Habría que comprobarlo. Se dividieron en dos grupos uno retrocedería para llegar a un lugar donde el descenso fuese más sencillo. El otro avanzaría con la misma finalidad. Si dejaban escapar al fugitivo, después de haber eliminado a su compañero, serían víctimas de la furia de Martorell que nunca perdonaba el fracaso.

Encogido en su escondite precario, Al Garruf oía cómo se alejaban sus perseguidores, pero al darse cuenta que se habían dividido en dos grupos, entendió inmediatamente su estrategia por lo que, viendo su vía de retirada en peligro, decidió arriesgarse a bajar lo más rápidamente posible a pesar de las dificultades del terreno y el peligro de ser nuevamente localizado. Menudo de cuerpo, pero todo nervio y agilidad, el muchacho descendía, no sin dificultades, por la escarpada ladera. Matorrales que no hubiesen aguantado otro peso mayor, le servían a él para asirse precariamente y alcanzar algún saliente, algún hueco u otro matorral para seguir el peligroso descenso. Los soldados aun no encontraban un lugar adecuado para descender con sus armas y todavía seguían alejándose en direcciones opuestas del lugar por el que el joven pirata se dirigía hacia su salvación.

Llevaba ya la mitad del camino recorrido cuando al fin, el grupo que había retrocedido, encontró un lugar por el que bajar con cierta seguridad. Se encontraba a una distancia de unos 500 metros y no tenía aún visión directa del lugar por el que descendía su presa. Era el grupo que tenía los perros que, más calmados ahora, se relamían mirando reprimidos la cabeza de Hakim que aún goteaba sangre. Al llegar a un paso más difícil, mientras los soldados descendían uno a uno, alguien miró hacia el lugar por donde había desaparecido el fugitivo. Un pequeño corrimiento de piedras y polvo, ocasionado por los constantes resbalones del pirata, llamó su atención y, al observar más fijamente, distinguió, ahora sí, al muchacho que casi estaba alcanzando ya los árboles que crecían al pie de la montaña. Dando un grito de alarma y señalando el lugar concreto, aceleró el movimiento del grupo que tenía ahora una dirección determinada que seguir.

El lago de la albufera en aquella época tenía una extensión muy superior a la que hoy conocemos. Los arrozales que actualmente constituyen el parque natural de este nombre, y que rodean la montaña de Cullera, eran entonces un terreno pantanoso poco explotado invadido por cañaverales y diversas plantas acuáticas. Mosquitos, ranas, serpientes y ratas de agua formaban un universo poco amable que tímidamente iba siendo desplazado por campos de arroz.

Al Garruf vio en aquella zona su refugio momentáneo y hacia él se dirigió sin saber que ya le habían visto. Cauteloso, no obstante, movía las ramas y las cañas lo menos posible para no llamar la atención, pero no lo suficiente para que los soldados, ahora en silencio, fuesen aproximándosele. Cuando le tenían a 150 metros de distancia, un perro excitado por la impaciencia ladró, provocando una explosión de ladridos en los otros. Habían detectado a la presa y comenzaba el acoso.

El joven pirata aceleró su marcha cuanto pudo, que era mucho más de lo que podían hacer sus perseguidores. El cañaveral era espeso, el terreno fangoso retenía el calzado de los soldados que sacaban los pies del barro en zancadas grotescas y ampulosas mientras los perros, aún sujetos, tiraban de los soldados dificultando todavía más su equilibrio. Finalmente, uno de los cuidadores, exhausto, soltó al perro que llevaba con la esperanza de que éste alcanzase pronto al fugitivo. Era una zona especialmente densa de vegetación, difícil también para el perro. El agua tenía una profundidad que le obligaba a nadar en algunos tramos forzándole a pasar por estrechos pasadizos de cañas. Pero seguía con ahínco la dirección que su instinto le marcaba. Más el chapoteo de la presa que su olor, le guiaban hacia el pirata.

Al Garruf tropezó hundiéndose en el agua hasta el cuello. El animal, al oír el ruido más intenso se dirigió hacia él, excitado, proclamando su llegada con un aullido continuo que interrumpió sólo al tomar aire para abalanzarse sobre su presa. El muchacho lo estaba esperando. Con el cuchillo en la mano, tal como había visto hacer antes a Hakim, clavó el arma en el vientre del animal mientras esquivaba su salto, aunque no pudo impedir que una dentellada le hiriese en el hombro.

El perro quedó en el agua viendo incrédulo cómo flotaban sus tripas a su alrededor, mientras Al Garruf, sujetándose la herida con la mano izquierda, reanudaba su huida. Los soldados tardaron en localizar al perro muerto. Cuando llegaron, los otros perros se pusieron a lamer indiferentes el agua sanguinolenta, mientras los soldados maldecían su suerte adversa.

Se acercaba el mediodía. Exhaustos y hambrientos, hombres y animales decidieron regresar abandonando la persecución. Habían perdido a dos perros pero habían eliminado a un fugitivo. Quizás esto y la previsible victoria de Martorell sobre el grupo principal apaciguasen los ánimos del capitán que, a fin de cuentas, había logrado una victoria incluso antes de llegar a su destino. Por otra parte el pirata que había escapado no era más que un muchacho que tarde o temprano sería atrapado.

4

El río Júcar, próximo a su desembocadura trazaba meandros que a veces se confundían con el pantano que lo rodeaba, al tiempo que lo alimentaba. Ahora, Al Garruf se encontraba en su orilla izquierda y estudiaba la manera más conveniente de cruzarlo. Si lo conseguía quizás consiguiese eludir definitivamente a sus perseguidores. El hombro aún sangraba pero no le impedía nadar, así que se metió en el agua y comenzó su travesía procurando no sacar los brazos para evitar el chapoteo. Los piratas eran expertos en eso. Les servía muy bien cuando querían abordar pequeñas embarcaciones amparados por la oscuridad, cuando el silencio y la sorpresa eran sus mejores armas.

Al llegar a la orilla derecha, se escondió rápidamente entre las cañas y se dedicó a observar la orilla opuesta en busca de algún indicio que le indicase la presencia de sus perseguidores. No vio nada que le inquietase. La vegetación sólo se movía al compás de la suave brisa y el silencio sólo lo quebraba el croar de los miles de batracios que dominaban el lugar. Se tranquilizó un poco pero no podía permitirse descansar todavía. Dio la vuelta y reanudó su huida, ahora más calmadamente. Su único objetivo: alejarse lo más posible de Cullera, mantenerse oculto y esperar el momento para poder regresar a la costa e intentar reunirse con los supervivientes. Si los había.

¿Pero cómo? Al Garruf no conocía tan bien el terreno como para seleccionar una posible ruta segura de regreso. Decidió, no obstante, que aquel no era el momento de pensar en nada más que en ponerse a salvo y así continuó alejándose de la montaña de Cullera en dirección a otras montañas próximas, de más altura y mucha más vegetación que formando parte de estribaciones de Sistema Ibérico, son conocidas hoy con el nombre de Sierra de Corbera. Las montañas toman este nombre por la población que se constituyó al refugio de un castillo existente en un montículo, desde la época de la dominación musulmana, construido para proteger el acceso hacia el interior de eventuales invasores.

No abandonaba la protección de los cañaverales y esto hacía su avance interminable, pero Al Garruf lo prefería así. No quería buscar espacios abiertos y mucho menos caminos que hiciesen evidente su presencia.

Siguió avanzando, paso tras paso, tropiezo tras tropiezo, sin parar. La herida ya no sangraba. Llevaba varias horas de camino. El sol se iba acercando a las cumbres más altas de las montañas en su viaje hacia el ocaso. Las piernas de Al Garruf empezaban a temblar de cansancio. La excitación de la huida ya no enmascaraba sus necesidades físicas de las que el hambre era el principal exponente, así que buscó una mota de barro algo más elevada y seca y se dispuso a descansar. El hambre le llamaba cada vez de forma más acuciante y pensó en comer lo primero que encontrase. No podía ser otra cosa que aquello que más abundaba: ranas. Con cierta dificultad al principio y poco a poco, con más pericia fue atrapando ranas de todos los tamaños a las que inmediatamente cortaba la cabeza para que no se escapasen. Cuando hubo reunido una docena, se dedicó, tembloroso por el ansia, a despellejar y destripar las ranas y a engullirlas casi sin masticarlas. Saciada su hambre, se acurrucó en el lugar más seco de la mota y se quedó dormido tan pronto como cerró los ojos.

El capitán Martorell y sus hombres habían preparado una entrada espectacular en Cullera. Después de haberse reunido todos en la playa, donde

los caballeros esperaban a los infantes, el capitán ordenó ensartar las cabezas de los piratas en las picas de los soldados de a pie y encabezando la comitiva a paso lento, inició el camino de entrada en la ciudad seguido por dos filas de nueve soldados, con un más en el centro, que enarbolaban sus trofeos en una macabra procesión. A continuación venían los caballeros, también en fila de a dos y cerraba la marcha el último infante que sujetaba como podía la jauría.

La población, alertada por lo que había sucedido, asistía impresionada al dramático desfile. Pronto el silencio se rompió por los vítores de los vecinos que seguían jubilosos y aliviados a los soldados victoriosos en su camino hacia el centro de la población.

Los habitantes de las costas de Levante llevaban muchos años sufriendo el acoso incesante de ataques de piratas de mayor o menor envergadura y ello había motivado el despoblamiento de los pueblos y aldeas más desprotegidos. Aquella macabra exhibición era un símbolo, casi una promesa de que las cosas iban a cambiar.

Llegados a la plaza, junto a la iglesia y tras dejar que el resto de los lugareños admirasen, todavía incrédulos, los siniestros trofeos, Martorell fue recibido por el sargento a cargo de la guarnición de la plaza. El capitán, sin bajar del caballo, le informó sucintamente de lo sucedido y ordenó que inmediatamente se enviase un correo a la guarnición próxima del castillo de Corbera para que previesen la posible aparición del fugitivo. Acto seguido iniciaron desde allí mismo el ascenso a la fortaleza que dominaba la población desde lo alto de la montaña para tomar el mando y organizar las actividades de defensa de la ciudad. Más tarde ordenó que las cabezas de los piratas fueran plantadas a ambas orillas de la desembocadura del río, flanqueando la entrada del puerto fluvial para que pescadores y comerciantes pudieran transmitir la noticia de la masacre de los piratas y que esto pudiera tener un efecto disuasorio.

Le despertó una voz desafinada que a grito pelado “desentonaba” un romance popular y que, traída por el viento, precedía el alegre traqueteo de un carro vacío del que tiraba un mulo joven. Al Garruf se movió con sigilo hacia la voz

que se aproximaba y se dio cuenta que, en su huida, había parado cerca de un camino que, en línea recta, se dirigía desde Cullera al punto más próximo de las montañas de la sierra de Corbera, donde se veían unas cuantas casas alrededor de una venta. Favara se llamaba, según supo después.

Llevaba dos días en el mismo lugar, desplazándose sólo lo justo para conseguir el alimento que ya empezaba a aborrecer y cavilando constantemente sobre su futuro inmediato. No sabía qué hacer. De pronto se le ocurrió: se haría pasar por la víctima de unos asaltantes y pediría ayuda al carretero. Tal vez pudiera llevarle a otro lugar donde no le estuviesen buscando y le fuese más fácil preparar el regreso a su país como tripulante de alguna embarcación dedicada al comercio.

Se despojó rápidamente de la indumentaria que pudiese delatar su origen y quedándose con un aparatoso taparrabos donde escondió su cuchillo, se apresuró para salir al encuentro del carretero al que tambaleante y lastimero se dirigió:

-Socorredme por piedad. Socorredme

-Santa María, ¿Qué te ha ocurrido muchacho? exclamó el carretero al tiempo que tiraba de las riendas para detener al mulo.

-He sido atacado por unos malhechores que me han robado cuanto tenía

Al ver el aspecto del muchacho con el cuerpo lleno de magulladuras y con una herida en el hombro le creyó de inmediato

-¿De dónde eres? -preguntó al notar un cierto acento extraño en su voz.

-Me dirijo al interior. -Respondió eludiendo la pregunta.

A continuación improvisó sobre la marcha su falsa historia:

Sabia por sus antepasados que no muy lejos de allí existía una población asentada en una isla que rodeaba el río. Al-Yazirat, le llamaba su abuelo

Hassan. De allí procedía su familia que había sido expulsada por orden del rey, en el año 1609 y se había desplazado al norte de África para iniciar una nueva vida de privaciones.

Los moriscos constituían un núcleo de población muy importante el mediterráneo español y su expulsión, motivada por algunas sublevaciones y por la sospecha de que colaboraban con los ataques de piratas berberiscos, causó un gran perjuicio económico al reino de Valencia que se prolongó durante décadas al verse desprovisto de repente de abundante y cualificada mano de obra.

Así pues contó que se dirigía a esa población, (pues era una de las pocas cuyo nombre conocía), procedente de Xàbia (ciudad costera que habían asaltado en varias ocasiones bajo el mando de Youcef), cuando había sido asaltado y, que logrando huir, se había extraviado en los cañaverales en los que se encontraba.

Convencido por su explicación, al menos de momento, Bernat Furió, que así se llamaba el carretero, invitó a subir al muchacho pues él, según contó, vivía precisamente en Alzira y podía llevarle hasta allí. Sería una compañía que amenizaría el viaje.

Hombre sencillo, de natural agradable y extraordinariamente extrovertido, Bernat inicio un monólogo en el que contó al muchacho que venía de Cullera de entregar unas frutas y verduras de sus huertos a la guarnición militar que acababa de recibir refuerzos. Allí se había enterado de que los soldados habían exterminado a un grupo de piratas que habían perpetrado una de sus razzias, y que ahora sus cabezas, a ambas orillas del río, advertían con sus bocas abiertas, en un grito de silencio, a los que llegaban a Cullera por la desembocadura del río, que la ciudad ya no era presa fácil para estos malhechores. Al Garruf ocultó una mueca de tristeza y miedo y siguió fingiendo interés.

-¿Han atrapado a todos los piratas?

-No. -Siguió Bernat al que ya no llamaba la atención el extraño acento del muchacho. -Parece ser que uno de ellos ha conseguido escapar, pero no tardarán en atraparlo, aunque no creo que suponga demasiado peligro. ¿Qué puede hacer un hombre solo en estas tierras sin ayuda de nadie?

Jamás hubiera Bernat sospechado que aquel muchacho, enclenque y pálido, era el peligroso pirata buscado.

En estas y otras pláticas, en las que Bernat hablaba y hablaba sin cesar, y en las que Al Garruf escuchaba y preguntaba con interés para no tener que dar demasiadas explicaciones sobre sí mismo, iba transcurriendo el viaje hacia el interior. Atrás habían dejado la venta de Favara y sus casitas de labradores y ahora se estaban aproximando a Llaurí, otro pequeño pueblo, fundado por los musulmanes, que próximo al castillo de Corbera aprovechaba los montes próximos para obtener leña y otros frutos silvestres, además de destinar sus tierras a cultivos de secano. Un grupo de soldados se distinguía en las primeras casas de la población. Eran seis, dos a caballo.

-Mira, dijo Bernat, aquellos soldados deben estar buscando al fugitivo. Ojalá le encuentren pronto. Vamos a preguntar.

-Aguardad un momento, dijo Al Garruf, que me temo que mis tripas tienen un trabajo que no puede esperar.

-Pero hombre, muchacho ¿que no puedes esperar un momento?

-No, lo siento. Seguid que yo os alcanzo en una carrera.

Así lo hicieron, y mientras el muchacho se ocultaba en unos matorrales a la izquierda del camino, el carretero seguía su marcha hacia los soldados que ya le habían visto sin percatarse del descenso del pirata. Al llegar a su altura los soldados dieron el alto al sonriente carretero.

-A la paz de Dios, dijo éste

-¿De dónde vienes?, le preguntaron sin más formalidades

-De Cullera, de entregar verduras a la guarnición

-¿Has visto a alguien por el camino?

-No, bueno sí, he recogido a un muchacho que ha sido asaltado por unos malhechores y que se dirige al interior. Yo le llevo hasta Alzira.

-¿Dónde está?

-Allí, justo antes del recodo a la derecha, aliviando las tripas. No tardará en llegar.

-Ve a ver, ordenó el caballero al mando al otro jinete.

Al Garruf mientras tanto, oculto en los matorrales observaba la escena y cuando vio al carretero señalar hacia el lugar donde se encontraba y a uno de los caballeros galopar hacia él, no lo pensó dos veces, agachado y protegido por la vegetación echó a correr en dirección al monte. El caballero se acercaba y no lo veía. Los demás, desde su emplazamiento, no dejaban de mirar al lugar que les había señalado el carretero y a éste que, extrañado, empezaba a ponerse nervioso pues no entendía nada.

-¿Te estás burlando de nosotros, miserable? Le espetó el jefe con ira.

-No, señor, os lo juro, está allí mismo, es un muchacho de Xabia, ha sido asaltado, va casi desnudo...

-Vamos, muéstranos el lugar donde se encuentra y ay de ti si nos has mentido.

-Es cierto señor, empezó a gimotear Bernat, ¿por qué habría de mentiros?

Haciendo girar el carro y arreando al mulo la comitiva se acercó trotando al lugar donde aguardaba el primer caballero que daba vueltas sin encontrar rastro alguno del supuesto acompañante del carretero. Les seguían los cuatro

soldados de a pie que, renegando de su suerte, cargados con lanzas, espadas y demás equipamiento militar, sudorosos, a duras penas podían seguir al caballero y al carretero.

-Por aquí bajó. Lo juro por la Santísima Virgen... Muchacho... Muchacho... gritó mientras se daba cuenta que no le había preguntado su nombre.

-¿Ni siquiera tiene nombre? increpó el caballero al mando ya completamente amoscado. Te arrepentirás de la broma, estúpido.

-Pero señor ¿por qué habría de mentiros?, repitió Bernat acobardado.

-No lo sé ni me importa pero lo vas a lamentar. Soldados dadle a este villano una buena paliza. Que no la olvide jamás.

Los soldados, bastante molestos por la carrera inútil que acababan de sufrir, aun sin poder controlar el resuello arremetieron contentos contra el pobre carretero que lloraba de miedo y dolor por los golpes que los soldados, con furia animal, le propinaban con el mástil de sus lanzas.

-Basta ya, ordenó el caballero al ver sangrando al pobre diablo por la boca. Creo que ya ha aprendido la lección. Regresemos. Los soldados excitados por la violencia de su venganza tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse y a regañadientes iniciaron el camino de regreso hasta la entrada de la ciudad donde continuarían su labor de vigilancia y control.

Bernat Furió, molido y confuso subió como pudo al carro y reanudó la marcha hacia su destino. Cada bache, cada piedra del camino suponía el dolor de un nuevo golpe. Ahora pasaba frente a los soldados a quienes no se atrevía a mirar y con la cabeza baja, escuchaba humillado sus chanzas. ¿Qué había pasado? ¿A donde había ido el muchacho? ¿Por qué se había escondido? Hombre de pocas luces por naturaleza, todavía podía entender menos en su estado, la verdadera explicación de lo sucedido. Solamente una idea palpitaba clara en su mente: nunca volvería a ayudar a un desconocido.

Mientras esto sucedía, Al Garruf había alcanzado la ladera de la montaña y, oculto en sus bosques, inició un ascenso que le alejase de los soldados y que, desde la altura, pudiera darle una atalaya desde la que orientarse mínimamente y le permitiera tomar alguna decisión inmediata.

7

Un par de horas más tarde había llegado a la cresta de la pequeña cordillera. La vista era espectacular. Desde allí divisaba el mar verde del pantano, interrumpido por la montaña de Cullera hacia el Norte. Por el Este, la línea de la playa lo separaba del mar azul. Una serpiente de plata que desaparecía de vez en cuando para reaparecer y proyectarse hacia la desembocadura lo partía en dos.

Era imposible distinguir rastro alguno de la embarcación que había tripulado, si es que había conseguido escapar. Los piratas basaban su seguridad en pasar desapercibidos a los buques de la armada real y a los corsarios que, con patente de la autoridad les perseguían con saña, para arrebatárles el producto de sus razzias y exterminarlos.

Cuando había peligro arriaban la vela y avanzaban a remo, después de inundar a medias su embarcación, con lo que conseguían bajar el perfil de su pequeña nave y dificultaban al máximo la posibilidad de ser vistos.

Desechando pues la posibilidad de reencontrarse con sus compañeros, y después de observar todo el horizonte a su alrededor, concluyó que la única solución que le quedaba era avanzar. De esa manera se alejaría del peligro que representaban quienes le perseguían. Por lo tanto decidió descender hacia el valle boscoso que quedaba a sus espaldas.

Inició el camino dejando a su izquierda un pequeño pico coronado por una cruz de madera y a su derecha una mole de piedra que semejava un enorme caballo recostado sobre su vientre. Al principio la ladera era muy empinada pero la abundante vegetación le ofrecía innumerables apoyos y asideros que facilitaban su descenso. A medida que bajaba, el terreno se hacía menos difícil y le permitía fijarse en la belleza de aquel lugar. Se trataba de un pequeño

valle sin salida que con una vegetación muy abundante y variada ofrecía una sensación de paz y aislamiento que hacían pensar que se adentraba en otro mundo.

Otro mundo... ¿Podría Al Garruf iniciar en él una nueva vida? De pronto, desde el borde de un saliente, vio en el fondo del valle un edificio importante en el que sobresalía una torre que, a pesar de su aspecto militar, no parecía ser de ninguna fortaleza. Tal vez fuese el campanario de una iglesia. Se adivinaba el resto de la edificación sumergido en una vegetación especialmente abundante que hacía presumir la existencia de agua. Al Garruf llevaba varias horas de esfuerzo sin beber, bajo el sol que ya iniciaba su ocaso. Así que, redoblando sus precauciones, continuó el descenso imponiendo su necesidad a su temor y, sin perderlo de vista en ningún momento, fue aproximándose al edificio mientras oscurecía. Pronto encontró una fuente que, canalizada por medio de tejas, se dirigía indudablemente al edificio después de llenar una alberca. Bebió con avidez saciando su sed, sólo para tomar conciencia de una nueva necesidad: llevaba todo el día sin comer.

Se fijó en la abundancia de unos arbustos en forma de pequeñas palmeras y recordó que sus troncos albergaban un núcleo tierno comestible, así pues, usando el cuchillo que conservaba, arrancó algunos de los más pequeños y comió la parte más tierna. Tenía un cierto sabor amargo que le disgustaba, pero de momento aliviaba su necesidad, intentó comer también algunas bellotas de las encinas que, aun perdiendo su batalla ante los pinos dominantes, todavía abundaban en el lugar, pero todavía estaban verdes. Encontró moras, pero aquello no era suficiente, llevaba ya tres días de esfuerzo y penalidad sin apenas comer y la debilidad empezaba a hacer mella en su cuerpo. Tenía que comer algo más, así que ahora en la oscuridad, con el máximo sigilo, se aproximó al edificio y pudo distinguir un corral donde abundaban las gallinas y los cerdos, esos animales impuros que los cristianos comían sin remilgos religiosos. Encontrando la puerta del corral, se acercó al gallinero y cogió cuantos huevos pudo sostener en las dos manos y salió con el mismo sigilo con el que había entrado para ocultarse en la espesura.

Aplacó su hambre con los huevos robados y se alejó del lugar para buscar un escondite donde pasar la noche. Sólo llevaba el taparrabos y aunque era

verano, la noche se presentaba fresca. Encontró un hueco en la vegetación, junto a una losa vertical y en el que el suelo estaba curiosamente limpio de hierbas. Desde su interior sólo se veían las estrellas por una abertura irregular, porque las ramas enmarañadas formaban una especie de cúpula, que Al Garruf atribuyó a un extraño capricho de los árboles circundantes. Aunque bien poco le importaba. Aquel parecía un lugar abrigado y necesitaba descansar, así que, acostándose junto a la piedra y cubriéndose con las ramas que consiguió arrancar, cerró los ojos para caer de inmediato en un profundo sueño.

Y soñó con sus padres muertos.

8

En Argel vivían del trabajo de Mustafa el carpintero, su padre. Mejor dicho malvivían, ya que la sociedad musulmana no había acogido muy bien a los expulsados de Al Andalus. Les consideraban impuros, contaminados por haber convivido durante generaciones con los infieles bajo su yugo. Relajados en la observancia del Corán. Así pues formaban un gueto y Mustafá solamente tenía como clientes a otros expulsados como ellos.

Su abuelo Abdel, oriundo de las tierras en las que ahora se encontraba, le hablaba en su niñez de las fértiles huertas de Al Yazirat y de su suave clima. De las noches de primavera en las que el olor de la flor del naranjo embriagaba la ciudad y despertaba los sentidos de sus habitantes invitándoles al amor como un poderoso afrodisíaco. ¿Qué es un afrodisíaco? preguntaba el niño y el abuelo continuaba su relato ignorando la pregunta mientras un nudo atenazaba su garganta y sus ojos se enturbiaban en lágrimas que cada vez se esforzaba menos en contener.

Abdel murió un invierno cuando Al Garruf tenía diez años. "De repente" le contestaron sus padres cuando el niño preguntó por la causa de la muerte. Esta era la causa universal de fallecimiento súbito: De repente, como si esto fuese en sí mismo una enfermedad común que aglutinase todas las muertes que no tenían una razón aparente o clara. En realidad al pobre viejo le había

fallado el corazón que se había negado a seguir latiendo lejos de su amada tierra.

Dos años más tarde fueron sus padres quienes le abandonaron víctimas de unas fiebres que nadie pudo reconocer y Al Garruf, hijo único, ya que su madre Fátima, tras su traumático parto había quedado seca y ya no pudo concebir más, se quedó solo.

Su dulce madre. Cuantas caricias añoraba, cuantos mimos. Su padre se enojaba.-Vas a malcriar al muchacho. -Déjale, así nunca será un hombre. Pero Fátima tenía demasiado amor que dar y sólo un hijo en quien depositarlo y una y otra vez, pese al enfado de su marido, volvía a mimarlo y a consentirlo viéndole menudo y frágil. A su muerte, Al Garruf apenas tenía 12 años y viéndose desamparado recurrió a los escasos amigos de su padre que no podían hacerse cargo del muchacho.

Solamente Youcef el viejo, el pirata, accedió a acogerle pensando que quizás el muchacho hubiese adquirido alguno de los conocimientos del padre, que era quien regularmente remendaba su embarcación.

Podría serle de cierta utilidad como carpintero, porque no pensaba que aquel canijo pudiera serle de ninguna otra ayuda y mucho menos llegar a ser un pirata a sus órdenes.

Pronto se dio cuenta de su error. Algo sabía el muchacho de carpintería pero no tanto como para serle realmente útil. En cambio, aquel mequetrefe mimado, demostraba un genio y un coraje que pronto se hizo respetar por sus camaradas. Amargado por su destino y por haber sido privado tan pronto del calor de su hogar, Al Garruf estallaba en accesos de cólera indescriptibles ante cualquier contrariedad o chanza y sacaba una energía y una crueldad que asustaban incluso a los más veteranos. Mordía, pateaba, golpeaba con la cabeza, arañaba los ojos y finalmente, no se detenía hasta que no conseguía algún trofeo que gotease sangre. Youcef, gratamente sorprendido, le entrenó en el manejo de las armas, especialmente el cuchillo, en la lucha cuerpo a cuerpo y en el arte de la navegación, y pronto tuvo en él un valioso colaborador y, quién sabe si con el tiempo, un heredero, ya que veía en aquel niño la obra que no había podido realizar en los hijos que no tenía.

Así había empezado la vida de Al Garruf como pirata. Al principio le había costado adaptarse a la barca. Veintitantos hombres en una embarcación pequeña veinticuatro horas al día. Siempre racionando agua y comida. Con momentos de tensión entre los tripulantes que malvivían en un espacio reducido que sólo la autoridad de Youcef conseguía controlar. Ocultándose de otras embarcaciones pero sin perder de vista la costa a la que llegaban una y otra vez para aprovisionarse, casi siempre a la fuerza.

Youcef navegaba por las costas del levante de la tierra que los cristianos llamaban España. En ellas había vivido también cuando era un niño y a ellas regresaba a recuperar por la fuerza una parte de lo que consideraba suyo. Los piratas berberiscos contaban entre sus miembros con muchos moriscos expulsados de aquellas tierras. Estos eran especialmente útiles por su conocimiento del idioma y se distinguían por la especial rabia que impulsaba sus ataques.

Los primeros días de mar picada, vacunaron a Al Garruf contra el mareo para siempre, pero constituían uno de los peores recuerdos de su vida. Volcado sobre la borda vaciaba una y otra vez su estómago de sustancias que ni siquiera recordaba haber tomado, mientras soportaba las chirigotas de sus camaradas, especialmente las de Hakim, el otro joven que pronto se había hecho su amigo, y que, sólo unos años mayor que él, se mostraba feliz de tener otro novato en la partida sobre el que sentirse superior.

También recordaría siempre su primera incursión a tierra. Los primeros meses Youcef dejaba al muchacho con los marineros más viejos y experimentados en la barca para tenerla lista en caso de huida precipitada, como solía suceder en innumerables ocasiones. Pero un día, cumplidos ya los trece años, Al Garruf recibió la autorización de Youcef para incorporarse al grupo. El ataque, como de costumbre, se planeó para las horas previas al amanecer. El lugar, una aldea próxima a la costa cuyo nombre no podía recordar. Marchaban en silencio hasta llegar a las casas de las afueras. Una vez iniciado el asalto, mientras los ocupantes de una de ellas se apretujaban aterrorizados, sentados en un rincón de la habitación principal, Uno de los piratas se fijó en una joven, prácticamente una niña, que intentaba inútilmente esconderse detrás

de su madre. Frustrado por la pobreza del botín, pensó que aquella muchacha podía ser un premio que tanto él como sus compañeros usarían para aliviar su forzada y mal satisfecha abstinencia sexual. La asió de un brazo y tiró fuertemente de ella para separarla de su madre que, aterrorizada, la asía por el otro en una desigual competición de fuerza. Cuando finalmente logró arrancarla de ésta y mientras trataba de reducir a la muchacha que, histérica, intentaba arrancarle los ojos, dio la espalda al padre de la muchacha que tomo una azada y blandiéndola con pericia y fuerza golpeó la cabeza del pirata que se partió en dos con la misma facilidad que lo hubiera hecho una sandía. Aún rodaba el trozo del cráneo por el suelo cuando el padre se preparaba para asestar un nuevo golpe a los sorprendidos compañeros que, incrédulos, no reaccionaban. Al Garruf, que veía la escena como un espectador asombrado, descartado por el labrador como peligro dado su insignificante aspecto, en un movimiento rápido y casi teórico, como le había enseñado Youcef, clavó su cuchillo en el costado del pobre hombre que se dobló inmediatamente por el dolor. Intentó enfrentarse a su agresor, pero Al garruf, ya excitado por la sangre que acababa de derramar, esquivó con facilidad el ataque e inmediatamente asestó una serie de cuchilladas al pobre diablo, más de las necesarias para matarle, que pintaron de sangre la escena y a sus protagonistas.

Ahora la niña ya no gritaba. Conmocionada, veía a su padre agonizar y se dejaba llevar, quizás sintiéndose culpable de su muerte. Fue conducida sin oponer resistencia por los piratas que iniciaban una retirada apresurada, como todas, mientras comentaban alegres y admirados la actuación de Al Garruf. Ya en la barca, mientras se alejaban, los piratas, uno tras otro violaban sin pudor, urgidos por la necesidad, a la pobre muchacha que, muda y con la mirada perdida, se escondía en sus recuerdos de infancia feliz, ajena a los gruñidos de lascivia de aquellos animales.

Cuando todos se hubieron aliviado, alguien se acordó del héroe de la jornada y gritó: -Eh muchacho, que ahora te toca a ti. Al Garruf, que no podía borrar de su mente las escenas que acababa de protagonizar y que estaba empezando a tomar conciencia de lo que había hecho, se sintió incapaz de tomar a la muchacha y negó con la cabeza baja.

-¿Qué te pasa muchacho?. ¿Es que no sabes?. No te preocupes que te vamos a dar muchos ejemplos para que aprendas.

Las risotadas de sus compañeros enfurecieron al joven pirata que embistió al grupo intentando golpear a ciegas a aquella turba de bestias. Aquella reacción provocó más risotadas todavía y un ambiente de relajamiento. La muchacha, ahora de pie en la proa de la embarcación, a espaldas de los piratas, desnuda y con las piernas ensangrentadas dirigió a Al Garruf una mirada de desprecio y saltó por la borda para desaparecer en las aguas.

Nunca olvidaría aquella mirada.

EL MONJE

1

Fray Tomás caminaba nervioso, porque tal era su carácter, por el camino mil veces recorrido que le conducía a su capilla. Todavía no había amanecido. Era una hora antes de Laudes y todo el convento dormía. El camino era casi invisible y más aún en la oscuridad, pero fray Tomás podía seguirlo con los ojos cerrados. Llevaba años recorriéndolo todos los días, incluso con lluvia o frío. Cargaba en su zurrón lo de siempre: zanahorias, patatas, nabos, boniatos o cualquier otro tubérculo o vegetal que según la época del año diera la fértil huerta del convento de Santa María de la Murta, como era conocido por los lugareños de la vecina ciudad. Estaba regentado por su primo mayor, el Padre Lluís Montagud, y era su hogar desde niño. Se dirigía a su capilla, la que él llamaba la capilla verde, que era el lugar secreto que había consagrado a su mayor anhelo: ser sacerdote.

Su madre, conmovida por el deseo de ser sacerdote, manifestado desde muchacho, aunque consciente de su escasez de luces, lo había internado a la edad de 12 años el convento que regía su ilustre familiar, con la débil esperanza de que algún milagro le iluminase y le permitiese alcanzar su sueño. Pero el milagro no se producía. Cerrada su mente a los misterios del latín, de la teología, la música y de los conocimientos todos que se requerían para ser ordenado sacerdote, sólo era consentida su presencia en el convento por su Piedad, su apasionada Fe, por el extraordinario fervor, casi cómico, que demostraba en todas las ceremonias religiosas y, cómo no, por su parentesco con el prior, amén de por las generosas donaciones que su familia, una de las más ricas de Valencia, hacía regularmente al convento. Pero fray Tomás, no podía ser considerado más que como un trabajador útil para la comunidad. Y bien que lo utilizaban, encomendándole todas aquellas misiones menos agradables o espirituales que el pobre monje asumía con abnegación. Pero no había progresos en su sueño. Pasaban los años y una y otra vez le negaban la ordenación.

Un día llegaron las apariciones. En un estallido de luz quedaba transido, convulso, tumbado en el suelo, presa de un temblor incontrolable y tirando

espuma por la boca y mientras tanto oía voces, especialmente la dulcísima voz de la Madre del Salvador que le auguraba un futuro de santidad, a pesar de que no recibiese la ordenación sacerdotal. Fray Josep, monje viejo y permanentemente malhumorado, hablaba de posesión demoniaca y urgía al prior para que se le practicasen exorcismos. Sin embargo la prudencia del prior y la opinión de fray Bernat, médico en funciones del convento, estudioso aventajado de Avicena, del que conservaban varios tratados en la biblioteca, descartaban una y otra vez tal práctica. Fray Tomás solamente estaba enfermo. Pero esta enfermedad hacía que el pobre monje viera crecer en él su deseo cada vez más ferviente del sacerdocio, así que desde hacía varios años, había limpiado una zona del bosque junto a la losa de piedra vertical de la ladera de un montículo próximo al convento, y arreglado las ramas de los árboles de alrededor, cortando unas y desviando y atando otras, había formado una cavidad en la vegetación que terminaba en una cúpula tupida, interrumpida por un tragaluz irregular, que le servía de rustica capilla. El altar era una pequeña repisa natural en la losa en cuyos extremos encendía dos velones sacados de la capilla del convento. Allí, todos los días antes del amanecer y algunas veces también en la hora del descanso a mediodía, oficiaba el santo rito de la Misa. Murmurando cómicamente la fonética del latín, tantas veces oída como no comprendida, era feliz, se sentía en comunión con todos los santos, ángeles y arcángeles y, muchas veces, era recompensado con la presencia de algunos "feligreses". Una hembra de jabalí con su piara de tres jabatos, que compartían una señal en la frente compuesta de un círculo que contenía unos extraños símbolos, acudía de forma extraña y casi milagrosa, por ser estos animales extraordinariamente esquivos, a los oficios religiosos del pobre monje y era recompensada con el fruto de una comunión pagana compuesta de las hortalizas y tubérculos con las que el monje les premiaba. A cambio permanecían atentos y respetuosos hasta que el monje pronunciaba solemne: "mitepisanet" (Ite misa est) y daba por terminada la ceremonia. En ese momento, como si de una orden se tratara la hembra daba media vuelta y salía de la capilla seguida de sus crías en silenciosa procesión.

2

Aquella mañana fray Tomás tenía una sensación especial. La tarde anterior, en su última alucinación no le había hablado la Virgen a la que siempre

entendía, sino san Sebastián, el más bello de los santos, por el que sentía una admiración muy grande. Había muerto aseteado por los infieles al no renunciar a su fe, y se le representaba casi desnudo con un cuerpo joven y atlético acribillado por las flechas, mientras su rostro miraba al cielo en éxtasis de amor al Todopoderoso. Así le había visto en un cuadro y su imagen recurrente no dejaba de inquietarle pues al evocarla sentía una emoción religiosa mezclada con un extraño hormigueo en el estómago.

No había entendido lo que le decía el santo (maldito latín), pero por la expresión de su rostro le anunciaba algo bueno. En esto iba pensando cuando llegaba a su capilla.

Apartó las ramas para entrar y quedó de piedra al ver iluminado por un rayo de luna a su ocupante. Un joven casi desnudo, cubierto únicamente por un taparrabos con heridas y magulladuras, dormía plácidamente en el suelo de su capilla. ¿Qué significaba aquello? ¿Se trataba de una aparición? Su cerebro bullía de actividad lo cual acrecentaba su confusión. ¿Quién era aquel joven? No. No podía ser. Tal como iba vestido... ¿San Sebastián en persona? ¿A que había venido? Sí, claro estaba, a ordenarle sacerdote. Eso había querido decirle en su aparición de la tarde anterior. Dios mío. Por fin su sueño se haría realidad. ¿Qué hacía?. El santo dormía profundamente. ¿Lo despertaba? ¿Se enfadaría? ¿Cómo le entendería si le hablaba en latín? Por fin temeroso y vacilante se arrodilló y tocó suavemente el hombro del dormido. Éste dio un respingo y se incorporó rápidamente esgrimiendo su cuchillo presto a defenderse de un ataque. El monje estupefacto miraba al "santo" con la boca desencajada mientras que éste, no menos confuso acercaba amenazante la punta de su cuchillo a la garganta del pobre retrasado.

-No temáis Sebastián. -acertó a decir tras un silencio que parecía interminable. -No pensaba haceros ningún daño. Sólo deseaba conocer vuestra santa voluntad pues soy vuestro más humilde siervo.

Al Garruf masticaba con dificultad la información que le iba llegando pero no conseguía digerirla ¿Sebastián? ¿Siervo? así que empujaba el cuchillo cada vez más amenazante hacia el cuello del pobre monje que ya comenzaba a sollozar porque tampoco entendía nada.

-¿Quién eres? acertó a decir finalmente el pirata

-Soy fray Tomás, vuestro siervo, que sólo desea complacer vuestra voluntad. -
repetió el monje -Vivo en el convento de Santa María en cuyos terrenos nos
encontramos.

Poco a poco empezó a hacerse la luz en la mente del muchacho. Aquel monje
le había confundido. Se le veía inofensivo y un poco necio. Quizás pudiera
sacar provecho de la situación.

-Está bien Tomás no temas, te había confundido con mis enemigos. Puedes
levantarte.

El monje se incorporó con lágrimas en los ojos mientras le daba las gracias y
con la cabeza baja le preguntaba cuáles eran sus designios para su siervo.

-De momento necesito comer, respondió el santo, y algo de ropa pues tengo
frío.

Así pues el monje, conmovido y obediente, salió corriendo hacia el
convento para buscar el alimento que el santo le había pedido. No cayó en la
cuenta de que los santos no comen ni tienen frío pues viven en la gloria
celestial pero sí que reflexionaba, gozoso mientras se acercaba al convento,
que san Sebastián no hablaba en latín, afortunadamente.

La hembra de jabalí, que acompañada por sus crías había acudido puntual a
su comunión, observó extrañada al monje mientras se alejaba y tras olisquear
el aire se adentró en el bosque en busca de otros alimentos.

Fray Tomás irrumpió en la cocina del convento y abrió apresurado la despensa
de la que cogió una hogaza de pan y un buen trozo de queso. A continuación
corrió a su celda donde conservaba el hábito del difunto Fray Antoni. Un
bondadoso monje al que Tomás había venerado en vida como a un santo.
Antoni había intentado por todos los medios prepararle para el sacerdocio y
únicamente había conseguido poner a prueba su infinita paciencia, pues el

pobre Tomás, por más que lo intentaba, era incapaz de aprender lo más básico. Sin embargo de aquella relación había nacido un afecto casi paterno filial porque el anciano se enternecía ante la voluntad tan pertinaz como inútil del novicio y éste se conmovía por la bondad y el afecto que su maestro le demostraba. A su muerte, fray Tomás suplicó con insistencia que le dejaran conservar su hábito como reliquia de santidad, ya que estaba seguro de habría de obrar milagros. El prior, enternecido por el dolor del novicio, había accedido a su deseo. Ahora, pensaba Tomás, las ropas de un santo vestirían a otro.

Salía ya de la cocina, en dirección a la capilla verde, cuando una voz áspera le llamó:

-¿A dónde vas con eso?. Era el hermano Andreu, el cocinero del convento un monje obeso y desagradable, víctima, como su aspecto proclamaba, del pecado de la gula. Fray Tomás se detuvo en el acto y tras un instante de vacilación contestó: -Voy al bosque, a alimentar y a vestir a san Sebastián. Desgraciado, pensó el cocinero, ya está otra vez con las alucinaciones.

-Ven aquí enseguida. Te necesito para que me ayudes. Casi no queda leña para los fogones y necesito que me proveas de inmediato.

-Pero..., intentaba argumentar fray Tomás.

-Nada de peros, le cortó el cocinero, -Hazlo ya y no me discutas más. Tomás, confuso, recordando la importancia del voto de obediencia, que fray Antoni le había inculcado, y creyendo que en su humildad se la debía a todo el mundo, dejó el hábito y la comida en un rincón y se dirigió a la leñera apartando a patadas a las gallinas que cacareaban indignadas.

La luz crecía en las montañas que Al Garruf había coronado para alcanzar el valle y el convento iniciaba su rutina diaria de rezos y trabajo. Fray Tomás, como en cualquier otro día ya no tenía un momento de asueto. El santo tendría que esperar.

Mientras, en la capilla verde, el joven pirata oteaba inquieto el camino por el que se había alejado el estrambótico monje. No sabía qué hacer. En principio el pobre hombre le parecía inofensivo pero su instinto no le dejaba confiarse.

Así pues, después de una hora, abandonó el lugar y busco otro cercano que le permitiese vigilar el regreso del monje por si venía acompañado de soldados. Oculto entre las matas que coronaban un peñasco próximo podía, cómodamente tendido, controlar un buen trecho del camino que conducía al convento. Y allí esperó.

Era pasado el mediodía cuando vio al monje que con un hato bajo el brazo se dirigía sudoroso a la capilla verde. Venía solo. Sin abandonar la precaución fue aproximándose al lugar de encuentro. Cuando el monje entro en la capilla le encontró de pie esperando. Por un momento el monje le miró extrañado, como si no lo reconociese. Aquel san Sebastián era más pequeño de lo que imaginaba, y más feo. Pero en fin, ¿quién era él para valorar la belleza de la santidad?. Le entregó humilde el hábito y la comida que le había conseguido y el pirata empezó a comer con avidez. El habito quedó en el suelo porque ahora hacia calor y mientras el santo comía sentado, el monje miraba perplejo un testículo que le asomaba por el taparrabos. ¿Para qué querían testículos los santos? pensaba conmocionado. Una chispa de lucidez iluminó su mente: Aquel no podía ser san Sebastián. Evidentemente los santos perdían el sexo antes de entrar en el Cielo ya que allí no cabían fuentes de impureza. No, definitivamente aquel no era un santo. ¿Quién era pues aquel muchacho? ¿Qué hacía en el valle del convento? ¿Sería un fugitivo? ¿Un criminal?. Fray Tomás empezó a sentir miedo.

Saciada su hambre, el pirata preguntó.

-¿Por qué has tardado tanto?

-He tenido que cumplir con mis obligaciones en el convento. ¿Puedo preguntaros quien sois?

-Sebastián me has llamado. Sebastián soy.

-¿De donde venís?

-De Xabia, respondió Al Garruf recordando la mentira que había contado al carretero cantarín.

-¿Y cómo habéis llegado hasta aquí en ese estado y con esa indumentaria?

Al Garruf se daba cuenta, a medida que avanzaba la conversación, que el tono de la misma y la actitud del monje iba cambiando del temor respetuoso inicial a un malhumorado apremio que empezaba a no gustarle. De todas formas, aquel monje flaco no le parecía una amenaza inmediata y decidió seguir con su historia pues no le quedaba otra opción. Así, le contó la misma historia que le había contado a Bernat Furió, el carretero, adornándola con detalles nuevos que iban convenciendo poco a poco al monje al tiempo que le iban dejando tranquilo, aunque también profundamente decepcionado.

Sonaron las campanas del convento llamando para algún oficio y fray Tomás, despertó del relato que le hacía Al Garruf para decirle

-Acompañadme al convento. El padre Lluís os ayudará.

Al Garruf, no queriendo tentar más a su suerte, inventó:

-No. Debo permanecer escondido. Los malhechores que nos asaltaron creen que tengo una joya valiosísima y estoy seguro que no han dejado de buscarme. No vacilaran en matar a quien me proteja o esconda. Es mejor para todos que nadie sepa de mi existencia.

Medio convencido el monje y apremiado por la llamada a sus obligaciones, salió corriendo de la capilla mientras gritaba:

-No os mováis de aquí. Estaréis seguro. Nadie sabe de la existencia de esta capilla. Mañana volveré a traer más alimentos.

¿Capilla? ¿De qué hablaba el monje?. Bueno, esperararía. No parecía un lugar expuesto y mientras el monje le ayudase continuaría allí. No le quedaba otra opción mejor.

A la mañana siguiente, Al Garruf aun dormía, vestido ahora con los hábitos del monje muerto, cuando Fray Tomás irrumpió en la capilla llevando alimento para su huésped. Mientras se dirigía a su capilla, pensaba que quizás éste quisiera participar en el sacrificio de la misa. El pobre loco se estremecía de emoción. Iba a tener su propio feligrés. Cuando se lo propuso a "Sebastián" éste se quedó un tanto perplejo. Había oído hablar de los ritos de los cristianos pero nunca había sentido el más mínimo interés por conocerlos. Ni siquiera se interesaba por su propia religión. Casi había olvidado lo poco que había aprendido del Corán y en la vida que había llevado, la religión era un estorbo.

Fingiéndose vergüenza, Al Garruf le confesó que apenas conocía los ritos y que no sabía si sería capaz de seguirlos.

-No os preocupéis, yo os iré indicando, respondió el monje un tanto extrañado pero feliz de tener con quien compartir su anhelo.

Y allí, en las penumbras de la capilla verde, un musulmán arrodillado, seguido de una piara de jabalíes que se habían unido silenciosos a la celebración, participaron en una delirante ceremonia a caballo de una sucesión de fonemas que nadie entendía, ni siquiera quien los pronunciaba. Cuando el monje fue a repartir la comunión vegetal, Al Garruf dio un respingo, pues no se había dado cuenta de la presencia de los animales. Estos, indiferentes, comieron las formas vegetales con devoción y al oír el "Ite misa est", tan mal pronunciado como siempre, desaparecieron tan discretamente como habían venido.

Empezó entonces Al Garruf a tener claro que aquel monje no estaba bien de la cabeza, pero tampoco era asunto suyo, mientras sirviera para sus fines que no eran otros, de momento, que el permanecer a salvo.

A aquel día siguieron otros y otros más. La rutina era siempre la misma: El monje aparecía todos los días por la mañana, excepto los miércoles, con comida, y también muchos días después del mediodía. Después de celebrar sus oficios, conversaba con su huésped y le contaba sus anhelos y experiencias, le contaba las vidas ejemplares de los santos y éste iba convenciéndose cada vez más de la locura de su protector. Pero esta locura, en

lugar de provocarle rechazo o desprecio, le enternecía y le movía a un afecto que daba lugar a una confianza que no había tenido jamás con nadie que no fuera de su familia.

En una ocasión, mientras le hablaba de la vida en el convento, Fray Tomás tuvo uno de sus ataques de epilepsia y Al Garruf, que nunca había presenciado nada así, huyó horrorizado para después volver avergonzado cuando el monje apenas acababa de recobrar el conocimiento. Al recuperarse, le contó que la Santísima Virgen le había hablado y le había dicho que "Sebastián" no era quien parecía ser y que ocultaba un horrible secreto. Esto inquietaba mucho al monje que no dejaba de acosar al muchacho para que se lo confesase y le decía que la Virgen no mentía nunca y que si quería seguir bajo su protección, debía decirle la verdad. Al Garruf, todavía impactado por el ataque de epilepsia de fray Tomás, y movido por su vinculación afectiva con el único ser humano decente que había conocido en mucho tiempo, decidió que aquel era el momento de contarle la verdad, toda la verdad. Y empezó por el final, por su última aventura en Cullera. Después, remontándose en el tiempo fue desgranando sus pecados y sus crímenes, sin omitir detalles, hasta que llegó a su infancia. Sus recuerdos de inocencia y ternura, al tomar forma en su voz, actuaron de acicate de sentimientos dormidos e hicieron estallar su corazón en un llanto quedo y continuo.

El monje asistía incrédulo al principio, horrorizado después, a la confesión del muchacho y finalmente al ver su llanto, lo tomó como señal inequívoca de arrepentimiento y movido por su instinto sacerdotal, trazó con una mano temblorosa la señal de la cruz mientras un nudo en la garganta apenas le permitía decir en voz baja: "eroterolo tepacuspūs minorinetapris tepili tepiricupanti" (Ego absolvo peccatus tuos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti).

4

Esa noche, en su celda. Fray Tomás, en lugar de quedar profundamente dormido después de sus oraciones, no conciliaba el sueño pensando en lo que Al Garruf, que éste era su verdadero nombre, le había confesado. Un pirata. ¿Cómo podía aquel insignificante muchacho haber cometido crímenes tan

violentos? No parecía malo y realmente, le costaba creer que lo fuera. Sus lágrimas parecían tan sinceras... De repente un fogonazo en su mente, pero esta vez de lucidez. Era un infiel. Un infiel en su capilla, participando del santo oficio de la misa. Sacrilegio. Aquello no podía continuar así. ¿Pero qué podía hacer?. No podía delatarle, no sería misericordioso. Ya está, pensó de inmediato: Le bautizaré y haré de él un buen cristiano. Arrepentido de sus pecados no hay ningún impedimento para que profese la verdadera Fe.

A la mañana siguiente, añadía a su carga habitual un cuenco con agua bendita, tomada de la capilla del convento y trotaba impaciente a impartir el sacramento del bautismo.

Se sentía plenamente como un sacerdote.

Al llegar a la capilla encontró a su habitante despierto, con un cierto aire de preocupación. Cuando éste vio el semblante que traía el monje, gozoso e ilusionado, supo que no corría ningún peligro, que no iba a delatarle. En otras circunstancias no habría dudado en matarle si lo considerase un riesgo, pero el afecto que ahora sentía por el pobre loco hacia inconcebible tal opción. Así pues escuchó la propuesta de bautismo que fray Tomás le traía y la aceptó de inmediato, sólo para darle gusto. El monje feliz celebró su estrambótico rito imponiéndole el nombre cristiano de Sebastián Gafarró, este último, producto de su más que demostrada incapacidad para la fonética, era su versión del nombre auténtico del muchacho, aunque en este caso el apellido estaba más que bien traído, pues el gafarró es un pájaro menudo y nervioso que bien podía identificar al nuevo cristiano. Terminada la ceremonia le abrazó muy emocionado mientras el muchacho empezaba a pensar en su futuro y no lo veía situado indefinidamente en aquel lugar.

Efectivamente, la llegada del otoño con sus primeras lluvias y fríos empezaba a hacer poco acogedora a la capilla verde como refugio permanente. Por otra parte, la inactividad y la situación de práctico encierro en que vivía, hacían que el nuevo cristiano no pensara en otra cosa que en cómo cambiar su situación. A los pocos días de su bautismo, el joven comentó al monje sus preocupaciones y éste, algo decepcionado, convino en que tenía razón así que ambos empezaron a buscar una salida a aquella situación.

UNA VIDA NUEVA

1

Los miércoles, fray Tomás no aparecía por la capilla verde por una razón: Iba a la ciudad de Alzira con el carro del convento que tirado por un mulo, llevaba a los comerciantes del lugar los productos de la laboriosidad de los monjes. Quesos, miel, vino, aceite, así como productos de la huerta que servían de intercambio para cubrir aquellas necesidades de las que el convento no se podía autoabastecer. Corto para los menesteres sacerdotales, no era fray Tomás así para los intercambios comerciales.

El monje era conocido en la ciudad por todos, siendo apreciado por la mayoría de los ciudadanos que lo veían con una mezcla de ternura y admiración. Quienes le trataban afirmaban que era muy sagaz para calibrar pesos a ojo y para apreciar calidades, duro en el regate comercial, perdía muchas veces lo ganado ante los más necesitados entre quienes repartía los productos que llevaba a manos llenas. No obstante, y a pesar de que sus superiores le regañaban constantemente por su caridad "mal entendida", el balance final siempre era ventajoso para el convento y por eso seguían encomendándole esta misión comercial.

Algunas veces, un grupo de muchachos, acaudillados por "El Chono" le recibía con burlas a la entrada del pueblo. El monje les respondía con sonrisas y los secuaces del Chono, envalentonados por la mansedumbre de su víctima, se atrevían a lanzarle piedras que no sólo le golpeaban a él sino también al mulo que se espantaba y encabritaba poniendo en serios apuros al pobre Tomás. Las risotadas de los cobardes acompañaban al monje hasta la entrada del pueblo en la que los lugareños espantaban a los muchachos. El Chono era hijo de Encarnació la Chona que era la ramera más célebre de la ciudad, fama que le mantenía ahora más por su veteranía que por su atractivo, que ya hacía muchos años que había perdido. A pesar de todo lo cual la Chona todavía ejercía su oficio con regularidad, pues su experiencia, casi tan grande como su falta de inhibiciones, la hacían bastante apreciada tanto por los que se iniciaban como por los que buscaban alguna variación en su rutina sexual.

Fray Tomás intentaba de vez en cuando redimirla solamente para recibir burlas y desprecio, lo cual era la razón principal por la que el hijo de ésta, Miquel el Chono, se empeñaba más en atacarle y perseguirle. Ya era bastante duro ser el hijodeputa oficial del pueblo, para tener que soportar encima las cómicas admoniciones del monje loco.

El Chono contaba con una edad indefinida pero que le hacía merecedor de alguna actividad productiva. Ningún muchacho de su edad permanecía ocioso. El que no era aprendiz de algún oficio, se dedicaba como jornalero a las labores del campo. Este trabajo no solía faltar en una ciudad bendecida con un término municipal extenso, tan fértil como variado. Las huertas próximas a la ciudad, cultivaban todas las variedades de frutas y hortalizas, aunque poco a poco se iba imponiendo el cultivo del naranjo. La calidad de los terrenos, la abundancia de agua y lo benigno del clima, hacía de este fruto de invierno una fuente de riqueza inestimable para la ciudad. Pero los extensos terrenos que pertenecían al término municipal de la ciudad, no sólo tenían huerta. Los valles próximos a la población, más alejados del río y por tanto privados del regadío, eran aprovechados para cultivar frutos de secano. Hacia el Oeste, en cambio, los terrenos pantanosos favorecían la existencia de una marjal donde se cultivaba el arroz en abundancia.

Pero nadie quería contratar al hijo de la prostituta y éste, cómodo en su vida de ocio, en la que tenía sus necesidades cubiertas, tampoco mostraba interés alguno en labrarse un futuro.

Todos en el pueblo le veían finalmente como soldado o delincuente. Mientras tanto, capitaneaba una banda de mocosos que medio por admiración y medio por miedo le seguían en sus molestas y cada vez menos inocentes fechorías.

2

Aquel miércoles fray Tomás no iba solo en el carro. Le acompañaba otro monje menudo al que le sobraba el hábito que vestía por todos los lados. Como siempre, habían salido muy temprano para llegar pronto a la ciudad, realizar la transacción comercial y otros encargos y poder regresar al convento antes del anochecer. Era el mes de Octubre y el día acortaba sensiblemente.

Gafarró, que así le llamaba ahora fray Tomás, para no recordar su lamentable confusión cuando había creído que era el mismísimo San Sebastián, iba adivinando el entorno del camino por el que se dirigían al pueblo. La oscuridad no le dejaba distinguir bien los olivares, almendros y vides que enriquecían aquel valle prodigioso.

Mientras viajaban habían tenido tiempo de repasar lo que habían inventado para solucionar el problema del joven: Un carpintero del lugar, Batiste Fuster, había perdido a su único hijo, de 12 años, ahogado en el río.

El Júcar, que abrazaba el casco primitivo de la ciudad y que era el dios del que emanaba la riqueza del lugar y la comarca, se cobraba el tributo periódico de la vida de algún muchacho que nadaba confiado en sus aguas traicioneras. Esto había sucedido a finales de agosto, una tarde calurosa, justo después de comer. El muchacho jugaba con sus amigos cuando, en un lugar más profundo se había enredado con las algas que crecían en el fondo y que ascendían a la superficie para ondular hipnotizadoras. El pánico hizo que el muchacho se enredase todavía más y, en un momento dado había cortado su digestión, por lo que presa del terror y de vómitos incontrolados había perecido inmolado en el altar líquido del dios insensible.

La esposa del carpintero, Marieta, había enloquecido de dolor y no levantaba cabeza, desatendiendo sus obligaciones domesticas. El padre, doblemente entristecido por la pérdida del hijo y el dolor de la esposa, veía que su trabajo y el prestigio que con él había ganado se iban como las aguas residuales desembocaban en el río que le había robado su vida estable y feliz. Por eso había aceptado la propuesta del monje loco. Un novicio que no superaba las pruebas de fe y piedad que el convento reclamaba iba a ser devuelto a su familia. Huérfano de padre y madre, los familiares más lejanos no se mostraban muy interesados en acogerlo de nuevo por lo que el convento había decidido buscarle una familia que quisiera adoptarlo. Casualmente, Gafarró tenía conocimientos rudimentarios de carpintería y podría entonces ser el aprendiz que Batiste necesitaba. Quizás su presencia en casa sirviera también para distraer a la madre hundida y darle un nuevo incentivo.

En estas conversaciones estaban Fray Tomás y Sebastián Gafarró cuando ya clareaba lo suficiente para apreciar el paisaje. En un momento dado, el muchacho volvió la vista atrás sintiendo una extraña llamada. Pudo entonces apreciar embelesado, desde una perspectiva nueva, la belleza del valle que había sido su hogar y que paso a paso iba menguando a sus ojos mientras se alejaba.

Las primeras casas de Alzira estaban construidas fuera del casco amurallado que quedaba en la isla que formaba el río Júcar, y de cuya condición tomaba su nombre desde la época de dominación musulmana: Al-Yazirat, la isla. Limitada en su superficie había ido creciendo poco a poco a la otra orilla del brazo del río que rodeaba la ciudad por el Este.

En estas casas, que formaban el barrio de las Alpujarras, vivían los moriscos que se habían convertido a la fe cristiana, obligados por los reyes y que fueron definitivamente expulsados en 1609, dejando al reino de Valencia, sin agricultores expertos y artesanos cualificados. Probablemente de aquellas mismas viviendas serían expulsados los antepasados de Gafarró, aunque él todavía no lo supiese. El barrio de las Alpujarras, junto con el de San Juan y el de San Agustín, se comunicaban con la ciudad por medio de un puente de piedra de dos ojos asimétricos construido en el siglo XIII.

Ya veían el monje y el muchacho estas casas cuando fueron avistados por la banda del Chono que con su cabecilla al frente aguardaba, como todos los miércoles, la llegada del monje bobo, como le llamaban.

La vida de la ciudad, se regía por la salida y la puesta del sol, por lo que al amanecer, únicamente los enfermos quedaban en la cama. Quien tenía trabajo atendía a sus obligaciones pero los rapazuelos, sin edad o posibilidad de trabajar o de ayudar a sus padres, deambulaban ociosos por la ciudad y los huertos de alrededor cazando pájaros, robando frutas y haciendo travesuras que, aunque exasperaban a los ciudadanos, se consentían con la resignación con la que se asume lo inevitable.

Así pues los chavales tenían los miércoles a primera hora la distracción preparada: fastidiar al monje. Pero aquel día iban dos monjes en el carro, aquello detuvo de momento al Chono, sin cuyo mandato nadie actuaba. Tras observar detenidamente al segundo monje, determinó que por su tamaño y apariencia (casi ridícula, embutido en aquel enorme hábito), no representaba ningún peligro por lo que tomando la iniciativa, empezó a arrojar las primeras piedras.

Al recibir el primer impacto en el carro, Gafarró dio un brinco de sorpresa, mientras fray Tomás empuñaba las riendas con firmeza presto a controlar al animal. Una nueva piedra impactó en la espalda del monje que reaccionó con una sonrisa de mansedumbre. Extrañado Gafarró miraba inquisitivo al monje que entendiendo su extrañeza respondía a su acompañante:

-No te preocupes, son sólo muchachos traviesos. No nos han de hacer ningún mal.

Pero dos o tres piedras después, cuando la última de ellas golpeó la cabeza de Gafarró abriéndole una brecha por la que empezó a sangrar, éste sufrió uno de sus ataques de enajenación y, saltando del carro, corrió hacia los chavales que habían quedado paralizados con el brazo levantado, sosteniendo sus proyectiles mientras veían a un torbellino de hábitos y piernas que se les echaba encima. Los más cobardes, generalmente los más niños, soltando las piedras echaron a correr despavoridos, mientras el Chono y sus dos lugartenientes, algo mayores, tras superar el primer momento de sorpresa, se preparaban para hacer frente a aquel canijo que osaba atacarles. Lanzaron casi al mismo tiempo los tres las piedras que esgrimían para no hacer blanco con ninguna de ellas y se encontraron inermes ante un enemigo cuya furia, anunciada con gritos y amenazas, les iba causando algo más que inquietud.

El rostro del joven monje lo dominaban unos ojos muy abiertos cuya blancura destacaba en el marco de un rostro ensangrentado. Un aullido gutural, como un grito de guerra, les helaba el ánimo y tras un titubeo, intentaron una huida de última hora.

Pero era demasiado tarde. El monje le había caído encima al Chono y éste intentaba zafarse como podía de los golpes y mordiscos que aquel energúmeno le iba propinando. Sus lugartenientes intentaban sujetar al agresor y únicamente conseguían ser expulsados de la refriega a patadas. Poco a poco, el Chono se iba acobardando y sabiéndose vencido, se iba encogiendo instintivamente para sufrir lo menos posible la violencia de los golpes.

Mientras, fray Tomás horrorizado por el espectáculo, había bajado del carro y corría hacia los muchachos para intentar poner paz. Le costó un gran esfuerzo físico y verbal y recibir algún que otro golpe que el enajenado Gafarró le propinaba sin verle, hasta que por fin consiguió, con la ayuda de los compinches del Chono separar a Gafarró de su pobre víctima que ya gimoteaba entregado y dolorido. Mientras se incorporaba, la oreja derecha le quemaba irresistiblemente y al ver que el monje joven escupía un trozo de carne sanguinolenta, comprendió que éste le había arrancado la mitad de un bocado en el transcurso de la reyerta.

Calmada ya la situación, y mientras el Chono se alejaba sujetándose la oreja herida, humillado y dolorido, flanqueado por sus compinches, fray Tomás intentaba curar y limpiar al Gafarró que se dejaba hacer vacío y lacio, como se sentía siempre después de una explosión de violencia. El monje le recriminaba su actitud, incompatible con el espíritu cristiano, mientras Gafarró, con la mirada perdida vagaba por sus recuerdos muy lejos de escucharle.

4

Un rato después, atravesaban el puente de acceso a la ciudad por el Este, llamado de San Agustín, para torcer inmediatamente a la derecha en busca de la casa de Batiste Fuster. Esta se encontraba junto a la muralla medio comida por las viviendas próximas al río, muy cerca del lugar donde se había ahogado el hijo del carpintero.

Batiste cepillaba unos tablones a la entrada de su casa-taller. Preparaba unas puertas para la salida posterior de la Iglesia de Santa María. Cuando vio llegar el carro de fray Tomás, dejó las herramientas para acudir a su encuentro

mientras llamaba a su esposa que estaba arreglando la casa ante la visita del huésped.

Marido y mujer, recibieron a los visitantes al pie del carro y pronto se dieron cuenta de que el joven venía herido. Marieta, casi automáticamente, volvió a la casa para aprestarse a curarlo mientras sentía que una pequeña porción de su instinto maternal volvía a encenderse. Mientras fray Tomás contaba lo sucedido, Marieta limpiaba la herida del muchacho con vino y la protegía con una venda limpia. Batiste movía la cabeza en señal de reprobación pero en el fondo se alegraba de que alguien, de vez en cuando, pusiese en su lugar a los pequeños maleantes que en ocasiones llegaban a ser un auténtico incordio.

Marieta había recogido algunas ropas de su hijo que, aunque era más joven que el novicio, tenía más corpulencia, por lo que le iban a servir durante algún tiempo. Le entregó las ropas con un cierto sentimiento de traición al hijo ausente a Gafarró, indicándole dónde podía cambiarse. Cuando éste apareció con aire humilde y agradecido, vestido con las ropas de su hijo, supo que había hecho bien y que aunque nunca se recuperaría de la muerte de éste, la presencia en su casa de Gafarró vistiendo sus ropas sería un homenaje constante a su memoria. A partir de ese momento empezó a sentirse algo mejor.

Poco después, tras haber dado al muchacho innumerables recomendaciones, más abrazos de los necesarios, y de haberse sonado los mocos sin parar, fray Tomás se despedía de su joven protegido, que flanqueado por sus padres adoptivos, veía con cierta congoja al monje montar en el carro mientras le prometía volver pronto con los ojos inundados de lágrimas.

Unos metros más adelante, en el mismo lado de la calle, aferrando con sus manitas sucias el palo de un escobón que aún la hacía parecer más pequeña de lo que era, una niña de 11 años observaba atentamente la escena mientras fingía barrer la puerta de su casa. Había visto llegar al monje en su carro acompañado del joven novicio y de inmediato se había fijado en el muchacho, que una vez vestido con las ropas de su amigo Batistet le había provocado una sensación especial que nunca había sentido antes; una sensación que le abarcaba desde el pecho hasta las tripas. Mientras el monje se alejaba la niña,

que se llamaba Carmeta Forner, hija del panadero del barrio, intuyó que allí pasaba algo interesante y decidió con gran determinación que iba a participar en ello.

5

Al día siguiente, Gafarró, definitivamente identificado por tal nombre, acompañaba a su nueva madre a comprar comida y algunos enseres que necesitaba. Ésta aprovechaba para ir presentando al vecindario a su hijo adoptivo y nuevo aprendiz de su marido. Quería que todo el mundo le aceptase como ella había hecho y que esto facilitase su rápida incorporación a la vida del barrio.

La mayoría de los vecinos ya estaban al corriente de la situación y habían celebrado con alegría la paliza que le había propinado al Chono por lo que le recibían con cordialidad. Al llegar a la panadería les recibió la mujer del panadero con su hija Carmeta que tuvo la oportunidad de observar al muchacho de cerca.

No era gran cosa, bajito y flaco, aunque algo en su mirada le hizo pensar que había visto mucho más de lo que ella vería nunca. Carmeta volvió a sentir la extraña emoción y no acertó a abrir la boca en todo el rato. Sólo podía sonreír levantando mucho las cejas. Gafarró, apenas se fijó en la niña mugrosa y ésta, al darse cuenta de que era ignorada, dio media vuelta y se alejó profiriendo un gruñido corto de desprecio.

La nueva vida del hijo adoptivo era rutinaria y tranquila. Ayudaba a Batiste en su trabajo y, aunque todavía se mostraba inexperto, tenía un interés en aprender y ser útil que satisfacían enormemente al carpintero. Lo que éste no sospechaba era que el muchacho intentaba desesperadamente recuperar la vida de su niñez, el oficio de su padre muerto y el cariño de una familia que tan temprano había perdido. Su vida de pirata tenía que quedar como una pesadilla mal vivida que quería enterrar cuanto antes.

La familia se despertaba temprano y mientras la esposa se aprestaba a sus quehaceres domésticos, Gafarró seguía a Batiste como un perrito atento a sus

órdenes y consejos. Todo lo hacía de buen grado y el carácter amable del maestro y su reconocimiento hacia el aprendiz, recompensaban con creces su esfuerzo. Marieta les observaba callada y satisfecha aunque sentía una punzada de dolor cada vez que recordaba al hijo ausente.

Los miércoles, tal como había prometido, fray Tomás visitaba a la familia y se interesaba por la vida cotidiana del muchacho al que veía con satisfacción como su obra máxima, la culminación de su eternamente frustrado anhelo de sacerdocio. Era su "converso", secreto, eso sí, pero al fin y al cabo era su modesta aportación a la cristiandad. Nadie en el convento sospechaba de su existencia pero como fray Tomás era el único vínculo de la comunidad religiosa con la ciudad, no había peligro de que se descubriera el engaño.

Gafarró le recibía con alegría y le hacía creer que sentía un fervor religioso que estaba lejos de experimentar, pero no quería desengañar al monje al que quería mucho por todo lo que había hecho por él: Le había devuelto una vida que ya creía perdida para siempre y una familia a la que empezaba a querer como a la suya propia.

Todo era perfecto. Bueno, casi todo. Había algo que disgustaba al muchacho aunque no lo suficiente como para amargarle. Su padre adoptivo salía en algunas ocasiones a beber y se emborrachaba más de la cuenta.

Gafarró y su madre recibían el aviso de la taberna del tío Josep, cercana al puente por el que había entrado por primera vez a la ciudad y con una carretilla acudían a recoger al ser inmundo y vomitante en que se había convertido el amable carpintero por unas horas.

Deteriorado, semiinconsciente y muchas veces impregnado en sus propias heces, Batiste era recogido por su esposa y por su nuevo hijo que, avergonzados, sin atreverse a levantar la mirada, transportaban al carpintero hasta su casa donde le desnudaban y lavaban con una mezcla extraña de pena y repugnancia. Al día siguiente fingían que nada había sucedido mientras el carpintero, avergonzado y silencioso se centraba en sus tareas sin poder a mirarles a la cara.

Muy cerca de donde vivía Gafarró con su nueva familia había una plazoleta triangular diminuta, no mucho mayor que el corral de las casas de algunos labradores, que tenía un pozo público. Los vecinos del barrio se reunían en ella en ocasiones, al finalizar la jornada, cuando el clima era benigno (lo que ocurría con bastante frecuencia) y celebraban un acto social y lúdico que constituía la mayor expresión de diversión que todos juntos podían celebrar.

Alrededor de una hoguera en la que a veces asaban carnes y algunos productos de la estación, las familias confraternizaban contándose las novedades, anécdotas, problemas y chascarrillos. Los jóvenes solteros se pavoneaba ante las mozas y los niños enredaban alrededor del fuego vigilados por sus madres que no paraban de amenazarles. Solía acudir la mayoría de los vecinos del barrio, especialmente cuando sabían que iban a contar con la presencia de la estrella de estas reuniones: El Abuelo Joan.

El abuelo Joan era un hombre de pasado desconocido. No había nacido en el lugar. Llegó a la villa ya siendo casi un anciano y se había instalado en una casita pequeña donde vivía atendido por una criada casi tan vieja como él, que le trataba con gran reverencia, casi con temor, a decir de algunos.

Se decía que había servido como soldado en los ejércitos del rey en el extranjero. Decían que era capaz de hablar varios idiomas y que, prácticamente ciego, vivía de unas rentas cuyo origen e importe solamente él conocía.

Cuando acudía a las veladas de la plaza del pozo, la gente se alegraba porque era garantía de entretenimiento. Las muchachas más jóvenes se peleaban por atenderle y guiarle a un lugar preferente donde le acomodaban para ofrecerle los mejores trozos de lo que hubieran asado en las brasas, y éste se dejaba llevar y aprovechaba la inocencia de las muchachas poniendo sus manos con disimulo allí donde no debiera. Las muchachas en la mayoría de las ocasiones no se daban cuenta y en las demás no le daban importancia pues no podían ver peligro o mala fe en un anciano que debería superar los setenta años. Una vez acomodado y agasajado, ya transcurrida la mayor parte de la velada,

cuando los más pequeños dormían agotados en el regazo de sus madres, y después de hacerse un poco de rogar, el Abuelo Joan contaba alguna historia que él siempre aseguraba que era cierta, a pesar de que en la mayoría de las ocasiones nadie le creía. Lo cierto es que las historias que contaba nunca se repetían y nunca decepcionaban.

La primera noche que Gafarró acudió a estas veladas de barrio, varias semanas después de su llegada, era una de las que contaba con la presencia anunciada del abuelo Joan. Batiste y Marieta se habían resistido al principio a asistir por cuestiones de luto por el hijo muerto, pero poco a poco la presencia del adoptivo les iba animando y aquella noche, por fin, habían decidido acudir para ayudar a que el joven se integrase en el barrio, ya que todo lo abierto y cariñoso que se mostraba con sus padres era de huraño con los demás vecinos.

Llegaron pronto para tener un buen lugar junto al fuego y estar cerca del abuelo. Carmeta, tan pronto como vio aparecer al trío en la plaza, maniobró para acercarse a Gafarró y dejarse ver por él, aunque éste parecía no prestarle ninguna atención, como si no existiera.

-Buenas Noches señora Marieta

-Buenas noches Carmeta. ¿Estás sola?

-No, mis padres están más atrás, con mis hermanos pequeños. Les he dicho que se acerquen pero mi madre tiene miedo que el pequeño se vuelva a quemar.

-Siéntate con nosotros. Ahí, junto a mi hijo. Gafarró, muévete un poco déjale sitio a Carmeta.

El muchacho se movió inconscientemente para dejar sitio a la mocosa que, entusiasmada se arrebujaba junto al aprendiz, sin dejar de mirarlo, sin dejar de sonreír y sin bajar las cejas.

Al poco apareció por el callejón de los carniceros, que era uno de los que daban a la plaza del pozo, el abuelo Joan. Tentando las paredes y apoyándose en su bastón, avanzando en pasos cortos y vacilantes, su presencia fue aclamada por los asistentes y tres muchachas corrieron brincando a su encuentro. Mientras una le retiraba el bastón, las otras dos se abrazaban a su cuerpo mientras éste las cubría con sus brazos. Gafarró le veía por primera vez. Cabello y barba blancos eran el distintivo más llamativo de su aspecto. A Gafarró le resulto familiar. De alguna manera le recordaba a su abuelo difunto. Sus ojos velados anunciaban su condición de ciego aunque éste todavía podía ver más de lo que sus vecinos sospechaban, pero al abuelo Joan le encantaba explotar su condición de desvalido para dejarse llevar por las muchachas y aprovechar su inocencia, especialmente de la muchacha que hoy caminaba detrás de él llevando su bastón: Estrella.

Gafarró no se había dado cuenta hasta entonces de su presencia, pero a partir de ese momento sus ojos, sus oídos y todo su ser se cerraron para todo lo que no fuese aquella muchacha.

Era bonita sin ser llamativa, pero tenía una aureola de ternura que subyugaba a aquellos que eran capaces de verla. Incluso de lejos llamaba la atención y así había cautivado a Gafarró, pero era de cerca, cuando ponía en uno sus ojos verdes y sonreía con timidez, cuando se apoderaba sin quererlo y para siempre, de aquellos que eran capaces de ver su halo de bondad.

El abuelo se sentó en su lugar de honor, rodeado de sus solícitas sirvientes que se apresuraron en poner en sus manos un trozo de calabaza asada a la que habían quitado las pepitas. Joan comía complacido mientras todas las miradas de los asistentes le observaban expectantes. Bueno todas menos dos: La de Gafarró que no podía dejar de mirar a Estrella y la de Carmeta que no podía dejar de mirar a Gafarró.

Cuando terminó de comer, atendiendo las insistentes peticiones de los asistentes, el Abuelo Joan, al que agradaba hacerse de rogar, carraspeo para aclararse la voz y tras escupir repetidamente a la hoguera empezó su relato.

La lavandera de Santa María

Hace ya más de cien años, vivía en el barrio de Santa María una mujer viuda que tenía tres hijos pequeños. La mujer se ganaba la vida lavando en el río, bajo el puente de San Gregorio, la ropa de los acomodados de la ciudad, comerciantes y terratenientes que dando la ropa a lavar marcaban una barrera de calidad ante los más humildes.

Sus clientes la apreciaban por limpia y el trabajo no le solía faltar, aunque por mucho que lavara nunca alcanzaba para satisfacer plenamente las necesidades de sus hijos. La renta de la casucha en la que vivía, los alimentos y demás contingencias absorbían generalmente todos sus ingresos y al menor contratiempo, se veía en apuros. Por eso, y aun siendo honrada, cayó en la tentación y le sucedió la gran desgracia que ahora conoceréis.

una mañana, cuando se dirigía con su cesta a la orilla del río para lavar la poca ropa que había conseguido para aquel día, fue alcanzada por el hostelero del pueblo que llevaba un fardo bajo el brazo y que corriendo la llamaba por su nombre. El fardo era la ropa manchada de barro de un huésped del hostel y, según le explico entre jadeos, se trataba de un viajero misterioso que le había exigido que le limpiase la ropa y se la dejase perfectamente limpia cuanto antes, pues tenía que presentarse ante señores muy importantes y necesitaba hacerlo en las mejores condiciones de presencia y

dignidad. Así pues, le encomendaba que lavase y arreglase aquellas prendas y se las devolviese cuanto antes, prometiéndole una buena recompensa.

La mujer tomó las ropas esperanzada y se apresuró a cumplir el encargo. Al manipular la capa en la orilla, notó que en el dobladillo había algo duro, como una moneda. Palpó con cuidado siguiendo el dobladillo y descubrió que había más. Contó hasta doce. Separadas a tramos iguales perfectamente disimuladas en condiciones normales eran indetectables. Sólo el examen con la tela mojada las hacía perceptibles. La lavandera hurgó en la más próxima a un extremo y empujándola consiguió sacarla. Efectivamente, se trataba de una moneda de oro. Tenía unos extraños símbolos geométricos que no había visto nunca. La curiosidad dio paso a la codicia y de pronto pensó que si se quedaba aquella moneda, el dueño de la capa no se daría cuenta, al menos de momento, y cuando lo hiciera, sería muy difícil acusarla a ella de la desaparición. Había habido otras manos que habían manipulado la capa, por lo tanto muchas ocasiones para que se produjese la pérdida. Nadie tenía por qué acusarla precisamente a ella. Por otra parte aquella extraña moneda parecía tener gran valor y podría aliviarle durante algún tiempo. Así pues, disimuladamente, la introdujo en una de sus calzas para no llamar la atención de las otras lavanderas y siguió con su trabajo excitada y torpe.

De regreso en su casucha mientras secaba la capa colgándola junto a una hoguera pensaba en lo que había hecho y la codicia y la necesidad pugnaban con el temor. Al final vencido éste, decidió quedarse con la moneda y decir, si

La acusaban del robo, que esta se habría perdido en el río. Devolvió la ropa en el hostel, cobró unos más que generosos honorarios y se marchó a su casa donde sacó la moneda de la calza y se dedicó a mirar el extraño brillo que ahora parecía tener.

Al día siguiente se produjo lo que más temía: El hostelero se presentó en su casa, visiblemente alterado y con voz temblorosa, le decía que el viajero le acusaba de haberle robado una moneda especial que guardaba en la capa y le exigía que se le devolviese o se vería afectado por males inimaginables. Como quiera que él no sabía nada de moneda alguna, se le había ocurrido pensar que tal vez la lavandera supiese algo, pues era la única persona que aparte de él había tenido la capa en su poder, y si así fuera que por favor se lo dijera porque el viajero misterioso se inspiraba un gran temor. La lavandera preparada para esta mentira negó convencida y fue lo bastante convincente para el pobre hostelero que regresó gimoteando al encuentro del huésped que aguardaba impaciente y enfadado. Al saber que la moneda no aparecía el huésped amenazó de muerte al hostelero que de rodillas juraba que no sabía nada de aquella maldita moneda.

El huésped resultó ser el embajador de un país lejano y practicaba las artes de la magia. La moneda que faltaba era parte de una docena mágica que creaba un cerco de invulnerabilidad a quien la vestía y le resultaba imprescindible para sus viajes por el mundo.

En un momento dado extendió la mano sobre la cabeza del hostelero arrodillado que quedó mudo e inmóvil de repente. Trazó unos gestos ondulantes en el aire y ordenó:

-Habla únicamente con la verdad o que tu alma se quemé para siempre en los infiernos!

El hostelero en trance, con voz ajena y monocorde volvió a repetir que nada sabía de la moneda y que solamente la lavandera aparte de él había tenido la capa en sus manos.

Preguntando llegó el mago a casa de la lavandera que en ese momento daba de comer a sus tres hijos. Al ver aparecer al extraño en la puerta de su humilde casa supo que había obrado mal y que se iba arrepentir del robo. Lo que no sabía era cuanto.

El mago se presentó y le preguntó por la moneda. Esta negó con la mentira ensayada. Nada sabía de moneda alguna y en todo caso, si esta faltaba, quizás estuviese en el fondo del río. A pesar de su convicción aparente no engañó al mago que pudo ver en una mirada furtiva dirigida a sus hijos el temor de la culpa. Le reclamó a voces la verdad.

-A mi no me engañas. Devuélveme la moneda de buen grado o tus hijos se convertirán en animales.

Nerviosa pero incrédula ante la absurda amenaza, la lavandera volvió a negar desafiante. De pronto el mago extendió las manos hacia los niños que le miraban con la boca abierta y en una llamarada los convirtió en tres cachorros de jabalí que aterrorizados correteaban por la estancia tropezando entre ellos y su madre. Esta, incapaz de reaccionar los miraba horrorizada sin acabar de creer que lo que estaba presenciando no era una pesadilla. A continuación de rodillas suplicó al mago que les devolviera a sus hijos a lo que el mago dijo que sólo si le devolvía la moneda se podría reunir con sus hijos de nuevo como madre. La mujer sacó la moneda y se la dio al mago, que rencoroso y perverso cumplió su promesa de la manera que la lavandera no imaginó: en lugar de devolver a sus hijos la forma humana, convirtió a la madre también en jabalí pronunciando a continuación las siguientes palabras:

-Así permaneceréis hasta que la pecadora redima al hombre santo y le haga ver la vida con la luz de la verdad humana.

Desapareció en un gesto y dejó a la piara humana desconcertada en la habitación. La madre se sintió reconocida por sus hijos y estos vieron a su madre en la hembra.

El instinto sustituyó a la razón y al anochecer, protegidos por la ausencia de humanos en las calles, ladridos de lejos por algún perro insomne, emprendieron el camino hacia los montes próximos y según cuentan algunos viajeros, se ha

visto a una hembra que va seguida siempre por sus tres jабatos en el valle de la Murta, cerca del monasterio. Llama la atención porque no huye de los humanos y parece ser que sus cachorros no crecen ni ella envejece. Todos tienen en la frente la misma forma circular con unos extraños símbolos geométricos.

8

Al terminar la narración, el público asistente, complacido como siempre, fue retirándose poco a poco. Aunque no era muy tarde, los vecinos asumían que al día siguiente cada cual tenía su afán y no acostumbraban a prolongar las veladas. Algún comentario sobre el relato del viejo Joan, siempre nuevo, alguna broma, alguna recomendación acompañaba a los vecinos en su retirada. Las muchachas conducían al narrador de historias a su casa cercana e ingenuas, se dejaban acariciar por el anciano. Cuando le abría la puerta su criada, le dejaban para regresar corriendo a reunirse con sus familiares que las aguardaban pacientes.

Aún estaban Gafarró y sus padres adoptivos conversando con unos vecinos cuando regresaron las muchachas con Estrella al frente. Gafarró volvió a mirar a la joven y sintió que aumentaba su inquietud. Nunca antes había sentido nada semejante. Sabía lo que era el amor, pero en su versión filial. También había sentido afecto hacia Youcef el viejo, su patrón pirata y por su compañero Hakim (que lejos quedaba ahora su recuerdo), pero nada se parecía a lo que experimentaba en ese momento. Cuando Estrella paso junto a él, corriendo, casi rozándole, sin mirarle, una burbuja tibia le ensanchó el corazón hasta el punto de causarle dolor.

Carmeta a su lado, sin perder detalle de lo que sucedía, como solamente una niña enamorada puede ver, se dio cuenta de lo que pasaba y agachando la cabeza se alejó soltando un gruñido amargo de decepción.

El viejo Joan, se tumbó en el lecho, boca arriba. Sus huesos endurecidos no le dejaban estar de costado. Con los ojos cerrados componía, ahora para él solo,

una historia con la que evadirse de su triste realidad. En esta historia íntima, privada, se veía joven de nuevo y en ella, conocía a Estrella en circunstancias cada vez diferentes y conseguía su amor, se la ganaba. Unas veces de forma heroica otras veces de forma romántica y tierna. Expresaba sus sentimientos hacia ella y se moría de gozo al verlos correspondidos. Terminaba su fantasía en un abrazo en el que sentía derretirse su cuerpo entero y le envolvía una felicidad que extrañamente le hacía pensar que en un momento así no le importaría morir, para que aquella sensación fuese eterna. Cuando terminaba su ensoñación, unas lágrimas amargas caían de sus ojos simétricas, paralelas, cortando sus sienes hasta perderse en sus cabellos.

Mientras tanto, en su casa, Estrella dormía feliz ajena a los sentimientos que despertaba. Ingenua y buena, sólo vivía para ayudar a sus padres, especialmente a su madre enfermiza y agotada por una familia numerosa que había consumido su vitalidad desde hacía mucho. Estrella tenía 14 años, igual que Gafarró pero, a diferencia de otras muchachas de su edad, que tenían la cabeza llena de fantasías, era seria y responsable y no dedicaba ningún momento pensar en amores ni en matrimonios, es más, consideraba el asunto como un trámite vital, como una fase inevitable de su vida que no le producía ninguna ilusión, más bien lo preveía con tristeza porque significaría alejarse de su familia.

Gafarró no podía conciliar el sueño. No dejaba de pensar en aquella muchacha. Tenía que conocerla. Tenía que hablarle. Hasta entonces no se había relacionado con nadie. Encerrado en su casa con sus padres únicamente se ocupaba de su trabajo en el que poco a poco se iba afianzando. Veía a aquellos con los que su actividad exigía relacionarse y casi siempre lo hacía de forma pasiva, monosilábica. Sólo la mocosa de los panaderos, Carmeta, aquella niña molesta y rezongante, que no dejaba de importunarle con sus comentarios, conseguía sacarle algo de conversación que la mayoría de las veces terminaba con un enfado y con un gruñido, extrañamente adecuado.

En el monasterio de Santa María, encogido en su camastro, Fray Tomás dormía con la placidez que sólo los limpios de corazón pueden saborear. Su sueño estaba en ese instante adornado por imágenes maravillosas: Se

encontraba en el Cielo, postrado ante la Santísima Virgen que, mirándole con amor, le llamaba a su lado para compartir la Vida Eterna en Comunión con todos los santos y coros celestiales. El cielo que veía tenía las paredes de turrón, manantiales de leche y miel que fluían en abundancia y mesas colmadas de manjares exquisitos que todos comían con placer sin que menguase nunca su abundancia. Los habitantes de Cielo no caminaban. Volaban grácilmente con hermosas alas ya que el Cielo no tenía suelo, Suspendido entre las nubes sus habitantes sólo tenían que mirar hacia abajo para ver a los seres mortales enfrascados en sus mezquinos afanes. Cerca de la virgen estaba su santo favorito: San Sebastián, que aquí, ya sin flechas clavadas, pero todavía extrañamente semidesnudo le llamaba sonriente.

Carmeta, que compartía la cama con todos sus hermanos, se revolvía molesta pensando en lo que había vivido esa noche y, especialmente por lo que había visto en los ojos de su amado Gafarró y herida, maquinaba planes absurdos con los que competir con su rival, la mustia de Estrella y le permitiesen conseguir para ella sola su cariño. Finalmente, tras varios gruñidos de insomnio consiguió quedarse dormida.

9

El padre de Estrella era labrador. Ferrán se llamaba. Procedía de los Iñigo de Navarra, una de las familias que en el siglo XIV, habían sido traídos a Alzira para repoblar las tierras recién conquistadas y aumentar la presencia de cristianos entre una población que todavía era mayoritariamente musulmana. Varias generaciones después, los Iñigo ya nada tenían de Navarros. Aunque mantenían fuertes vínculos familiares, su integración era absoluta y su apellido, distinto de otros de estirpe catalana, era solamente una peculiaridad accesoría. Buenos trabajadores, honrados y fuertes, eran apreciados por los dueños de las tierras que les contrataban. Ferrán era especialmente estimado, conocía bien su oficio. Se le consideraba un experto, especialmente en el cultivo de los naranjos, que en aquella época estaban generando una riqueza no conocida hasta entonces. Tenía unas parcelas arrendadas en la partida de Barrablet, en la orilla opuesta del río y sus campos eran la envidia y la admiración de todos los vecinos. Trabajaba de sol a sol cultivando sus predios arrendados y aquellos de quien le contrataba. A pesar de todo, a duras penas

conseguía sacar adelante a su familia, que compuesta exclusivamente de hijas, poco podía ayudarle en sus afanes.

Pocos días después de haberla conocido, Gafarró tuvo la alegría de volver a encontrarse con Estrella y que ésta, por primera vez, reparase en su existencia. Ayudaba a su padre a mover unos tablones cuando vio aparecer por la entrada de su casa a un labrador. Venía a encargarse a Batiste que le fabricase una alacena, para lo que le debía ir a su casa a tomar las medidas correctas, pues quería adaptarla al hueco de una escalera interior. Batiste cogió unos cordeles para hacer las medidas y pidió a Gafarró que le acompañase para que viese como debía hacer las mediciones. Al llegar a casa del labrador, salió a recibirles la esposa que iba seguida de Estrella, su hija que llevaba en brazos a la menor de sus hermanas. Gafarró al verla sintió una mezcla de sorpresa y alegría que le volvieron de repente torpe y sordo a las ordenes de su padre.

-¿Qué no me oyes?. Mantén el cordel tenso.

Y Gafarró sin saber qué hacer ni comprender nada miraba alternativamente a Estrella y a su padre.

-¿Pero qué te pasa muchacho?

Y finalmente Gafarró acertaba a hacer lo que le pedía su padre, más por instinto que por razón.

Mientras tanto Estrella miraba al muchacho sin saber que pensar. Parecía estúpido, aunque algo en él le hacía pensar que no lo era. Es más, le hacía sentirse rara, distinta. De alguna manera atraída por él. Había algo en su mirada furtiva que le sugería cosas que ni siquiera lograba imaginar.

Después de aquél día vinieron otros encuentros motivados por el mismo trabajo: nuevas mediciones, ajustes y finalmente el montaje, que dieron lugar a que los jóvenes se fueran familiarizando y empezasen a tratarse. Las reuniones nocturnas en la plaza del pozo, daban pie a que se dirigiesen algunas palabras y si bien en Estrella aquella relación, que no debería ser más

que una amable y superficial amistad, generaba una inquietud que su inocencia aún no sabía identificar, en Gafarró iba enraizando como un sentimiento puro y profundo que él acertadamente identificaba con el Amor Verdadero.

A esta situación, que sólo se manifestaba en sutiles cambios de actitud, muestras de afecto extemporáneas y silencios profundos, no permanecía ajena la madre adoptiva de Gafarró que desde un lugar privilegiado asistía a estos cambios conociendo perfectamente su origen y otorgándole complacida su bendición. Estrella era buena, hacendosa y de una manera especial hermosa. Haría feliz a su hijo sin lugar a dudas. No obstante los muchachos eran todavía muy jóvenes y de ninguna manera se podía aún programar ningún compromiso. El tiempo y la voluntad de Dios permitirían que los jóvenes llegasen en el futuro a formar una familia.

10

Así pues, la vida de Gafarró fue transcurriendo durante algunos años sin hechos dignos de ser contados. Iba creciendo, más en su oficio que en corpulencia y cada día se hacía más imprescindible para su padre que delegaba cada vez más en él sus encargos. Ya no recordaba su vida anterior, Sentía como si siempre hubiese vivido allí, como si su familia actual hubiese sido la única y como si hubiese conocido a Estrella de toda la vida. Ella era el motivo de su existencia. A ella dirigía todos sus actos como si su vida fuese un ritual que no tuviese otro objeto que el de conseguir su cariño y formar con ella una familia.

La gente del pueblo le apreciaba porque se había convertido en alguien amable y servicial y todos eran conscientes de su devoción por Estrella que se hacía más evidente cada día para todos, incluso para los padres de ésta que estaban más que dispuestos a dar su bendición al matrimonio porque veían en Gafarró las cualidades de un excelente artesano, horado y trabajador.

Estrella era la única persona que parecía no participar de la situación. Apreciaba a Gafarró, compartía con el resto de los vecinos la excelente opinión

sobre él, pero ajena a romanticismos y desprovista de toda experiencia amorosa, no sabía aclarar sus ideas y no era capaz de ver más allá. Cuando sus amigas bromeaban sobre Gafarró y sobre su relación con él se molestaba y las despedía airada. No se veía fuera de su familia, de su casa. No era capaz de imaginarse formando una familia con nadie.

Carmeta veía en esta aparente falta de interés de Estrella hacia Gafarró como una oportunidad para conseguir su amor y remoloneaba alrededor del muchacho siempre que podía echándole puyas sobre su situación burlándose de él.

-Gafarró, ¿Por qué no tienes novia? ¿Es que no te gustan las mujeres?. Decía proyectando el busto -¿No te das cuenta de que no le Interesas a Estrella? - Me han dicho que no puede dar hijos y por eso no quiere comprometerse con nadie, seguro que se mete a monja.

-Cállate Carmeta. No digas tonterías. ¿Qué sabrás tú? Anda límpiame los mocos y déjame en paz.

Aquella alusión injusta a su diferencia de edad humillaba invariablemente a la muchacha que se alejaba a grandes zancadas dando gruñidos de celos e indignación.

Un día, muchos meses después de haber llegado a su nuevo hogar, cuando regresaba a su casa después de cumplir un encargo de su madre, Gafarró oyó una voz que le hizo estremecerse de miedo. Desentonaba como la primera vez que la oyó. Era la voz de Bernat Furió, que olvidado su incidente en Llauri, donde fue apaleado por los soldados que buscaban a Gafarró y que se creyeron burlados por el campesino, había recuperado su buen humor natural y montado en su carro se desgañitaba sin pudor cantando todo aquello que se le ocurría. El muchacho temió ser reconocido, e intentó ocultar su rostro pero al ser adelantado por el carretero no pudo evitar devolver el saludo que aquel le dirigía con excesiva efusividad. Pudo comprobar con inmenso alivio que no le reconocía. Al parecer Bernat Furió había enterrado en lo más profundo de su memoria el desagradable incidente y todo lo que con él se relacionaba.

El único enemigo que Gafarró tenía en la ciudad era el Chono. Rencoroso, no había perdonado a Gafarró la humillación que le había ocasionado el día en que éste llegó a la ciudad. Deseaba vengarse y maquinaba constantemente maneras de conseguirlo, pero la vida ocupada de Gafarró, tan distinta de la suya, no daba lugar a que pudiera llevarla a cabo. Sin embargo, no olvidaba, no perdonaba. Ya llegaría su momento.

Un día, su madre, Encarnació la Chona, la prostituta más célebre de la ciudad, apareció muerta en un cañaveral. La habían estrangulado y, como un estigma de humillación, la habían abandonado semidesnuda después de haberle introducido el espigón de una mazorca en la vagina. Era un epitafio macabro de lo que había sido su vida. Quien la había asesinado quería, de alguna manera, justificarse ante los vecinos recordándoles que su víctima no era una ciudadana normal que mereciera consideraciones o lástimas. El Chono tenía veinte años. A los pocos días, malvendió las escasas posesiones de su madre, lió un hatillo con sus pertenencias y se marchó del pueblo que le despreciaba por quién era y por cómo era y, según contaban algunos de sus antiguos compinches, se alistó como soldado en algún tercio del Rey. Una vez apagada la conmoción por el desagradable fin de la prostituta, el pueblo olvidó pronto a su hijo.

Pasaban dos días, los meses y las estaciones y los vecinos del barrio seguían reuniéndose en la plaza del pozo donde se presentaba con frecuencia el abuelo Joan para contarles historias como estas:

11

EL PASTOR

Hace muchos años en esta ciudad vivía un carnicero. Raimon se llamaba. Era un individuo sin escrúpulos, avaricioso y ruin. Su trato con los clientes era despectivo y con su esposa era violento y cruel. No tenía amigos y todos los

que le conocían le despreciaban. Sin embargo la gente no dejaba de acudir a él porque la carne que les vendía, sin duda, era la mejor que se podía comprar en toda la comarca.

Las magníficas ganancias que obtenía no parecían darle ninguna satisfacción, y su humor y malos modales no hacían sino aumentar con el tiempo. Sin embargo, por la noche, mientras su esposa dormía reventada por las duras jornadas a las que su marido la obligaba, descubría una tapa disimulada en el patio trasero de la carnicería, donde guardaba animales vivos antes de sacrificarlos, y sacaba una tinaja cada vez más pesada y se dedicaba a contar las monedas de oro que iba atesorando. Cada vez era más rico y, por tanto, cada vez tardaba más en cerrar la cuenta. Pero allí, acariciando una a una las bellas monedas, se le pasaba el tiempo sin sentir y aunque cada vez dormía menos, no le importaba. El brillo del oro a la tenue luz del candil que llevaba y el suave contacto del metal entre sus sucios y encallecidos dedos le servían como el mejor descanso. Finalmente, reteniendo mentalmente la cifra de su riqueza, cerraba la tapa y se metía en la cama al lado de su derrengada esposa, repitiendo la cifra como una oración hipnótica hasta que finalmente se dormía.

Los más viejos recordarán que antiguamente se hablaba en la comarca del Butoni. Un ser malvado que raptaba a los niños, los metía en un saco y se los llevaba para comérselos. Esta leyenda se usaba para amenazar a los niños desobedientes. Sin embargo, es cierto que a veces desaparecían niños de la

ciudad de forma misteriosa. El sentido común hacía pensar que se habrían ahogado en el río, sin testigos que pudieran dar fe de ello y que la corriente les arrastraría río abajo donde sus restos serían comidos por las alimañas del campo. Sus familiares en principio agotaban desesperados todas las posibilidades de búsqueda. Recorrian los márgenes del río, preguntaban a todos los conocidos para aceptar finalmente, unos antes otros más tarde, la evidencia de la desaparición. Nadie sospechaba que el carnicero Raimon estaba detrás de aquellas desapariciones esporádicas.

Decía a su mujer que se iba a seleccionar carnes exquisitas de los mataderos de los pueblos vecinos. Cogía un par de sacos y se marchaba en dirección de algún pueblo o alquería. Si tenía suerte, encontraba algún niño en lugares solitarios y, bien con engatusamientos o directamente con violencia, los mataba, los descuartizaba enterrando los despojos y metía los miembros despellejados en el saco. Llegaba a su casa más huraño que de costumbre y se dirigía directamente a un obrador que tenía en la parte de atrás donde desmenuzaba los restos hasta dejarlos convertidos en filetes, costillas, y vísceras totalmente irreconocibles. Al día siguiente había género de la más alta calidad que sus ingenuos parroquianos se disputaban mientras comentaban la última desaparición de un niño. El hijo de un labrador modesto que estaba pescando en una ensenada apartada. Una de las parroquianas, vecina de la familia del niño, pedía un poco de aquel género para llevarlo a la madre de la criatura que no quería comer ni dormir hasta que no apareciese su hijo. Quizás aquel manjar le hiciese cambiar de opinión.

Miguel escuchaba los comentarios de la mujer y le cortaba finas lonchas de aquella carne mientras pensaba que paradójicamente el niño iba a regresar al vientre del que había nacido. Le pediría un precio especial. Más caro naturalmente.

Una mañana, Miguel le anunció a su mujer que iba a buscar género especial, pues notaba que últimamente no tenía las ventas que deseaba. Así pues cogió sus sacos y sus cuchillos de carnicero y salió en busca de lo que quería.

Aquel día no había suerte. Seguía el margen izquierdo del río y no veía ninguna posible presa. Llegaría hasta Albalat, pueblo que está a tres horas de camino. Allí cruzaría el río y subiría río arriba hasta regresar a Alzira. Si no encontraba lo que quería, pasaría por la Alquerieta, que era un grupo de viviendas próximo a la ciudad, donde compraría algunos corderos lechales.

Estaba ya a mitad del camino de regreso cuando empezó a sentirse cansado, muy cansado. Así pues a la sombra de un árbol enorme que crecía a la orilla del río se tumbó a descansar empleando los sacos doblados como rústica almohada. Al poco rato estaba dormido.

Le despertó una sensación de frío que le cortaba como un cuchillo. Al abrir los ojos vio que ya era de noche. ¿Cuántas horas llevaba durmiendo?. Casi no reconocía el lugar en el que se encontraba porque aquella noche era la más oscura que nunca hubiese visto. El cielo sin luna ni estrellas. Casi tenía que

andar a tientas. Extrañado se incorporó e inició lo que creía que era el camino a casa.

Caminaba vacilante cuando vio un tenue resplandor que se movía en dirección a su izquierda. Avanzó lo más rápidamente que pudo para ver si se trataba de algún grupo de vecinos que regresaban al pueblo y unirse a ellos. A medida que se acercaba profería grandes gritos para llamar su atención, pero la comitiva no parecía escucharle y el carnicero redoblaba su empeño en alcanzarles.

Por fin les tuvo cerca y pudo ver que aquella comitiva no era lo que él había pensado. Se trataba de un pastor que lideraba un rebaño de animales que no consiguió identificar. No eran ovejas ni cerdos pero le seguían en silenciosa y disciplinada fila sin que éste se preocupase de que se le escapasen. El pastor iba embutido en un hábito con capucha que le cubría la cabeza como las ropas de un monje. Quizás se tratase de un monje del monasterio de Santa María. En realidad no estaba demasiado lejos de allí y parecía que caminaba en su dirección, pues estaban cerca de un paraje que se llama el Xavegó, muy próximo al valle de la Murta.

El carnicero volvió a llamar pero en esta ocasión ya no oyó su propia voz. Asustado lo intentó de nuevo pero sin resultado. Empezó a preocuparse. La inquietud se acrecentó al darse cuenta que el tenue resplandor que le había llamado la atención no procedía de ningún farol que llevase el pastor sino que

venía de éste y de su rebaño que emitían un fulgor fosforescente. De pronto le entró el pánico. ¿Qué era aquello? Al fijarse en el pastor vio que aunque llevaba un extraño cayado, no parecía que caminase. Su avance era suave y regular, sin altibajos. Como si flotase. En cambio el rebaño de extraños animales que aún no conseguía identificar caminaba con torpeza, como si intentase levantarse sobre las patas traseras sin conseguirlo. Dio media vuelta y echó a correr. Tropezando con árboles y arbustos caía una y otra vez. Al cabo de un buen trecho volvió a ver al pastor y a su rebaño. Seguramente desorientado por las caídas y la oscuridad, había vuelto a dirigirse hacia aquello de lo que pretendía huir. Se incorporó de nuevo y se encaminó precipitadamente en dirección contraria, pero esta vez percibió un olor nauseabundo de putrefacción. Aumentó la velocidad, lo que hacía que sus caídas fuesen cada vez más aparatosas. Tras un rato que se le antojó interminable, cuando ya se consideraba lejos de aquello que le inquietaba, volvió a encontrarse otra vez con aquel maldito rebaño. Esta vez venía de frente hacia él. El hedor era ahora insoportable. Finalmente decidió enfrentarse a aquello y se acercó al pastor para interrogarle. Al verlo de cerca vio con horror que su rostro no existía. En su lugar había una calavera de cuyas cuencas vacías salía un fulgor verde que le heló el corazón. El cayado que empuñaba no era sino una quadaña. El pastor pasó por su lado sin mirarle, mientras Miguel pudo ver, horrorizado, que el rebaño estaba formado por hombres y mujeres de aspecto deforme y repugnante, que seguían en procesión al pastor con expresión de miedo, con la mirada extraviada, babeando. De pronto una fuerza irresistible le impulsó a unirse a aquel cortejo

macabro por encima de su miedo y repugnancia, Tomó su lugar al final de la fila y sin darse cuenta, se puso a gatear grotescamente mientras notaba que su pavor alcanzaba niveles de paroxismo. Su cuerpo ahora también emitía el fulgor verdoso del resto del grupo.

Poco más adelante, al llegar a las primeras estribaciones de las montañas del Xavegó, vio un intenso resplandor rojo que salía de una enorme sima que se abría en una extensión casi tan grande como el casco antiguo de la ciudad. Allí el pastor se detuvo y haciéndose a un lado ordenó con un gesto al rebaño que siguiese avanzando para precipitarse en la sima.

Como si una fuerza invisible les empujase, a pesar de que ahora oponían una resistencia agónica que se materializaba en una danza grotesca, uno a uno, los miembros del rebaño fueron cayendo. Raimon lo veía todo pensando que aquello era la peor pesadilla de su vida y que de un momento a otro iba a despertar. Aún pensaba en ello mientras caía hacia aquella luz roja que le quemaba insoportablemente.

A la mañana siguiente un labrador encontró el cuerpo del carnicero bajo el árbol. Todavía parecía estar durmiendo.

Nadie le lloró. Ni siquiera su esposa que, liberada, vendió la carnicería y con lo que consiguió de ella se marchó a vivir a Valencia, donde le quedaban algunos familiares.

Los nuevos dueños de la carnicería no encontraron la tinaja llena de monedas de oro que permaneció escondida durante años hasta que alguien, que lo había perdido todo por ayudar a unas niñas, la encontró para poder cerrar las ventanas de su pasado y cumplir con la misión que su destino le tenía encomendada.

Muchos años más tarde, los parroquianos de Raimon todavía echaban de menos aquella carne deliciosa que de vez en cuando les conseguía.

12

Los habitantes de Alzira sufrían resignados un grave inconveniente que periódicamente les mortificaba: Los desbordamientos del Xuquer.

En otoño, casi siempre, los vientos de levante llevaban nubes preñadas de agua hacia el interior. Estas pronto tropezaban con el brusco ascenso de la orografía todavía próxima al mar y al llegar a capas más altas y frías en la atmósfera derramaban su carga, que en la acusada pendiente hacia la costa, provocaban furiosos caudales en todos los barrancos. Unos antes y otros después llevaban sus aguas al río y acababan saturando su cauce. Entonces lento aunque implacable, el nivel de las aguas crecía e iba rodeando la ciudad-isla haciendo imposible que sus habitantes pudieran encontrar refugio en las montañas próximas.

Los alzireños cuando percibían la crecida se preparaban estoicos a resistir su embate, tomándolo como un tributo inevitable al señor del territorio, a cambio de la fertilidad y riqueza que estas crecidas habían aportado a lo largo de los siglos a toda la comarca de la Ribera. Así pues, buscaban las zonas más altas de la ciudad para acumular a los animales, ponían sobre los muebles los alimentos y las posesiones más valiosas y acudían en grupo a vigilar el avance

inexorable de las orillas del río. Los más pequeños percibiendo algo extraordinario correteaban excitados alrededor de los mayores gritando “que viene la riada”, “que viene la riada”, como si de un juego se tratase.

En la mayoría de las ocasiones, la cosa quedaba en un susto que apenas afectaba a algunas casas que quedaban más cerca de la orilla. Pero había veces en que el agua se adueñaba de la ciudad y no había hogar en que ésta no alcanzase cotas de más de un metro e incluso dos, por lo que los vecinos acababan encaramados en los tejados de sus viviendas, envueltos en mantas, confiando angustiados en que el nivel de las aguas dejase de crecer mientras iban haciendo un inventario mental de las pérdidas. Animales y cosechas, grano almacenado, enseres, todo.

Cuando finalmente se retiraban las aguas, un manto de barro y cañas cubría las calles y los habitantes descendían silenciosos a encontrarse con su triste realidad y a iniciar un ciclo nuevo de escasez y miseria del que sabían por experiencia que saldrían con bien.

Era el 19 de Octubre de aquel año. Las lluvias no habían sido especialmente intensas en la comarca pero en el interior, había descargado una cantidad de agua que ni los más viejos recordaban y el río venía furioso y abundante por los cañones que desembocan en Antella, antes de abrirse a la explanada de la comarca de la Ribera.

Por la tarde en la ciudad el nivel era más que preocupante y una premonición macabra se extendía entre todos los vecinos que, sin saber explicar por qué, se sentían especialmente amenazados en aquella ocasión. Así lo percibió Gafarró que, habiendo vivido ya alguna riada menor, presentía que en aquella ocasión venía algo que recordaría siempre. Su padre ya había dispuesto sus herramientas en los estantes más altos, su madre se había ocupado de amontonar muebles y enseres y de meter en cestas la comida que tenían. Era un protocolo no escrito que los alzireños sabían de memoria, pero había algo en el aire que les tenía más taciturnos que de costumbre. Había motivos para ello.

Al anochecer el agua había alcanzado casi todas las calles de la ciudad. Sólo los hombres se atrevían a chapotear por las calles para interesarse por los animales que habían reunido en la zona más segura, aunque algo les decía que en aquella ocasión de nada les iba a servir, por lo que finalmente regresaban a sus casas y se disponían a pasar aquella riada lo mejor posible. Ya de noche, en los tejados, viendo como el agua alcanzaba cotas imposibles, escuchaban angustiados algunos gritos desesperados de personas que, habiendo llegado el agua hasta el tejado de sus casas, eran arrastrados por la corriente mientras intentaban desesperados aferrarse a cualquier cosa que flotase a su alrededor. Sin poder ayudarles, los afortunados que tenían casas más altas, se acurrucaban en sus mantas fingiendo no oír y preguntándose cuando les iba a tocar a ellos.

Gafarró estaba desesperado. Sabía que la casa de Estrella no era muy alta y temía que ella pudiera ser alguna de las víctimas de las aguas. No sabía qué hacer. Pensaba en tirarse al agua y nadar por las calles donde la corriente era menos fuerte. Finalmente el sentido común se imponía y decidía esperar un momento más propicio. Aquello no podía durar mucho más.

Pero las aguas no bajaban. Parecía que el mar estuviese invadiendo la tierra. El amanecer nublado les descubrió que el agua había invadido todo el paisaje hasta donde alcanzaba la vista y los vecinos, a medida que se iban reconociendo se informaban a gritos de daños y desapariciones. Así supo Gafarró que a Ferrán, el padre de Estrella, le había sorprendido la riada en el campo de Barrablet a donde había acudido para apuntalar la inminente cosecha de naranjas y que los daños que la riada produjese fuesen los mínimos. Sorprendido por la rápida crecida, no había podido regresar porque el puente de San Gregorio estaba ampliamente superado por el nivel de las aguas. La angustia de Gafarró aumentó al imaginar el pesar de su amada y sin esperar más se lanzó al agua y unos tramos nadando y otros aferrándose a las casas se fue acercando a casa de Estrella sin que los lloros de su madre ni las maldiciones de su padre quebrasen su determinación.

Cuando tuvo la casa de Estrella a la vista, sintió una oleada de alivio al verla abrazada a su madre y hermanas. Todas lloraban, ya casi sin fuerzas, por el padre ausente al que imaginaban ahogado. Al ver aparecer a Gafarró

encaramándose por la cornisa del tejado, desencajado, gritando su nombre, Estrella comprendió con naturalidad, sin sorpresas que aquel muchacho, al que sólo había considerado como un amigo fiel, formaba parte de su vida, de una vida que no tendría ningún sentido sin él y dejando a su madre y a sus hermanas se fundió en un abrazo con el muchacho, al que sintió todavía más menudo de lo que lo imaginaba, con el que selló el pacto de amor y vida más fuerte que ningún sacramento, ceremonia o documento pudiera hacer jamás. Gafarró temblaba de felicidad y de frío y, otra vez, como cuando contó sus orígenes a Fray Tomás en la capilla verde lloró inconteniblemente por aquella bendición que le transportaba a los días más felices de su infancia.

Las aguas tardaron dos días en bajar a niveles en los que la gente se pudiera mover por las calles. La situación era desastrosa. La mayoría de los animales habían muerto ahogados. Muchas casas de adobe y barro se habían disuelto literalmente en las aguas. La mayoría de los enseres habían quedado inservibles o habían sido arrastrados por las aguas. Aquello no se iba a superar como se habían superado otras riadas. Porque además habían muerto ahogados muchos vecinos. Entre ellos no estaba afortunadamente el padre de Estrella. Éste a ver que no podía regresar a su casa y temiéndose lo peor, había buscado el árbol más alto del lugar, un nogal, y encaramado en las ramas más altas había pasado los dos días de la riada maldiciéndose por haber dejado sola a su familia, por salvar parte de una cosecha que había sido finalmente sepultada por las aguas.

Aquel invierno fue muy duro. La escasez de alimentos hizo que algunos habitantes de la ciudad, perdido ya todo su patrimonio, buscasen otros lugares donde vivir. Los que quedaron aunque poco a poco fueron recuperando su actividad vivían con muchas carencias. Las enfermedades se cebaron con los más débiles y por si fuera poco en el mes de enero cayó una nevada de las que son raras de ver en las orillas del Mediterráneo que arrasó las pocas cosechas que se habían salvado.

Pero todo aquello no parecía afectar a Gafarró y a Estrella que vivían en un pequeño universo, como una burbuja de cristal en la que sólo cabían ellos dos y desde la que veían a los demás distantes y ajenos. Sus familiares y vecinos les contemplaban con simpatía cuando les veían sonreírse con arrobos y

caminar juntos, ajenos a todo lo demás. Solamente Carmeta les veía de manera diferente. No se resignaba a perder a su amado Gafarró y cuando pasaban junto a ella sin prestarle ninguna atención no podía evitar que su pecho dolorido generase gruñidos de odio y desengaño.

LA TRAGEDIA

1

Pasaron los meses. Era una noche de Julio, calurosa. Los habitantes de Alzira buscaban a la intemperie el frescor de la noche que se mostraba remiso en aparecer. Sentados en las puertas de sus casas compartían las primeras sandías de la temporada y los niños que aún no dormían correteaban por la calle alborotando con sus juegos a los adultos que, tolerantes, les permitían participar de aquellas veladas semifestivas, forzadas por el calor.

Gafarró y Estrella estaban sentados, cerca de la casa del muchacho en la orilla del río, mirando el reflejo de la luna llena en las aguas tranquilas. La noche hermosa sólo presagiaba felicidad pero ocultaba entre sus pliegues muerte y desgracia.

Aquel día, el muchacho había trabajado después de cenar hasta que llegó Estrella a buscarle acompañada de sus hermanas pequeñas que jugaban en ese momento, excitadas y felices, con los demás niños del barrio. Gafarró, sin quitarse el mandil que usaba tanto para proteger sus ropas como para tener alguna herramienta pequeña a mano en los bolsillos, había dejado de inmediato su trabajo y se había dejado llevar por Estrella para compartir, casi sin palabras, el tiempo que podían estar juntos.

Alguien llegó corriendo al lugar donde se encontraban para sacar a los enamorados de su ensoñación: había una pelea en la taberna del tío Josep. Estaban maltratando a Batiste.

Gafarró corrió hacia su casa arrastrando a Estrella que, igual de alarmada que él, apenas podía seguirle. Al llegar a su casa vio a su madre llorando y maldiciendo al mismo tiempo. Al parecer dos soldados que disfrutaban de unos días de licencia, estaban dando una paliza al pobre carpintero que, borracho, había osado hacer un comentario sobre una partida de naipes. Los soldados estaban desplumando a dos incautos que, en una mezcla de torpeza y miedo, asistían mudos a su propia ruina. Uno de los soldados había amenazado a Batiste y al no encontrar en éste el miedo y la retractación que esperaba, había empezado a golpearle. El calor de la violencia le había descontrolado y ahora, el soldado y su compañero que se le había unido estaban dejando al padre de Gafarró bastante maltrecho. Los demás parroquianos, tres o cuatro clientes habituales, asistían aterrorizados al espectáculo. Nadie hacía nada por proteger al carpintero que sin duda iba a morir, víctima de aquellos pendencieros.

Gafarró llegó corriendo a la taberna. El temor casi no le dejaba respirar pero al ver a su padre encogido en el suelo, intentando, ya casi sin fuerzas ni consciencia, protegerse de las puntapiés de los soldados, se abalanzó sobre el primero de ellos que, empujado por sorpresa, fue a golpearse con la cabeza en el borde de una de las mesas y cayó aturdido boca arriba. El otro soldado, el que había comenzado la pelea, tras la sorpresa inicial de ver a aquel pequeño energúmeno derribar a su compañero, reaccionó de inmediato y se dispuso a castigar a aquel entrometido que, a buen seguro, iba a pagar cara su osadía.

Se enfrentó a él cuando éste se disponía a atacarle. Dos palmos más alto, el soldado pensó en un principio que iba a tener una presa fácil, pero cuando pudo ver sus ojos, sintió la vieja inquietud que algunas veces había percibido en el combate. Aquella mirada sin vida en el adversario que le indicaba que había traspasado el umbral del miedo y la prudencia y que, ajeno a todo razonamiento, había tomado el camino sin retorno de la lucha cuerpo a cuerpo: matar o morir.

Resistió el primer embate del muchacho con más dificultad de la que preveía y atacó de inmediato para descubrir que el canijo se le escabullía con demasiada facilidad para ser un civil con delantal. Los amagos y las fintas se alternaban y el soldado veía, cada vez con más temor, que aquel muchacho era un peligro mucho mayor de lo que había imaginado. El muchacho iba creciendo en furia y fuerza y golpeaba, arañaba y mordía a su adversario que pronto pensó que, para salir de aquella situación, tendría que recurrir al cuchillo que llevaba oculto, y que nunca hubiese pensado necesitar en una pelea contra un mequetrefe como aquel. Así pues, de pronto apareció en su mano el cuchillo que, hambriento de vida, buscó la de su adversario en un movimiento ascendente que apuntaba el vientre del chico. El muchacho a duras penas pudo esquivarlo. Al ver el arma en la mano del soldado, Gafarró recordó que tenía un formón en unos de los bolsillos del delantal por lo que lo sacó de inmediato, esgrimiéndolo como una grotesca aceptación de las nuevas reglas de una desigual pelea.

Mientras tanto el otro soldado se iba recuperando del golpe en la cabeza y se estaba incorporando con dificultad, mientras veía incrédulo a su camarada pasando apuros contra aquel muchacho, que debía ser quien le había empujado a traición. La pelea se desarrollaba ahora en términos más ventajosos para el soldado. Su mayor envergadura, y la longitud y el filo de la única arma auténtica que intervenía en la contienda estaban haciendo perder terreno al contrincante, que esquivaba como podía las cuchilladas y sólo oponía puntadas del formón que hacían sonreír al soldado. En un momento dado, éste acorraló al chico en una esquina de la taberna y se dispuso a apuñalarle. Gafarró, viendo que no tenía escapatoria encogió el cuerpo y embistió al soldado. El rufián, que no esperaba el ataque, lanzó una cuchillada descendente que cortó la magra nalga izquierda del muchacho de arriba a abajo mientras que éste, a su vez, abrazando sus muslos, le levantaba en vilo con un aullido inhumano y le volteaba sobre sus hombros en un alarde absolutamente increíble de fuerza.

El soldado cayó al suelo de espaldas y abrió la boca para iniciar un grito de dolor y rabia. El grito apenas nació en su garganta pues, tal como el soldado pudo ver desde su posición invertida, Gafarró, empuñando el formón con las dos manos se lo clavó profundamente en su boca abierta. La punta de la

herramienta atravesó con facilidad el velo del paladar para seguir avanzando hasta la base del cráneo donde cortó la nuca. El soldado murió en el acto mordiendo el mango del formón en un espasmo, mientras sus ojos muy abiertos mantenían una expresión de incredulidad y miedo.

Gafarró se incorporó lentamente y se quedó paralizado, laxo, ausente. Miraba sin verlo el cadáver de su enemigo y revivía recuerdos y sensaciones que había enterrado muy profundamente en su interior. Su vida de pirata que ya había olvidado como si de un mal sueño se tratase, volvía a aparecer como si nunca hubiese terminado. Ya no sabía cuál era su realidad presente. ¿Seguía siendo un pirata que había soñado una vida feliz, o era aquello que tenía delante una cruel pesadilla de la que estaba esforzándose por despertar?.

Los parroquianos de la taberna asistían mudos a la escena que nunca olvidarían. Nadie se dio cuenta de que el otro soldado, ya casi recuperado, se aproximaba titubeante por la espalda de Gafarró con su cuchillo en la mano. Tampoco se explica nadie de donde salió la pequeña Carmeta, la hija del panadero, que se encaramó ágil a una mesa llevando un taburete en las manos. Con un movimiento rápido levantó el taburete sobre la cabeza y lo descargó con todas sus fuerzas en la del soldado que nunca sabría cómo ni quien le había matado.

Mientras el segundo soldado sufría sus últimas convulsiones, Carmeta, saltando de la mesa cogió una mano de Gafarró y suavemente, en silencio, le llevó fuera de la taberna mientras los espectadores de la tragedia empezaban a reaccionar atendiendo al pobre Batiste que sollozaba en el suelo semiinconsciente, ajeno a todo lo que había sucedido.

Camino a casa, Carmeta y Gafarró tropezaron con Marieta y con Estrella que, presintiendo una desgracia, acudían abrazadas llorando a la taberna, seguidas de lejos por algunos vecinos curiosos. Al ver a su hijo conmocionado, ausente, Marieta temió lo peor y redoblo su llanto mientras Estrella corría a abrazarle y a llenarle de besos, alarmada por su indiferencia, por su falta de respuesta.

Carmeta, sin soltar la mano de Gafarró, asistía al encuentro como un apéndice ajeno y perturbador. Alguien informó a Marieta de que su marido

estaba vivo, aunque su estado era preocupante y corrió a la taberna a atenderle. Al entrar vio que el tío Josep, estaba dirigiendo a sus clientes que obedecían sin rechistar

-Sacad a los soldados de aquí. No quiero muertos en mi taberna.

-¿Pero qué hacemos con ellos?, preguntaba uno de ellos

-No sé. Dejadlos en la calle. Los alguaciles se harán cargo de ellos.

-Podríamos dejarlos en la orilla del río. Apuntó otro.

-¿Para qué?

- Tal vez crean que se han matado entre ellos. Contestó

Una idea empezó a tomar cuerpo en las mentes de los presentes. Los alguaciles buscarían al causante de las muertes, y aunque la culpa de aquel altercado y sus consecuencias era totalmente achacable a las propias víctimas, no tenían dudas de que Gafarró y Carmeta iban a tener muchos problemas con la Justicia. Así pues, si todos guardaban silencio, las autoridades no tenían por qué saber la verdad. En definitiva solamente habían muerto dos matones y no era justo que pagasen por ello quienes únicamente habían actuado en defensa de sus seres queridos. Dicho y hecho. Como si una orden silenciosa hubiese recibido cada uno de ellos, los parroquianos del tío Josep levantaron los cadáveres y los condujeron al cercano puente para dejar sus cuerpos junto a la orilla, no sin antes tomar la precaución de retirar de la boca del primer muerto el formón para no dejar pruebas incriminatorias.

El tío Josep, mientras reordenaba las mesas de su taberna, iba perfilando la versión que iban a dar de lo sucedido: Los soldados después de haber golpeado a Batiste, habían hecho lo propio con su hijo y, finalmente, asustados por lo ocurrido y las consecuencias que ello podría acarrearles, se habían marchado precipitadamente. Iban algo bebidos, habían conseguido buenas ganancias en el juego y probablemente habían discutido por el reparto. Excitados todavía por la violencia de la pelea, se habían atacado

mutuamente y habían acabado los dos muertos. Para eso habría que poner el cuchillo de uno de ellos, que todavía estaba en el suelo de la taberna, clavado en la boca del otro y a éste, ponerle un buen pedrusco en la mano para justificar el descalabro de su compañero.

La verdad es que no era un plan muy brillante, apenas se sostenía y cualquier indiscreción podía echarlo al traste, pero no se le ocurría otra cosa mejor. Pensó también en hacer desaparecer los cuerpos. Pero ¿Cómo?. Si los echaba al río iban a aparecer más pronto o más tarde y en este caso no habría ninguna versión que ofrecer. Las investigaciones probablemente conducirían a su taberna y se sospecharía que habían sido asesinados y que el o los asesinos habían intentado hacer desaparecer los cuerpos. Enterrarlos sería otra opción pero ¿Dónde? Alguien ajeno a lo sucedido podría verlo y entonces su implicación sería incuestionable. Quizás tuviese que pagar él mismo por los crímenes que no había cometido. En cuanto a los testigos de la pelea, eran todos conocidos y de confianza. Estaba seguro de que sabrían corroborar su versión. En cualquier caso, Gafarró y Carmeta tendrían que abandonar la ciudad por algún tiempo mientras veían como se desarrollaban las consecuencias del incidente y, en cualquier caso, esperar a que el asunto se fuera olvidando.

2

Gafarró estaba de pie en su casa, apoyado en la pared pues no se podía sentar. Todavía ido, Estrella no dejaba de acariciarle y besarle ni Carmeta le soltaba la mano que aferraba como un tesoro conquistado al que no pensaba renunciar. Llegó su madre que aunque soltaba todavía algún sollozo, parecía más tranquila. Iba dirigiendo la pequeña comitiva que transportaba el maltrecho cuerpo de su marido.

-Dejadlo en la cama. Con cuidado.

Le quitó parte de la ropa y empezó a reconocerlo. Palpando con cuidado sus contusiones. Calibrando su gravedad por la intensidad de los gemidos que soltaba el pobre Batiste, todavía más borracho que magullado.

No había preguntas. No había reproches ni alabanzas. Tenían un problema y había que pensar en cómo resolverlo.

Por su parte el tío Josep ya había aleccionado a los pocos testigos directos de la trifulca, y confiaba en que finalmente, se corriera la voz de la versión que había inventado.

Al día siguiente alguien descubrió los cadáveres y fue a dar cuenta de inmediato a la autoridad. Los alguaciles levantaron los cuerpos y, tras unas breves pesquisas, tropezaron con la versión que había preparado el tío Josep. Dándola por buena, sin más ganas de complicarse la vida, pensaron en dar aviso a las guarniciones más próximas para que identificasen y se hiciesen cargo de los soldados. Uno de los alguaciles fue enviado al castillo de Corbera, por ser la guarnición más cercana. Allí supo que los soldados que, efectivamente, habían pasado por allí el día anterior, venían de la fortaleza de Cullera a cuya guarnición pertenecían sin duda. De inmediato el alguacil se encaminó a esta ciudad costera que se encontraba a un par de horas de marcha.

3

Ese mismo día había salido del monasterio de Santa María Fray Tomás, el monje protector de Gafarró. Se dirigía hacia la ciudad con una misión diferente de la que le llevaba habitualmente allí. En esta ocasión no llevaba productos de la huerta o de la granja del monasterio que vender. Se trataba de algo mucho más importante.

En el Monasterio, el padre prior, su primo, no dejaba de pensar en él. Había dudado hasta el último momento en suspender el encargo. No sabía si el monje estaría a la altura. Por supuesto que tenía la capacidad comercial suficiente, es más, no había nadie en el convento, ni siquiera él mismo que le superase en ese aspecto. Pero desgraciadamente aquella era la única cualidad que el Señor había otorgado al pobre Tomás. Para todo lo demás el monje era un pobre iluso, lleno en exceso de fervor religioso que apenas le hacían capaz de comprender el mundo real. En un principio, iba para acompañar a Fray Eusebio, el carpintero del monasterio, que era quien tenía la mayor parte de la

responsabilidad en el encargo, que consistía en seleccionar los troncos de madera de roble necesarios para la fabricación de un retablo que Don Pedro Vich, noble valenciano que era el principal protector del Monasterio, había encargado al famoso artesano Miguel Orliens.

La única misión de Fray Tomás era acompañar al carpintero del monasterio para negociar las mejores condiciones de compra y, sobre todo, para no dejarse engañar en las cuentas. Desgraciadamente fray Eusebio había tenido un accidente el día anterior y se había roto una pierna por lo que resultaba imposible su salida del monasterio. Lo lógico hubiera sido suspender el viaje hasta que éste se hubiera restablecido, pero Don Pedro Vich se encontraba más que dispuesto a ver sus deseos realizados y el padre prior no deseaba contrariarlo. No sabía cómo resolver el problema. Necesitaba a alguien que entendiese de madera y que supiese seleccionar el material más adecuado pero en el convento no tenía a nadie más. Finalmente, fray Tomás, perfectamente al tanto de la situación encontró una solución que le sorprendió, no tanto por su ingenio sino por venir de quien venía. En la ciudad había un carpintero experto, Batiste Fuster, a quien conocía de sus constantes viajes a la ciudad, que había hecho algunos trabajos notables, tanto en la iglesia de Santa María como en la de Santa Catalina que en aquel momento estaba en plena fase de reconstrucción. Era un artesano reputado y sin lugar a dudas accedería a acompañarlo a cambio de una buena recompensa y sería un magnífico asesor para sus fines. Así pues, tras no pocas dudas e infinidad de consideraciones, el padre prior accedió y encomendó a Fray Tomás que fuese a buscar al carpintero e intentase convencerle para cumplir el encargo.

Fray Tomás iba repitiendo mentalmente las instrucciones que había recibido mientras disfrutaba del dulce frescor de aquella mañana de verano: Tenía que viajar con Batiste río arriba hasta llegar a la pequeña ciudad de Cofrentes, necesitaría unas cinco o seis jornadas de viaje. Allí tenía que negociar la compra de unos troncos de roble para el retablo. Acordaría un pago a cuenta y contrataría a los gancheros que habían de transportar los troncos por el río hasta Alzira, donde haría efectivo el pago del principal de la operación. Una vez en la ciudad, los troncos se convertirían en bloques y tablones de tamaño adecuado para el artista y serían trasladados al monasterio para terminar el trabajo y proceder a su montaje.

Tras atravesar el puente de San Agustín, fray Tomás dirigió su carreta hacia la casa taller de Batiste Fuster y al llegar a la puerta saltó al suelo y entró en la casa con un alegre

-A la paz de Dios

Extrañado por que nadie le respondiese se adentró al patio trasero que hacía las veces de almacén y vio a Gafarró sentado en una extraña posición, en silencio, absorto en sus pensamientos.

-Hola muchacho, dijo con alegría. ¿Qué pasa? ¿Dónde está tu padre? Tengo un magnifico negocio que proponerle.

-Está en su habitación, maltrecho. Mi madre está con él cuidándolo.

-¿Qué ha sucedido?. ¿Ha tenido algún accidente?

Gafarró le refirió la mezcla de borrosos recuerdos que le atormentaban. La pelea, la muerte, el miedo a las consecuencias. Horrorizado, fray Tomás entró en la habitación donde Marieta, llorando quedamente atendía a su marido. Éste, medio inconsciente, apenas acertaba a articular algunas palabras entre gemidos. Sin embargo, el curandero que le había visitado no temía por su vida. Sólo era cuestión de reposo y paciencia. El tiempo acabaría por sanarle, o al menos eso esperaba. Así pues, cubierto este frente de preocupación, fray Tomás volvió al más grave: el homicidio.

-¿No pudiste evitarlo, hijo mío?

- No tuve más remedio. Tenía que salvar a mi padre.

-¿Pero cómo pudiste vencer a dos soldados?- Preguntó el monje para recordar de inmediato el autentico pasado de Gafarró

-Carmeta me ayudó. Golpeó al segundo de ellos con un taburete cuando me iba a atacar por la espalda. Me salvó la vida.

-Así pues, también ella está implicada. ¿Qué será de vosotros ahora?. Seguramente los alguaciles vendrán a prenderos.

Gafarró le contó la versión que había inventado el tío Josep y que al parecer estaba calando en la creencia general. Ya habían encontrado los cadáveres y en principio nadie se había interesado por ellos. No obstante temía que en cualquier momento, una mínima indiscreción de alguno de los testigos, desvelase la verdad y acabasen descubriéndolos, así pues, su situación era bastante preocupante.

El muchacho no temía por él, sino por las consecuencias que su detención provocaría. Temía por Estrella, a la que no podría hacer feliz, como era su mayor deseo. Temía por sus padres que quizás no soportarían la nueva pérdida de un hijo y temía por Carmeta, aquel apéndice molesto de su vida, que no había dudado en jugarse la suya por defenderle. Su acción le había impresionado y conmovido. De repente la muchacha había adquirido una dimensión diferente ante sus ojos: le había salvado de una muerte más que probable. Había tenido el valor que ninguno de los testigos mudos de la reyerta había tenido y lo había tenido por él, que tanto la había menospreciado. Ahora pensaba en ella con temor por su destino pero también con gratitud y admiración. Según le había informado su madre, que había ido a interesarse por ella a la panadería, estaba encerrada en su habitación y no quería hablar con nadie. Sus padres estaban confundidos y enfadados por su acción que tantos problemas les iba a acarrear, aunque en el fondo admiraban el valor que no sospechaban en su hija. No sabían que el valor de Carmeta sólo era una manifestación de su amor desesperado y primario.

4

Fray Tomás estaba abrumado por los acontecimientos. Su pobre cabeza no digería tanta tragedia. Su mayor preocupación ahora era intentar resolver el aprieto en que se encontraba su querido ahijado, pero no era capaz de ver ninguna luz en las sombras que le acosaban. Así pues, permanecía en silencio, sentado junto a Gafarró que buscaba también sentarse una posición en la que la herida en el glúteo no le molestase demasiado.

Al cabo de un tiempo, por romper el silencio que le impedía evadirse de su preocupación el muchacho preguntó:

-¿Qué noticia o que negocio venias a proponer a mi padre, fray Tomás?

El monje le refirió con desgana el encargo que llevaba y que ahora le parecía insignificante en comparación con el grave problema inmediato en el que se estaba implicando.

-Pues por ahora no podrá ser. Le dijo Gafarró. Al menos hasta que mi padre se restablezca. A no ser que encontréis a otro carpintero experto dispuesto a acompañaros, lo cual me parece difícil pues ahora mismo están todos ellos comprometidos en la reconstrucción de la Iglesia de Santa Catalina.

En ese momento, el monje cambió su expresión. Parecía que iba a sufrir uno de sus ataques, pero no. Su rostro dibujó una gran sonrisa y exclamó:

-Tú. Tú serás el carpintero que me acompañe. Estaremos varios días fuera y si las cosas se tuercen no te podrán apresar. Estarás a salvo. Si te descubren, tendremos tiempo de buscar alguna solución.

Gafarró quedó meditando sobre la situación. La idea no era descabellada. Alejarse de la ciudad con un pretexto razonable era la mejor solución inmediata. Su madre se bastaría en su ausencia para atender a su padre. Además podría contar con la ayuda de los padres de Estrella que ya casi se consideraban de la familia. La situación económica de Batiste y Marieta les permitiría vivir una buena temporada aunque no tuviesen ingresos nuevos y, finalmente, Gafarró ya era considerado un buen carpintero y aunque todavía no tuviese la maestría de su padre, se veía sobradamente capacitado para asesorar al monje en la elección de los troncos de roble más apropiados.

Así pues, Gafarró y fray Tomás se aferraron a aquel hilo de luz y empezaron a perfilar los planes inmediatos. En ello estaban cuando de pronto les sorprendió oír un gruñido de alegría y esperanza.

-Carmeta-, exclamaron al unísono antes de volverse para verla en la estancia junto a la puerta abierta.

Gafarró no la había tenido en cuenta. Avergonzado intentó decir algo pero la muchacha no le dejó abrir la boca

-Yo también iré con vosotros.

-Pero.. ¿Cómo? ¿Y tus padres?

-Gafarró, si algo se sabe yo también pagaré las consecuencias. Tenéis que llevarme con vosotros.

Fray Tomás y Gafarró se miraban indecisos. ¿Qué hacer? La muchacha estaba en lo cierto, pero no acababan de encajarla en la situación. Intentaron disuadirla pero sin demasiada convicción. Ella tenía razón. Corría tanto peligro como el muchacho y no era justo abandonarla a su suerte. ¿Qué dirían sus padres? ¿Cómo lo explicarían a los demás?. Éste era un problema nuevo en la solución que habían encontrado. Por su parte Carmeta, a medida que iba tomando conciencia de sus perspectivas se iba ilusionando cada vez más. Estaría a todas horas con su amado, aunque fuese sólo por unos días. Le tendría para ella, aunque él no se diese cuenta, lejos de la influencia de Estrella y ¿Quién sabe? Tal vez las circunstancias le diesen la oportunidad de conquistar el corazón de Gafarró. Así pues el día que había amanecido sofocante y ominoso, se iba tornando brillante y fresco en su corazón.

Hablaron con los padres de Carmeta y estos en principio se negaron en redondo. No era cuestión de decencia o murmuraciones de vecinos. Los humildes no se dejaban llevar por los convencionalismos. Era una cuestión práctica: Carmeta era una ayuda inestimable para sus padres y estos se resistían a prescindir de ella. Finalmente las reflexiones de Gafarró y fray Tomás y, sobre todo, el cariño hacia su hija y el temor de perderla, les hicieron claudicar.

Por la tarde, Gafarró acudió a casa de Estrella para informarle de sus planes. Al entrar en casa, su padre Ferrán, le miró con cierta aprensión. Quería al

muchacho pero no dejaba de pensar que su conducta, que consideraba más que justificada, les podía acarrear problemas así que al conocer su intención respiró aliviado. No le ocurría lo mismo a Estrella que se resistía a separarse de él un solo día y temía que si se separaban quizás ya no volviesen a verse jamás.

-Pero ¿por qué piensas eso amor mío?. Nada ni nadie podrá separarme de ti. Además, solamente serán unos días para ver cómo se desarrolla todo.

-¿Y Carmeta? ¿Por qué tiene que ir contigo?

- No hay más remedio, después de lo ocurrido no puedo dejarla a su suerte.

Estrella también sentía gratitud hacia Carmeta por haber salvado a Gafarró, pero presentía cuales habían sido las auténticas razones que habían movido a la muchacha y aunque se consideraba con razón mucho más hermosa que esta y estaba completamente segura del amor de su novio, temía que aquellas razones pudiesen encontrar recursos y oportunidades para arrebatarle su amor.

5

En ese momento, en Cullera, el capitán Martorell tenía conocimiento de la muerte de sus dos soldados. El alguacil de Alzira le había encontrado ejercitándose en el patio de armas, como solía hacer todas las tardes para matar el tedio.

Después de su impresionante llegada a la ciudad, precedida por los macabros trofeos de las cabezas de los piratas que había encontrado por casualidad cuando llegaba a Cullera para organizar su defensa, apenas había tenido ocasión de volver a enfrentarse a ellos. Había organizado un exitoso sistema de patrullas de vigilancia que inducía a los piratas a buscar otros objetivos, por lo que la vida militar en la zona era una sucesión de rutinas castrenses que empezaban a resultarle insoportables.

Al enterarse de lo ocurrido decidió hacerse cargo de la situación personalmente. Ordenó al sargento Bofarull, con quien se ejercitaba habitualmente, que preparase para el día siguiente una carreta adecuada para transportar los cadáveres y dispusiese de una escolta de dos hombres para acompañarle.

-Tenemos un soldado que ha vivido en aquella población toda su vida. -Dijo el sargento. -El os puede servir bien pues probablemente conozca a la mayor parte de los habitantes.

-¿Quién es? Preguntó el capitán

-Miquel García, el soldado al que le falta media oreja.

Martorell torció el gesto. No le gustaba el individuo. Era pendenciero, malcarado e irrespetuoso. Había que reprimirle constantemente. Apenas tenía amigos, sólo dos o tres soldados de los más débiles que le seguían habitualmente más por miedo que por afecto. Había recibido innumerables quejas de la población civil que sufría sus borracheras y desmanes y el Capitán estaba considerando seriamente expulsarle del ejército. No obstante, pensó Martorell, en esta ocasión me puede ser de utilidad, así que decidió aceptar la propuesta.

-Que esté todo preparado al amanecer. Quiero estar de vuelta en el castillo antes de que anochezca.

LA HUIDA

1

Al amanecer de ese día Gafarró y fray Tomás preparaban la carreta que iba a llevarles a su encomienda. Llevaban comida y agua para varios días, pertrechos para cocinarla y cubriéndolo todo algunas mantas y telas embreadas para protegerse de las inclemencias del tiempo. Marieta y Estrella les despedían con innumerables recomendaciones mientras la mula paciente aguardaba la orden de marcha. Finalmente el muchacho se pudo desembarazar de Estrella que en un ataque de pánico se resistía en el último momento a dejar partir a su amado. Enfilaron la calle hacia el puente de entrada a la ciudad por donde Gafarró había llegado a su nuevo hogar por primera vez. Pasaron por la taberna del tío Josep donde todo había sucedido. Éste en la puerta del establecimiento, les despedía con un gesto discreto. Atravesaron el puente y torcieron a la derecha, hacia el sur, en dirección a la iglesia de la Encarnación, para tomar la Vía Augusta que les iba a llevar a Carcaixent y más adelante a Xátiva donde pensaban pasar la noche.

Ya habían dejado atrás las últimas edificaciones de la ciudad. Todavía no se veían las del siguiente pueblo. Avanzaban en silencio entre campos de naranjos cuando les sobresaltó un gruñido de impaciencia. Carmeta pedía permiso para salir de debajo de las mantas donde la habían escondido, para

que nadie pudiera atar cabos viéndoles marcharse juntos de la ciudad. Los padres de la muchacha justificarían su ausencia diciendo que estaba en la vecina Algemés, cuidando a un familiar enfermo. El padre de Carmeta tenía parientes allí.

-Espera a que pasemos Carcaixent, dijo Fray Tomás. Todavía es pronto. Algún labrador podría reconocerte.

Acurrucada en un angosto hueco, Carmeta tenía las piernas casi dormidas y el no poder cambiar de posición le hacía tener el hombro dolorido. Intentó protestar pero acabó por entender las razones y finalmente claudicó respondiendo con un gruñido de resignación.

-Y deja de gruñir, criatura rezongante. -dijo Fray Tomás a quien molestaba sobremanera esta peculiar forma de comunicación de la muchacha.

Afortunadamente, seguía la muchacha oculta cuando se cruzaron con un conocido que regresaba a casa con su carreta. Bernat Furió. No le precedían sus desentonados cánticos habituales pues iba hablando con un vecino con quien compartía carro y a quien iba abrumando con su verborrea vertiginosa. Al ver a Gafarró, acompañado del monje interrumpió su perorata casi ininteligible para saludar al monje y a su vecino con efusividad, para alivio momentáneo de su paciente acompañante.

-Buenos días. ¿A dónde os dirigís? ¿Cómo está tu padre?

Gafarró y el monje informaron brevemente de su propósito y del estado de Batiste Fuster, sin extenderse en detalles y prosiguieron su marcha. El agricultor hizo lo propio tras desearles buen viaje y reanudó el martirio que estaba infligiendo a su pobre acompañante que suspiraba resignado pensando que ya faltaba poco para llegar a su destino.

Cuando perdieron de vista al vecino locuaz, se congratularon de haber mantenido a Carmeta oculta. No era conveniente que les vieran juntos. No podían justificar la compañía de la muchacha ante sus vecinos.

Así pues, continuaron en esta situación durante una hora más aproximadamente, tiempo suficiente para dejar atrás Carcaixent. Cuando finalmente considerando que ya no había peligro de ver a nadie más conocido, consintieron en que Carmeta saliera de su escondrijo. Esta pidió caminar un rato para desentumecerse y Gafarró que, molesto por la cuchillada en la nalga, ya no sabía cómo sentarse decidió acompañarla caminando.

Comentaron lo ocurrido y llegaron a la conclusión de que si era del dominio público su viaje, no sería demasiado difícil seguirles el rastro en caso de que finalmente se supiera la verdad: Un monje acompañado por un muchacho y una adolescente no serían difíciles de recordar en posadas próximas a la ruta que iban a seguir. Habría que pensar en algo.

2

Mientras tanto, el capitán Martorell se dirigía a caballo hacia Alzira. Le acompañaban otros dos jinetes y otros dos soldados que iban en una carreta que serviría para transportar los cadáveres. No se sentía especialmente conmovido por la muerte que se habían procurado dos de sus hombres, pero al fin y al cabo eran sus soldados. Le habían servido y merecían no ser abandonados en el último acto de su vida.

Partidario del honor, la disciplina y demás virtudes que en su opinión debía reunir cualquier militar, por inferior que fuese su rango, se sentía especialmente molesto por tener que ir acompañado de aquel soldado, Miquel García, que representaba todo lo que él despreciaba en un hombre, especialmente si se trataba de un militar. Estaba decidido a expulsarle del ejército, sin embargo ahora iba a prestarle quizás un último servicio: al ser natural del lugar, le facilitaría el moverse en aquella ciudad, que todavía no había visitado, y cumplir con más presteza la misión que le llevaba.

Presentarse ante las autoridades, recoger los cadáveres y regresar al castillo, podía hacerse en el mismo día si se actuaba con diligencia.

Habían salido de Cullera cinco horas antes y como marchaban todo lo deprisa que podían para no dejar atrás a la carreta, el soldado García que conocía el terreno, calculaba que llegarían a la ciudad en algo más de una hora por lo

que estarían allí a mediodía. Y sí fue. Todavía no estaba el sol en el zenit de aquel día de Julio cuando alcanzaban las primeras casas del arrabal y se encaminaban hacia el puente de acceso a la villa.

Los lugareños les miraban con curiosidad y el Chono les observaba con disimulo esperando reconocer a sus antiguos vecinos, como así sucedía. Clientes de su madre unos, víctimas de sus maldades otros, simplemente conocidos la mayoría, le miraban al pasar, más ninguno parecía reconocerle a él. Nadie recordaba al Chono. Más recio de cuerpo, barbado y con uniforme nadie asociaba aquel soldado de aspecto rudo y amenazante con el molesto hijo de la Chona. No fue hasta que llegaron a la plaza de Santa Catalina, cerca del ayuntamiento donde se encontraban los cadáveres cuando uno de los peones que trabajaban en la reconstrucción de la iglesia le identificó.

-¿No es ese el Chono?, preguntó al que estaba a su lado que bien podía atestiguarlo por haber participado en sus perrerías de niñez.

-No se. Se le parece mucho. Pero con esa barba...

-Eh, Chono. Gritó el primero para salir de dudas.

El Chono se volvió de inmediato sin poderlo evitar. Vio al que le llamaba y le dedicó un breve gesto de asentimiento. Bajo las órdenes del capitán no tenía libertad para manifestarse o actuar, así que siguió su camino tras éste que no se había dado cuenta de nada.

El Chono había regresado a su pueblo, pero esto no debería significar nada para él. Su falta de sentimientos debería impedirle sentir alegría por algún reencuentro o vergüenza por su madre. Nada echaba de menos y únicamente la casualidad le había traído otra vez a donde nunca pensó volver. Pero había algo que le había explotado de repente: un deseo de venganza por aquel mequetrefe que había arrancado media oreja de un bocado. Aunque de eso hacía ya muchos años y su vida había sufrido demasiados avatares desde que se alistó como soldado como para recordar aquella afrenta. Sin embargo al pasar poco antes por el mismo lugar donde sucedió su enfrentamiento no pudo evitar tocar la oreja mutilada y volvió a recordar la furia el miedo y la

humillación que por primera vez en su vida sufrió a manos de Gafarró y un hierro candente de cólera le atormentó las entrañas, como si todo acabase de ocurrir. El odio que sentía se iba extendiendo inexplicablemente a todos a los que veía y recordaba. Ellos eran los testigos del humillante pasado que estaba regenerándose en su interior

La casa consistorial de Alzira era un edificio impresionante, digno de la fama de la ciudad. En la misma entrada, a la derecha había una dependencia que servía de calabozo. Desocupado en esos días, servía de depósito donde yacían los cuerpos, cubiertos con un lienzo, de los soldados que habían ido a reclamar. La estancia ya empezaba a oler a cadáver. Informado de la versión de los hechos que circulaba por la ciudad, le pareció bastante extraña pero tampoco tenía razones para rebatirla. Su experiencia militar le había mostrado situaciones tan increíbles como esa o más. De un gesto enérgico descubrió los cadáveres para reconocerlos. Efectivamente se trataba de dos hombres de su guarnición. Se acercó para inspeccionar sus heridas. Uno de ellos presentaba la parte superior del cráneo aplastada al parecer por una piedra que el otro había esgrimido mientras éste le clavaba el puñal por la boca. Dio la vuelta al cadáver para ver la herida de salida y al verla notó algo raro. Aquello no parecía la herida de un puñal. Pidió un paño húmedo y quitó las costras de sangre que acompañaban al orificio de salida. Cuando hubo dejado la herida limpia vio que esta tenía una forma regular mucho más ancha que la punta de un puñal. Puso el cadáver boca arriba de nuevo y abrió la boca para estudiar el orificio de entrada. Era exactamente igual de ancho que el de salida. Aquella herida no la había hecho el puñal del soldado cuya hoja ni era tan ancha ni tenía una anchura uniforme. También vio que uno de los dientes tenía una rotura reciente y que restos de astillas de madera sobresalían entre los incisivos.

Pasó a examinar la rotura del cráneo del primer soldado. Los sesos habían iniciado su proceso de putrefacción y Martorell tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por contener una arcada, pero ello no le impidió ver que la fractura del cráneo tenía una forma curiosa. Había un hundimiento que atravesaba la cabeza de un lado a otro que no podía estar hecho por una piedra. A aquel soldado le habían golpeado con algo muy pesado que tenía una

forma regular. Además pudo ver también en la frente el hematoma de otro golpe que nada tenía que ver con el que le había causado la muerte.

La versión que le habían dado era falsa. Aquellos hombres habían sido asesinados y él no podía consentir que sus asesinos estuviesen en libertad. Se prometió a sí mismo apresar a los culpables y ajusticiarles. Era el último homenaje que debía a sus soldados.

Comunicó de inmediato a las autoridades locales sus sospechas y les informó que iba a hacerse cargo de las investigaciones para atrapar y castigar a los culpables, pues al tratarse de dos de sus soldados, sólo a la jurisdicción militar correspondía resolver la cuestión y él era el mando de mayor rango sobre los mismos en la zona.

Ordenó a los soldados del carro que cargasen los cadáveres y que les llevasen de inmediato al castillo donde debían ser enterrados en presencia del resto de la guarnición con todos los honores. Él permanecería en la ciudad hasta dar con los culpables.

Solicitó y obtuvo de la autoridad local albergue para él y sus hombres. Pidió comida y agua para los soldados y los animales y se propuso iniciar de inmediato las pesquisas para averiguar lo que en realidad había sucedido.

3

Unas horas más tarde, a unos veinticinco kilómetros de allí, El monje y los dos fugitivos estaban llegando a Xátiva. Habían pasado la mayor parte del camino deliberando sobre cómo hacer para no dejar un rastro de su paso que fuese demasiado evidente. Tenían que protegerse de una eventual persecución. Un monje, un muchacho y una joven viajando juntos, constituían un grupo lo suficientemente pintoresco para poder ser recordado con facilidad por posaderos y transeúntes. Así que decidieron por una parte “cambiar” la composición del grupo y por otra no pernoctar en posadas. Estaban en verano y esto último no iba a representar ningún problema especial. En cuanto a lo primero, es decir, a cambiar la composición de grupo, la cosa no era tan fácil, pero no imposible. La cuestión era disfrazar a los componentes. Así pues

decidieron que fray Tomás “dejase los hábitos” y los cambiase por ropas ordinarias y que Carmeta se disfrazase de muchacho. Para ello hacían falta ropas y tenían que ver la manera de conseguirlas cuanto antes.

Llegaron a Xátiva siendo todavía de día y acamparon sin entrar en la ciudad. Esta se cocía entre sus piedras soportando los rayos de sol del atardecer trepando la ladera de una montaña que está coronado por un castillo importante.

Gafarró asumió la tarea de conseguir la ropa que necesitaban. Mientras Carmeta y Fray Tomás esperaban en la carreta, Gafarró con algunas monedas que le dio el monje, accedió a la ciudad. Preguntó a algunos vecinos por la iglesia principal pues pensó que en ella podía encontrar lo que buscaba, producto de donaciones de ropas de difuntos para obras de caridad. Le encaminaron a la iglesia mayor, la Seu de Santa María. Situada en la parte más alta de la ciudad la iglesia se abre a una plaza amplia, en comparación con la angostura de sus calles, enfrentada a un hermoso edificio que alberga un importante hospital. Tras manifestar su intención de conseguir ropa usada a un sacerdote que le atendió amable, fue encaminado al hospital que recogía las ropas de los enfermos que allí fallecían y luego vendía a ropavejeros que comerciaban con ellas en los pueblos y aldeas próximas. Allí encontró más o menos lo que buscaba. Recogió algunas camisas, calzones, medias y sombreros y alguna pieza de más de abrigo. Entregó unas monedas como limosna, lo que le pidió el fraile, que a juzgar por su expresión fue más que generosa. A continuación, en una calderería que había visto al pasar compró unas tijeras y satisfecho, corrió al encuentro de sus compañeros.

Cuando llegó a ellos ya estaba anocheciendo por lo que determinaron buscar un lugar discreto, apartado del camino, y se dispusieron a pasar la noche. Encendieron una pequeña hoguera, prepararon algo para cenar y tras la cena, aprovechando la luz de las llamas se dispusieron a poner en práctica sus planes. Carmeta se sometió a regañadientes a que Gafarró le cortara el pelo mientras fray Tomás miraba angustiado las ropas con las que tendría que sustituir sus hábitos. Acostumbrado a vestirlos desde que era prácticamente un niño, no se hacía el ánimo. Era como quitarse la propia piel, como una parte esencial de su ser, como negarse a sí mismo. Se había convencido de

que era lo más conveniente pero no podía evitar la angustia que aquello le producía. Así que finalmente decidió dejarlo para el día siguiente. La oración nocturna le daría las fuerzas necesarias.

4

En Alzira, ese mismo día, el capitán Martorell acompañado por sus dos hombres, después de haber comido, decidió iniciar las pesquisas para averiguar lo que realmente había terminado con la vida de sus soldados. Acudió a la taberna donde al parecer habían estado bebiendo y jugando sus hombres la tarde anterior a ser encontrados muertos. El tabernero, un tal Josep, era parco en palabras. Apenas contestaba con monosílabos a sus preguntas lo cual impacientaba al capitán. El Chono, en un segundo plano escrutaba al tabernero y sabía que estaba mintiendo. Le conocía bien y sabía que aquella no era su manera normal de manifestarlo. No se atrevía a intervenir por no airar al capitán pues sabía que no tenía demasiado aprecio por él. El sentimiento era mutuo.

-¿Y dices que tuvieron una pelea? Preguntaba Martorell ¿Con quién?

-Con un carpintero, señor. Batiste Fuster se llama. Le dejaron bastante maltrecho. A él y a su hijo, que vino a defenderle.

Al oír la referencia a Gafarró, el Chono no pudo evitar dar un respingo. ¿Estaría implicado en la muerte de los soldados? Sabía por experiencia propia que no le faltaba coraje, pero matar a dos soldados le parecía una hazaña demasiado grande para aquel mequetrefe.

-¿Dónde vive ese carpintero? Preguntó Martorell.

-Yo lo sé señor.-Terció el Chono. -Conozco a ese hombre y a su hijo. Puedo llevaros donde vive si me lo permitís.

El capitán se volvió con disgusto pero pensó que para aquello precisamente había traído a aquel soldado allí, así que sin pensarlo más ordenó

-Llévame inmediatamente allí.

Hasta entonces el tío Josep no había reconocido al Chono. Una losa más de preocupación se añadió a la que ya sentía. La intervención de aquel miserable en algo que tuviese que ver con Gafarró no tendría ninguna consecuencia pacífica.

Mientras se dirigían a casa de Batiste Fuster, el capitán Martorell presentía que iba a resolver el asunto antes de lo que pensaba.

La puerta del carpintero estaba abierta como de costumbre. Ante las voces del capitán, Marieta acudió a su encuentro sin poder ocultar el miedo de su rostro. Soldados en su casa. Aquello sólo podía significar que les habían descubierto. Daba gracias a Dios de que su hijo se hubiera marchado.

-¿Dónde está tu marido? Preguntó Martorell sin más preámbulos

-Está en cama señor. Se encuentra muy maltrecho por una paliza que le dieron hace unos días.

-Quiero verlo. Necesito interrogarle.

-No sé si podrá atenderos, señor. Como os he dicho se encuentra muy mal

El capitán apartó a la mujer y se dirigió a la habitación de donde provenían algunos gemidos interrogativos. El otro soldado y el Chono le siguieron, y al ver a la mujer que siguiendo al capitán se interponía en su camino, este último propinó un empujón innecesariamente violento que hizo caer bruscamente al suelo a la pobre Marieta, que ya no pudo reprimir un llanto de miedo y dolor.

Acostado boca arriba, Batiste intentaba incorporarse infructuosamente. Martorell al ver su rostro desfigurado por la hinchazón de los hematomas sintió un impacto que se esforzó en no manifestar. A aquel hombre le habían golpeado con ensañamiento, a conciencia. Parecía un hombre mayor, sin ser viejo, y en ningún caso debía suponer ninguna hazaña hacer aquello para

quienes le habían golpeado. Indudablemente aquel hombre no podía haber asesinado a sus soldados.

-Vámonos. Ordenó a los soldados. Extrañado por ver a la mujer en el suelo intentó ayudarle a incorporarse. Al hacerlo vio en un banco de trabajo algunas herramientas de carpintero. Entre ellas había un formón.

Inmediatamente reaccionó

-¿Y tu hijo? Preguntó a la mujer

-No está, señor, balbuceó Marieta. Ha tenido que ausentarse por un encargo.

-Donde ha ido, necesito hablar inmediatamente con el.

-No lo sé, señor. Ha ido a acompañar a fray Tomás a comprar unas maderas que necesitan para el monasterio.

-Pero a donde han ido. Dilo de una vez mujer. Martorell empezaba a perder la paciencia.

-No lo sé señor, solamente sé que ha ido río arriba.

Excitado por haber dado con una pista que tal vez le ayudase a resolver el asunto, Martorell decidió volver a interrogar al tabernero, esta vez con métodos más contundentes. Estaba seguro de que el tabernero le había mentido y a fe que iba a pagar por ello.

5

La primera noche que pasaron los fugitivos juntos les resultó extraña a todos. Fray Tomás echaba de menos la rutina del monasterio: los maitines en plena noche, y los laudes al amanecer habían regido su vida nocturna desde hacía muchos años, tantos que ya no podía casi recordar su vida anterior. Ahora en el campo, a la intemperie con dos muchachos se sentía desubicado lo cual le producía no poca inquietud, por no hablar de la preocupación cierta por la

suerte de los jóvenes a los que solamente estaba proporcionando una salida momentánea.

Gafarró, apenas había dormido. La quietud y el silencio de la noche le habían permitido reflexionar sobre su situación. No dejaba de pensar en Estrella y en sus padres. Por ellos principalmente es por lo que sufría. Esta primera separación, que confiaba en que fuese breve, y, principalmente la causa que la había originado, no le dejaba conciliar el sueño. ¿Qué pasaría si se descubriese la verdad? Una oleada de preocupación subía hacia su garganta cada vez que se imaginaba preso. No tenía cargo de conciencia por haber matado a un hombre. No era su primera víctima. Incluso este homicidio era el más justificado de todos los que había cometido en su vida, pero ahora lo contemplaba desde su renacida personalidad de carpintero enamorado. Era tanto y tan importante lo que podía perder que la desazón no le mantenía en vigilia casi constante.

Tampoco dormía Carmeta. Pero por otras razones. Estaba viviendo un sueño en forma de aventura y no quería dejar de saborearlo. Había salvado la vida al amor de su vida y ahora compartía con él un destino. Sabía que era un destino incierto pero no le importaba. Estaba con él. Más unido a él que lo hubiera estado Estrella nunca y no le importaban las consecuencias que aquello pudiera suponerle. Las afrontaría con alegría.

Un zorro merodeaba el campamento de los fugitivos. Oisqueó el humo mezclado con los restos de comida. El hambre le empujaba a acercarse pero finalmente percibiendo que nadie dormía, dio media vuelta y se alejó gimoteando su frustración.

6

Cuando el tío Josep vio entrar a Martorell y a sus dos soldados por la puerta de la taberna supo que estaba ya metido de lleno en el problema que había intentado evitar inocentemente. La cara del capitán no presagiaba nada bueno.

-Prendedlo.- Ordenó a los soldados. -Vas a decirnos la verdad.

Salieron de la taberna llevando al tío Josep casi a rastras y lo condujeron a la casa consistorial para interrogarle debidamente. Le ataron a una silla en la misma habitación donde habían estado los cadáveres de sus hombres. Todavía flotaba en el aire un cierto hedor de descomposición que amedrentó todavía más al pobre tabernero.

-Y ahora dinos. ¿Qué sabes de la muerte de mis soldados?

-Ya os dije señor. Estuvieron bebiendo y jugando en la taberna donde tuvieron un altercado con el carpintero al que golpearon bien, así como también al hijo que intentó defenderlos-, repitió precipitadamente.

-Pues yo creo que mientes. Mis soldados no se han matado entre ellos. Sus heridas no se corresponden con lo que alguien ha querido hacer creer. Así que ya sabes. O cuentas lo que sabes y dices la verdad o te costará muy caro.

-Yo no sé más, señor.

-Y yo digo que mientes, espetó el capitán, dando una bofetada el tío Josep que hizo tambalear su silla y su ánimo casi en la misma medida.

Aterrado el tabernero empezó a sollozar mientras seguía negando.

-Si me permitís, señor, intervino excitado el Chono, dejadme interrogarle a mí. Yo sabré hacerle hablar.

El capitán volvió a mirarle otra vez con disgusto. Aquel individuo no dejaba de producirle repulsión. Cada vez más, pero por otra parte no consideraba digno de su rango ensuciarse las manos en una tortura. Así que a regañadientes permitió al Chono hacerse cargo del interrogatorio. Éste se encaró al tío Josep conteniendo momentáneamente todo el odio y el resentimiento que había almacenado mientras tragó las humillaciones por ser el hijo de la más célebre prostituta del lugar.

Aquel sujeto barrigudo y gimoteante también había usado de los servicios de su madre y también se había burlado de él (o al menos así lo creía) y ahora iba a servir para aplacar el odio súbito e irracional que había estallado en su interior cuando entraba de nuevo en su antiguo pueblo.

El tío Josep levantó la mirada y la dirigió al Chono para pedirle comprensión o consideración o simplemente ayuda, pero no llegó a hacerlo. Apenas había abierto la boca para hablar cuando un puñetazo brutal le desencajó la mandíbula en un fogonazo de dolor que le dejó piadosamente desmayado. Un cubo de agua arrojado en su rostro con no menos violencia de devolvió a la realidad entre espasmos de ahogo.

-Habla perro, insistió el Chono.

Absolutamente aterrorizado, dolorido, prácticamente incapacitado, el tabernero inició el relato de los hechos en el que cada palabra era una sombra dolorosa y patética de la que su mente concebía. Cuando hubo concluido la narración auténtica de los hechos, el Chono se sintió autorizado para asestar un golpe brutal y definitivo al tabernero que sólo fue impedido por la agilidad del capitán que sujetó con fuerza el brazo de su subordinado.

-¿Qué haces estúpido?

-Señor, pensé que debía castigar a este bastardo por habernos mentido.

-No te atrevas a tomar decisiones de este tipo mientras estés bajo mis órdenes o lo lamentarás.

Humillado, el Chono dio un paso atrás, mientras sentía que su odio había añadido un nuevo objetivo.

La tarde estaba avanzada cuando terminó el interrogatorio. El capitán sabía que tenía que atrapar al hijo del carpintero y a la muchacha que le había ayudado. Del muchacho sabía que había salido de la ciudad con un monje. Irían a buscar a la muchacha que parecía la presa más fácil e inmediata. El Chono volvió a su papel de guía.

Cuando llegaron a la panadería de Carmeta, su padre terminaba de descargar el último saco de harina que le habían traído del molino próximo.

-¿Es ese el padre?- Preguntó Martorell

-Sí, señor. Es el padre de la muchacha que ayudó a Gafarró

-¿Dónde está tu hija Carmeta?

-¿Acaso la conocéis? ¿Qué queréis de ella? Respondió con más preocupación de la que quería manifestar.

-Aquí las preguntas las hacemos nosotros -Respondió el capitán desabridamente.

-Responde por tu bien. Sabemos que ayudó a Gafarró a matar a los dos soldados en la taberna- Terció el Chono amenazante.

El padre de Carmeta comprendió inmediatamente que la mentira que había ideado para justificar la ausencia de su hija no iba a tener ningún sentido ante aquellos soldados. Si sabían que Carmeta había intervenido directamente en los hechos, de qué le iba a servir mentir diciendo que estaba en la vecina Algemés. Comprobarían muy pronto que les había mentido y tendría que afrontar consecuencias quizás dramáticas. Así pues decidió contar la verdad. Quizás aquellos soldados no encontrasen nunca a los fugitivos.

¿Y a donde han ido? Preguntó esta vez el capitán

-No lo sé señor. Os lo juro.

-No mientas- amenazó de nuevo el Chono.

-Os digo que no lo sé. El Monje, Fray Tomás tenía un encargo de madera. Sólo sé que iban río arriba.

El capitán se estaba impacientando a pesar de que sus pesquisas iban dando más fruto del que jamás hubiera soñado, pero le molestaba tener la solución tan cerca y no poder cerrar el asunto. Por otra parte los fugitivos solamente contaban con un día de ventaja. No debería ser difícil darles alcance. No obstante le inquietaba la presencia del monje en la expedición. ¿Sería consciente de su situación y del peligro que corría implicándose en aquella huida?

El Chono le decía que el monje estaba plenamente consciente de lo sucedido. Era el protector de Gafarró. Seguro que el mismo había sido el autor del plan de huida.

Anochece. Ya no había tiempo de más. Lo más lógico sería iniciar la búsqueda o persecución al amanecer. Se prepararía él mismo y aquellos dos soldados y a galope no tardaría más de un día o dos en darles alcance y detenerlos, pero tenía que saber lo más exactamente posible el lugar donde buscarlos, así que decidió hacer un último intento por averiguar exactamente dónde buscar. Podía enviar a alguien al Monasterio donde seguramente le darían la información que necesitaba pero no quería perder el tiempo. Quería salir al amanecer. El Chono le había informado que Gafarró tenía una novia que seguramente sabría del asunto más que el resto.

En la plaza del Horno, las hermanas de Estrella jugaban con la concentración y el entusiasmo que sólo los niños son capaces de dedicar a una actividad. No se dieron cuenta, aunque casi fueron atropellados por ellos, del paso de los soldados que se dirigían a su casa. Allí encontraron a la madre de Estrella que barría la entrada.

-Queremos hablar con Estrella-. Ordenó el Chono que, consciente de su protagonismo, nuevamente tomaba la iniciativa.

-Está dentro. Preparando la cena.

Sin más preámbulos el Chono se precipitó al interior y salió sujetando a Estrella por un brazo mientras ésta entre gritos, intentaba inútilmente desembarazarse de aquel energúmeno que le resultaba extrañamente familiar.

El Chono intentó darle una bofetada para calmarla pero fue sujetado otra vez por el capitán que, cada vez más irritado, le llamó nuevamente al orden.

-Compórtate García. No es necesario maltratar e esa muchacha.

Esto decía mientras miraba a Estrella a los ojos. El impacto que la belleza de la muchacha le causó fue algo totalmente nuevo para él. Hombre de armas desde su juventud, la vida militar no le había dado ocasión a conocer el amor, la belleza, la ternura que sólo la relación entre dos enamorados puede ofrecer. Tuvo tiempo de pensar, en un instante fugaz, que una mujer como aquella hubiera podido abrir una faceta en su vida completamente distinta a la que hasta entonces había llevado. Su único contacto con las mujeres había sido con prostitutas. Otros soldados habían aprovechado la guerra y el poder de las armas para abusar de las mujeres que caían en sus manos. Pero a él aquello siempre le había repugnado. Las pocas ocasiones en que había recurrido a prostitutas, había intentado despachar el asunto como una necesidad física, las había tratado bien, les había pagado generosamente y en ningún caso había humillado a aquellas desgraciadas. Por eso, ahora que veía a Estrella maltratada se había impuesto inmediatamente a aquel bestia al que le gustaba la violencia todavía más de lo que había sospechado.

Las hermanas de Estrella al ver el revuelo frente a su casa acudieron asustadas. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaban aquellos hombres maltratando a su hermana mayor? ¿Por qué lloraba su madre?.

-Tenéis que decirnos a donde ha ido Gafarró con fray Tomás. Preguntó el capitán.

-No lo sabemos- Contestó la madre de Estrella mientras esta lloraba en silencio.

-Vamos. Será mejor que habléis. No nos obliguéis a maltrataros.

Un gemido de terror se escapó de la boca de la madre de Estrella. Sus hijas menores aferrándose a sus faldas se unían a la consternación familiar. Iba a

amenazar más seriamente Martorell cuando la una de las pequeñas hablo precipitadamente:

-Les oí decir que se dirigían a Cofrentes.

-Muy bien, espero por vuestro bien que sea cierto. Si nos has mentido, muchacha, tú y tu familia lo pagareis caro. Vámonos. Ordenó a sus soldados.

Al llegar a la casa consistorial encargó a sus soldados que preparasen provisiones y pertrechos para varios días. Aunque confiaba en darles alcance pronto, quería estar preparado para cualquier eventualidad. Solicitó al Justicia que le facilitase tres caballos para alternarlos con los propios durante la persecución y poder así hacer jornadas más prolongadas. Al amanecer iniciarían la búsqueda y captura de los fugitivos.

7

Ese mismo amanecer, en las afueras de Xátiva, los fugitivos se preparaban para reanudar la marcha. Su nueva indumentaria, les daba realmente un aspecto muy distinto. Carmeta, con el cabello cortado y embutido en un sombrero y con las ropas de un hombre, que le venían más que holgadas, disimulaba perfectamente sus redondeces de mujer y pasaba por un adolescente imberbe. Aquel disfraz era para ella un aliciente más en la aventura que estaba viviendo. Gafarró no había cambiado su aspecto o indumentaria. No tenía necesidad de ello. Sólo faltaba Fray Tomás. Escondido tras unos matorrales donde había ido a hacer sus necesidades y a mudarse la ropa, no se atrevía a salir. La ropa que había escogido Gafarró era adecuada a su talla, pero fray Tomás no se reconocía con ella, además, dejar el hábito estaba representando para él un esfuerzo mucho mayor del que había imaginado. Se sentía otro, desprovisto de su cobertura de religiosidad. Como si el hábito fuese la armadura que le protegiese de la tentación y el pecado.

Consciente hasta cierto punto de su limitación intelectual, fray Tomás se contentaba con su vocación sincera y su entrega incondicional a la orden de los Jerónimos a la que pertenecía. Sus hábitos eran su enseña. El testimonio interno y externo de su condición. Ahora no sabía lo que era.

Finalmente después de recordar lo que le forzaba a esconder los hábitos y tras escuchar las repetidas llamadas de los muchachos, se atrevió a salir de los matorrales y a mostrarse con su nueva apariencia y condición.

Cuando le vieron aparecer, los muchachos no pudieron evitar estallar en risas. Se veía más delgado de lo que le habían imaginado. Parecía más vulnerable. Sus piernas, algo curvadas se movían nerviosamente como siempre, pero ahora no había faldón que las ocultase y parecía al andar que iban a echar a correr en cualquier momento. Además, según pudieron observar, parecía que caminase dando patadas al aire. En realidad sus piernas avanzaban intentando empujar el hábito que ya no existía y que durante muchos años había entorpecido su avance.

Fray Tomás, enrojeció de vergüenza e ira, pero se arrepintió inmediatamente de haber caído ante uno de los siete pecados capitales y aunque se justificó a sí mismo, atribuyendo su debilidad a su nuevo estado laico, arrepentido, se impuso la penitencia de redoblar sus oraciones.

Reanudaron la marcha y siguiendo la Vía Augusta hacia el sur dejaron atrás la ciudad de Xàtiva. Su próxima etapa les llevaría a Enguera. No era el camino más conveniente pues les haría pasar, para llegar a Ayora, una deshabitada y extensa sierra que llevaba el nombre de aquella población, pero les convenía no dejar rastros. Preguntaron a algunos carreteros, de los muchos que encontraban en el camino y tras obtener las indicaciones precisas siguieron la ruta adecuada sin más objetivo que andar el camino.

Gafarró iba caminando la mayor parte del tiempo pues aún le incomodaba la herida en la nalga. Carmeta, como no podía ser de otra manera, caminaba junto a él parloteando incansable, entusiasmada. Fray Tomás, en cambio, no se bajaba del carro. Había comprendido que eran sus andares los que provocaban la hilaridad de los muchachos y conducía la mula taciturno mientras iba murmurando en su personal fonética todas las oraciones que en latín había aprendido en cumplimiento de su penitencia auto impuesta.

El camino ahora, fuera de Vía Augusta, era más estrecho y tortuoso. Mucho menos transitado. El avance se ralentizaba pero ello no preocupaba a los

fugitivos. El tiempo jugaba a su favor. Cuanto más tarde regresasen a Alzira más posibilidades tendrían de que el motivo de su huida se hubiese digerido, de que nadie les buscase.

Con estas y otras consideraciones y alguna parada hecha para comer o satisfacer otras necesidades la jornada terminó poco antes de llegar a Enguera. En un bosquecillo por el que transcurría un arroyo se detuvieron. Desengancharon el mulo y atándolo a un árbol cerca del agua para que pudiese abreviar y pastar a su gusto, se dispusieron a instalar su campamento para pasar la noche. El mes de Julio estaba siendo especialmente caluroso y aunque las tierras de Enguera están a una altitud superior, la temperatura de la noche no iba a ser ningún problema. Al contrario, agradecerían algo de fresco después de un viaje sofocante.

Tras compartir algunos alimentos que llevaban en carro se dispusieron a dormir junto a una pequeña hoguera que encendieron para mantener alejadas a las alimañas del campo y evitar que asaltasen sus provisiones.

El primero en caer rendido fue Gafarró que había hecho prácticamente todo el camino a pie. Fray Tomás tardó algo más. Estaba rendido pues apenas había dormido la noche anterior y a pesar de su mal humor se durmió poco más tarde entre ronquidos y letanías ininteligibles. Pero Carmeta no podía dormir. La excitación por estar compartiendo aquella aventura con Gafarró la tenía en estado de vigilia, pero no le importaba. Aquello era en realidad un sueño. Su Sueño. Tendida entre Fray Tomás y Gafarró miraba la luna hermosa en el cielo negro, casi sin estrellas, pues su resplandor las ocultaba. Así sería ella, como la luna que eclipsaría el brillo de su rival. Con estos pensamientos flotaba cuando por fin se durmió. Pero por poco tiempo. Unas patadas furiosas la despertaron. Fray Tomás debía estar soñando pues se agitaba nervioso y pateaba a algún enemigo invisible que se materializaba en la pobre Carmeta. Ésta, ni corta ni perezosa, se dedicó a devolvérselas duplicadas hasta que el pobre monje se aplacó con un gemido de dolor. Terminada la pelea singular Carmeta se volvió hacia su amado que respiraba profundamente sonriendo en un sueño feliz. Se incorporó sobre su brazo izquierdo para verlo mejor. Todo su cuerpo estaba iluminado por la luz de la luna.

Objetivamente Gafarró era un muchacho bastante discreto. Menudo de cuerpo, flaco más que delgado, no tenía un rostro construido con facciones nobles y hermosas sino más bien vulgares. No era guapo aunque tampoco resultaba desagradable. Sin embargo había algo en él, una fuerza en su mirada que desde el primer día la había enamorado. Qué pena que no se hubiese fijado en ella, pensaba mientras empezaba a acariciar su rostro con extremada suavidad para no despertarle. Su mano dibujaba su perfil, el óvalo de su cara, sus rasgos, sus labios, su cuello. Carmeta disfrutaba de aquel contacto furtivo mientras sentía una deliciosa excitación. Su mano recorría ahora sus hombros, su pecho, sus brazos, su vientre. Cuando iba a acariciar sus muslos, rozó sin querer el pene del muchacho que estaba en estado de semierección, probablemente por algún sueño lúbrico. Al notar la dureza del miembro, Carmeta dejó la mano sobre el mismo al tiempo que notaba una gran desazón en su interior. Lenta, perezosamente describió algunos círculos sobre el pene al que ahora, como consecuencia de las caricias, apenas podían contener los calzones. Carmeta, maravillada, no pudo evitar tomar el miembro con la mano, que a duras penas conseguía rodear y de manera suave, más guiada por la intuición que por su nula experiencia, empezó a frotarlo mientras Gafarró se tensaba inmerso todavía en aquel sueño afortunado. Poco después, cuando la excitación se le hizo insoportable, el muchacho despertó para descubrir la realidad. Pero ya era demasiado tarde. Miro a Carmeta a los ojos que le sonreía y se abandonó derramando todo el placer que sentía y manchando su propia ropa mientras cerraba los ojos avergonzado.

Carmeta, comprendiendo que aquello había terminado, se tumbó dándole la espalda mientras apretaba contra su pecho la mano en la que aferraba pegajosa la esencia de su querido Gafarró.

Sólo los que saben lo maravilloso que es dar placer al ser amado podrán entender la felicidad que arrulló a Carmeta en el resto de aquella noche mágica.

Ese mismo día, en Xátiva, el capitán Martorell y sus acompañantes habían estado indagando en todas las posadas. Nadie recordaba a un monje que viajase acompañado por un muchacho y una muchacha. Empezaba a pensar que quizás no resultase tan sencillo darles alcance como creía.

A partir de Xátiva se abrían varias posibilidades para llegar a Cofrentes. Quien sabe cual habrían tomado. Por lógica debían haber seguido el camino más seguro, el más transitado, pero tal vez temiendo ser seguidos hubiesen tomado otra alternativa. Pensó finalmente que dado que él y sus hombres tenían mucha más capacidad de viajar deprisa, la mejor solución era llegar a aquella población cuanto antes y aguardar su llegada, lo cual era algo que sin duda no esperarían los fugitivos. Así pues, sin darle más vueltas tomo la decisión. Pasarían la noche en Xátiva ya que habían perdido demasiado tiempo en sus pesquisas y al día siguiente, bien temprano, partirían a toda la velocidad que permitieran sus monturas para llegar antes que los fugitivos a su destino.

LA SIERRA DE ENGUERA

1

A la mañana siguiente los fugitivos despertaban en silencio, cada uno inmerso en sus dispares pensamientos. Gafarró sentía vergüenza y rabia. Rabia por haber sido manipulado por aquella mocosa a la que le debía la vida. Vergüenza por no haber sido capaz de resistirse al placer que le había dado y, sobre todo, por haber sido infiel a su amada Estrella.

Fray Tomás se despertó dolorido y confundido al ver sus flacas canillas llenas de moratones. ¿Qué era aquello? ¿Cómo se lo había producido? Tenía el vago recuerdo de una pesadilla en la que luchaba con demonios que intentaban arrastrarle asiéndole de sus piernas desprotegidas de la santidad del hábito a los que rechazaba con patadas y anatemas, pero en definitiva aquello había sido solamente una pesadilla ¿O tal vez nó?

Carmeta también sentía algo de vergüenza pero ésta no era nada comparado con la dicha que la abrumaba. Poco a poco iba consiguiendo su objetivo. Nada ni nadie la detendrían hasta lograrlo.

Comieron algunas frutas que llevaban del huerto del monasterio de fray Tomás y reanudaron su camino. Entraron poco después en Enguera. Preguntaron a unos lugareños por el camino. Estos les advirtieron que el

camino era solitario y peligroso. Que les convenía esperar a otros viajeros, comerciantes o ganaderos, para no hacer la travesía de la sierra solos pues en ella se habían refugiado algunos asaltadores que sin temor a la guarnición militar del castillo de la población robaban y a veces asesinaban a los viajeros que se aventuraban en la ruta hacia Ayora. Se decía, además que algunos pastores habían visto hechos muy extraños y que a pesar de que el párroco local los había calificado de supersticiones absurdas, tenía bastante atemorizada a los vecinos.

La sierra de Enguera es un paraje extenso y salvaje. Entre esta población y Ayora hay más de 40 kilómetros de bosques frondosos completamente deshabitados. El camino es difícil y en ocasiones escarpado pues ha de superar en su punto más alto niveles superiores a mil metros. La fauna es abundante y variada y provee de buena caza a las dos poblaciones. La flora da frutos del bosque, madera y hay también buenas zonas de pastoreo. Sin embargo los vecinos del lugar han establecido muy pocos asentamientos en ella. Como si algo sobrenatural les obligase a mantenerse alejados.

Tiene una cañada real que coincide en un buen tramo con el camino principal que la atraviesa. Hacia él se encaminaron los fugitivos con el ánimo algo más menguado que al principio de la jornada.

Dejando atrás las últimas casas de la población atravesaban campos de olivos y algarrobos que los vecinos de la localidad habían ido hurtando al bosque aprovechando el valle en que esta se enclavaba. Poco después ya no se veía acción humana en la naturaleza, salvo el camino que hería el manto de abundante vegetación que amenazaba continuamente en engullirlo para siempre.

El día luminoso y la temperatura más suave fue poco a poco mejorándoles el humor y a las pocas horas, la belleza del entorno, adornada por la luz del verano, les invadió y provocó en cada uno de ellos, como no podía ser de otra forma, emociones diferentes.

Fray Tomás cantaba con la voz quebrada el esplendor de la obra de Dios que tenía en aquel lugar uno de sus mejores exponentes a un público que no le

escuchaba. Carmeta veía en aquellos bosques el escenario perfecto para sus mejores expectativas de amor. Gafarró, melancólico añoraba la compañía de Estrella para compartir con ella toda su belleza.

2

Era casi mediodía cuando la brisa les trajo las voces. Parecían lamentos y discusiones. Venían a su encuentro y a medida que avanzaban aumentaban en volumen y nitidez.

La primera reacción fue detenerse. Prevenidos por las advertencias del vecino de Enguera sintieron temor pero pronto la curiosidad, la obligación cristiana de ayudar a quien lo necesita y el hecho indudable de que los lamentos eran de mujer les hicieron avanzar de nuevo con precaución.

Gafarró lamentaba en aquel momento no tener si siquiera un cuchillo decente con el que defenderse por lo que cogió del suelo dos guijarros tan grandes como sus manos pudieron sujetar y avanzó al lado del carro en el que viajaban sus dos compañeros.

Al doblar un recodo lo vieron. Un carromato pintado de un rojo brillante, quizás demasiado grande para aquella vía, estaba detenido a la izquierda del camino. Se encontraba en una pequeña explanada junto a los árboles, donde fluía alegre una fuente que perdía sus aguas formando un diminuto arroyo que desaparecía entre los matorrales. Sentadas formando un corro, cuatro mujeres que no mucho antes habrían sido muchachas, apoyaban las cabezas en las manos sosteniendo los codos sobre sus rodillas en silencio, con la mirada perdida parecían indiferentes a los lamentos que procedían del interior del carromato. Desgreñadas y sucias no ocultaban en cambio que en algún momento podían ser hermosas.

No notaron la presencia de los recién llegados hasta que los tuvieron prácticamente encima. Una de ellas se incorporó y les salió al encuentro.

-Ayudadnos por favor- pidió sin grandes esperanzas.

-¿Qué os sucede?- preguntó fray Tomás

-Nuestro patrón está muy enfermo

-¿Qué ocurre? Preguntó una mujer algo mayor que las otras saliendo del carro
¿Qué queréis? En este momento no podemos atenderos.

Confundidos por la situación los fugitivos permanecieron en silencio por un instante hasta que fray Tomás reaccionó

-Dice esta señora que tenéis un enfermo. Tal vez podamos ser de alguna ayuda.

Las otras mujeres se miraron sonriendo con tristeza.

-Bueno- Concedió esta y pensando que la situación no podía empeorar le indicó

-Pasad, está aquí en el carromato.

Fray Tomás se encaramó de un brinco y en su interior vio a un hombre tendido en una colchoneta que gemía sin apenas fuerzas. A su lado otra mujer, extremadamente gruesa, le sostenía la mano sin dejar de llorar. El enfermo era un hombre grande aunque consumido. Tendría aproximadamente su misma edad.

-¿Qué le sucede?- preguntó a la mujer.

-Hace algunas semanas comenzó a orinar sangre. A veces en coágulos que le impedían orinar hasta que los expulsaba. Al principio pensamos que le habíamos contagiado alguna enfermedad de Venus pero ninguna de nosotras tiene síntomas. Pensamos que debe ser algo peor.

Fray Tomás no estaba seguro de entender lo que aquella mujer le había dicho entre hipos y lágrimas, pero recordó de inmediato los síntomas que habían causado la muerte de Fray Antoni, el bondadoso monje que había intentado en

el monasterio de Santa María prepararle para obtener la ordenación sacerdotal con tanta paciencia como poco éxito. Cancrum le habían dicho que se llamaba la enfermedad. Un tumor que se adhería al órgano sano como un cangrejo hasta que producía la muerte del enfermo tras una dolorosa agonía. Por la apariencia y el estado de aquel hombre no parecía que fuese durar mucho.

-¿Tenéis algo para calmarle el dolor? Preguntó fray Tomás

-Le estamos dando láudano pero parece que ya no le hace efecto.

El monje asintió en silencio. El final estaba cercano y terminaría piadosamente con el sufrimiento de aquel desgraciado.

-Me temo que nada más podéis hacer- dijo finalmente.

Bajó del carromato y fue a reunirse con sus compañeros que aguardaban junto a su carro sin saber qué hacer.

-No se puede hacer nada. Les informó- Vámonos

-Esperad- dijo la mujer que primero se había asomado del carromato -Casi es la hora de comer. Acompañadnos.

-Gafarró y sus compañeros dudaron un instante. Carmeta tiraba de ellos suavemente. Quería alejarse de aquellas mujeres cuanto antes. Le daban bastante mala espina.

Al verlos dudar la mujer insistió. -Por favor quedaos, dejadnos agradecer vuestra buena intención.

Finalmente accedieron a pesar de las disimuladas protestas de Carmeta dejando su carreta junto al carromato de las mujeres que se dispusieron a preparar la comida.

Los comensales se reunieron en torno a un puchero donde se habían guisado unas alubias con chorizo. Empezaron comiendo en silencio pero poco a poco la

comida dio lugar a comentarios triviales que con el vino se fueron haciendo más abiertos. Fray Tomás, tras pedir perdón a la Santísima Virgen por el pecado que iba a cometer, mintió diciendo que él era un carpintero de Cullera que, acompañado de sus hijos, se dirigía a Cofrentes a negociar la compra de una partida de troncos de roble para un encargo que le habían hecho. Aunque no era una mentira total a Fray Tomás le costaba un gran esfuerzo faltar a la verdad y sufrió mucho cuando una de las mujeres le preguntó si tenía más familia y dijo que era viudo con la cabeza baja y los ojos fijos en el plato, lo cual fue interpretado como un gesto de dolor por las mujeres que sintieron compasión por él. Especialmente la mujer que les había invitado a comer. Era ésta quien llevaba la voz cantante entre las anfitrionas. Tendría unos treinta y cinco años de edad, algunos menos que fray Tomás, la tez morena y hermosa que sin conservar la lozanía de la juventud resultaba atractiva y amable, casi maternal. Una espléndida cabellera negra como el carbón ondeaba libre y enmarcaba unos enormes ojos de un sorprendente color azul. Sus compañeras le llamaban “la Mora” y así se presentó ante sus invitados.

Les dijo sin remilgos pero también sin zafiedad que ellas eran prostitutas, que sirviendo a Salvador “El Varón”, viajaban en aquel carromato de dos ejes por ferias y pueblos de todo el reino ofreciendo sus servicios. Llegaban al lugar y, en las afueras, montaban una carpa con cuatro compartimentos, separados por sábanas, instalaban unos catres que llevaban en el carromato y se repartían por las tabernas a buscar clientes.

Las chicas se llamaban Norte, Sur, Este y Oeste, por los lugares donde el Varón y su esposa las habían reclutado o recogido. Sus nombres verdaderos los desconocía y no importaban a las demás. Pensaban que pertenecían al último reducto de intimidad que les quedaba y lo guardaban como un tesoro.

También les habló del Varón y de su mujer la Gorda. No eran buena gente, maltrataban a las pupilas que les servían en un régimen de práctica esclavitud. Se quedaban con todos los ingresos y les alimentaban y vestían justo lo suficiente para que su aspecto no dejase de ser atractivo y pudieran ejercer su trabajo con provecho. Las tenía amaestradas como animales para que no negasen ningún requerimiento sexual, por indigno que fuese, a sus clientes. Las palizas brutales ante las primeras negativas tenían un efecto

disuasorio total y ellas, dóciles, nunca se negaban a nada. Él mismo, las hacía objeto de sus pasiones cuando le apetecía, lo cual les ganaba injustamente el resentimiento de la Gorda que se dedicaba a maltratarlas durante varios días, cada vez que su marido las había “usado”, según decían ellas en su jerga particular.

Cuando alguna de ellas enfermaba del mal de Venus o quedaba inservible por vieja, o por quedar desfigurada por el maltrato de algún sádico o por haber sido forzada a abortar, labor que ejercía la Gorda con bastante maña, quedaba abandonada a su suerte en algún pueblo sin más recompensa que algunas monedas.

-¿Cómo podéis aguantar esta vida?- preguntaba Gafarró, a media voz para que no le oyesen desde el carromato.

-No es lo peor que nos puede haber pasado. Respondió la Mora con una sonrisa triste. -Creedme. Hay otras de nuestro oficio que viven mucho peor. Además, a ninguna de nosotras nos ha quedado otra alternativa. A Norte la preñó su novio, un albañil que murió al caer del andamio poco después. Cuando se supo su estado, fue repudiada por la familia del novio que nunca quiso reconocer al niño que nació más tarde. Su propia familia que resignada la aceptó, murió meses después por una epidemia que se llevó también a su hijo. Sola, destrozada, no tuvo más opción para poder vivir que ofrecerse a los hombres del pueblo. Cuando aquello se supo fue expulsada del lugar, perseguida a pedradas por las esposas celosas que la veían como un peligro. La encontramos vagando por los caminos, sucia y desmayada y fue reclutada inmediatamente por el Varón. Desde entonces lleva la vida que conocéis pero no le ha faltado la comida ni el albergue ni un solo día.

A Sur, la forzaba su padrastro con amenazas. Empezó a violarla cuando sólo tenía trece años. Cuando su madre supo lo que pasaba, fue ella misma la que la echó de casa. Sur quiere pensar que lo hizo para no provocar a su marido y no dejar al resto de sus hermanos sin su protección. Lo cierto es que con dieciséis años se vio obligada a buscar el sustento como ya os podéis imaginar. A las demás les ha ocurrido algo parecido.

¿Y a vos? Preguntó Carmeta que abría la boca por primera vez. ¿Qué os pasó?

Un rictus de tristeza ensombreció el hermoso rostro de la narradora. Guardó un silencio que se hizo incómodo y terminó diciendo

-Como os he dicho: algo parecido, añadió vagamente.

Fray Tomás la escuchaba escandalizado y hacía enormes esfuerzos por no soltarles un furibundo sermón sobre el pecado y el infierno al que irremediablemente estaban condenadas. Pero además de la prudencia, un sentimiento de piedad que nunca hubiera imaginado sentir ante semejantes pecadoras le hacía contenerse. Perciba que, más allá del pecado, había un drama personal que ahora sentía próximo, que desdibujaba las fronteras entre el bien y el mal que él siempre había considerado nítidas e imperturbables.

Un gemido interrumpió sus pensamientos, casi sobresaltándole. La Gorda, que no había querido separarse del moribundo ni siquiera para comer, presentía que su compañero iba a morir de un momento a otro y se lamentaba expresando miedo por su futuro, rabia por lo que le había deparado el destino y sentimiento porque, a su manera, quería al Varón que siempre la había distinguido sobre las demás, aunque también la hacía trabajar a veces para clientes que sólo podían satisfacer su lujuria entre sus desbordantes morbideces.

Cuando quedó embarazada, a una edad en la que ya no esperaba concebir, suplicó al Varón que le dejase tener a la criatura que iba a nacer y éste, extrañamente conmovido por las suplicas de su mujer, accedió generoso aún sabiendo que aquella maternidad no iba a ser más que un estorbo para su particular comercio.

Nació una niña. Blanca como la leche. Por eso la llamaron Alba. Y fue durante los siete años de su vida cuando la Gorda se pareció a lo que podría considerarse un ser humano. La niña de rubios cabellos acariciaba a su madre en los intervalos de su actividad carnal y la Gorda sentía que con sus manitas limpiaba toda la miseria y todo el asco que sentía cuando terminaba.

Creyó enloquecer cuando murió. La niña jugaba debajo del carronato cuando los mulos a los que estaba atado se movieron asustados por unos perros que reñían cerca de sus patas. La rueda del carro aplastó el frágil cuerpecillo y la niña murió en el acto.

Nadie pudo impedir que la Gorda matase con un cuchillo a los pobres animales.

Nunca volvió a ser la misma. Tardaron casi una semana en convencerla para alejarse del lugar, pues la Gorda no quería separarse de la tumba de su hijita. Finalmente el Varón con una paciencia y una ternura que nunca había manifestado y que nunca más volvería a mostrar consiguió convencerla y finalmente se alejaron para siempre de aquel pueblo, cuyo nombre no recordaba. No quería recordar.

Ahora el Varón la dejaba sola. Nadie podría entenderla. Nadie podría consolarla.

Fray Tomás entró en el carronato y tras reconocer al enfermo supo que, en efecto, el fin de aquel desdichado estaba más próximo de lo que había imaginado. Haciéndose cargo de la situación y todavía impresionado por lo que acababa de conocer, decidió acampar con ellas el resto de la jornada para acompañarlas en aquel trance y ayudar a dar cristiana sepultura a aquel pecador por el que empezó de inmediato a rezar en silencio.

La tarde transcurrió ociosa. Sólo algún lamento de la Gorda y las discretas pero insistentes protestas de Carmeta ante Gafarró rompieron la calma. No quería quedarse allí. Percibía a aquellas mujeres como una amenaza que podía romper el sueño que estaba viviendo, lejos de Estrella, con su amado. Además, se había dado cuenta de que, discretamente, las muchachas habían aseado su aspecto y ahora no le parecían andrajosas, sino lobas atractivas en celo que iban a disputarse una presa. Carmeta, además se extrañaba, olvidándose que iba disfrazada de muchacho, de que una de ellas, Oeste, la miraba con más insistencia de la debida, con media sonrisa en los labios.

No entendía Carmeta que aquellas mujeres, poco acostumbradas a tener tratos con hombres que no fuesen los propios de su comercio carnal, estaban relacionándose con ellos de una forma “normal” que les recordaba que alguna vez se habían sentido seres humanos dignos y estaban aprovechando aquel breve paréntesis de su vida para olvidar su triste realidad. Para ellas hombres, sexo, humillación y dolor formaban una amalgama indisociable. Sin embargo el contacto con aquel hombre y los que creían sus hijos, que se quedaban con ellas para ayudarlas en aquel paraje desierto, les devolvía a épocas más felices en las que los hombres eran padres cariñosos, hermanos protectores o gentiles enamorados.

Llegó la noche. Después de la cena, sentados alrededor de una pequeña hoguera que se dispusieron a mantener apilando ramas secas, continuaron las conversaciones que habían suspendido tras la comida. Los temas triviales alternaban con otros más graves, como la incertidumbre ante el futuro que se presentaba tras la inminente muerte del Varón. El tono se distendía a medida que se ganaba confianza. Fray Tomás ya no se sentía incomodo entre pecadoras. Gafarró se sentía próximo a ellas que, como él, habían vivido una juventud azarosa que no había tenido la deriva feliz que la suya había tenido, al menos hasta el incidente de la muerte de los soldados. Carmeta, que había entendido que aquellas mujeres no sentían ningún interés por su hombre, se dejaba agasajar por quienes aún le creían poco más que un niño y le daban los mejores trozos de carne acompañada de las más amables palabras.

La Mora de vez en cuando entraba en el carromato, bien para interesarse por el Varón, bien para intentar que la Gorda comiese algo, pero esta se resistía a probar bocado. Toda su atención estaba centrada en el hombre de su vida que irremediablemente la estaba dejando.

Finalmente, cansados, se dispusieron a dormir. Fray Tomás y sus “hijos” lo hicieron a un lado de la hoguera y las mujeres se tumbaron sobre unas mantas que extendieron debajo del carromato para protegerse del relente.

Una lechuza que cazaba todas las noches en aquel lugar, sobrevoló molesta el campamento donde todos dormían menos la Gorda y se alejó en busca de un nuevo coto.

En algún momento de la breve noche, Carmeta se despertó con ganas de orinar. Le sorprendió la oscuridad que les envolvía y en la que la hoguera, agonizante ahora, apenas hacía mella. Sin saber porque sintió un escalofrío de temor. Esto hizo que apenas se alejase del campamento lo estrictamente imprescindible.

Tras un matorral próximo, en cuclillas, pudo ver algo que nunca olvidaría. Del carromato descendieron un hombre y una mujer. Debían ser el Varón y la Gorda de los que hablaban las chicas y a los que ella no había tenido ocasión de ver personalmente hasta aquel momento. Caminaban de forma vacilante y curiosamente sus cuerpos desprendían un fulgor verdoso que contrastaba con la oscuridad reinante. Se dirigían al camino junto al que habían acampado y miraban hacia la derecha, como si esperasen a alguien o a algo. Casi inmediatamente apareció. Un extraño monje encapuchado precedía a un no menos extraño rebaño de animales que no supo identificar. Pastor y rebaño compartían el mismo fulgor que la pareja que dejó pasar el grupo en silencio para unirse a él. Al ver cómo se agachaban para caminar torpemente a cuatro patas, Carmeta comprendió que aquellos no eran animales, sino seres humanos grotescamente deformes. Aterrorizada, formó un grito en sus pulmones que no pudo proferir. Lo intentó de nuevo sin éxito. Sólo cuando perdió de vista la macabra comitiva pudo ponerse de pie. Corrió hacia Gafarró al que intentó despertar inútilmente. Lo mismo sucedió con Fray Tomás que roncaba plácidamente. Finalmente profiriendo un gruñido de pánico se acurrucó entre ellos sin dejar de temblar hasta que inexplicablemente volvió a quedar profundamente dormida.

A la mañana siguiente, la Mora entró en el carromato apenas despertó para interesarse por sus ocupantes. El Varón yacía boca arriba mientras la Gorda tendida a su lado le abrazaba con ternura. Aún había algo de calor en sus cuerpos pero era evidente que estaban muertos. La Gorda tenía a su lado la botella de láudano vacía. No había querido dejar solo a su hombre en el último viaje.

Les enterraron juntos en aquel mismo lugar. Las muchachas lloraron mansamente mientras Fray Tomás murmuraba unas oraciones ininteligibles y bendecía las tumbas. Ninguna se preguntó por qué lo hacía. Gafarró dudaba si las muchachas lloraban por pena o por miedo al futuro. Sólo la Mora permanecía impassible mientras se ocupaba del “niño-Carmeta” que parecía especialmente afectado y le apretaba tiernamente contra su costado si dejar de mirar las tumbas de sus patrones.

Terminado el enterramiento, sin deliberación alguna, todas asumieron que la Mora, como mayor, era la nueva jefa del grupo y ninguna discutió sus órdenes de reanudar la marcha. Harían el camino junto a sus nuevos amigos hasta Cofrentes. Luego ya decidirían su futuro.

El día era especialmente agradable y luminoso, aunque el humor de los viajeros no permitía apreciarlo. Gafarró abría la marcha con la carreta de Fray Tomás que ahora manejaba el carromato de las mujeres. Este vehículo era poco apropiado para viajar por aquel camino que a veces se hacía tan estrecho que apenas permitía su paso. Las dos mulas que tiraban de él hacían grandes esfuerzos en los tramos empinados que iban encontrando y el resultado final era que la marcha se hacía mucho más lenta. Los viajeros alternaban los tramos más difíciles en los que iban caminando para descargar a los animales con otros en los que se tumbaban en el carromato a la sombra de su vela para aliviarse del calor.

Carmeta estaba especialmente taciturna. No se atrevía a contar lo que había presenciado la noche anterior. Temía que no la creyesen. Por otra parte, a medida que pasaban las horas, el recuerdo iba desdibujándose en su memoria como ocurre con los sueños y empezaba a dudar si realmente había visto aquello o en realidad lo había soñado.

La Mora acompañaba a Fray Tomás en el pescante del carromato y aunque apenas hablaba con él se sentía a gusto en su presencia. Aquel hombre irradiaba bondad y eso era lo único que, después de la vida que había llevado, valoraba en cualquier persona, hombre o mujer.

En un momento Fray Tomás preguntó

-¿Y qué haréis cuando lleguéis a Cofrentes?

La Mora, que en ese momento estaba ensimismada dio un respingo

-No sé- respondió. -En principio deberíamos aprovechar nuestra estancia allí para sacar buen provecho, aunque he descubierto el escondrijo del dinero del Varón y hay una buena cantidad que nos permitiría vivir sin trabajar durante algún tiempo. Pero nosotras ya estamos marcadas y no tenemos otro futuro que seguir con lo nuestro mientras podamos. El problema es que en nuestro oficio necesitamos a un protector que imponga respeto y ahora no lo tenemos. ¿No querrías ser vos?- preguntó divertida, aunque bien sabía que aquel hombre era todo lo contrario de un dueño de putas.

-De ninguna manera-, respondió Fray Tomás mientras se persignaba compulsivamente, ofendido por semejante insinuación.

-No os ofendáis. Solamente era una broma- añadió la Mora mientras dibujaba una sonrisa triste que embellecía aún más su rostro amable.

Fray Tomás empezó a inquietarse. Aquella mujer le perturbaba. Ajeno desde su infancia a los placeres mundanos, inmerso en su mundo ideal de santidad, desconocía los más básicos síntomas de la relación humana. Tenía una idea general del amor a Dios y al prójimo. Sentía piedad por los desvalidos a quienes siempre que podía entregaba las ganancias de sus ventas semanales en Alzira, para disgusto de sus hermanos del monasterio, pero no sabía lo que era concretar el afecto hacia una persona en especial. Fray Antoni, el monje que le había intentado enseñar con infinita paciencia, era una de las excepciones, pero Fray Tomás le había amado, mejor dicho venerado como se venera a un santo. Gafarró, a quien quería como a un hijo espiritual, le había hecho sentir algo que no se enseñaba entre los muros del convento. Pero él pensaba que su afecto hacia él era la consecuencia de ser su padrino en la cristianización, su obra de propagación de la Fe. No reconocía la amistad sincera que el muchacho correspondía plenamente. Así pues, no sabía explicar el sentimiento nuevo, distinto, que aquella mujer triste le provocaba. Sentía

deseos de tocarla, acariciarla animarla para verla sonreír. Su sonrisa le conmovía como la contemplación de una imagen de la Santísima Virgen.

-Dios mío- pensó ¿Cómo podía comparar a aquella pecadora con la inmaculada madre de Dios? Un negro presentimiento le aceleró el pulso y le recorrió el cuerpo entero erizando cada uno de sus pelos. ¿No sería aquella mujer algún enviado del Maligno? ¿O quizás el mismísimo Satanás que venía a su encuentro para robarle el Alma? ¿A qué pruebas o tentaciones se iba a ver expuesto?.

Miró a la mora que, ajena a la tormenta que se había desencadenado en el interior de Fray Tomás, seguía desgranando disculpas por su desafortunada broma. Sólo dejó de hablar cuando vio extrañada el rostro desencajado con el que Fray Tomás la miraba ahora. No era una cara de enfado o reproche. En sus ojos había miedo.

Confundida, murmuró una excusa y bajó del carromato para unirse en su marcha a Oeste que acompañaba caminando al niño-Carmeta.

Oeste era la más desdichada de las muchachas. La necesidad la había forzado, como a las demás, a llevar aquella vida indigna, pero a ella, le resultaba especialmente repugnante someterse a los hombres. Nunca le habían atraído. Por el contrario era feliz entre mujeres con quienes buscaba amistad. De hecho se sentía atraída por ellas. Sus fantasías de sexualidad se desarrollaban con otras mujeres con quienes compartía besos y caricias tiernas que nada tenían que ver con las brutales penetraciones a la que la sometían los hombres. Algunas veces se había insinuado a sus compañeras y estas, aunque el sexo en general las dejaba indiferentes, habían accedido buscando más el calor humano que la satisfacción sexual. Pero aquello ocurría muy de tarde en tarde por lo que Oeste se sentía especialmente sola y desgraciada.

No sabía porque aquel niño la atraía. Serían sus rasgos, que ella creía infantiles, o la delicadeza casi femenina de sus movimientos y gestos, pero lo cierto es que le apetecía mirarle, hablarle, estar con él, a pesar de que el niño se mostraba huraño y esquivo con ella. -Será por timidez -pensaba.

Cuando se les acercó la Mora no pudo disimular un gesto de fastidio. Esta después de comentar alguna trivialidad sobre el tiempo o el paisaje, empezó a interrogar sutilmente al niño-Carmeta sobre su supuesto padre. Que donde vivían exactamente (ella había estado en Cullera de donde decía proceder Fray Tomás). Que cuanto tiempo llevaba viudo. Que si tenían otros hermanos. Que no parecía carpintero, (que ella sabía bien por qué lo decía) en cambio su hermano mayor sí que lo parecía.

Carmeta, agotada casi de inmediato su capacidad de mentir corrió a refugiarse junto a Gafarró que conducía en solitario la carreta del convento, abriendo camino.

-Me están preguntando demasiadas cosas- Dijo en voz baja -La Mora sospecha de Fray Tomás. Dice que no parece carpintero. Además me está preguntando mucho por él. Parece una alcahueta. ¿Querrá cazarlo para alguna de ellas?

-Pues menuda sorpresa se va a llevar- respondió Gafarró.

4

Hacia mediodía decidieron hacer un alto para descansar. Un claro en la arboleda junto al camino, próximo a una de las innumerables fuentes de la sierra, les pareció el lugar idóneo para detenerse, preparar alguna comida decente y permitir que las bestias refrescasen.

Desengancharon a los animales y les dejaron pacer libremente mientras la Mora se encargó de preparar la comida mientras observaba extrañada a Fray Tomás que parecía rehuirle incluso en la mirada.

A punto estaban de comer cuando sucedió. Fray Tomás entró en uno de sus trances. De repente cayó como desmayado y tendido en el suelo, con los ojos en blanco, empezó a agitarse convulso mientras murmuraba latinajos incomprensibles. Las muchachas al verlo retrocedieron horrorizadas, incluso Carmeta que jamás había presenciado ningún ataque epiléptico. Solamente Gafarró y la Mora acudieron de inmediato a atenderle. El primero ya había presenciado uno de los ataques del monje pero no sabía cómo atenderlo. En

cambio la Mora, de inmediato introdujo un palo atravesado entre sus dientes para evitar que se mordiese la lengua y sentándose junto a él pidió a Gafarró que lo pusiese en su regazo. Sujutando la cabeza contra su pecho empezó a acariciar el rostro del enfermo mientras murmuraba palabras dulces y tranquilizadoras con las que respondía a las letanías ahogadas del monje. Pidió que le humedeciesen un lienzo para refrescar la frente febril y aguardó paciente a que pasase el ataque.

Pasado el susto inicial, les explicó que lo que le pasaba a aquel hombre no era ningún síntoma de endemoniamiento. Era una enfermedad rara que ella conocía bien por haberla padecido su propio padre y que en un rato desaparecería. Que lo único que se podía hacer era lo que ella estaba haciendo y esperar tranquilamente a que desapareciesen los síntomas.

Lejos de allí, muy lejos, la mente de Fray Tomás vagaba por las esferas celestiales. En ellas veía el rostro de la Santísima Virgen que ahora para su horror se confundía con el de la Mora. Pero de pronto, mirándole con aquellos ojos azules bellísimos, le habló con la misma dulce voz con la que le hablaba la pecadora

-Nada temas de esa mujer Tomás. Mi hijo la ha puesto en tu camino para que la redimas. Ella será tu aportación a la obra de Dios. Pero para ello deberás hablarle sólo con la verdad y hacer todo lo que tu corazón te dicte.

La Mora, que no apartaba la mirada del rostro de Fray Tomás, fue la primera en darse cuenta de que su boca trabada esbozaba una sonrisa antes de que sus ojos se abrieran de repente sumergidos en lágrimas.

-Gracias a Dios que habéis despertado pronto -exclamó la Mora sorprendida por la brevedad del ataque, mientras le quitaba el palo de la boca.

-Alabado sea su nombre y el de su dulcísima Madre -respondió el monje que ahora la miraba como un hombre nuevo.

Las muchachas, se acercaban poco a poco, todavía asustadas a aquella representación en carne y hueso de una Piedad profana que poco a poco se iba descomponiendo mientras el monje se incorporaba.

-Que susto nos habéis dado -dijo Norte. Pensábamos que os había ocurrido algo grave.

-Nada de eso- respondió fray Tomás -Os aseguro que lo que me ha pasado es probablemente lo mejor que me ha ocurrido nunca -dijo sonriendo a la Mora que empezaba a desconcertarse.

La comida aún estaba caliente, así que de buena gana y mejor humor se decidieron a atacar el guiso acompañándolo de buenos tragos de vino.

No muy lejos de allí al grupo del Bravo llegaba el olor del humo y la comida. Agudizados los sentidos por la necesidad, el grupo de bandoleros aguardaba el paso del algún viajero incauto, o mejor de algún pastor a quien robarle reses para comer. Aquel olor les disparaba la ansiedad. Llevaban varios días merodeando por la zona sin conseguir ninguna presa y estaban empezando a soliviantarse contra su jefe que se tenía que emplear a fondo contra los más osados. No habían tenido suerte con la caza y estaban hartos de comer los frutos del bosque que apenas les satisfacían. Hacía dos días que habían agotado las provisiones. Los viajeros no podían estar lejos. El olor venía del Este y necesariamente tenían que pasar por donde ellos estaban. Todo era cuestión de esperar escondidos, valorar las posibilidades de ataque, no fuera un grupo de soldados, y atacar para arrebatárselos lo que pudiera ser de provecho. Si se resistían lo lamentarían.

Reanudaron la marcha poco después de la comida. El calor, mitigado por la brisa del Este no era insoportable y la lentitud con la que ahora avanzaban hacía recomendable aprovechar al máximo las horas de luz. Aún no llevaban una hora de camino cuando le encontraron. Carmeta, que viajaba en la carreta de Gafarró abriendo la marcha, fue la primera en verlo encaramado en

aquel peñasco de cuatro metros de altura, flanqueado simétricamente por dos pinos enormes, que se erguía junto al camino.

Un anciano escuálido de larga barba y cabellera blanca les miraba solemne desde arriba. Se cubría con un corto y sucio sayón y empuñaba un rustico cayado en el que se apoyaba aguardando a que se acercasen sin dejar de mirarles con fijeza. Cuando les tuvo cerca exclamo con una voz grave y sorprendentemente potente

-Deteneos, desgraciados -dijo sobresaltando a las muchachas que no le habían visto.

-Ay de aquellos que avanzan descuidados hacia su desdicha -seguía diciendo.

-Él me envía para advertiros -añadía elevando los brazos al Cielo lo cual hacía que se elevase el borde del sayón y quedasen al descubierto sus magras vergüenzas.

Esto hizo que tras la sorpresa inicial, todo el grupo excepto Fray Tomás, estallase en risas, lo cual provocó la ira del anciano.

-Quienes se mofaren de mis enviados, arderán en las llamas del infierno- les espetó con rabia.

Fray Tomás que percibía el tono religioso de las admoniciones, quiso tomar la iniciativa preguntando

-¿Quién sois? ¿De qué desdicha nos habláis?

-Ay de quienes confundan al mensaje con la apariencia del mensajero -seguía el anciano -Perecerán víctimas de su insensatez.

-¿Diréis de una vez que os pasa o qué queréis? Interrumpió Gafarró que ya empezaba a impacientarse por el tono proverbial y enigmático de aquel personaje pintoresco.

-Aquellos que no tuvieren el don de la paciencia no verán madurar el fruto de sus anhelos.

Las mujeres ya no se reían y miraban intrigadas a aquel personaje insólito con la boca abierta, mientras fray Tomás se acercaba al anciano pues presentía que no debían tomar a broma sus advertencias.

-¿De qué nos queréis advertir?

-Mi misión es avisar a los viajeros confiados. Los servidores del Mal habitan estos bosques y acechan a quienes se aventuran sin protección para devorarlos sin piedad.

-¿De qué servidores habláis? ¿Quién os envía?

-Él- volvió a decir mientras elevaba los brazos hacia el cielo con gran ceremonia mostrando nuevamente sus vergüenzas al grupo que volvió a estallar en risas ante el patético espectáculo.

-Quienes rechazaren las advertencias, merecerán el destino que no han querido evitar. -Dijo con un tono de tristeza y, dando un salto increíblemente ágil desapareció tras el peñasco. Fray Tomás intentó seguirle pero pronto le perdió entre la maleza. Le llamó a voces intentando disculparse pero fue en vano. El anciano había desaparecido.

Regresó al grupo que aún reía las extravagancias de aquel loco y se dispusieron a reanudar la marcha comentando el curioso encuentro.

Todavía estaba Fray Tomás pensando en aquel desdichado al que le hubiera gustado ayudar cuando se encontraron con los bandoleros. Apenas hacía una hora que habían tropezado con el anciano cuando vieron el camino cortado por tres jinetes. Gafarró, guiado por su antiguo instinto de pirata, percibió el peligro grave y buscando de forma instintiva vías de escape, descubrió al instante que entre los árboles se movían otros a pié, a los dos lados del

camino. Supuso que aquello era una encerrona en toda regla y que seguramente alguien más les cortaría el paso a retaguardia.

De los tres jinetes, el del centro parecía el de aspecto más temible. Les habló sin rodeos.

-Deteneos. Vamos a tomar todo lo que nos interese. No os resistáis o lo pagareis con la vida.

Los demás permanecían en silencio sin quitar la vista de sus presas. Resultaba evidente quién mandaba.

-¿Qué queréis de nosotros? -Preguntó fray Tomás con un leve temblor en la voz.

-Todo lo que tengáis de valor. Bajad de los carros y agrupaos aquí. -Ordenó con un gesto.

Los viajeros descendieron atemorizados y se agruparon en torno a fray Tomás al que por su edad y condición de hombre los viajeros consideraban el líder natural.

Uno de los bandoleros que habían surgido de entre los árboles, le dio un empujón con el ánimo de amedrentar al grupo. Fray Tomás cayó lastimándose una rodilla por lo que no pudo evitar un gemido de dolor. Gafarró se abalanzó contra aquel bandolero con rabia asesina y éste, que no esperaba el ataque, cayó con violencia al suelo. El muchacho intentó arrojarlo sobre él pero de inmediato dos de los compañeros se lo impidieron, no sin grandes dificultades.

Mientras tanto el que parecía ser el jefe observaba la pelea desde lo alto de su caballo sin inmutarse. En un momento dado, uno de los bandoleros, contrariado por encontrar resistencia, cosa a la que no estaban acostumbrados, sacó un cuchillo e intentó degollar al viajero rebelde. Una furia aullante, en forma de muchacho imberbe, se precipitó sobre su brazo y lo mordió con fiereza animal. Soltó el cuchillo, también gritando pero no se desembarazaba de aquel niño fiera que se iba a quedar con un trozo de su

carne entre los dientes. Un golpe en la cabeza, propinado por otro de los bandoleros con un garrote, hizo que Carmeta cayese desmadejada.

Los bandoleros excitados por la violencia se disponían a rematar a los osados jóvenes cuando Fray Tomás se interpuso pidiendo piedad a gritos de rodillas. Poco efecto hicieron las súplicas ante los bandoleros exaltados. Sólo la voz autoritaria del jefe cortó de raíz la ejecución inminente y frenó a los agresores que se contuvieron jurando en voz baja.

Ordenó maniatar y encapuchar a todos los viajeros y llevarlos a su campamento que se encontraba cerca en un escondrijo natural que habían encontrado no lejos de allí. Mientras, él supervisaría personalmente el expolio de los bienes que hallasen en las carretas.

6

El Bravo, como le conocían sus hombres en honor a su valor repetidamente contrastado, era un hombre justo tanto en la toma de decisiones como en el reparto del botín. No concedía privilegios a nadie y mucho menos a él mismo. Sus hombres le obedecían ciegamente y jamás cuestionaban sus órdenes. Por otra parte él procuraba que éstas fuesen razonables según cada situación. Por ello no perdonaba jamás la indisciplina. Los que en alguna ocasión le habían desobedecido deliberadamente lo habían pagado muy caro, incluso con la vida.

Antiguo soldado, había elegido aquella vida desengañado de haber visto como él y sus compañeros de armas, después de haber dejado trozos de sus cuerpos en los campos de batalla de media Europa, eran despreciados no sólo por el Rey sino también por sus conciudadanos, que les consideraban poco más que una escoria molesta. Así pues, ahora había constituido su reino particular en aquellos montes y gobernaba sobre sus pocos súbditos con justicia pero con mano de hierro. Su experiencia militar y el peligro que corrían, constantemente acechados por los soldados de las guarniciones próximas, hacía que considerase la disciplina y la obediencia ciega la piedra angular sobre la que basar la supervivencia.

Su grupo de bandoleros estaba formado por doce hombres, la mayoría de ellos antiguos soldados. Sus virtudes castrenses no le impedían en cambio ser despiadado con sus víctimas. No pocos habían perdido sus vidas por intentar resistirse. Sin embargo le gustaba dejar testigos que alimentasen su leyenda, lo cual había provocado que cada vez menos gente se aventurase por aquella sierra. Últimamente, apenas algunos incautos se aventuraban a viajar sin protección por lo que sus hazañas más recientes se habían limitado a robar algunas cabezas de ganado a los pastores que recorrían la cañada real que atravesaba la comarca.

Los soldados de las guarniciones próximas habían intentado varias veces capturarles, pero en aquellos parajes era como encontrar una aguja en un pajar. Además sospechaban que debían tener algún escondite secreto pues había temporadas, especialmente después de algún asalto en que desaparecían de la comarca para reaparecer de nuevo en otro ataque. Por otra parte, si bien los responsables de los castillos de Ayora y Enguera estaban obsesionados con su captura, los soldados no se esforzaban excesivamente en dar con ellos, porque en el fondo sabían que se trataba de un grupo bien entrenado y dirigido que les podía poner en serios aprietos en caso de enfrentamiento.

Cargaron a Carmeta, aun inconsciente, en uno de los caballos y mientras los viajeros, tras haberles sido vendados los ojos, se adentraban en el bosque custodiados por los bandoleros, el Bravo acompañado por dos de sus hombres, subió al carronato de las prostitutas y empezó a hacer inventario mental de lo que iban recogiendo. Alimentos y bebida eran lo más preciado, también las mantas y cobijas que les abrigasen en las durísimas noches de invierno en la sierra.

Uno de sus hombres encontró una bolsa repleta de monedas que le vendría muy bien para las épocas de más escasez, en las que se acercaban a los pueblos disfrazados de peregrinos y conseguían los alimentos que no podían conseguir por la fuerza.

Poco a poco fueron cargando las mulas que les iban a servir de transporte de lo aprehendido. En la carreta más pequeña también encontraron alimentos

pero en menor cantidad. Sin embargo lo que más le llamó la atención fue encontrar unos hábitos de monje. Decidió llevarlos también y ordenó la marcha hacia el campamento pues se daba cuenta de que sus hombres empezaban a impacientarse. Sabían por el carromato rojo que aquellas muchachas que habían apresado eran putas y estaban ansiosos de darse el festín de lujuria que preveían. La verdad es que el mismo necesitaba desahogarse. La abstinencia sexual a la que le obligaba la vida que llevaban era lo que peor soportaban algunos. Únicamente la podían satisfacer cuando de tarde en tarde encontraban entre los viajeros alguna mujer y, sin importarles su edad o condición la forzaban sucesivamente hasta que, si sobrevivía, la dejaban a su suerte abandonada en el bosque donde acababan muriendo de hambre y pena.

Pero en aquella ocasión habían tenido mucha suerte. Tenían a cinco mujeres hermosas, jóvenes y al mismo tiempo experimentadas. Aquello suponía que durante algún tiempo iban a tener sus necesidades sexuales bien colmadas. Así que tras abandonar la carreta y el carromato, que de nada les servía en aquel lugar, así como las ropas de las mujeres, se dirigían al campamento excitados. Sin embargo el Bravo no dejaba de pensar en aquel hábito de monje que no le cuadraba. Tendría que hacer averiguaciones.

Mientras tanto, lejos de allí, los habitantes de Alzira continuaban en sus rutinas cotidianas. Había pasado la conmoción inicial por saber lo que había pasado realmente en la taberna del tío Josep. Sabían de la persecución que había iniciado el capitán de Cullera y aunque sentían cierta inquietud por los fugitivos, confiaban en que los jóvenes pudiesen escapar. Sólo Estrella permanecía extraordinariamente inquieta y angustiada. Apenas comía, lloraba constantemente. Así que a duras penas consiguieron arrastrarla sus padres aquella noche a la plaza del pozo donde el abuelo Joan iba a contar una de sus historias.

No hace muchos años vivía en Carcaixent una pareja de novios. Se conocían desde que tenían memoria. Eran vecinos. Habían compartido toda su vida, sus juegos, sus peleas, su formación como personas. Por eso cuando la muchacha a los diez años anunció solemne a su amigo: "Cuando seamos mayores nos casaremos", éste lo tomó como algo lógico, natural, así que interrumpiendo brevemente el hoyo que estaba escarbando junto al muro de su casa, para enterrar solemnemente a un ratón que habían encontrado muerto, se limitó a decir: "vale", dedicó unos instantes a pensar por qué ella se había molestado en decir algo que para él era más que obvio y siguió escarbando como si nada. Minutos más tarde metió el ratón en el pequeño ataúd que él mismo había construido y le enterró tras celebrar una cómica liturgia.

La muchacha se llamaba María. Sus antepasados, como la mayoría de los habitantes de la zona, habían sido moriscos pero no habían sido expulsados en 1609 porque nunca se habían significado en temas de religión y no habían tenido ningún inconveniente en abrazar el cristianismo que profesaban, como muchos de sus paisanos, de forma más que discreta.

Su padre, Nicolau era un carpintero reconocido y apreciado por su buen carácter. Su esposa solamente le había dado una hija por lo que a veces, en el pasado, había sentido una punzada de temor pensando que su taller se iba a perder cuando él se retirase, pero desde que veía a su hija con el vecinito,

jugando y peleando como hermanos, no dejaba de pensar que aquel muchacho podría muy bien ser el hijo que su esposa no había podido darle. Su heredero.

El muchacho se llamaba Joan. Vidal era su apellido, bastante común en la ciudad. Era el hijo segundo de su vecino el sastre. El muchacho era bueno y trabajador pero el oficio y la clientela de su padre, según mandaba la costumbre, se las quedaría el hermano mayor, por lo que no habría ningún inconveniente en que Joan fuese su aprendiz de carpintero. El muchacho siempre metido en su casa, jugando con su hija, estaba familiarizado con su actividad, con sus herramientas y no tenía malas manos. Era capaz de construir juguetes con los restos de madera que a Joan no le servían y que indefectiblemente acababa regalando a su "prometida".

Los años de infancia fueron los más felices que nadie pueda recordar. Primero se quisieron como hermanos, más tarde como amigos y cuando la inocencia de la niñez fue dando paso a la inquietud de la adolescencia, nada cambió entre ellos. Los nuevos deseos y sentimientos los vivían con naturalidad, compartiéndolos, maravillándose al mismo tiempo como si ellos dos fuesen un solo ser.

La Desgracia llegó de la mano de la Belleza. María siempre había sido una niña graciosa pero nada en su fisonomía había llamado nunca la atención salvo sus ojos. De un azul intenso, destacaban en su rostro como dos zafiros sobre un lecho de nieve. Eran de una belleza tal que hacían parecer feos todos

Los demás rasgos de la niña. Hasta que se hizo mujer. Cuando la naturaleza empezó a moldear su anatomía, esculpió una obra maestra. Su rostro adquirió una belleza serena y se convirtió en un marco digno de aquellos ojos increíbles. Su cuerpo adquirió las curvas más femeninas y seductoras que nadie pudiese nunca soñar y la felicidad que sentía de forma natural, hacía que una sonrisa permanente iluminase siempre su entorno.

Todo el mundo se daba cuenta de aquella portentosa transformación menos los dos enamorados. Joan siempre la había visto hermosa porque nunca la había mirado con los ojos sino con su afecto y por lo tanto no era capaz de ver cambio en aquello que para él siempre había sido igual de hermoso. Ella no tenía otro objetivo en su vida que compartirla con aquel a quien siempre había amado y por lo tanto nunca se había preocupado de su belleza. No tenía interés alguno en atraer a nadie que no fuese Joan y estaba más segura de su amor que de sus propios sentimientos. Así pues, los cambios que apreciaba en su cuerpo no eran para ella sino la metamorfosis natural que la preparaba para ser esposa y madre.

La mayoría de sus vecinos veían crecer a la pareja con simpatía, admiración y tal vez un poco de sana envidia, pero había quien empezaba a desear a la muchacha de un modo casi enfermizo. Especialmente el noble local que representaba la autoridad del rey en aquel pueblo recientemente independizado de Alzira. Se trataba de un individuo autoritario y cruel que imponía su voluntad sobre sus conciudadanos de cualquier forma y a

cualquier precio. Se creía dueño y señor de haciendas y voluntades y hacía pagar muy caro a aquellos que se atrevían a contradecirle.

Había puesto sus ojos en la muchacha, como cualquier varón adulto de la ciudad, pero no se resignaba a mirarla con deseo o simplemente con admiración: Tenía que hacerla suya.

Antoni Bertomeu, que así se llamaba el noble, era un individuo que unía a su abyecta personalidad un físico igualmente repulsivo. Era obeso y tenía la cara desagradablemente marcada por la viruela. Un hilillo de baba asomaba casi constantemente por la comisura de sus labios obscenamente carnosos y su voz tenía un tono aflautado que hubiese provocado risa de no venir de aquel físico tan desagradable.

Intentó acercarse a María visitando el taller de su padre con el pretexto de hacerle algún encargo. Procuraba que la muchacha anduviese por el taller cuando él lo visitaba, para insinuarle con halagos que se estrellaban en la cortés indiferencia de la muchacha, que no veía las malas intenciones que traía Bertomeu. Tras los halagos vinieron los regalos y entonces fue cuando la muchacha le rechazó directamente. El noble se dispuso a conseguir por las malas lo que de ninguna manera hubiese conseguido por las buenas.

Con la ayuda de su mayordomo, introdujo en la casa de Joan una joya. El plan era hacer creer que el muchacho se la había robado en una de sus visitas

en las que acompañando a su padre, el sastre, había ido a la casona del noble, quien le había encargado algunas ropas para la servidumbre. Lo cierto era que el mayordomo la había puesto entre las telas que le entregaba al muchacho para confeccionar aquellas prendas.

Al día siguiente, acompañado del mayordomo y de varios alguaciles se presentó en casa del asustado sastre que no comprendía que estaba pasando. Localizaron rápidamente la joya escondida entre las telas entregadas y acusaron al pobre muchacho que empezó a imaginarse lo peor. Prendido en el acto, fue conducido a los calabozos de la ciudad para ser juzgado. Lo más probable es que fuese condenado a pasar varios años en galeras, lo que suponía en la práctica la pena de muerte.

Cuando María se enteró de lo que había pasado, acudió de inmediato a buscarle para consolarle y darle ánimos, pero los guardias en lugar de conducirla a los calabozos la llevaron ante el noble que la esperaba según había previsto en sus planes.

Ordenó que le dejasen solo con la muchacha y le expuso fríamente la situación: si quería que Joan quedase libre, tendría que permitir que le hiciese el amor. Inocente, pero no estúpida, la joven sintió toda la indignación y el asco que aquella propuesta provocaba, pero no dejó de entender que por desgracia no quedaba otra salida para salvar a su amado. Por lo tanto no

tardó en aceptar y casi allí mismo, el noble la desnudó con torpeza y excitación y la penetró mientras babeaba incesantemente.

La muchacha se dejó hacer con los ojos cerrados, el cuerpo rígido hizo especialmente dolorosas las penetraciones. Cuando terminó la violación, el noble le dijo mientras se componía la ropa:

-Vete. Por hoy hemos terminado. Pero no creas que esta va a ser la única vez. Ahora ya sabes que puedo hacer. Si te niegas a venir conmigo la próxima vez que te llame, a Joan le pasará algo irremediable.

Avergonzada y angustiada, María volvió a casa a esperar el regreso de Joan al que pronto confiaba en ver libre. No fue hasta el día siguiente que le soltaron. Dijeron que uno de los criados del noble había estado limpiando la joya y en un descuido la había puesto sobre las telas entregadas y que probablemente se había metido accidentalmente entre ellas y así el hijo del sastre se la había llevado inadvertidamente.

Joan llegó a casa y fue recibido con alegría por todos, pero vio una sombra de tristeza en los ojos de su novia que le hizo sentir un ataque de inquietud.

-¿Qué te pasa?- preguntó- ¿Qué no te alegras de verme?

-Claro -exclamó la muchacha que se arrojó a sus brazos llorando.

Todos sonreían enternecidos por el final feliz de aquel mal trago. Todos menos Joan. Conocía a su amada mejor que a él mismo. Sabía que le estaba ocultando algo.

-Mírame. ¿Qué te pasa. ¿Por qué lloras?- Insistió el muchacho alarmado.

-Por qué va a ser, hombre. Llora de alegría por verte libre- Explicaba el padre del muchacho entre risas.

Pero Joan se sentía cada vez más inquieto. El silencio de María era la confirmación de sus sospechas. No obstante entendió finalmente que rodeado de familiares y vecinos, no era aquel el momento de hablar con sinceridad y dejó de insistir. Así pues flanqueado por su madre y por su novia despidió con palabras amables a quienes habían acudido a recibirle y entró en casa.

Todos volvieron a sus quehaceres pero Joan no dejaba de pensar en que era lo que le ocultaba María. Así que en la primera ocasión en que se vieron a solas le volvió a preguntar.

La muchacha, libre de testigos le contó con naturalidad lo que le había dicho y hecho el noble. Joan era su otro yo, su alma gemela. No podía tener reservas con él, que tanto la quería. Compartiría con ella aquel dolor, aquella

vejación y su amor, tan fuerte y tan sincero les daría fuerzas para superar aquella amarga experiencia y encontrar una solución adecuada.

Pero no fue así. Al escuchar el relato Joan sufrió en su alma todo el dolor y la humillación a la que la pobre María había sido sometida por salvarle y de alguna manera se sintió culpable. Por otra parte se daba cuenta de que aquello no había terminado. El noble volvería a buscarla y a someterla de nuevo cuando se le antojase. La burbuja de felicidad en la que había vivido con María desde que tenía memoria, aislados de la maldad del mundo exterior, había estallado y ya no podrían reconstruirla jamás.

Una profunda tristeza, mezclada con el sufrimiento por su amada invadió su corazón y a la madrugada siguiente, tras la noche en vela, inmersa su alma en un pozo de negrura y soledad, tomó una cuerda y se fue al campo.

Lo encontró un comerciante de Valencia que se dirigía a Xátiva. Su cuerpo se balanceaba suavemente colgando de un árbol como un fruto siniestro. Aún estaba caliente cuando le descolgaron sus amigos entre lágrimas e incredulidad.

María no lloró. La gente sorprendida decía que la muchacha, conmocionada, aún no había digerido la tragedia, que pronto se derrumbaría. Nadie sospechaba que la muchacha se sentía traicionada por el hombre por quien lo

había dado todo y que en aquel momento tendido a sus pies sólo le inspiraba desprecio por su cobardía.

Pocos días después del entierro, el mayordomo del noble fue a buscar a María. El baboso quería volver a yacer con ella y le dijo que, aunque sabía que el novio se había ahorcado, la amenaza continuaba en pie y que si no accedía a sus deseos, sería su padre quien pagaría las consecuencias. Así que tenía que inventar cualquier pretexto y presentarse ante él al día siguiente, después de la comida.

La muchacha se puso su mejor vestido y ocultó entre sus pliegues el cuchillo más largo que encontró en la cocina. Se presentó en la casona del noble tal como le habían indicado y los criados, advertidos, la condujeron sin palabras a sus aposentos. Entró y cerró tras de sí la puerta. De la cama que había en la habitación en penumbras surgió la voz chillona

-Ven. Acércate. Quiero que te desnudes, despacio, muy despacio.

La muchacha obedeció en silencio y al acercarse distinguió, a medida que sus ojos se iban acostumbrando a la poca luz, el cuerpo desnudo del noble. Una mole obscenamente obesa, lechosa de entre cuyos pliegues a duras penas emergía una mata de vello púbico, que la mano del noble acariciaba mientras sus ojos entrecerrados contemplaban la espléndida desnudez de la joven.

La muchacha dejó disimuladamente el cuchillo entre las ropas, sobre una silla, cerca de la cama. Se tendió junto al noble que empezó a mojarla con sus repugnantes babas mientras besaba y mordisqueaba sus pechos. Impaciente la cubrió casi asfixiándola y la penetró con la misma precipitación que en la ocasión anterior. María, que hasta entonces había permanecido inerte, tomó el cuchillo de entre sus ropas y rodeó a duras penas con sus brazos el corpachón del cerdo que la humillaba. Éste, iluso, pensó que la muchacha respondía a su pasión en aquel abrazo por lo que se sorprendió al notar un pinchazo en la espalda. La sorpresa de María, en cambio, fue el notar con qué facilidad se hundía el cuchillo en aquel cuerpo grasiento. Era como meterlo en un tarro de manteguilla caliente.

Cuando el cuchillo le atravesó el corazón, el noble arqueó la espalda hacia atrás al tiempo que eyaculaba su muerte y un hilillo de baba sanguinolenta descendía hacia el pecho de la joven.

María se vistió en silencio. No se molestó en sacar el cuchillo de la espalda del miserable y al salir indicó a los criados que su señor no deseaba ser molestado.

Se marchó del pueblo hacia el Sur sin dar explicaciones a nadie. Ni siquiera se despidió de sus padres que durante muchos años esperaron su regreso. El mayordomo al encontrar a su señor muerto, lavó y vistió el cadáver y contó

que había muerto mientras dormía para evitar que se supiese el grado de mezquindad a que había llegado. En su funeral no hubo lágrimas.

Nadie sabe lo que fue de María. Algunos cuentan que un proxeneta que recorre con su carromato rojo las ferias de toda España la recogió desfallecida a la orilla del camino y que estuvo llorando casi sin cesar durante varios días. Los años siguientes, mientras duró su juventud y lozanía, fue el mejor reclamo de su negocio, solamente al alcance de quienes podían permitirse tal lujo.

Todavía es hermosa. Se hace llamar la Mora.

8

Martorell y sus hombres ya habían llegado a Cofrentes. Se habían presentado al mando de la guarnición que allí existe y que resultó ser un antiguo compañero de armas del capitán. Emili Gregori. Después de los saludos de rigor y de las chanzas habituales entre viejos camaradas, Martorell expuso el motivo de su presencia, ante lo cual Gregori se puso de inmediato a su disposición para lo que pudiese necesitar

-Quisiera tener algún sistema de alerta previsto ante su llegada. No me gustaría que se me escapasen después de haber llegado hasta aquí. Pidió Martorell

-Dalo por hecho. Enviaré a algunos de mis hombres a la guarnición de Ayora, por donde ya habéis pasado a dar aviso. Cuando vean llegar al monje con los muchachos les detendrán y nos los traerán de inmediato. Nosotros por nuestra parte estableceremos vigilancia sobre los puestos de contratación de madereros por si acaso consiguen burlar la vigilancia de Ayora y les

atraparemos sin duda. Mientras tanto os alojareis en el castillo. Por lo que me habéis contado, sólo será cuestión de días que lleguen aquí.

Cofrentes era una pequeña población situada en la confluencia de los ríos Júcar y Cabriel. Al ser el punto de encuentro de las dos vías fluviales más importantes de la comarca, era un lugar muy adecuado para comerciar con la maderada que, guiada por expertos gancheros, descendía por ambos ríos procedente de la provincia de Cuenca. Allí se concentraban las partidas de troncos y permanecían embarrancadas en las orillas, a la espera de compradores que inspeccionaban la mercancía para seleccionar los mejores ejemplares. Una vez hecha la transacción, se ataban las partidas de troncos formando rústicas e inseguras balsas que eran conducidas como rebaños sobre las entonces caudalosas aguas del Júcar ríoabajo, hasta llegar a las poblaciones de donde venía su encargo, especialmente a Alzira y a Cullera.

Para el manejo de los “rebaños” de madera se necesitaban expertos “pastores” que caminado sobre los resbaladizos leños conducían los troncos con habilidad, evitando que se encallasen en las orillas y ayudando a que salvaran los obstáculos que, en forma de azud, habían puesto los hombres al río para aprovechar mejor sus aguas.

Martorell y sus hombres, una vez acomodados en la fortaleza de Cofrentes, se dispusieron a esperar. No tenían otra cosa que hacer.

Supo el capitán, al poco tiempo de estar allí que la guarnición de Ayora tenía un problema que le estaba causando no pocos quebraderos de cabeza a su oficial al mando: Un grupo de bandoleros dominaba la sierra de Enguera y estaba atemorizando a los viajeros y pastores que la transitaban cada vez con más recelo. Habían intentado localizarles en varias ocasiones y no habían conseguido dar con ellos. Sabían por algunos supervivientes que su jefe se apodaba el Bravo y que tenía experiencia militar, lo cual hacía aventurado buscarles sin más precauciones. La escasez de efectivos para cubrir una zona tan extensa hacía muy difícil la búsqueda y el asunto se estaba convirtiendo en una obsesión para el capitán de Ayora.

Martorell escuchaba aquello con interés. Le excitaban los retos. Por eso se había hecho militar. Su destino en Cullera, una vez eliminados y espantados los piratas por su intervención, era una rutina que a veces se le hacía insoportable. En cambio aquel problema con los bandoleros, lejos de parecerle un inconveniente se le antojaba como un desafío formidable. Una empresa irresistible, comparada con la insignificancia que le había llevado allí. Por eso mataba el tiempo ideando estrategias que le permitiesen capturarles y lamentándose por no poder ponerlas en práctica.

9

El Bravo y sus hombres de confianza llegaron casi de noche al campamento donde les aguardaban sus secuaces y los prisioneros. Estaba situado en un minúsculo valle en forma de círculo poco más grande que la plaza mayor de cualquier ciudad, que tenía una angosta entrada que la vegetación disimulaba perfectamente. Lo había encontrado por casualidad, siguiendo a un jabalí herido que casi milagrosamente desapareció de su vista. Afortunadamente el rastro de sangre les permitió seguirle y dar con un estrecho desfiladero que estaba perfectamente oculto entre la maleza. Siguiéndolo en su recorrido de algo más de cien metros, llegaron a su final donde se abría la pequeña explanada. La configuración del entorno y lo escarpado de sus laderas, lo hacían prácticamente invisible para quien no conociese su existencia. El Bravo se olvidó por un momento del jabalí y empezó de inmediato a valorar sus posibilidades como campamento permanente. Al divisar una cueva en una de las paredes de la montaña acabó por decidirse. Aquel valle sería su base, su castillo. Estaba relativamente cerca del camino principal que atravesaba la sierra y tenía también en sus proximidades agua abundante procedente de varias fuentes.

Se instalaron de inmediato. La cueva era lo suficientemente grande para albergarles contra las inclemencias del tiempo así como para almacenar el botín y los alimentos que conseguían. La sierra era su territorio y aquel lugar sería su capital.

A su llegada, los bandoleros estaban impacientes por disfrutar de las prostitutas, pero nadie se había atrevido a empezar sin la autorización del jefe. Nadie osaba actuar por su cuenta. Le temían demasiado.

Los hombres habían sido atados a unos árboles y permanecían sentados en el suelo preguntándose por su futuro y lamentando no haber tenido en cuenta las advertencias del anacoreta loco. Las mujeres tenían menos miedo. Eran conscientes de su utilidad para aquellos malhechores hambrientos de sexo, según evidenciaban por su mirada y por sus comentarios y sabían perfectamente cuál era su futuro inmediato que no difería en gran manera de su reciente pasado. Luego ya se vería.

El Bravo descabalgó tranquilamente ordenando

-Meted el botín en la cueva.

-¿Qué hacemos con las putas? Preguntó el más ansioso de los bandoleros

-Tomadlas por orden. Primero los más viejos. A mí dejadme a la morena de ojos azules.

-No, -gritó Fray Tomás involuntariamente para recibir de inmediato una patada en la cabeza que le dejó inconsciente.

El Bravo tomó a la mujer por un brazo y la arrastró al interior de la cueva. Esta le siguió sumisa mientras se preguntaba por la espontánea reacción del supuesto carpintero. Los demás bandoleros tomaron a las muchachas allí mismo, junto a la hoguera que presidía el campamento, urgidos por su necesidad mientras eran observados atentamente por el resto del grupo, Gafarró y Carmeta, asqueados permanecían con la cabeza baja mientras las muchachas indiferentes se sometían a lo que para ellas era la rutina de su oficio.

Después de unos siguieron otros. Algunos incluso repitieron. Mientras, la Mora salía de la cueva componiendo sus vestidos y acudía solícita a interesarse por su espontáneo y frustrado protector que todavía estaba

inconsciente. Mojó un pañuelo en un balde de agua y mojó el rostro suavemente para reanimar a fray Tomás. Éste al poco recobró el sentido y se encontró con la maravillosa sonrisa de la mujer que poco antes, en una alucinación, había confundido con la Santísima Virgen.

Saciada de momento su lujuria, los bandoleros pensaron en comer y prepararon algunos alimentos que habían tomado del carromato rojo. Encargaron a las mujeres alimentar a los prisioneros maniatados y ya estaban disponiéndose a dormir algunos cuando el Bravo apareció en la entrada de la cueva llevando el hábito de Fray Tomás en las manos.

-¿De dónde habéis sacado estos hábitos? ¿A quién se los habéis robado?

-Son míos-dijo Fray Tomás. Soy monje del monasterio de Santa María en Alzira- confesó fray Tomás que en aquella situación ya no veía sentido en seguir mintiendo.

-¿Monje?. Por Dios bendito. ¿Y por qué os disfrazáis de seglar? ¿Y qué haciais con estas putas?

-A estas mujeres las hemos encontrado por casualidad. En cuanto al disfraz os diré que no son de vuestra incumbencia las razones por las que no vestía el hábito.

Una nueva patada golpeó al insensato prisionero que volvió a perder el sentido entre risotadas de los bandoleros, que ahora se encontraban de excelente humor.

-Ponedle el hábito y volved a atarlo. Que de ahora en adelante cada cual parezca ser lo que en realidad es -añadió provocando nuevas risotadas.

Al oír estas palabras Carmeta se encogió ocultando aún más su rostro en un desesperado intento de pasar desapercibida.

Los bandoleros desataron a un desmadejado Fray Tomás y vistiéndole con los hábitos le volvieron a atar dejando en la posición anterior.

La Mora lo miraba ahora confundida e incrédula. Un monje... pensaba. Sabía que no era carpintero por sus manos, pero ¿monje?, no era esa la idea que ella tenía los de su condición. Pensaba que curiosamente era demasiado bondadoso para serlo.

El Bravo ordenó acomodar a las mujeres en el fondo de la cueva mientras que ellos dormirían a la entrada para evitar su fuga. Ordenó también que se revisasen y reforzasen las ataduras de los prisioneros y encargó a sus hombres un turno de vigilancia.

El primero de los guardianes, aburrido por la monotonía y exhausto por la culminación feliz de la jornada, cayó pronto dormido.

Gafarró y Carmeta , aunque incómodos por las ataduras y la posición, dormitaban después de la excitación de la jornada. En cambio Fray Tomás, que ya se había recuperado del segundo golpe, no podía dormir. Su dolorida cabeza no dejaba de dar vueltas a todo lo que le había pasado en los últimos días.

Desde que había conocido la desgracia de Gafarró y Carmeta parecía que su vida estaba cambiando de forma vertiginosa. Vio extrañado que volvía a vestir los hábitos de monje. Por un momento pensó que aquello era un mensaje divino, un reproche por habérselos quitado durante unos días pero desechó de inmediato la idea por absurda: todo lo que había hecho era por el bien de Gafarró y aquello no podía estar mal en ningún caso. Ahora lo que tenía era miedo. No le preocupaba su destino sino el del muchacho y el de Carmeta. Habían huido buscando la salvación momentánea y ahora se enfrentaban a una muerte más que posible. También le preocupaba el destino de aquellas mujeres, especialmente el de la Mora, cuya salvación le había encomendado la Santísima Virgen en su última visión.

Algo rozó sus manos fuertemente atadas al árbol a su espalda. Se sobresaltó y estuvo a punto de gritar cuando un susurro en su oído le hizo callar de inmediato.

-Bienaventurados quienes crean en mí porque verán sus manos libres de ataduras.

El anciano, pensó de inmediato Fray Tomás, reconociendo de inmediato el proverbio chusco.

-¿Qué hacéis aquí?- Fray Tomás preguntó no pudiendo evitar la pregunta estúpida

-Quienes hablen más de la cuenta, despertarán a sus captores y no serán rescatados- añadió el viejo un tanto amoscado, mientras deshacía los nudos de las ataduras del monje.

Fray Tomás calló de inmediato y miró al supuesto vigilante. Éste dormía profundamente junto a la hoguera agonizante.

No sin cierta dificultad, el anciano consiguió desatar al monje que a cada segundo sentía crecer el miedo a ser descubiertos.

A continuación despertaron a Gafarró y tras imponerle silencio procedieron a desatarle entre los dos, lo cual hizo la tarea mucho más corta. Pasaron a desatar a Carmeta que no pudo evitar expulsar un sonoro gruñido de sorpresa que hizo que el vigilante dormido se revoliese extrañado. Abrió los ojos. Intentó incorporarse pero un súbito fagonazo de dolor le sumió en una profunda inconsciencia. Gafarró se le había acercado con un guijarro en la mano mientras los otros dos desataban a Carmeta y había asestado un golpe con todas sus fuerzas en la frente del bandolero. El ruido sordo del impacto se había perdido en la noche sin alertar a quienes dormían en la cueva.

Viéndose libres, los prisioneros seguían desconcertados por lo que asumieron sin rechistar las ordenes de su salvador.

-Por aquí. Seguidme -ordenó en voz baja. Los liberados le siguieron a través del estrecho y oscuro desfiladero hasta salir de nuevo al espacio abierto. Allí el anciano tomó un camino invisible para ellos que sin embargo éste recorría con gran seguridad pues lo conocía de memoria. Siguiendo el trayecto menos

lógico para un humano, recorrieron sendas ocultas, sólo conocidas por los jabalíes de la zona que les alejaban del campamento de los bandoleros. Corría con sorprendente rapidez abriendo el camino al grupo que cada vez tenía más dificultades en seguirle. En los tramos ascendentes gateaba con soltura mientras Fray Tomás, que era su inmediato seguidor, evitaba azorado seguirle con la mirada para no ver las sucias nalgas de su salvador. Carmeta le seguía resoplando y cerraba la comitiva Gafarró que no dejaba de mirar atrás vigilante, aunque dudaba mucho que nadie pudiese encontrarles el rastro.

Acababa de amanecer cuando llegaron a su escondite. Un pliegue en la ladera de la montaña, oculto por la vegetación ofrecía un pequeño espacio donde cabían los tres con bastante holgura. Allí pasarían el resto del día. Según el anciano, tendrían que moverse solamente durante la noche y ocultarse durante el día para no ser capturados de nuevo por los bandoleros que, sin duda, les harían pagar con la vida la osadía de haberse escapado.

10

El Bravo supo que había pasado desde antes de salir de la cueva donde había dormido. Desde su interior pudo ver el cuerpo del encargado de la vigilancia tumbado boca arriba en una posición extraña. Salió precipitadamente de la cueva y vio que, efectivamente, los prisioneros habían escapado. Maldiciéndose por no haber sido más precavido, despertó con grandes voces a sus secuaces y ordenó la búsqueda inmediata de los fugitivos. Se encargaría él mismo de encabezar la persecución. Ahora se arrepentía de no haberlos ejecutado de inmediato. Había pensado por un momento que el monje que viajaba disfrazado podía ser valioso y tal vez podría conseguir un rescate por él, pero ahora temía que los fugitivos pudiesen descubrir su escondite a los soldados. Aunque había tomado la precaución de ordenar que les vendasen los ojos al conducirles allí, no cabía duda de que al escapar podrían haber memorizado el camino. Podría ser también que la oscuridad de la noche y la precipitación de la huida, no les diera esa posibilidad, pero no quería arriesgarse a perder el escondite magnífico que había conseguido. Tenía que atrapar y ejecutar de inmediato a los prisioneros.

Así pues, organizó dos patrullas de cuatro hombres cada una que saldrían por vías diferentes a buscar a los escapados. Tres hombres se quedarían en el campamento a curar al herido y a vigilar a las putas.

El plan de búsqueda se basaba en que los fugitivos se esconderían en el bosque para no ser atrapados. Allí era prácticamente imposible localizarles, pero más pronto o más tarde tendrían que mostrarse en el camino principal para pedir ayuda o para acceder finalmente a las poblaciones a las que podían dirigirse. Por lo tanto, la única posibilidad era adelantarse e intentar cortarles el acceso a las ciudades próximas. Enguera era la población más cercana a donde se encontraban, así que en aquella dirección marchó él personalmente seguido de tres de sus hombres a caballo. La otra patrulla avanzaría en dirección contraria, hacia Ayora. El peligro de su plan era que se tropezasen con soldados. Las circunstancias decidirían que determinación tomar.

11

En su escondite, los escapados descansaban de la fatigosísima marcha a la que les había sometido el anciano de los proverbios. Cuando consiguieron recuperar el aliento y los latidos de su corazón dejaron de aporrear sus oídos comieron unas extrañas raíces que les ofreció su salvador que tenían un sabor delicioso y les dieron una agradable sensación de bienestar. Bebieron agua fresca y pronto se sintieron confortados y libres.

Fray Tomás intentó averiguar quién era aquel extraño personaje dirigiéndose a él, pero éste, con elocuentes gestos y un par de proverbios más o menos bien traídos, le hizo callar para que no les localizasen sus más que posibles perseguidores. Así pues, entendiendo las razones, el grupo permaneció en silencio y pronto el aburrimiento les indujo al sueño.

El día transcurrió lento y pesado. Sólo se oía el rumor del viento y el trinar de los pájaros eventualmente interrumpido por algún gruñido de aburrimiento de Carmeta.

Los fugitivos tuvieron horas interminables para reflexionar sobre su situación. Gafarró, veía que había terminado el prelude prometedor hacia una vida feliz con Estrella. Los acontecimientos recientes, desde la muerte de los soldados

en la taberna del tío Josep, la posterior huida, el disfraz, el encuentro con las prostitutas, la captura y la huida, le devolvían a una vida azarosa y lejana que creía haber enterrado para siempre en el valle donde había conocido a fray Tomás.

Veía lejanísimo su pasado reciente cuando sólo era el hijo del carpintero ¿Conseguiría regresar con bien para reanudar su vida anterior? Empezaba a dudar y ese sentimiento le hacía hundirse en un pozo negro de amargura.

Carmeta se sentía de otra manera porque en definitiva, con aventuras y peligros e incluso pese a la incertidumbre de su destino actual, tenía lo único que deseaba en la vida: la compañía de Gafarró. Nadie se lo disputaba. No tenía que compartirlo con otra mujer y aquello era suficiente para colmarla de felicidad. Bebía con avidez cada segundo que compartía con él y, pese a que sólo llevaban unos días en aquella situación, se sentía como si hubiese nacido el día en que emprendió la huida con su amado, como si no hubiese habido nunca un pasado anterior donde no se conocían, o donde Estrella se interponía entre ellos. Nada de lo que pudiese ocurrir en el futuro le importaba en la medida en que le permitiese continuar en aquella situación.

Fray Tomás era el más desconcertado de todos. Los últimos acontecimientos le tenían completamente desubicado. Lejos del monasterio y de su ambiente religioso, despojado por unos días de su hábito, había entrado en contacto con el mundo real y su brutalidad había trastocado las bases firmes en las que había basado todas sus creencias desde que tenía uso de razón. La maldad de los hombres, vivida en toda su crudeza en carne propia, que ponía en peligro no sólo su vida sino también la de su querido hijo espiritual, las miserias de la condición humana que tenían en el mundo real consecuencias tan tristes como las de las vidas de las pobres muchachas que acababa de conocer, enturbiaban el concepto del Bien y del Mal que le habían inculcado desde niño en el monasterio. El contacto personal con aquellas mujeres y su historia personal le movían más hacia la piedad que hacia el rechazo. En el caso de la Mora, se añadía una sensación especial que no podía identificar y que si bien al principio le había inquietado, ahora la echaba de menos como una necesidad. Le angustiaba su destino. Quería protegerla, salvarla tal como le había encargado la Santísima Virgen.

Todas aquellas reflexiones, el análisis de sus sentimientos, estaban quitando poco a poco un velo a su mente que ahora consideraba más mundana y al mismo tiempo más lúcida aunque todavía no alcanzaba más que a obtener una sola conclusión: tenían que regresar para rescatar a aquellas mujeres.

Al anochecer, volvieron a comer y a beber y se prepararon para cumplir una nueva etapa hacia su salvación. Continuaron la marcha hacia Ayora. Lejos del camino empezaban a sentirse a salvo después de una jornada sin noticias de sus posibles perseguidores. Sin embargo no debían confiarse por lo que avanzaban vigilantes y hablando en voz muy baja. El ritmo de marcha era ahora mucho más lento por lo que Fray Tomás se permitió caminar junto al anciano y volvió a insistir en sus preguntas

-¿Quién sois, buen hombre? ¿Qué hacéis viviendo en este bosque en tal estado?

-Quienes ansiaren beber de la fuente de la Verdad, deberán abrir sus corazones primero- Respondió en anciano sentencioso, por lo que Fray Tomás, entendiendo que tenía que contar primero su propia historia, resumió las razones por las que había llegado a aquella situación.

Empezó por los acontecimientos más recientes que justificaban su disfraz de seglar con el que le habían encontrado por primera vez y el disfraz de muchacho que todavía llevaba Carmeta. Comentó el encuentro con las prostitutas y la compasión que le habían despertado con sus tristes historias y poco a poco la narración fue remontándose a su propia vida en el monasterio, sus aspiraciones religiosas y sus visiones en las que se le aparecía la Santísima Virgen dándole mensajes que él procuraba cumplir.

El anciano escuchaba atento mientras guiaba al grupo en su camino hacia Ayora. Seguían sendas que únicamente él veía y Gafarró, más metido en su vida antigua de pirata que en la de carpintero, cerraba la marcha vigilante. Corto se les hizo el camino, pues aún no había amanecido cuando el anciano ordeno detenerse ante una cueva que tenía una entrada que era poco más que

un ventanuco a metro y medio del suelo y que estaba convenientemente oculta por unos matorrales.

-Esta es mi morada- anunció llanamente – Pasad.

Entraron uno tras otro siguiendo al anciano y permanecieron tomándose de las manos pues la oscuridad era tal que nada se distinguía. Poco a poco sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad y la tenue luz del amanecer que al cabo de un rato fue penetrando por la angosta abertura de la cueva les permitió reconocer con cierto detalle el lugar en el que se encontraban.

Era una cueva pequeña que tenía el suelo curiosamente llano y cuyas paredes se elevaban para formar una especie de cúpula a unos 5 metros de altura. Sus dimensiones se asemejaban a las de cualquier casa ordinaria, por lo que las cuatro personas que la habitaban en aquel momento podían moverse con cierta holgura. Al fondo de la misma pudieron distinguir, colgada de un saliente de la pared una capa blanca que tenía una adornada cruz cuyo centro estaba formado por trazos rojos. Extrañado Fray Tomás se interesó por aquella prenda por lo que el anciano respondió

-Me habéis preguntado quién soy. Este es el momento de responderos.

Me llamo Andreu Sunyer y soy caballero de la Orden de Montesa.

12

HISTORIA DE ANDREU SUNYER

De pie, sobre la torre prisión del castillo de Montesa, el joven Andreu todavía podía distinguir la polvareda del carruaje en el que se alejaban su madre doña Úrsula y su hermanito Joan. El sol del atardecer doraba el amplio valle y aquella luz vestía de nostalgia la infancia de Andreu que había

terminado precisamente en aquel día. Unos pasos más atrás el Comendador de la orden, Don Pedro Álvarez, le observaba en silencio. Sabía lo que sentía el muchacho. Recordaba su propia experiencia treinta años antes cuando ingreso en la orden de Montesa con una mezcla de miedo e ilusión, y lo importante que había sido para él el consuelo recibido de sus superiores.

Cuando la comitiva se perdió de vista, Andreu secó con disimulo la única lágrima que no había sabido contener y se volvió hacia el Comendador dispuesto a comenzar su nueva vida.

Se iniciaba un periodo de noviciado de seis meses en los cuales iba a ser instruido en las disciplinas religiosas y militares de los caballeros de orden de Montesa. Así lo había querido su madre Doña Úrsula que, perteneciente a una de las más nobles familias de Valencia, había dispuesto que su primogénito, Andreu, fuese instruido caballero de una de las ordenes militares más prestigiosas de España. Los requisitos para ser aceptado en esta orden eran tan estrictos en cuanto a exigencias de nobleza, pureza de sangre y solvencia económica que constituían, para quienes eran aceptados y para sus familiares, una credencial indiscutible de superioridad y de prestigio. Y prestigio era lo que necesitaba Doña Úrsula de quien se decía que tras la muerte de su marido el Conde, había mantenido relación carnal con miembros de la servidumbre, aunque nunca se había podido probar tal cosa ante la más que sospechosa desaparición de sus supuestos amantes. Hacer de su hijo mayor caballero de una orden militar, lavaría de alguna manera su imagen y la de

su familia. Su hijo segundo, su favorito, el pequeño Joan, heredaría los bienes y el título nobiliario de su marido.

En el pequeño Joan pensaba Andreu acostado en el camastro de su celda mientras trataba inútilmente de conciliar el sueño. ¡Cómo iba a echarlo de menos! Era alegre y amable y le quería casi tanto como él. Le admiraba como hermano mayor y le imitaba en todo lo que podía. Era el capricho de las criadas que reían sus innumerables travesuras y picardías, pero sobre todo le querían por las maravillosas historias que les contaba. Se metía en la cocina y allí, tras hacerse de rogar un poco les contaba fábulas de su invención que aquellas seguían embobadas con las bocas abiertas. Andreu escuchaba aquellas extravagancias divertido en un discreto segundo plano, maravillándose de la increíble imaginación de aquel renacuajo.

Ahora en la oscuridad de los dormitorios situados a poniente del castillo, junto a los almacenes, se preguntaba cuándo podría volverlo a ver.

Al día siguiente comenzaría su instrucción. Con él había otros dos novicios llegados el día anterior que compartirían su experiencia. Les esperaba una dura travesía en la que se les inculcaría el espíritu de las ordenes militares: tenían que hacer votos de castidad, pobreza y obediencia y conjugar aquella extraña filosofía de ser mitad monjes mitad guerreros que había tenido su razón de ser en la época de la reconquista, en la que se desarrollaba en el territorio español una cruzada, una especie de guerra santa para recuperar

del Islam los territorios que habían sido arrebatados a la cristiandad. Sin embargo, recuperado el territorio por los Reyes Católicos a finales del siglo XV, las órdenes militares habían perdido su utilidad para los reyes y las veían como centros de poder que podían perturbar el control total que los monarcas perseguían. Así pues, los reyes habían ido incorporando las órdenes militares a la corona, lo que significaba que se habían apropiado de sus territorios y castillos, dejándolas como prestigiosas instituciones nobiliarias, vacías de poder y de riquezas. La orden de Montesa era la única que todavía mantenía su plena independencia en el último tercio del siglo XVI, bajo el reinado de Felipe II.

El Castillo de Montesa se erigía sobre un peñasco que domina el valle en el que se enclava. Construido sobre una antigua fortaleza musulmana que fue propiedad de la orden de los Templarios hasta que en 1317 Jaime II de Aragón cedió el castillo a la orden cuya creación había propuesto y conseguido del Papa Juan XXII. Su distribución interna tenía dos áreas claramente diferenciadas: Tras la empinada rampa de acceso se entraba a la zona militar en la que alrededor del patio de armas se desplegaban las dependencias militares, las caballerizas y la habitación del Gran Maestre. Detrás del patio de armas se encontraban el claustro flanqueado por la iglesia y los almacenes. A continuación la sala capitular, el refectorio y los dormitorios alrededor del patio de la cisterna y al fondo las mazmorras y la torre prisión desde la que Andreu había visto alejarse a sus familiares.

Los seis meses de noviciado fueron para Andreu y sus compañeros mucho mejores de lo que habían imaginado. La disciplina militar y el ejercicio de su práctica combinados con el estudio de la religión fueron moldeando su carácter y llenando su vida de una luz nueva que cada día tenía más sentido. De alguna manera iban convenciéndose de que eran seres superiores destinados a fines que sobrevolaban lo mundano y efímero.

Cuando fueron ordenados caballeros en presencia del Gran Maestre de la Orden, Don Pedro Luis Garcerán de Borja, hijo del duque de Gandía, Andreu se sintió el ser más feliz del universo. Su vida era ser Caballero de Orden de Montesa. Nada fuera de ello tenía cabida en su futuro.

Siempre recordaría el día en que le vio por primera vez acompañando al Gran Maestre. Caminaban por el claustro cuchicheando con un aire de complicidad que le resultó extrañamente inadecuado. Martín de Castro se había presentado en el castillo como gran amigo del maestre y solicitaba entrevistarse con él. Le dijeron que Pedro Luis se alegró mucho al tener noticias de su amigo y le recibió con grandes muestras de afecto, disponiendo que él y su comitiva fuesen convenientemente alojados en las dependencias monacales.

Sin saber por qué, Andreu sintió una sensación de rechazo. No le gustaba aquel individuo. Una sonrisa ruin, torcía su rostro en una mueca que no

sabía definir aunque le desagradaba. Sin embargo su porte y apariencia no podían ser más refinados y atractivos.

El Gran Maestro no residía permanentemente en el Castillo de Montesa aunque éste era la sede principal y fundacional de la orden. Las otras posesiones de la Orden le obligaban a trasladarse para velar por los intereses de la misma. Así pues cuando viajaba se hacía acompañar por caballeros de su confianza y alto rango pero siempre incluía entre ellos a Donís de Moncada, uno de los jóvenes caballeros que había ingresado en la orden junto a Andreu y por el que siempre había mostrado un afecto especial. Compartían largos paseos a caballo y charlas hasta altas horas de la madrugada en los aposentos de Maestro, rompiendo la estricta rutina monástica. El hecho de llevarlo siempre consigo en sus viajes ponía de manifiesto la profunda amistad que había nacido entre ellos. Sin embargo desde la llegada de Martín de Castro, aquella relación se había interrumpido bruscamente. El Joven caballero Donís se dejaba ver por el patio de armas esperando un saludo, un gesto de afecto del Maestro que invariablemente no se producía: Don Pedro Luis Garcerán de Borja sólo tenía ojos, oídos, aliento e interés por aquel recién llegado al que según algunos conocía desde su juventud. Andreu veía a su amigo Donís vagando triste por las dependencias del castillo y aunque no comprendía aún la auténtica causa de su tristeza le compadecía sinceramente.

El humor de Donís se agrió rápidamente. El otrora estimado camarada que siempre compartía su buen humor y amabilidad se iba convirtiendo en un ser hosco e intratable que rechazaba cualquier palabra que se le dirigiese con gestos desabridos que poco a poco le iban encerrando en un círculo de soledad al que nadie se atrevía a entrar. Nadie salvo Andreu que veía extrañado la metamorfosis de su amigo. ¿Cómo podía ser, pensaba, que aquel joven que, como él, gozaba de la superioridad moral que le otorgaba su condición de caballero, se hubiese convertido en aquel ser amargado y huraño? ¿Acaso ser caballero de la Orden de Montesa no colmaba plenamente cualquier aspiración de su vida? Debía estar volviéndose loco, pensaba Andreu, preocupado. Y En efecto; se estaba volviendo loco. De celos. Su veneración por el Gran Maestro de la Orden de Montesa había nacido de una admiración sincera y al ver correspondido su afecto éste había crecido convirtiéndose en Amor. un amor tan intenso y tan puro que cuando el maestro le propuso yacer con él lo acepto con naturalidad, incluso con entusiasmo. Nada malo podía haber en entregarse a quien tanto se amaba. La forma era lo de menos. Pedro Luis Garceran le había iniciado en el amor de hombre en el que se manifestaba como un gran experto, le había dado placer sin reservas y él había correspondido con una entrega sin condiciones. Por eso ahora no soportaba verlo con Martín de Castro. Él mejor que nadie comprendía aquellas miradas, aquellos gestos de complicidad que intercambiaban y sentían que algo muy profundo en su interior se desgarraba lenta y dolorosamente.

una tarde, Andreu, arriesgándose a ser rechazado con violencia, acorraló a su amigo con preguntas sin importarle las consecuencias. Tenía que saber que le pasaba a su amigo. Tenía que ayudarlo. Era su obligación de caballero.

Donís tenía ya su entereza debilitada y consumido por los celos y el dolor le confesó la verdad a su amigo. Al principio Andreu no comprendía nada. ¿De qué amor le estaba hablando? ¿Qué era aquello de no poder vivir sin él?. Poco a poco las piezas fueran encajando y el mosaico se compuso ante sus ojos. Horrorizado y asqueado reaccionó bruscamente y se alejó airado del pobre Donís que quedó todavía más hundido por el rechazo de su amigo.

Aquella noche Andreu no pudo dormir. Daba vueltas en su camastro evocando imágenes que le repugnaban de su amigo con el Maestre entregados al placer de la carne contra natura, rompiendo el voto de castidad que habían hecho. Pero había algo más profundo que se había roto en su interior: Su concepto de la vida de caballero que era para él la justificación de sentirse superior al resto de los mortales. Se le habían inculcado los principios de santidad y la nobleza del guerrero y él los había asumido de todo corazón, sin reservas y ello le hacía vivir en un estadio intermedio entre la Tierra y el Cielo. Por eso al saber que su mejor amigo y el Maestre de la Orden a quienes consideraba modelos perfectos de caballero vivían una relación sodomita, todo su mundo se había derrumbado. Se sentía desorientado y vacío como si hubiese despertado bruscamente del más maravilloso de los sueños para encontrarse con una realidad sucia y vulgar. Sin embargo no podía odiar a su amigo. El

afecto y la amistad que habían desarrollado en el tiempo que habían compartido se imponían al rechazo que le provocaba su relación con el maestro. Algo le movía a perdonarle a comprenderle y a ofrecerle su apoyo.

Es por esta razón por la que Andreu se sintió todavía más culpable cuando al día siguiente tras grandes voces de reyerta encontraron a Donís apuñalado en el pasillo que conducía a las mazmorras del castillo, bajo el refectorio. Según contó Martín de Castro que era quien le había matado, Donís le había citado para conversar con él en privado y sin mediar provocación le había atacado. Martín se había defendido y había dado muerte al pobre loco. Dado el extraño comportamiento del joven caballero en los días precedentes, nadie cuestionó la versión de los hechos. Solamente Andreu sabía que la daga con la que supuestamente su amigo había atacado a su rival no le pertenecía, la habían dejado allí para justificar la versión ofrecida.

La realidad de los hechos había sido muy distinta. Efectivamente el joven despechado había citado a Martín para reprocharle el que hubiese usurpado su lugar, pero en ningún momento le había amenazado. En cambio Martín viendo sus privilegios en peligro había asesinado a sangre fría a aquel joven imprudente. Todos se mostraron consternados, especialmente el Gran Maestro que sentía especialmente aquella pérdida de la que, el fondo de su corazón, se sentía culpable.

Había estado enamorado de Martín desde su juventud. Era sin dudar el amor de su vida, a pesar de que le sabía sin escrúpulos, calculador. Pero su amor era más fuerte que su rechazo. Cuando estaba con él todo lo demás perdía interés y así había sucedido con Donís. Había sentido un afecto sincero por el caballero pero nada comparable con la pasión profunda y oscura que Martín era capaz de despertar en él. Ahora viendo el cadáver de su amigo una punzada de remordimiento torturaba su corazón.

Andreu veló el cadáver del caballero toda la noche. No consintió ser relevado por nadie. No se perdonaba haberlo rechazado, haberlo abandonado cuando más lo necesitaba. Ahora allí, tendido en un banco dispuesto en la capilla, envuelto en su capa blanca de caballero en la que destacaba la cruz roja envuelta de adornos en negro, le torturaba con su inmovilidad, con su muerte. Pero se juró que su muerte sería vengada.

Al día siguiente, tras los Oficios funerarios y el entierro de su camarada, se encerró en su celda. No se presentó a la cena. Sus superiores consintieron que rompiese la estricta norma de la orden, excusándolo en su dolor.

Después de la cena, cuando todos los caballeros estaban recogidos en sus celdas salió subrepticamente de los dormitorios y atravesó el ala oeste del claustro para desembocar en el patio de armas. Desde allí pudo ver la tenue luz de un candil que escapaba a través de una angosta ventana en la habitación del Gran Maestro. Avanzó sigiloso y pegó el oído a la puerta cerrada. Allí pudo

confirmar sus sospechas. El Gran Maestre de la Orden de Montesa, Pedro Luis Garcerán de Borja, hijo del Duque de Gandía se entregaba a su pasión oscura con el miserable del asesino de su amigo Donís, Martín de Castro. Regreso a los dormitorios. Buscó la celda donde dormía el Comendador, don Pedro Álvarez, que era por su cargo la segunda autoridad máxima de la orden y siempre viajaba con el Gran Maestre. Le despertó y le dijo que Don Pedro Luis se encontraba muy mal y que le reclamaba de inmediato en sus aposentos para darle instrucciones de la máxima importancia. Medio dormido, el Comendador no se paró a analizar lo extraño de la situación. Acudió de inmediato seguido de Andreu. Al llegar a la puerta entró sin tomar la precaución de llamar y encontró ante sus ojos lo que nunca hubiese querido ver. El Maestre penetraba a Martín que yacía inmóvil debajo. Al verse sorprendido Pedro Luis de Garcerán se incorporó enrojecido de ira mientras trataba desnudo de ocultar su pene aún erecto. Se armó gran revuelo que hizo acudir a los guardias y a otros caballeros.

El comendador sobrepuesto de su estupor ordenó prender y encerrar a los amantes. Tuvo que hacer uso de toda su autoridad y energía pues los caballeros, aunque no podían negar la evidencia, se resistían a arrestar a su Maestre. Andreu tomó la iniciativa y sujetando a Martín mascullaba a su oído amenazas y reproches por haber dado muerte a su amigo. El Maestre tuvo que ser prendido por el propio Comendador pues los demás caballeros no osaban tocarle. Avergonzado, hundido apenas ofreció resistencia y se dejó conducir cabizbajo y manso.

Al día siguiente se dieron cuenta de la desaparición de Andreu Sunyer. Poco después de los sucesos de la noche, vestido con sus mejores galas de caballero y con sus armas salió a caballo del castillo y se dirigió hacia el Oeste, a la próxima sierra de Enguera donde pasaría el resto de su vida solo, intentando recomponer los pedazos de una vida que había creído perfecta y que le había durado tan sólo unos pocos años. Llevaba consigo unos pocos libros sagrados que serían su única distracción. Viviría como un ermitaño lejos del mundo y sus tentaciones hasta que Dios le llamase a su lado.

Allí había vivido hasta entonces, sin contacto humano encerrado en su mundo de lectura y sacrificios en el que poco a poco se iba perdiendo hasta que apareció la banda del Bravo. Cuando supo de sus ataques a los viajeros y a los pastores, pensó en combatirles pues uno de los fines de las órdenes de caballería era precisamente proteger a los peregrinos y a los desvalidos, pero un hilo de lucidez se lo impidió. Viejo y solo nada podía hacer contra aquellos hombres bien armados y mejor dirigidos que controlaban la sierra. Así pues se dedicó a lo único que podía hacer: advertirles, aunque no se daba cuenta que lo estrambótico de su aspecto y lo pomposo de sus advertencias únicamente provocaban curiosidad o risa entre los viajeros que casi siempre lamentaban no haber hecho caso a sus avisos.

Nunca supo que como consecuencia de su venganza, la orden de Montesa. La última orden de caballería independiente que quedaba en España fue

incorporada a la Corona por Felipe II en 1587 tras negociar con el Maestre que había sido condenado a 10 años de cárcel por sodomía.

Martín de Castro fue ejecutado por el mismo delito en 1574 tras delatar a Pedro Luis dando toda clase de detalles escabrosos y mostrando su falta de escrúpulos.

13

Todavía conmocionados por la historia que acababan de escuchar, los fugitivos emprendieron la última etapa hacia Ayora apenas anocheció. Debían extremar las precauciones pues ahora ya no tenían más remedio que acercarse al camino normal y cabía la posibilidad de encontrarse con sus captores. Así pues marchaban con especial cuidado de no hacer ruidos indiscretos que, magnificados por el silencio de la noche, pudieran delatar su presencia.

Al cabo de unas horas pudieron comprobar la eficacia de sus precauciones. Cuando se acercaban al camino les vieron. Los cuatro bandoleros dormían en una pequeña elevación desde la que, ocultos, podían vigilar el camino.

Gafarró propuso aprovechar la ocasión para caer sobre ellos y eliminarlos, pero el caballero Andreu se lo impidió.

-No sería noble hazaña y mucho menos digna de mi condición, muchacho.

Así que siguieron la marcha y amanecieron en el camino real que une Almansa con Ayora que era una ruta mucho más transitada y protegida.

-Es el momento de despedirnos, anunció el caballero.

-¿Qué haréis ahora?- preguntó Fray Tomás que veía con tristeza el momento de separarse de aquel personaje curioso.

-Seguiré con mi misión hasta el fin de mis días. Que tengáis suerte. Adiós.

Y dando media vuelta se internó de nuevo en el bosque perdiéndose de vista inmediatamente.

-Vamos- ordenó Fray Tomás, tenemos que llegar cuanto antes a Ayora para pedir ayuda para las mujeres que están presas.

Reanudaron la marcha y pronto un carretero amable ofreció llevarlos en su carro. Poco más tarde llegaban a Ayora.

Los soldados de la guarnición de Ayora, alertados por sus camaradas de Cofrentes, aguardaban la llegada de un monje que viajaba en una carreta acompañado de un muchacho y una muchacha, así que cuando vieron la llegada del vecino que transportaba a un monje y a dos muchachos más no relacionaron al grupo con los fugitivos. Sin embargo cuando estos se dirigieron a ellos contándoles precipitadamente su experiencia con los bandoleros, empezaron a establecer la posible relación con los fugitivos que aguardaban. No obstante pensaron que lo más importante eran las noticias que podían aportar sobre los bandoleros que dominaban la sierra por lo que les condujeron ante sus superiores inmediatamente.

El Jefe de la guarnición, supo de inmediato que aquel era el grupo que estaban esperando según las indicaciones de Cofrentes por lo que ordenó que se diera aviso de inmediato a Emili Gregori, jefe de aquella guarnición. Sin embargo aquellos fugitivos tendrían algo que ofrecerle sobre los bandoleros por lo que inició un interrogatorio al que Fray Tomás y sus acompañantes respondieron de muy buen grado.

Así que había un grupo de cuatro que les estaban buscando porque habían logrado escapar. Sería magnífico poder atraparles y que estos desvelasen el escondrijo del resto. Quizás pudieran darles un golpe definitivo. Pero para ello era imprescindible la colaboración de aquellos fugitivos que eran los únicos que sabían dónde encontrarles. Estaba decidido. Al día siguiente intentarían atraparles. Mientras tanto ordenó encarcelarles. No podía permitirse que se le escapara aquella oportunidad.

En Cofrentes era de noche cuando llegó el mensajero de Ayora. Informado Emili Gregori, mandó llamar de inmediato a Martorell que aún no dormía. Éste ordenó a sus dos soldados ponerse en marcha sin esperar al día siguiente. El Chono y su compañero aprestaron su impedimenta maldiciendo en voz baja y emprendieron la marcha hacia Ayora siguiendo al capitán. Martorell estaba impaciente por terminar aquella misión autoimpuesta cuanto antes. No quería perder ni un sólo día más.

Cuando llegaron a Ayora ya se estaba preparando la expedición de busca y captura de los bandoleros. Martorell se presentó al jefe de la guarnición, un tal Mateu Barberá, para reclamarle la entrega inmediata de los prisioneros. Sin embargo éste se resistió alegando la colaboración que necesitaba para capturar a los bandoleros. Cuando Martorell supo que había la posibilidad de capturar a los bandoleros de la sierra, se interesó vivamente por el tema y pidió, prácticamente exigió, que se permitiese participar en la batida, lo cual no resultó a la postre ningún problema. Mateu Barbera sabía reconocer en un soldado sus cualidades y aquel oficial tenía el aspecto y la determinación de quien podía resultarle muy útil. Así que casi sin descanso se inició la marcha. Viajaban todos a caballo. Abrían la marcha los oficiales con los fugitivos, aunque Carmeta, descubierta su condición de mujer quedó retenida en la celda a pesar de sus vehementes protestas, convenientemente puntualizadas con sonoros gruñidos de ira.

Martorell miraba de reojo a sus presas. Aquel monje flaco no podía representar ningún peligro. Además, según le habían contado, nada había tenido que ver con la muerte de sus hombres. En todo caso podía haber sido un encubridor o colaborador en la fuga, pero la Iglesia tenía mucho poder y al capitán no le apetecía tener enfrentamientos con ella. En cambio el muchacho le inspiraba cierto respeto a pesar de lo insignificante de su aspecto. Había tenido el valor de enfrentarse a dos soldados y había matado a uno de ellos. No podía ser tan poca cosa como su aspecto proclamaba. Había algo en su mirada que causaba inquietud. No parecía ser un simple carpintero. Sin embargo había cometido un crimen y Martorell estaba resuelto a que pagase por ello.

Mientras se acercaban al lugar donde estaba el grupo de los cuatro bandoleros fueron repasando el plan de ataque. No podían aparecer a caballo ante los bandoleros y presentar batalla abierta. Huirían al monte que conocían mejor que ellos y les volverían a perder. Tenían que sorprenderles. Así pues dejarían los caballos a una cierta distancia y avanzando por el monte, guiados por el monje y el muchacho intentarían ganar su espalda y atraparlos, a poder ser con vida para que les condujesen al resto de sus compañeros para atraparles y liberar a las mujeres.

Así lo hicieron. A una distancia prudencial desmontaron y aprestaron sus armas ligeras para el combate. Cargaron pistolas y empuñaron dagas vizcaínas para el combate cuerpo a cuerpo si era necesario. Arcabuces y picas eran de poca utilidad, e incluso las espadas si se peleaba entre la maleza del bosque.

Gafarró pidió un cuchillo que le fue denegado pese a sus protestas. Entraron en el bosque guiados por el muchacho, mientras fray Tomás, enemigo de la violencia, permanecía junto a los soldados que habían quedado al cargo de los caballos y el resto de las armas. Avanzaban con extremo sigilo guiados por el pirata que, a su pesar, volvía a asumir el papel que había vivido hacia años. Era el papel de un depredador al acecho de su presa que tantas veces había representado en los pueblos de la costa.

Martorell, que le observaba atentamente, veía confirmadas sus sospechas. Aquel joven tenía más de soldado que de carpintero. Empezó a sentir cierta simpatía que desechó de inmediato.

Cuando avistaron a los bandoleros, seguían en el mismo lugar donde les habían avistado el día anterior. Una pequeña loma permitía vigilar el camino por donde se suponía que debían haber pasado los fugitivos y allí mataban el aburrimiento de la espera jugando a naipes, dando más voces que las que hubiera sido conveniente para su misión. Los bandoleros ya no confiaban en ser ellos quienes capturasen a los escapados. Pensaban que seguramente habrían tomado la dirección más probable, la de Enguera, cubierta por el Bravo. Por lo tanto ya se estaban planteando iniciar el regreso. Solamente el temor que les inspiraba su jefe, que podía sentirse desobedecido si nadie

conseguía atrapar a los fugitivos y descargar en ellos su cólera, les impedía iniciar el regreso.

No esperaban el ataque, sin embargo no se amedrentaron y se enfrentaron a los soldados que prácticamente les cayeron encima. La lucha fue breve e intensa por lo que los atacantes casi no pudieron conseguir su objetivo de capturar a los bandoleros con vida al tener que usar las armas de fuego. Sólo uno de ellos que había conseguido huir de la refriega inicial tras destripar a uno de los soldados permanecía vivo. Estaba escapando. Martorell le perseguía entre la maleza cuando le vio enzarzado en una nueva pelea.

El joven carpintero le había cortado el paso y se enfrentaba a él esgrimiendo un palo. Aún goteaba la sangre de su víctima anterior del cuchillo con el que intentaba sin éxito morder carne nueva. Gafarró esquivaba con agilidad y acierto las embestidas desesperadas del bandolero que veía con rabia como se frustraba su huida. En un momento dado, tras esquivar una cuchillada plana, el muchacho asestó un garrotazo seco en la nuca del bandolero que le hizo caer como un muñeco de trapo.

Martorell, que había visto la pelea con admiración hacia el muchacho, acudió alarmado pues pensó que el último bandolero había muerto también. No era así. Estaba inconsciente y su vida no parecía correr peligro.

Terminada la refriega, y tras comprobar que sólo habían tenido una baja, los militares decidieron continuar con su misión. Cargaron al bandolero inconsciente en uno de los caballos y reanudaron el camino hacia Enguera.

El prisionero parecía estar recuperándose y no había tiempo que perder. Sabían donde llegar de momento: el lugar donde los bandoleros habían asaltado a los fugitivos sería el punto de partida para localizar el escondite de la banda. Por lo que habían contado el monje y Gafarró, pensaban que no podía estar lejos de allí. Recordaban el desfiladero de entrada al valle donde estaban las mujeres retenidas. El problema era localizar la entrada, pero para eso tenían al prisionero. No sería difícil hacerle hablar.

Avanzaban con rapidez. Se estaban arriesgando a ser vistos de antemano pero el tener a un prisionero que pudiera llevarles a la guarida de los bandoleros les hacía ser impacientes. Aquello podía ser un golpe definitivo aunque se les escapase alguno. Llevaban mucho tiempo buscando a los bandoleros sin éxito. Localizar su guarida, que tan bien les había servido durante tanto tiempo, les iba a causar un daño irreparable, tal vez definitivo.

Cerca de Enguera, escondidos junto al camino, el Bravo y sus hombres ya se habían cansado de esperar. Había pasado demasiado tiempo desde que se les habían escapado los prisioneros y era muy improbable que hubiesen tomado aquel camino, como él había imaginado en un principio. Tal vez hubiesen tomado el camino de Ayora o tal vez se hubiesen perdido en el bosque. En cualquier caso tendría que averiguarlo pronto. Así pues, dio la orden de regresar.

En ese momento los soldados llegaban al lugar donde el carromato rojo y la carreta de fray Tomás señalaban el lugar del asalto.

-Hemos llegado. Traed al prisionero- ordeno Barberá.

El bandolero aterrorizado fue conducido ante el jefe que le conminó

-Llévanos a la guarida si estimas en algo tu vida.

El prisionero intentó negar pero un revés seco le rompió la nariz que empezó a sangrar abundantemente.

-Vamos, habla ya. Es la única posibilidad que tienes de salvarte.

El prisionero, aturdido por el golpe evaluó inmediatamente sus opciones. Traicionar al Bravo significaba la muerte inmediata, pero no estaba en condiciones de elegir otra cosa. Los soldados ya habían matado a sus compañeros de partida sin contemplaciones. La única razón por la que seguía vivo era por la utilidad que pudiese ofrecer a sus captores, así que viéndose en un callejón sin salida aceptó.

-Por aquí. Seguidme.- agachando la cabeza y sintiéndose traidor inició la marcha internándose en el bosque.

Dejaron los caballos de nuevo a cargo de dos hombres y el resto de la partida se aprestó para el encuentro con los bandoleros. Avanzaban en silencio. El factor sorpresa era fundamental para derrotar a los maleantes. Fray Tomás, que no quería dejar de presenciar la liberación de las mujeres, se había resistido a quedarse en esta ocasión con los caballos y cerraba el grupo murmurando oraciones que sólo él entendía.

No tardaron en llegar al desfiladero oculto.

-Aquí es- Señaló el bandolero que cada vez se sentía más asqueado.

Martorell y Barberá se adentraron sin cruzar palabras y fueron seguidos de inmediato por Gafarró. El resto de los soldados empuñando las pistolas y las dagas les siguieron de inmediato. Al llegar al final del desfiladero se detuvieron.

Desde allí se veía a tres bandoleros que bromeaban con las muchachas que con poco entusiasmo atendían a uno de ellos que estaba tendido en el suelo.

Sin dar órdenes los oficiales, avanzaron sigilosos seguidos de los soldados que empuñaban sus espadas y las pistolas listas para disparar.

El rostro de sorpresa de una de las muchachas alertó a los bandoleros cuando ya era demasiado tarde. Apenas tuvieron tiempo de darse la vuelta cuando los soldados les cayeron encima. No tenía sentido ofrecer resistencia. Les superaban en número y sus armas dispuestas eliminaban cualquier opción. Así pues maldiciéndose por haberse relajado se entregaron sin resistencia. El Bravo les haría pagar caro su error. Aunque lo más probable era que nunca se diese la ocasión.

Inmediatamente comenzó el interrogatorio. Los oficiales querían saber quién era el jefe y cuantos hombres formaban la partida. Los bandoleros que todavía conservaban cierta entereza, agachaban las cabezas y permanecían en silencio.

Mientras tanto las muchachas se congratulaban de haber sido liberadas con bien, pues sabían que si bien los bandoleros estaban sacándoles toda la utilidad que podían darles, aquella no era una situación que pudiese prolongarse indeterminadamente y más pronto o más tarde serían eliminadas como un estorbo.

Fray Tomás se interesó vivamente por la Mora que parecía estar, como el resto de las muchachas en buen estado y respondía con sonrisas al interés del monje. Se había sentido a gusto con él. Había llegado a fantasear con compartir un futuro con aquel hombre bueno. Ahora que sabía que era un monje y sabía que no podía ser, se limitaba a corresponderle con amabilidad. Sin embargo había algo en el interés por ella de aquel religioso que tenía mucho de humano. Como si se tratase de un familiar o de un amigo más que de un pastor espiritual. El alivio que demostraba era el que se expresaría por un ser querido.

Barberá se impacientaba. No quería perder más tiempo. Estaba contento por el éxito de la misión pero sospechaba que no se había culminado totalmente. Sus amenazas y golpes no lograban quebrar el ánimo de los prisioneros.

Pronto vinieron en su ayuda Gafarró y el monje. Por ellos supo que el jefe no se encontraba entre los prisioneros o los abatidos. Sin embargo fueron las muchachas, especialmente la Mora, quienes le dieron la información de más interés. Habían oído al Bravo planear la persecución de los fugitivos y sabían que había salido con tres hombres hacia Enguera para intentar cortarles la huida.

Así pues Barberá ordeno formar una partida de diez hombres que a su mando saldrían de inmediato en busca del Bravo. El resto de los hombres, con los bandoleros prisioneros y las mujeres rescatadas volverían a Ayora. Martorell pidió que se le permitiese ir también con el grupo de ataque y le fue concedido. Gafarró, metido ya de lleno en su papel de antiguo pirata, asumía la acción de ataque como propia y sin decir nada se unió al grupo provisto con algunas armas de los bandoleros. Nadie le cuestionó, ni siquiera Martorell que le estaba considerando más como un camarada que como un prisionero.

Marcharon de inmediato a galope en dirección a Enguera.

El resto de los soldados, con las muchachas y los prisioneros emprendieron el camino hacia Ayora con mucha menos urgencia.

14

En los sótanos de la guarnición, en una jaula que hacía la función de celda se acurrucaba Carmeta que no dejaba de preocuparse por su amor. No temía por su vida. Le había visto pelear en la taberna y había descifrado la mirada que le había impresionado desde el primer momento en que le vio cuando llegó con Fray Tomás a casa de su vecino el carpintero. Sabía que no debía temer por él. Sin embargo algo en lo más profundo de sus corazón le anunciaba que su sueño estaba llegando a su fin aunque no sabía por qué.

El Chono, ocioso, cansado de deambular por el pueblo había pedido ver a la prisionera. No le fue difícil convencer a los guardianes para que le dejaran solo con ella. Y allí estaba. Oculto en la oscuridad del pasillo que conducía a las mazmorras observaba a la muchacha que sentada en el suelo ocultaba el rostro entre los brazos que apoyaba sobre sus rodillas. Aquella estúpida había ayudado a Gafarró en su pelea con los soldados. Sin su intervención probablemente aquel hubiese muerto. Siempre la había considerado una mocosa insignificante. Pero la había visto cuando protestaba porque no la dejaban ir con Gafarró a buscar a los bandoleros y reconocía que había madurado como mujer desde que él había abandonado la ciudad para hacerse soldado. Su valor y determinación no dejaban de causarle cierto interés, lo cual en una mente enferma de odio como la suya no presagiaba nada bueno para la muchacha.

Cansado de observarla en secreto la llamó, todavía desde las sombras

-Hola, Carmeta

-¿Quién vá?- respondió la muchacha dando un respingo.

-No te asustes. Soy Yo. -Dijo saliendo de las sombras -¿No me reconoces?

-No sé quién eres ni me importa. No me has asustado. Únicamente creía que estaba sola.

-Mírame bien.

Carmeta no reconocía el rostro de aquel soldado aunque sí que adivinaba un aire de familiaridad que hacía que un globo de inquietud empezase a hincharse en su estómago.

Con un gesto teatral, el Chono retiró su melena dejando al descubierto su oreja mutilada.

-El Chono- exclamó Carmeta incrédula. ¿Qué haces aquí? Preguntó maquinalmente.

-Sí. El Chono. El hijo de la Chona. La puta más célebre de Alzira. Y estoy aquí para atraparos a ti y al desgraciado de Gafarró y al imbécil del monje que os ayudó a escapar.

-¿Pero cómo...? Empezó a preguntar Carmeta

-¿Cómo qué?. ¿Cómo hemos dado con vosotros? ¿Pero creías que podías escapar tan fácilmente?. Habéis matado a dos soldados de la guarnición de Cullera y el Jefe de la guarnición personalmente ha iniciado vuestra captura y ya ves.. Ya os tenemos. Vais a pagar muy caro haber matado a los dos soldados. El capitán Martorell ha jurado castigaros y te aseguro que no es un hombre piadoso.

-Pero nosotros no hicimos nada malo. Solamente nos defendíamos de aquellos soldados que estaban apaleando al pobre Batiste.

-Os defendías y les matasteis. Qué curioso. De todas maneras no se qué demonios pintabas tú en la trifulca. La cosa no iba contigo.

-Iban a matar a Gafarró por la espalda. Hubiera hecho cualquier cosa por salvarle.

-¿Cualquier cosa?. Ni que fuese tu marido.

-No lo es aún. Pero no dudes que lo será.

Mientras la conversación tenía lugar, Carmeta se había incorporado y avanzaba hacia las rejas desafiante, sacando pecho, altiva y firme mientras desgranaba sus razones. El Chono la observaba detenidamente mientras una deliciosa excitación hormigueaba en su entrepierna. No sabía que le interesaba más. Tal vez era su condición de prisionera a su merced, el rustico atractivo de la muchacha que emergía de su juventud y de su furia o tal vez era el hecho de estar tan vinculada a Gafarró. Si la humillaba a ella era como si le humillase a él. Así que no lo pensó demasiado. La ocasión era perfecta. La tomaría allí mismo y ay de ella si se resistía.

Cuando abrió la reja de la jaula Carmeta supo de inmediato cual era la causa del presagio siniestro que la había estado agobiando poco antes.

-¿Qué haces?. ¿Qué quieres? Preguntó retrocediendo al tiempo que sentía como su ánimo empezaba a flaquear.

-¿Tú qué crees? Respondió el Chono mientras cerraba a su espalda la puerta de la celda sonriendo.

Carmeta, acorralada en una esquina de la jaula, sintió que todo el vello de su cuerpo se erizaba mientras se preparaba como una fiera a defenderse. El Chono no esperaba el ataque ni la violencia con la que se desató por lo que en un primer momento no supo reaccionar. La muchacha chillando intentaba arrancarle los ojos. Sus uñas causaron profundos surcos en las mejillas del soldado pero no consiguieron más que excitar y encolerizar todavía más al Chono que respondió al ataque sujetando a la muchacha por los brazos y zarandeándola con gran violencia, la empujó contra las rejas a su espalda. La muchacha se golpeó la cabeza contra los barrotes por lo que perdió el sentido durante unos instantes. Lo recobró en un estallido de dolor en su vientre. El

Chono le había arrancado la ropa y con la brutalidad de un sádico la estaba penetrando. Al abrir los ojos Carmeta vió su rostro congestionado en el que destacaba una boca entreabierta en la que se formaba una sonrisa de triunfo. La sangre de sus heridas resbalaba por sus mejillas uniéndose a la saliva que fluía descontrolada por los laterales.

Una oleada de asco y dolor incendió todo su cuerpo dándole una punta de fuerza que sólo los que luchan por su vida puede sentir. El Chono fue descabalgado en un brusco movimiento y pronto tuvo a la muchacha encima. En esta ocasión intentaba morderle el cuello mientras aullaba como un animal. A duras penas pudo desembarazarse de ella no sin antes perder un trozo de carne entre sus dientes. A continuación, haciendo valer su mayor fuerza y envergadura, se dedicó a golpearla sistemáticamente hasta que le hizo perder el sentido. Después siguió pateándola cuando Carmeta era sólo un cuerpo inerte.

Los carceleros regresaron alertados por los gritos y a duras penas lograron reducir al Chono que, enloquecido, seguía dando puntapiés a la pobre muchacha.

-¿Pero qué has hecho desgraciado?- dijo uno de ellos que tendría que dar cuenta de aquello al jefe de la guarnición.

-Me ha atacado. Quería escapar-, consiguió inventar el Chono después de recobrar mínimamente el control.

-¿Y era necesario que la golpeases hasta este extremo? -decía el guardián mientras reconocía con preocupación a la prisionera inconsciente. -Traed al médico- ordenó a sus compañeros.

El Chono limpiaba sus heridas. Le dolía especialmente el mordisco que le había dado en el cuello, pero aquella mocosa había pagado cara su resistencia. Su mayor consuelo era que de alguna manera se estaba consumando su venganza contra Gafarró.

El grupo de Gafarró cabalgaba a toda velocidad hacia Enguera. En aquellos momentos valoraban más el tiempo que la discreción. Todavía estaban excitados por las refriegas recientes y querían más. Les faltaba el premio mayor. No podían ni siquiera detenerse a planear una estrategia.

El Bravo y sus tres compinches venían de frente a marcha normal. Estaban frustrados por no haber dado con los fugitivos. Tal vez el otro grupo les hubiera atrapado, pensaba el Bravo intentando consolarse. Lo último que pensaban era que iban a encontrarse con unos soldados que venían dispuestos a atraparles.

Cuando les vieron acercándose a todo galope reaccionaron casi automáticamente. No eran necesarias órdenes. Aquel grupo era evidentemente superior y ante esa situación la única opción era dispersarse e intentar escapar. Sin mediar ninguna instrucción, casi al mismo tiempo, los bandoleros salieron del camino adentrándose en el bosque. Allí los caballos eran un estorbo por lo que pronto los abandonaron siguiendo la huida a pié cada uno en una dirección.

Barberá y Martorell fueron los primeros en llegar al lugar por el que habían desaparecido los bandoleros del camino y viendo la situación desmontaron y siguieron la persecución temerosos de no poder seguir el rastro. Sin embargo ramas rotas y arbustos aplastados les iban marcando el camino. Excitados por la cacería corrían casi sin precauciones. Un pistoletazo frenó en seco el avance de Barberá. Murió en el acto sin saber que el mismo Bravo le había matado. Martorell que le seguía le vio mientras reanudaba la huida por lo que se apresuró a no darle respiro. Detrás con una vizcaína en la mano le seguía Gafarró. Poco después, sonó otro disparo. El Bravo Llevaba dos pistolas cargadas en el momento del encuentro. La bala atravesó el hombro derecho del capitán que sintió como si un hierro candente le hubiese arrancado todo el brazo. Trastabilló unos pasos y finalmente cayó de bruces casi a los pies del bandolero. Éste metió la pistola en el cinto y sacó un cuchillo para rematarle. Dio la vuelta a Martorell y lo puso boca arriba. Quería que viera bien quien le iba a quitar la vida. El Bravo nunca había matado a nadie por la espalda. No le parecía digno de un soldado y eso era lo que en definitiva era él: Un soldado

de su propio ejército, de su propio país. Esta demora, sin embargo iba a salvar la vida al capitán Martorell, pues cuando se disponía a cortarle el cuello, apareció aquella furia en forma de muchacho. Se abalanzó sobre él derribándolo. Rodaron en el breve espacio libre entre la maleza y se levantaron al mismo tiempo de un brinco. Entonces le reconoció. Era el muchacho que se le había escapado. No tuvo tiempo de arrepentirse por no haberle matado. Ya le estaba atacando. Y no era un inexperto. Aquel muchacho sabía lo que hacía. Le enviaba certeras cuchilladas que apenas podía esquivar o responder. En un momento determinado pareció que le sonreía la suerte. El muchacho tropezó con una piedra y cayó ante él. Iba a asestarle una cuchillada descendente cuando éste emergió como un resorte clavándole la vizcaína en el estomago de abajo arriba que le llegó al mismo corazón. Murió con una expresión de incredulidad que el capitán Martorell nunca olvidaría. Había presenciado toda la lucha cuerpo a cuerpo y había visto con admiración los movimientos del supuesto carpintero. Por un momento le recordaron la manera de luchar de los piratas berberiscos. Pero no podía ser. Que tendría que ver aquel muchacho con los piratas.

16

En Ayora Carmeta flotaba en un universo de dolor. Oleadas de misericordiosa inconsciencia le hurtaban del sufrimiento pero al poco rato volvía el dolor en el que se sentía sumergida. No lograba localizarlo en ninguna parte de su cuerpo. Todo él era dolor. No podía abrir los ojos pero en su mente podía ver sus recuerdos, sus ilusiones. Todo era extrañamente rojo, incluso el rostro de Gafarró en quien intentaba pensar y a duras penas lo conseguía por culpa del sufrimiento. Muy lejanas oía las voces de quienes la atendían pero afortunadamente no conseguía entender nada.

-La ha reventado -decía el médico. -Debe tener el hígado destrozado. Me temo que no va a pasar de esta noche.

Al reconocerla y ver la sangre entre sus piernas, supo que habían violado a la muchacha. Cuando el Chono oyó cómo se lo decía al encargado de las

mazmorras, se esfumó discretamente. Sabía que tarde o temprano tendría que dar cuenta de lo sucedido ante su superior el capitán Martorell y que la versión de que la prisionera había intentado escapar ya no se sostenía. Sabía que el capitán no le tenía ninguna simpatía y empezaba a temer por su futuro.

Dos bandoleros fueron atrapados por los soldados. Al otro hubo que matarle como a su jefe pues se resistió hasta el final luchando con fiereza e hiriendo gravemente a dos de ellos.

Cuando se reunieron en el camino para iniciar el regreso e hicieron un balance de bajas supieron con pesadumbre que su jefe, Barbera había muerto y que el otro oficial estaba herido. Así que el soldado más veterano, dispuso el regreso ordenando cargar a los muertos en caballos. Los heridos se trasladarían en camillas a pié hasta que pudiesen conseguir la carreta que habían encontrado en el camino y que pertenecía a los prisioneros escapados. El capitán Martorell se negó a ser llevado en camilla y tragándose el dolor exigió que le trajesen su caballo en el que a duras penas logró montar. Finalmente accedió a que Gafarró montase en la grupa y le ayudase a sostenerse. Con un sabor agridulce de victoria y muerte emprendieron el camino de regreso hacia Ayora.

A Ayora llegó a media tarde el primer grupo de soldados con las mujeres y Fray Tomás. Habían rescatado el carromato rojo y tras hacer la mayor parte del camino en silencio, la Mora se dirigió en un murmullo al monje:

-No sabía que erais un religioso. No lo parecíais.

Confundido, sin saber si tomar aquello como una ofensa Fray Tomás asintió en silencio.

-¿Por qué viajabais disfrazado? ¿Por qué fingíais ser carpintero? ¿Quiénes son los dos muchachos que viajaban con vos y que decíais que eran vuestros hijos?

Fray Tomás finalmente arrancó a hablar y contó con tono cansado y monocorde la historia de la pelea y la muerte de los soldados. La intervención

de Carmeta que no era tal muchacho sino una muchacha que siempre había estado enamorada de Gafarró. También le contó que los soldados en Ayora les habían reconocido y apresado. Sólo la utilidad para atrapar a los bandoleros les hacía no estar presos en aquel momento. Temía por el futuro de los muchachos.

-¿Y vos por qué os habéis involucrado en este asunto que ni os va ni os viene?- añadió la Mora sintiendo al mismo tiempo que la pregunta era ociosa, pues estaba claro que aquel monje había obrado por bondad.

-Tengo un afecto especial por el muchacho. Considero que de alguna manera es como un hijo para mí. Quizás sea lo más parecido a un hijo que tenga nunca.

-Tampoco entiendo por qué habéis regresado con los soldados. No sois hombre de armas y para localizar a los bandoleros ocultos en el bosque bastaba con el muchacho.

-Me preocupaba mucho tu suerte- respondió el monje -vuestra suerte- rectificó precipitadamente.

La Mora sonrió con tristeza. Evidentemente aquel hombre sentía interés por ella como hacía tiempo que ningún hombre se había interesado. Un conato de dolor se generó en su pecho a caballo de recuerdos muy lejanos pero sacudiendo la cabeza lo ahogó de inmediato. Que lastima que aquel hombre fuese un monje.

En la guarnición fueron recibidos por el encargado de las mazmorras que se hizo cargo de los prisioneros mientras preguntaba por Barberá.

-Ha ido con el resto de los hombres y el capitán de Cullera a perseguir al resto.

-Aquí tenemos un problema. La prisionera ha sido violada por uno de los soldados del capitán Martorell que ha desaparecido. La muchacha está agonizando. El médico no cree que pase de esta noche.

Fray Tomás pudo escuchar la conversación y exigió de inmediato ver a Carmeta. Le llevaron a la enfermería donde yacía inconsciente.

-Muchacha. ¿Qué te ha pasado? Preguntaba el monje inútilmente mientras acariciaba con ternura la cara amoratada y deforme de Carmeta.

Ella no respondía. Únicamente su rostro que extrañamente alternaba muecas de dolor y sonrisas de ilusión mientras levantaba las cejas sobre unos ojos cerrados hacia ver que todavía estaba viva.

Pronto comprendió la gravedad de su estado y, consternado, ocultó el rostro entre sus manos rompiendo a llorar en silencio. Unas manos blandas se posaron en sus hombros que se agitaban esporádicamente en espasmos y de pronto sintió un consuelo que nunca pensó que ningún ser humano pudiera transmitirle. La Mora atrajo luego su rostro hacia su vientre y le acarició mientras susurraba dulces palabras de aliento. Fray Tomás se dejó llevar como un niño. Y como un niño entre lágrimas besó las manos que le consolaban.

Mientras tanto el Chono, tomando su caballo y el resto de las provisiones con las que había salido de Cofrentes emprendió el camino en solitario hacia Almansa. Si le preguntaban diría que iba a hacer un encargo de su superior. Cuando llegase a aquella ciudad, tendría varias alternativas. Ya decidiría entonces.

El grupo de soldados de Gafarró, con los prisioneros, los heridos y los cadáveres de los soldados, avanzaba con dificultad hacia Ayora. El capitán Martorell, como único oficial de aquel grupo insistía en abrir la marcha y Gafarró que montado tras él empuñaba las riendas al tiempo que le sujetaba, no podía imprimir mayor velocidad a la marcha del grupo. El capitán sufría por sus heridas aunque no se quejaba y el muchacho sentía en su propio cuerpo cada espasmo de dolor del militar. Este dolor no impidió, en cambio, que Martorell y Gafarró mantuviesen una conversación esclarecedora:

-Has luchado bien muchacho- dijo el capitán -Te debo la vida.

-No tiene importancia. He hecho lo que tenía que hacer.

-¿Sabes que he llegado hasta aquí para someterte a la Justicia y hacerte pagar por la muerte de mis soldados?. Podías haberme dejado morir.

-No veo por qué. En el combate no se debe abandonar a un camarada.

-¿Qué sabe de combate el hijo de un carpintero? Preguntó Martorell con intención. ¿Cómo pudiste matar a un soldado veterano con un formón?

Gafarró aunque se daba cuenta de que no tenía sentido ocultar nada respondió a medias

-No sé nada de combate. Me enfrenté a los soldados porque estaban matando a mi padre a golpes. Creo que cualquiera hubiese hecho lo mismo.

-No lo dudo pero no creo que cualquiera hubiese sido capaz de vencer a dos hombres dejándoles muertos.

-No actué solo- respondió Gafarró, lamentando inmediatamente haber implicado a Carmeta.

-Se que la muchacha que os acompañaba participó en la pelea y descalabró al otro soldado, así que ella también tendrá que pagar por lo que ha hecho.

Gafarró sintió un escalofrío al pensar en la suerte de la muchacha. Por otra parte no quería ni pensar en cómo habría el capitán obtenido tanta información.

-De todos modos- siguió el capitán- estoy en deuda contigo y haré lo que pueda por ayudarte.

El camino se hacía interminable por lo que finalmente decidieron, contra la opinión de Martorell, enviar una avanzada a la guarnición de Ayora para que enviase ayuda adecuada para transportar a heridos y cadáveres. Gafarró que quería tranquilizar a Fray Tomás y a Carmeta pidió ir en la avanzada y tras un momento de vacilación, el capitán accedió a condición de que los soldados que

le acompañaban no le dejaran solo ni un momento. Aunque sentía gratitud, admiración y cierto afecto por aquél muchacho, no podía consentir que sus sentimientos de impusiesen a su deber. Tenía que tomar todas las precauciones necesarias para evitar que el muchacho escapase.

Partieron de inmediato. Gafarró y dos soldados galoparon hacia Ayora dejando una estela de polvo que el calor del verano mantenía flotando como una guía.

La velocidad que imprimieron a su marcha les permitió llegar al final de la tarde. Atravesaron las estrechas callejuelas ascendentes del barrio alto y entraron en la fortaleza que aún gozaba de los últimos rayos de sol. Los soldados dieron parte de lo sucedido, especialmente de la muerte de Barberá y de inmediato se organizó un grupo de ayuda con carretas y el médico de la guarnición. Gafarró preguntó por sus compañeros y un soldado le señaló con un gesto la dirección de la enfermería. Sin saber muy bien por qué Gafarró sintió ante aquel gesto un escalofrío de inquietud. Sin preguntar más se precipitó hacia la entrada de una habitación oscura en la que un abatido Fray Tomás, acompañado de la Mora, ocultaba el cuerpo que gemía en un lecho. Al acercarse a la cama Gafarró apenas pudo reconocer tras aquellas facciones amoratadas y deformes el rostro de Carmeta Forner. Una oleada de compasión apenas le permitió formular su pregunta:

-¿Qué ha pasado?

-¿Estás aquí muchacho? Gracias a Dios que has llegado. Carmeta está muy mal.

-¿Pero qué ha pasado? Volvió a insistir Gafarró en cuyo interior iba formándose una cólera sorda y oscura contra los responsables de aquello.

-Parece ser que uno de los soldados de Martorell la ha violado y al encontrar resistencia la ha golpeado hasta reventarla. El médico dice que está muy mal. Quizás no pase de esta noche. Sólo podemos rezar por ella.

-¿Quién ha sido? Preguntó Gafarró en un tono que no mostraba el torbellino de emociones que se fundían en su interior. -¿Dónde está?. Le mataré.

-Como te he dicho, ha sido un soldado de Cullera, de los que habían venido a buscarnos. En este momento nadie sabe dónde está.

-Lo encontraré aunque se esconda. Pagaré por esto. Juro que...

-Gafarró, ¿Estás bien? Interrumpió Carmeta en un murmullo.

La voz de su amado se había abierto paso entre las nieblas de la inconsciencia que la rodeaban en aquel momento y la había sacado a la luz.

-Carmeta. ¿Quién te ha hecho esto?

-El Chono. Ha sido el Chono. –A continuación volvió a desvanecerse.

Una mueca de incredulidad cubrió el rostro de Gafarró. Carmeta debía estar delirando. ¿Qué tenía que ver aquel desgraciado que había desaparecido del pueblo años atrás con el soldado que le había hecho aquello?

Transcurrieron varias horas de oscuro silencio. Gafarró acariciaba con delicadeza el rostro amoratado de la muchacha y humedecía de vez en cuando sus labios con un paño húmedo. En ocasiones la muchacha parecía como si quisiera dibujar una sonrisa imposible en respuesta a los mimos que recibía pero el muchacho descartaba de inmediato la absurda idea.

En un momento dado Carmeta entreabrió los ojos e intentó hablar, pero fue interrumpida de inmediato por Gafarró

-Carmeta ¿Qué has dicho antes? Cómo puede ser que el Chono...

-Ha sido él. –Consiguió al fin decir la muchacha -Era uno de los soldados que acompañaban al capitán de Cullera. No le reconocí al principio pero me enseñó la oreja que tú le mutilaste cuando llegaste a Alzira.

-Miserable. Le buscaré ahora mismo y le hare pagar por lo que te ha hecho. Te lo juro.

-No. No te vayas ahora. Quédate conmigo. No me dejes sola.

-No estás sola. Están aquí contigo Fray Tomás y la Mora.

-No. No te vayas insistió la muchacha cada vez con menos energías.

Fray Tomás puso una mano sobre el hombro de Gafarró y moviendo la cabeza en silencio le instó a quedarse. Eran sus últimas horas.

De repente, Gafarró sintió que toda su cólera se convertía en compasión. Se sentó en la cama junto a ella y sujetándole una mano acarició con ternura su pelo. Aquella niña molesta e impertinente se había ganado un lugar muy importante en su corazón. Le había salvado la vida y ahora estaba muriendo por ello.

-Gafarró Tú me quieres ¿Verdad?

El muchacho abrumado vaciló un instante -Si... claro- acertó finalmente a decir.

-Dímelo. Dímelo aunque sea sólo al oído para que nadie más lo oiga.

-Te quiero Carmeta. Te quiero mucho- acertó a decir con cierta entereza.

-Soy tan feliz...- Al fin lo he conseguido. He derrotado a Estrella. Sabía que lo lograría. Dame un beso.

Un sentimiento de traición hizo dudar a Gafarró. El amaba a Estrella sobre todas las cosas y no podía traicionarla. Sin embargo aquella muchacha moribunda le pedía un deseo que no podía negarle. La Mora, al ver que vacilaba le empujó suavemente.

-Hazlo. Nunca te arrepentirás de concederle este último deseo.

Gafarró se inclinó sobre el rostro deformado de la muchacha y besó suavemente sus labios tumefactos. Una sonrisa iluminó la penumbra de la

enfermería y marcó el final de la existencia de Carmeta Forner. Su alma se llevó la certeza de que sería la esposa de Gafarró por toda la Eternidad.

Un grito sobrehumano desgarró la noche en la fortaleza de Ayora.

Los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas de las carretas en el empedrado no impidieron que el capitán Martorell escuchase aquel grito. Se incorporó en la carreta donde por fin habían conseguido subirlo los soldados y miró hacia la puerta de la enfermería. Sin embargo no podía más, la herida del hombro, la sangre perdida y el sufrimiento del traslado habían derrotado finalmente su entereza por lo que se hundió en la inconsciencia de un desmayo.

Despertó al día siguiente en la estancia donde todavía velaban el cadáver de Carmeta.

Su herida en el hombro presentaba menos daños de los que cabía temer. Tardaría un tiempo en recuperarse pero el médico aseguraba que con tiempo y reposo volvería a recuperar casi toda la movilidad del brazo. Lo cual, teniendo en cuenta su condición de oficial, no le iba a impedir el ejercicio de sus funciones militares. Martorell temía a la invalidez más que a la misma muerte. Había visto demasiadas veces en que se convertían los soldados tullidos, abandonados a su suerte por el Rey.

Solucionado este asunto, que era el que más le preocupaba, se interesó por sus prisioneros y entonces le informaron de lo que le había sucedido a la muchacha. Cuando le dijeron quien había sido el autor de la villanía, mostró una cólera que dejó sorprendidos a los demás soldados. Se sentía responsable por no haber expulsado a aquel miserable del ejército como había sido su intención. Preguntó al otro soldado de su guarnición por el paradero de Miquel García y éste le confirmó con cierto temor que había desaparecido. Una nueva explosión de ira, comparable a la anterior, enrojeció su rostro y tras mil blasfemias y juramentos, prometió por su honor que castigaría a aquel miserable.

Algo más calmado conversó más tarde con Gafarró y con Fray Tomás. Las cosas habían cambiado. Aquella pobre muchacha había muerto a manos del Chono (como supo ahora que era conocido por sus paisanos) y al otro culpable de la muerte de sus hombres de debía la vida. Estricto en el cumplimiento de las normas, Martorell era sobre todo un hombre justo a su manera. Tras vivir cientos de batallas y refriegas, sabía distinguir la calidad humana en sus camaradas. Podía diferenciar entre el valiente y el loco, entre el aguerrido y el sádico, entre quien era integro y quien no. Aquel muchacho, tal como le había visto comportarse en las últimas horas era alguien a quien le gustaría tener al lado en cualquier situación de la vida. Si había causado la muerte de dos de sus soldados era porque estos, sin duda, se lo habían buscado. No era justo que pagase por ello. No supo en qué medida le influyó la muerte de la muchacha a manos de uno de sus hombres en tomar la decisión de dejarle en libertad, pero finalmente, a mediodía hizo traer a Gafarró ante su presencia y le anunció:

-Estáis libres. Ya habéis pagado con creces vuestra falta. Podéis marcharos en paz. Os firmaré un salvoconducto para que no tengáis ningún problema en vuestro viaje de regreso.

EL RÍO

1

Una tormenta de verano descargaba una ira inexplicable sobre el pequeño cementerio de Ayora. El grupo que rodeaba la fosa en la que habían depositado el cuerpo de Carmeta observaba en silencio al sepulturero que de forma mecánica iba arrojando paladas de tierra sobre el cuerpo de la joven mientras maldecía su suerte por tener que estar aguantando el chaparrón.

Otra tormenta, más negra y profunda se desencadenaba en el interior de Gafarró que rodeado de Fray Tomás, la Mora y las demás prostitutas asistían al entierro de la muchacha.

Terminada la ceremonia, regresaron a la fortaleza que les servía de albergue temporal y empezaron a planificar su futuro inmediato. En la captura de los bandoleros se habían incautado sus bienes, entre los cuales se encontraba el dinero que habían tomado de las prostitutas y del monje. El capitán Martorell, que había tomado el mando de la situación tras la muerte de Barberá, dispuso que se les entregase íntegramente a sus propietarios sin cuestionar si realmente les pertenecía o no. En cualquier caso sería una recompensa por

haber contribuido a eliminar a los bandoleros. Así pues, las mujeres decidieron vender el carromato y las mulas y repartirse equitativamente el patrimonio del Varón. Reunirían dinero suficiente para intentar iniciar una nueva vida, quizás incluso casarse gracias a la dote que tal dinero suponía. Tal vez no conseguirían apartarse del destino al que iban encaminadas pero al menos tenían que intentarlo. Fray Tomás les animó en su empeño y les dio su bendición. Por su parte, encontrándose cerca de Cofrentes, el monje no veía razón alguna para no terminar el encargo que les había llevado hasta allí. Es más, pensaba que tener la mente ocupada con un objetivo era lo único que podía sacar a Gafarró del preocupante ensimismamiento en el que se había encerrado tras la muerte de Carmeta. La Mora iría con ellos. Lo daban por sentado. Sin razones. No podía ser de otra manera.

2

Poco después de salir de Ayora hacia Almansa, el Chono encontró un camino a la izquierda. Era el camino de Enguera, según le informó un campesino. Pero era un camino largo y solitario que no era recomendable hacer solo. Sin saber por qué, decidió en ese instante cambiar su ruta de escape, ignorando que era el que llevaba a la zona que dominaban los bandoleros y, por tanto, la zona a la que había ido la guarnición de Ayora acompañada de su capitán a combatirles. Le pareció que lo de camino largo y solitario, según el campesino, se ajustaba muy bien a sus planes de huida.

Al cabo de un buen rato, el viento le trajo el sonido del galope de unos caballos. Por precaución decidió ocultarse en el bosque y esperar. Poco después apareció el grupo. Sólo eran tres jinetes que corrían como si les llevase el viento. Al tenerlos cerca reconoció a Gafarró. Una oleada de odio se apoderó de su vientre pero el sentido común le dictó que no era aquel el momento de enfrentarse a él. Tendría que esperar otra oportunidad. Cuando les perdió de vista decidió reanudar su camino pero tendría que redoblar la atención. Sin pensarlo había salido al encuentro de aquellos de quienes quería escapar. Ahora ya no era el momento de volverse atrás. El grupo de soldados

que había salido de Ayora en busca de los bandoleros no había regresado y debía venir detrás de aquella avanzadilla quizás con prisioneros. No debía dejarse sorprender. Finalmente decidió buscar un lugar desde el que vigilar el camino sin ser visto y esperar su paso. A partir de ese momento nadie sospecharía que había huido por aquel lugar. Ahora se alegraba de haber tomado aquella dirección. Encontró un lugar que le pareció apropiado y armándose de paciencia decidió esperar.

Unas horas después les vio llegar. El carromato rojo brillaba al sol del atardecer destacando extraño entre el verdor del bosque. Avanzaban con cuidado para no lastimar a los heridos y ello permitió al Chono ver a su capitán, tendido junto a otro herido en la carreta de Fray Tomás. Ojalá muriese, pensó el Chono. Así se solucionaría su problema inmediato por haber violado a Carmeta.

3

Carmeta ya no sentía el dolor. Al contrario. Únicamente sentía placidez. La sensación del beso que le había dado Gafarró perduraba y envolvía todo su ser como un aroma. No sentía su cuerpo. Ella era ahora un punto de conciencia envuelto en aquella dulce sensación de amor. Estaba con Gafarró y al mismo tiempo estaba con sus padres y hermanos. Vivía en un instante todos sus recuerdos y sus experiencias con una luz nueva, diferente, en la que no había maldad ni sufrimiento ni espacio ni tiempo. En un momento era la tierra que la envolvía y a continuación era el aire que respiraba su amado y que invadía sus pulmones cerquita de su corazón. Ahora estaba en Ayora con sus compañeros y al mismo tiempo se mezclaba entre sus hermanos que jugaban sin saber que había muerto. Una luz muy intensa la atraía de forma casi irresistible, como si fuese su destino final, pero sabía que aún tenía que quedarse cerca de aquellos a quienes había amado.

4

Al día siguiente se despidieron de las muchachas. Habían recuperado sus nombres. La nueva vida que querían emprender requería de nombres

normales. Los que habían tenido antes eran tan buenos como otros aunque les recordasen el motivo que les había conducido hasta aquella vida. Pero tal vez era mejor así. No debían olvidar quien habían sido para no volver al mismo camino.

Fray Tomás, la Mora y Gafarró, tras los abrazos de rigor y las lágrimas sentidas, emprendieron el camino hacia Cofrentes. El muchacho caminaba solo detrás de la carreta en la que el Monje y la Mora charlaban a media voz de trivialidades que solamente interrumpían el recuerdo de la pobre Carmeta y las miradas hacia atrás que dirigían casi constantemente, preocupados por Gafarró que parecía especialmente afectado por la muerte de su amiga. Carmeta, sin que él lo imaginase, le acompañaba envolviéndole, acariciándole, intentando animarle sin que el fracaso de sus intentos quebrasen lo más mínimo su empeño ni su felicidad permanente.

Llegaron a Cofrentes al atardecer. Buscaron alojamiento y lo hallaron en una posada muy humilde donde los huéspedes compartían una estancia rectangular donde comían y dormían sobre montones de paja que cubrían con sus propias mantas. Fray Tomás anunció al posadero el motivo de su visita y éste torció el gesto

-¿Qué sucede? ¿Hay algún problema? Preguntó el monje

-Los gancheros ya han partido con los troncos. Unos encargos importantes han ocupado a todos los hombres disponibles y salieron hace tres días. No he visto nunca una maderada mayor.

-¿Y cuando regresarán?

-Quién sabe. La madera iba hasta el mar en Cullera. Entre ir y volver, al menos cuatro semanas.

Fray Tomás se quedó en silencio, consternado. No podía esperar tanto tiempo. La madera era necesaria urgentemente. Esa era la razón por la que había ideado la solución de ir con un carpintero de Alzira, en lugar de esperar a que el carpintero del monasterio se restableciese de sus fracturas. No podía

fracasar. No debía defraudar a su primo el prior que a regañadientes había confiado en él.

Mientras cenaban comentó con tristeza su conversación con el posadero con Gafarró y la Mora, más por desahogarse que por pedir consejo.

-¿Y qué haremos ahora? Preguntó Gafarró que hablaba casi por primera vez desde que habían salido de Ayora.

-No sé. Pero creo que al menos debemos preguntar por la madera y si nos satisface cerrar el trato. Ya la traerán cuando puedan. Por lo menos nuestro viaje no habrá sido del todo inútil.

Terminada la cena, tendieron sus mantas y se dispusieron a dormir junto al resto de los huéspedes, algunos de los cuales roncaban desde hacía rato.

5

Después de haber pasado dos noches en la sierra, el Chono se despertó con hambre. Había empezado a racionar sus provisiones, que no eran muchas, ante la perspectiva de no encontrar medios para conseguir nuevas. El camino se le hacía interminable. Nunca hubiera pensado que fuese tan largo. Ni tan solitario. Después de haber observado, oculto, como pasaba la comitiva de Martorell en dirección a Ayora, no había visto a ningún ser humano. A ratos hablaba en voz alta, solo, para oír su propia voz. Para matar el aburrimiento. Otras veces cantaba desaforado las canciones obscenas que había aprendido en el ejército o que le cantaban los clientes borrachos a su madre. Al pensar en ella revivía con vergüenza las humillaciones que había tenido que vivir en su niñez y que, sin él saberlo, habían determinado su vida.

Demasiado niño para dejarlo en la calle, sin amistades en quien confiar, Encarnació la Chona, ocultaba a su hijo en el rincón más oscuro de la única estancia de su casa para no incomodar a sus parroquianos y ejercía su oficio con la maestría que le dio de comer, incluso a una edad en la que la mayoría de sus compañeras ya lo habían dejado para convertirse en beatas, hacerse perdonar su vida de pecado y no caer en las eternas llamas del Infierno.

Allí, oculto tras una mesita, el Chono observaba con los ojos muy abiertos los movimientos de su madre y de sus clientes. Unas veces montaban sobre ella y otras veces era ella la que estaba sobre los hombres, que gemían y gritaban como si estuviesen sometidos a una tortura de la que finalmente quedaban muy satisfechos, a tenor del dinero que le entregaban a su madre al terminar. Su madre le explicaba que aquello era un juego. Que los hombres buscaban con ella la diversión que no encontraban con sus mujeres porque no sabían jugar tan bien como ella. El dinero que le entregaban era un premio.

-Yo también quiero jugar, mamá.

-No hijo. A este juego solamente pueden jugar los mayores. Cuando seas un hombre, también jugarás. No lo dudes -añadía con una sonrisa.

A veces el juego, tenía reglas extrañas. Lo normal era cabalgar, Unas veces su madre hacía de yegua y otras de jinete, pero había otros que preferían montar como los perros y si bien su madre no protestaba nunca, había algunos clientes que le hacían daño aunque su madre se empeñase en disimularlo. Uno de ellos incluso le pegaba palizas. Recordó la primera vez que presencié una de ellas. No pudo evitar dar un chillido de terror. El cliente sorprendido miró hacia el rincón donde el niño horrorizado, se esforzaba por esconderse aún más.

-¿Qué es esto? ¿Qué hace este niño aquí?

-Disculpad señor. Es mi hijo. No tengo con quien dejarlo. Os prometo que no os molestará.

El cliente se vistió airado y se marchó de mala manera y sin pagar.

-¿Qué pasa mamá? Por qué te pegaba ese hombre?

-No te preocupes hijo. A mí casi no me duele. Lo que pasa es que hay hombres que no pueden jugar como a ellos les gustaría y como ven que yo sé jugar mucho mejor que ellos se enfadan y a veces me pegan, pero ya te he dicho que

casi no me hacen daño. Y, además, cuando terminan, me dan un premio mucho más grande que los demás.

Conformado con la explicación, el Chono había seguido en su niñez escondido, observando todas las variantes de la sexualidad humana, los requerimientos más extraños, las versiones más antinaturales del juego de su madre. Muchos de los hombres que conocía de la ciudad participaban en aquel juego del que su madre nunca se cansaba.

Había veces en que, de noche, a escondidas, era visitada por una mujer que también jugaba con su madre, que luego le explicaba que algunas mujeres preferían jugar entre ellas y no con hombres porque estos era más brutos y terminaban los juegos antes que ellas.

Cuando el Chono se hizo más mayor su madre se atrevió a dejarlo solo en la calle mientras ella atendía a sus clientes. Tendría unos siete años cuando estaba frente a su casa jugando solo con el barro. Un niño mayor que él pasó y el Chono le llamó, aburrido de jugar solo.

-Oye, ¿quieres jugar conmigo?

-No quiero jugar con mocosos y menos con el hijo de la Chona- respondió altivo

-¿Por qué. Si tu padre está ahora mismo dentro de mi casa jugando con mi madre?

-El niño, enrojeció bruscamente y echo a correr. Al cabo de unos instantes apareció siguiendo a su madre, una mujer corpulenta y desgredada, que sin decir palabra, entró en casa de la Chona y sorprendió a su marido revolcándose con la prostituta. Los gritos y golpes que oyó el muchacho desde afuera, los muebles que se movían a empujones hicieron comprender al Chono que había cometido un error. No sabía por que pero las cosas no eran como él las creía. La inocencia de su niñez se había desmoronado. A partir de aquel día, poco a poco, en la medida que su inteligencia infantil le fue permitiendo, tomó conciencia de su triste realidad, de la realidad de su madre y de la

realidad del mundo. Engañado, avergonzado, furioso contra todo y contra todos, incluida su madre, especialmente contra su madre, fue creciendo en odio y en maldad y sólo deseaba hacer daño y provocar, para demostrar que no aceptaba su destino y que se rebelaba contra el cada vez que podía, agrediendo a cuantos le rodeaban.

Pero había alguien que sufría especialmente la maldad del Chono: Aureli el Bobo. Era un muchachote ocho o diez años mayor que él, retrasado mental, que deambulaba por las calles de la ciudad sin hacer otro daño que asustar inocentemente a los transeúntes confiados. Se les acercaba por detrás sigiloso y con los dedos índice y medio de su mano les golpeaba en el hombro al tiempo que les gritaba: ¡Uh!. El sigilo con que se acercaba y la fuerza del golpe sobresaltaban a sus “víctimas” que daban un respingo para maldecir a continuación al bobo que se alejaba dando grandes risotadas y babeando de placer. La cosa nunca pasaba de ahí. Aureli desconocía la maldad y se dedicaba a dar sustos porque lo encontraba divertido. La gente lo comprendía y lo soportaba con paciencia y resignación.

Cuando era niño, el Chono temía a Aureli, no sólo por sus sustos, sino también porque su mentalidad inmadura no asimilaba un comportamiento que no podía entender y se escondía de él cuando lo veía aparecer por la esquina de su calle. No soportaba su mirada extraviada, su vozarrón desafinado, su errático deambular que le sugerían que vivía en otro mundo, en otra realidad que sin poder razonar por qué, le causaba un profundo pánico. Pero pronto comprendió que aquel desgraciado no representaba ningún peligro y el Chono se convirtió de víctima en verdugo. Ideó formas de asustar al bobo y de hacerle pagar los sustos que había sufrido en su niñez. Había una manera que le causaba especial placer porque era la manera en que más hacía sufrir a Aureli. Éste tenía un pavor desmedido a las serpientes y el Chono disfrutaba metiéndole culebras de agua entre su ropa cuando le encontraba distraído, lo que hacía que echase a correr aullando despavorido perseguido por las risotadas del Chono y sus secuaces y las de algún que otro vecino al que también le hacían gracia los padecimientos del pobre bobo.

Cuando la Chona, ya mayor, empezaba a tener dificultades para conseguir clientela, salía a los campos a buscar agricultores solitarios a los que ofrecerse

a cambio de algunas frutas o verduras y allí mismo en algún lugar discreto, aliviaba de forma rápida la necesidad que ella misma provocaba.

Un día, cerca del río, el Chono lanzaba ociosamente piedras a la corriente cuando vio pasar por una senda. La siguió discretamente y observó oculto como se ofrecía insistentemente a un labrador viejo, que hacía tiempo que había dejado de sentir las urgencias del sexo. A pesar de las súplicas y las promesas de placer, el labrador la despidió desabridamente y allí quedó la Chona, como un patético juguete roto que nadie quería ya usar. Aquello era más de lo que el Chono podía soportar. De pronto se le vino encima toda la vergüenza y las humillaciones que había sufrido desde que había tomado conciencia de su auténtica condición, y empezó a sentir un peso insoportable que le aplastaba como una losa que apenas le dejaba respirar. Sin pensarlo ni un momento, se acercó a su madre que dio un respingo al verlo cuando lo tenía prácticamente encima. No le dio tiempo ni de abrir la boca. La cogió por el cuello con las dos manos y empezó a estrangularla. Su madre le miraba incrédula mientras moría. Él, en cambio, no sintió nada, ni siquiera alivio. Hacía tiempo que el odio y la vergüenza se habían adueñado de su corazón y ningún otro sentimiento era capaz de habitar en él.

El Chono arrastró el cuerpo inerte a un cañaveral e introdujo en la vagina un espigón de maíz que flotaba cerca de la orilla para recordar su condición y culpar directamente a todos los hombres que la habían usado.

Después del crimen, el Chono acudió a esconderse a su refugio secreto que estaba cerca de allí. Lo llamaba la cueva del miedo. En realidad se trataba de un pasadizo que había en las murallas orientadas hacia el sur que protegían la ciudad tanto de los asaltos de los enemigos como de las crecidas del río que la abrazaba. Medio oculta por el cañaveral y medio cegada por las aportaciones de cieno que las riadas regulares traían, la entrada del pasadizo había estado protegida por una fuerte reja, según acreditaban los restos oxidados que sobresalían de su umbral. La había descubierto por casualidad cuando aún era un niño y vagaba por los cañaverales de la orilla y nunca había hablado a nadie de su existencia. Era su secreto. Un tesoro que se resistía a compartir con nadie. Le llamaba la cueva del miedo porque eso era lo que le inspiraba. La negrura húmeda que se percibía a su entrada le producía

una sensación de maldad y muerte con la que cada vez se identificaba más, y a pesar de que no dejaba de causarle miedo no podía resistirse a acudir periódicamente a visitarla, como quien cumple con un ritual religioso. El pasadizo tenía una entrada muy angosta y una vez dentro seguía un curso ascendente por lo cual quedaba libre de barro agrandándose hasta permitir transitarlo de pie. El Chono nunca se atrevía a adentrarse más allá de 10 o 15 metros. Un miedo irracional se lo impedía aunque pasaba largas horas sentado mirando hipnotizado a la silenciosa oscuridad.

Aquel día la oscuridad le pareció menos temible. Viéndola sentía que ésta aprobaba lo que acaba de hacer, así que tras pasar un buen rato salió confortado y sereno y se dirigió a su casa como si nada hubiese sucedido.

Días después, vendió la casa y lo poco que tenían y se marchó del pueblo para no volver nunca más. Había oído que en Valencia estaban reclutando gente para el ejército del rey.

Su vida en el ejército no era tampoco satisfactoria para él. En pocos años había vivido mucho más que en toda su vida anterior: había viajado por media Europa, participado en batallas, corriendo peligros y matando pero aquella vida no le llenaba. La vida militar tenía su cara y su cruz: La aventura, la camaradería y el heroísmo se conjugaban con la crueldad y el miedo y el Chono sólo parecía vivir los aspectos más negativos. Nadie le apreciaba. Ni sus superiores si sus camaradas querían saber nada de él. Había algo que les mantenía alejados por lo que no podía confiar en nadie. En el pueblo era el jefe de una banda de mocosos que en una mezcla de admiración y miedo se seguían en sus travesuras. Aquí él ni siquiera era uno más. Había otros más crueles, más violentos que él pero todos tenían alguna virtud que les hacía apreciados por los demás: el valor, la solidaridad, la fuerza, virtudes que hacen que un soldado sea valioso para sus compañeros, no eran propias del Chono y así su vida en el ejército había sido un continuo alejamiento en el que solamente habían aumentado sus defectos y su resentimiento. Aquello había terminado. A partir de ahora daría otra dirección a su vida. En algunas comarcas se hablaba de la existencia de bandoleros como los que habían sido eliminados en aquel lugar. Quizás unirse a algún grupo sería una buena solución o, tal vez mejor, formar su propia banda.

En esto iba pensando Miquel García, el Chono cuando le vio encima de una roca junto al camino, flanqueada de dos enormes pinos. Era muy viejo y vestía unas ropas que cubría con una capa blanca en la que destacaba una adornada cruz cuyo centro formaban dos trazos rojos. Empuñaba una herrumbrosa espada con la que hacía patéticas fintas.

-Detente enviado de Satanás.-dijo con voz potente a un asombrado Chono que le miraba boquiabierto.

6

Gafarró despertó el primero. Había dormido sin sueños. O al menos no recordaba haber soñado. Sin embargo le invadía una sensación de paz que no se correspondía con lo vivido en las últimas horas. Era como si algo hubiese barrido el rencor y la tristeza. Como si Carmeta no hubiese muerto y estuviese todavía con ellos.

Miró a fray Tomás que todavía dormía con una extraña sonrisa junto a la Mora que reflejaba en su bello rostro la sensación de paz que muestran los que duermen felices junto a los suyos. Viéndoles juntos Gafarró sentía que estaban hechos el uno para el otro. Que eran como dos almas gemelas que al fin se habían encontrado. Se habían acercado con naturalidad y con la misma naturalidad seguían juntos, sin analizar las razones ni cuestionarse el futuro. Como si no tuviesen otra alternativa. La Mora ya sabía lo que aquello significaba. Lo había vivido en su adolescencia dramáticamente truncada. El monje lo vivía como una variante del amor a Dios y al prójimo que siempre había sentido pero que ahora se acrecentaba y le llenaba de felicidad. Nadie caía en la cuenta de que él era un religioso ni pensaba que aquello pudiese suponer un impedimento.

Poco a poco fueron despertando y tras desayunar y aliviar sus necesidades en las cuadras, emprendieron camino hacia el río buscar la madera que necesitaban.

En una ensenada que se forma en la orilla izquierda tras la desembocadura del Cabriel, se remansaban troncos que aguardaban compradores en busca de algo especial. Éste era el caso de Fray Tomás. Tenía que comprar una partida de troncos de roble de los bosques de Cuenca, en cantidad y calidad suficiente para el retablo que se iba a hacer para el monasterio al que pertenecía. Gafarró, como experto carpintero, tenía que elegir los más adecuados.

Cuando llegaron a la ensenada no se sorprendieron de encontrarla casi vacía. El posadero ya les había advertido de que los madereros habían partido unos días antes con una gran cantidad de troncos río abajo. Sin embargo pudieron observar que iban a encontrar lo que habían buscado. Una cantidad suficiente de troncos de roble, cortos e irregulares, flotaban junto a la orilla, meciéndose perezosos, lejos de la corriente. Dos soldados aburridos montaban guardia para disuadir a posibles ladrones y en unas tiendas cerca de la orilla se adivinaba la presencia de los comerciantes de la madera.

Fray Tomás se presentó y planteó el negocio. Necesitaban la madera y querían seleccionar los troncos que les conviniesen. Los comerciantes complacidos iniciaron las negociaciones. Aquel monje flaco iba a ser una víctima fácil para su codicia. No tardaron nada en darse cuenta de su error. Aquel pardillo era un maestro en el regateo y tenía una cabeza privilegiada para las cuentas. Parecía que se les adelantase en las ofertas y contra ofertas y tenía una capacidad de negociar que estaba empezando a agotarles. Gafarró y la Mora observaban la conversación divertidos y admirados por la capacidad de su amigo que llegaba a límites que nunca hubiesen imaginado.

Finalmente, convencidos y derrotados, los comerciantes aceptaron el trato pero querían cobrar todo el importe de la madera en aquel momento. No había madereros para el transporte y no querían desplazarse a Alzira para cobrar el resto que les prometía el Monje. En esto no había discusión. Sin embargo Fray Tomás no disponía de dinero suficiente para pagar la totalidad de la partida, por lo que la Mora se ofreció a entregarle parte de su propio dinero como

préstamo que ya le devolvería al llegar a su destino. No había más que hablar. Se cerró el trato y se pago el dinero. Quedaba el problema del transporte. Al no haber gancheros que condujesen los troncos, tendrían que regresar sin ellos, dejando encargados a las autoridades locales y al jefe de la guarnición militar el cumplimiento del acuerdo.

Un anciano, acompañado de un niño de unos siete años, había asistido discretamente a la negociación y cuando los comerciantes se retiraban, les abordó directamente.

-¿Cómo pensáis llevar la madera río abajo?

-De momento no podemos. Parece ser que todos los gancheros disponibles han salido con una importante partida de troncos, como probablemente ya sabéis.

-Todos no.

-¿Cómo, acaso conocéis a alguien que pueda servirnos?

-Pues sí. Yo mismo

-¿Vos? ¿Acaso sois ganchero?

-Lo fui prácticamente toda mi vida. Nadie conoce mejor que yo el río desde aquí hasta Cullera.

Hablando con él, Fray Tomás se dio cuenta de que aquel anciano no veía bien. Sujetaba por el hombro, sin soltarle en ningún momento, al niño que le acompañaba que indudablemente le servía de lazarrillo. Pensó que sin duda se trataba de un pobre loco que únicamente iba a entretenerles innecesariamente. Sin embargo movido por la piedad, no quiso ser descortés e intentó resolver la situación bienamente.

-Bueno, es evidente que debéis, por vuestra edad, tener gran experiencia, pero vos solo nunca podríais llevar los troncos a su destino.

-¿Quién ha dicho que lo haría solo?

-¿Y quién más hay para ayudaros?

-Bueno aquí tengo a mi nieto Joaquín y también están vuestas mercedes, por supuesto.

-¿Nosotros? Exclamó el monje incrédulo. ¿Os habéis vuelto loco?. Nosotros no tenemos ninguna idea de este menester.

-Pero yo puedo enseñaros lo necesario. Pensadlo. Me encontrareis en mi casa. Cualquiera os dará razón de ella. Me llamo Matías. Matias el gancharo.

Dio media vuelta y con paso vacilante, guiado por el niño que había asistido mudo a toda la conversación emprendió el camino de regreso al pueblo.

Fray Tomás y Gafarró se dedicaron el resto de la mañana a marcar los troncos que habían seleccionado. Eran unos cincuenta y Gafarró los eligió uno por uno, buscando características que les hicieran idóneos para su fin. Importaba que fuesen lo más largos posibles y sin nacimiento de ramas que pudiesen formar nudos en la madera. Habría que hacer tablones limpios para que el artesano pudiese labrar su superficie sin trabas. Después de elegir los troncos les hicieron marcas en la corteza. Algo que permitiera reclamarlos en caso de perder algún tronco en la corriente. Con unos cortes sencillos dibujaron una llave. Éste era el motivo principal del escudo de su ciudad.

Terminado el trabajo que les resultó más laborioso de lo que habían imaginado, regresaron a la posada. En el camino Gafarró preguntaba a Fray Tomás.

-¿Qué os parece la propuesta del viejo? ¿De verdad creéis que es tan descabellada?

-Claro que si muchacho. ¿No te has dado cuenta de que ese hombre está prácticamente ciego?

-Es cierto pero tal vez nosotros podríamos ayudar, tal como él ha indicado.

-¿Y que sabemos nosotros de llevar troncos por el río?

-Yo he visto a las maderadas llegar a Alzira. El tramo del río que hay hasta allí no debe ser demasiado bravo y la partida de troncos que llevamos no es demasiado grande. No lo veo tan difícil.

-Mira muchacho. Yo creo que este viejo es un pobre loco. Más vale que nos olvidemos del asunto.

La Mora que hasta entonces se había mantenido en silencio intervino

-Pues yo creo que Gafarró tiene razón. Mi padre era carpintero y algunas veces me llevaba a ver la llegada de las maderadas y decía que en el último tramo del río la corriente es mansa y continua. No debe ser difícil llevar la madera hasta allí.

En estas pláticas llegaron a la posada y ordenaron que se les diera de comer. Mientras les servía, Fray Tomás tuvo la curiosidad de preguntar al Posadero.

-Decidme. ¿Conocéis a Matías el Gancho?

-Naturalmente -respondió al instante. Ha sido el gancho más experimentado que ha recorrido los ríos de la comarca en muchos años. ¿Por qué lo preguntáis?

-Nos ha hecho una propuesta curiosa que no hemos aceptado.

-¿Qué propuesta? Si puede saberse

-Se ha ofrecido para conducir los troncos que hemos comprado hasta su destino cuando es evidente que no está en condiciones para hacerlo.

-Es cierto que ha perdido la vista en gran parte. Pero os aseguro que sería capaz de recorrer el río aunque estuviese completamente ciego. Lo que me

sorprende es que se os haya ofrecido. Aquí todos creíamos que nunca más volvería a subirse a las maderadas.

-¿Por qué?

Al posadero nada le agradaba más que contar o escuchar una buena historia, así que sin hacerse de rogar, tomó una silla y sentándose a la mesa sin ser invitado comenzó

-Hace unos años, ya siendo viejo, venía hacia Cofrentes desde el Norte, de tierras Cuenca. Le acompañaban sus dos hijos. Hombres jóvenes y fuertes y casi tan expertos como su padre. Dirigían una maderada de pinos bastante importante. Venían contentos y con prisa porque la esposa del mayor, Joaquín, estaba a punto de dar a luz, el primer nieto de Matías. En unos rápidos que se encuentran a jornada y media río arriba, los jóvenes quisieron competir por dirigir el paso. Su padre les animaba a ello. Ambos eran buenos pero sólo uno iba a sustituirle como jefe de gancheros. Matías les propuso separar dos grupos de troncos y que cada uno de ellos condujese uno. Sería divertido ver quien conseguía pasar primero. En efecto, los muchachos iniciaron el paso mostrando una pericia que hacía disfrutar a sus compañeros que veían el espectáculo animados mientras algunos incluso cruzaban apuestas. El hijo menor, Pedro, más atrevido o más inconsciente, se adelantó unos metros, parecía que iba a ganarle el paso a su hermano que se esforzaba por impedirlo. Cuando Pedro enfiló con los primeros troncos el centro de la corriente, se volvió hacia su hermano con un gesto de triunfo levantando el gancho. Su padre de inmediato le dirigió una advertencia inútil pues era imposible que le oyese. Estaba cometiendo un error imperdonable. En aquella situación no se debía perder de vista el agua. Y entonces, ante la mirada incrédula de todos sucedió. El tronco que sostenía al joven montó en una piedra que apenas sobresalía de la corriente, levantando el extremo que estaba ahora a sus espaldas y enderezándolo lo suficiente para que el triunfante Pedro cayese entre los demás troncos. Las caídas entre aguas rápidas son el peor peligro al que se exponen los gancheros pues se arriesgan a ser aplastados por los demás troncos. Sucedió que uno de ellos atrapó al muchacho a la altura del cuello. Su cabeza sobresalía lo suficiente para que sus compañeros vieran su boca dibujar una patética súplica de ayuda. Pero

estaba demasiado lejos y la corriente se iba acelerando. Solamente su hermano Joaquín que le seguía a poca distancia estaba en disposición de socorrerle. Corriendo y saltando sobre troncos resbaladizos, como sólo los gancheros saben hacerlo, el hermano mayor iba acercándose a su hermano sobre los troncos de los dos grupos que ahora formaban uno solo. Cuando estuvo junto a él intentó con todas sus fuerzas separar el tronco que ahogaba a su hermano, pero la corriente era demasiado fuerte y la presión no hacía más que aumentar crispando cada vez más el rostro de su hermano en una mueca púrpura de terror. Desesperado intentó meter su propio cuerpo entre los troncos que sujetaban a Pedro para aliviar la presión pero no lo consiguió. Rompió el gancho mientras intentaba hacer palanca entre los troncos y finalmente vio desesperado como su hermano moría ante sus ojos y su impotencia. Llorando de pié, mirando a su hermano no vio la rama horizontal de un árbol que se acercaba a gran velocidad. El golpe le derribo con fuerza y le hundió en las aguas donde se ahogó inconsciente.

Rescataron los cuerpos de los hermanos río abajo donde las aguas vuelven a recuperar la paz. El pobre Matías no podía creer su desgracia. De golpe lo había perdido todo. Viudo desde hacía años sus hijos y su nuera eran su única familia. Cuando los gancheros llegaron a Cofrentes, Isabel, la esposa de Joaquín esperaba en la orilla a su marido. La mirada huidiza de los primeros hombres con los que se cruzo fue el presagio de su desdicha. El abatido Matías que no se separaba de los cuerpos de sus hijos tampoco se atrevía a mirarla a la cara. Pronto comprendió sin necesidad de explicaciones lo que había ocurrido y como no podía ser de otra manera se hundió en la desesperación. A las pocas horas le movió el parto y nació el pequeño Joaquín que es quien le acompaña pero la mujer sin fuerzas ni ganas de vivir murió poco después. El pobre Matías intentó ahorcarse pero sus vecinos se lo impidieron. Unas reflexiones sobre el pequeño recién nacido y sobre su destino si él faltaba le dieron el valor necesario para afrontar la triste vida que le quedaba. Desde entonces vive de la caridad de los gancheros que aún recuerdan con piedad su desgracia. Matías no ha vuelto nunca caminar sobre troncos. Por eso me extraña mucho su ofrecimiento.

El relato del posadero dejo a los comensales en silencio. Sin embargo, de alguna manera empezaban a ver más verosímil la opción de contratarle para

que llevase los troncos a su destino. Fray Tomás decidió que iría a buscarle, hablaría con él, le pediría detalles y tal vez accediese. Realmente era la solución perfecta si se pudiera llevar a cabo.

7

Carmeta asumía su nuevo estado llena de gozo. No le cabía otra sensación. Ella era todo y todo era en ella. Su nueva dimensión le permitía estar en Matías e inducirle a prestar ayuda a sus amigos. Matías no acababa de entender por qué se había brindado a ayudarles, pero lo había hecho contento y convencido. Ojalá aceptasen su ofrecimiento. Era lo que más deseaba en el mundo.

Carmeta también estaba en Fray Tomás y sentía la profunda transformación que se había producido en el alma de aquel hombre santo. Como el ingenuo monje que había salido del monasterio de Santa María se había convertido en un ser nuevo con otros conceptos sobre la vida, con otros valores distintos, más reales, más humanos. La bondad de su corazón no había disminuido, al contrario. Su contacto con las miserias y las debilidades humanas, con el dolor, con la mezquindad con el sacrificio y la abnegación, le habían añadido nuevos espacios de compasión.

También estaba con la Mora. Ahora conocía todos los secretos de su alma y de no haber estado sumergida en su estado de dicha permanente hubiera sufrido con ella todas sus desventuras. Pero no podía compadecerla porque ahora sabía que le esperaba un futuro que la iba a compensar con creces por todo lo que había padecido.

Con Gafarró nunca había dejado de estar desde que le conoció. Sin embargo ahora entendía que nunca le había pertenecido en la vida terrenal. Él se había entregado en cuerpo y alma a Estrella. Era su decisión y Carmeta ahora tenía que protegerlo para que sus deseos se hiciesen realidad con bien. A ella le pertenecería siempre en su nuevo estado donde no cabían reservas ni egoísmos porque todos eran todos.

Todos, incluso el Chono que en aquel momento todavía no había reaccionado ante el fantoche patético que le amenazaba con tembloroso pulso.

-Detente malvado. Ha llegado la hora de que pagues por tus desmanes.

-¿Quién eres y qué quieres?

-Soy Andreu Sunyer, caballero de la orden de Montesa y sé quién eres tú y lo que has hecho.

-No te conozco de nada Andreu pero será mejor que no te metas conmigo o lo vas a lamentar -contestó el Chono que empezaba a impacientarse con aquella situación absurda.

De un brinco impensable para un anciano de su edad, el caballero Andreu Sunyer descendió de la roca desde la que increpaba y se plantó ante el Chono dispuesto a atacarle.

El caballo se asustó ante el movimiento rápido del anciano y se encabritó súbitamente derribando a su jinete que ahora se incorporaba lleno de furia.

-Maldito viejo. Te vas a arrepentir de haberte cruzado en mi camino.

Desenvainó la espada y arremetió contra el caballero que le esquivó con una elegante finta. Volvió a atacar y se encontró con paradas y contraataques que empezaron a inquietarle. Aquel chiflado estaba resultando mucho más peligroso de lo que había imaginado. Tendría que emplearse a fondo para desembarazarse de él. Así que, dejando de lado la confusión que le producía aquella extraña situación, se concentró exclusivamente en atacar y defenderse de aquel enemigo inesperado. Poco a poco, el vigor y la resistencia del Chono fueron imponiéndose a la habilidad y la experiencia del anciano y en un momento dado, mientras retrocedía de las embestidas del joven soldado, tropezó con una piedra y cayó de espaldas exhausto. En el suelo, desarmado, el anciano caballero fue presa fácil para el Chono, que sentándose a horcajadas sobre el flaco cuerpo de su adversario le increpó triunfante

-¿Has visto, viejo? ¿Quién te manda meterte con quien no puedes vencer?

-La Justicia, miserable. Tienes que pagar por todo el mal que has hecho.

-¿Qué sabes tú de mí, imbécil?

-Sé quién eres y lo que acabas de hacer y te juro que por mí o por otros pagarás por tus crímenes.

-Pues no va a ser ahora ni vas a ser tú porque te voy a matar y lo voy a hacer con mis propias manos, mirándote a la cara para que no olvides mi rostro mientras te quemas en el Infierno.

Agarrando el cuello del anciano con las dos manos empezó a estrangularle lentamente. Quería saborear su triunfo. Quería prolongar la agonía de su víctima, ver cómo moría ante sus ojos sufriendo.

El rostro del anciano enrojeció congestionado y tras un instante de crispación, se relajó sereno ante la frustración del Chono que apenas tuvo tiempo de saborear su victoria.

Se levantó y asestó unas patadas al cuerpo inerte del caballero para intentar, sin conseguirlo, satisfacer su furia. Finalmente, un destello de sentido común le hizo pensar que tal vez aquel viejo no estuviese solo y que podía haber alguien más buscándole, por lo que recuperando su montura, se alejó de aquel lugar lo más rápidamente posible en dirección a Enguera.

En su huida, el Chono, no acababa de entender lo que le había sucedido. Aquel viejo no podía ser ningún soldado que fuese en su búsqueda. Era demasiado viejo y, efectivamente, llevaba los distintivos de una orden militar. Por otra parte no podía entender cómo podía saber que había violado a una mujer o ¿se referiría a otros crímenes? No le conocía de nada y por lo visto andaba solo, dado que nadie más parecía perseguirle. Finalmente, desconcertado, aceptó la única versión que le parecía admisible: aquel era un pobre loco que sólo la casualidad había cruzado en su camino para desgracia

de éste. Decidido a olvidar, siguió su camino, centrándose en pensar en su futuro inmediato.

La ubicua Carmeta centró toda su conciencia en Andreu Sunyer, le envolvió por completo y se esforzó por seguir haciendo que su corazón latiese. Sabía que todavía no había llegado la hora de aquel anciano que había sido su salvador cuando fue prisionera de los bandoleros. Sabía que aun tenía que encontrarse con su pasado lejano para cerrar su particular círculo de vida terrenal. Así que se quedó con él, dándole vida, hasta que pudo asegurarse de que no iba a morir. Finalmente, tomando el cuerpo de una zorra que husmeaba por los alrededores en busca de alguna liebre, mordió los extremos de la capa que vestía y envolvió el cuerpo del caballero y, tras dejarle convenientemente protegido del fresco de la noche, lamió con ternura su rostro. La zorra, al quedar libre de la posesión de Carmeta, se alejó a toda velocidad asustada sin saber por qué.

Andreu navegaba en la oscuridad de la inconsciencia viviendo sueños que no eran suyos. En ellos veía al Chono maltratando a una joven y descargando en ella un rencor incomprensible. Aquella felonía había enardecido su espíritu y le había devuelto a la época de su juventud en la que su formación como caballero le había llenado de ideales de justicia y de nobleza. También recordaba la lucha de los soldados y del joven contra los bandoleros de cuyas garras había salvado. Espectador oculto de la refriega, había presenciado el valor y la fiereza de los combatientes, lo que le había rememorado sus ansias juveniles de combate. Aquella combinación de sentimientos le habían impulsado a vestir de nuevo las ropas de caballero que conservaba en su cueva y a salir en busca de un mal al que combatir, sabiendo, sin poder explicar la razón, que iba a encontrarle muy pronto.

En Cofrentes, Fray Tomás empezaba a arrepentirse de haber tomado aquella decisión. Caminar sobre los troncos, era mucho más difícil de lo que había imaginado. Los inocentes maderos se tornaban en demonios rodantes y resbaladizos que se empeñaban en humillarle una y otra vez ante las burlas inmisericordes de Gafarró y de la Mora que mostraban bastante más pericia

que él, aunque de vez en cuando también resbalaban y se sumergían en las aguas del Júcar, saliendo de inmediato entre risas.

Habían aceptado la oferta del ganchero que les estaba esperando confiado en que así lo harían, por lo que éste ya tenía preparado un plan de trabajo. Lo primero era acostumbrar a los novatos a caminar sobre troncos. Aunque había decidido formar tres pilas de troncos atados formando balsas, era imprescindible que los improvisados gancheros supieran caminar sobre ellos, por si en un momento dado surgía la necesidad de deshacerlas para superar como era previsible el azud de Antella. Tenían que saber pisar sobre ellos para dirigir con los ganchos su dirección a lo largo de la corriente y poder apartarse de los obstáculos o arrimarlos a la orilla para descansar por la noche. Así que allí estaban empapados y cansados a la vez que divertidos intentando aprender los rudimentos de una profesión arriesgada. El muchacho era el alumno más aventajado con diferencia. Parecía como si lo llevase en la sangre, como si hubiese vivido muchos años sobre el agua. La mujer no lo hacía demasiado mal. Al menos no sería un estorbo. El peor sin duda era el monje. No había manera de que permaneciese más de un minuto en pié. Le había obligado a desembarazarse de los hábitos pero no había mejorado. Sus movimientos eran demasiado nerviosos y su figura flaca y desgarbada, tan distinta de la de los gancheros, desentonaba en un marco que se resistía a aceptarle. Intentaría que no molestase demasiado.

Matías, sentado cerca de la orilla, les gritaba instrucciones, ayudado por la narración continua que su nieto le hacía de las peripecias de los aprendices. Su nieto era prácticamente su vista. El era todo lo demás para el niño. Le había criado solo, apenas había permitido que tuviera contacto con los demás niños porque se había aferrado a él como al símbolo de un pasado feliz en el que la vida le seducía con ilusiones. Ambos, teniéndose solamente el uno al otro, habían desarrollado una simbiosis imperfecta que presentía que pronto habría de terminar.

Fray Tomás descansaba dentro del agua apoyando los codos en uno de los troncos mientras miraba a la Mora. Ella también había tenido que desembarazarse de faldones molestos y vestía como cualquier hombre con una camisa y unos calzones que apenas podían contener su pecho y sus caderas.

La ropa mojada y brillante se pegaba a su cuerpo y resaltaba seductoramente su feminidad. El monje la observaba subyugado, atraído por algo que nunca había sentido y que aún no sabía identificar. Era un aspecto más del cambio brutal que había experimentado en los últimos días.

9

Dos días después de la huida del Chono, el capitán Martorell decidió regresar a Cullera. Desoyendo las recomendaciones del médico, ordenó a su soldado que se aprestase para el regreso. Sólo consintió que se le facilitase apoyo logístico por medio de una carreta en la que viajar más cómodo y de cuatro soldados de la guarnición que le servirían de escolta hasta Xátiva. Quiso personalmente hacer la ruta de Enguera porque quería rememorar su lucha contra los bandoleros y rendir un pequeño homenaje a los que habían caído en el combate. Era aquel el segundo día de viaje. De alguna manera lo estaba disfrutando. El paisaje, la vegetación casi nunca tocaban su ruda sensibilidad de soldado, pero la satisfacción de haber cumplido con su deber y la certeza de haber sido justo con los fugitivos le permitían a ratos estar relajado y recrearse en la Naturaleza como en raras ocasiones hacía. Sólo un pinchazo de remordimiento, seguido de una oleada de ira, enturbiaba periódicamente su ánimo: El maldito García. El miserable que había huido después de violar y apalear a aquella pobre muchacha. No era la primera vez que sus compañeros de armas habían cometido felonías semejantes. La vida incierta de los soldados les llevaba en ocasiones a vivir el instante sin pensar en nada más, a tomar aquello que deseaban sin importarles el precio o las consecuencias, pero Martorell nunca había aprobado la brutalidad innecesaria, especialmente si se aplicaba a aquellos que no podían defenderse. Por eso al recordar lo que le había sucedido a la muchacha, se indignaba, pero especialmente se recriminaba por no haberlo evitado. Tenía que haber expulsado del ejército a aquel miserable. No debía haberlo llevado con él. Ahora lo único que podía hacer era encontrarle y procurarle el castigo que merecía.

El día estaba llegando a su fin y los soldados insinuaban la posibilidad de prepararse para pasar la noche pero algo le impulsaba a seguir un poco más, a buscar un lugar más adecuado, lo cual fastidiaba a los soldados que no

entendían el empeño absurdo de su oficial y avanzaban cabizbajos y resignados.

Ya casi había oscurecido cuando Martorell distinguió el bulto blanco en medio del camino.

-¿Qué es aquello?- preguntó provocando un sobresalto en los soldados.

-Ve a ver- ordenó al soldado de su guarnición.

Éste avanzó con precaución

-Es un anciano. Parece un caballero. Me temo que está muerto.

Cuando la carreta llegó al lugar Martorell se esforzó en bajar para comprobar personalmente el estado de aquel infeliz.

-Todavía respira. Desmontad. Montaremos el campamento aquí.

El anciano permanecía inconsciente. Más que enfermo o herido, parecía dormir. Solamente algún gemido al tomarle entre dos para acomodarlo junto al fuego, les hizo evidente que había sido golpeado pero su respiración, los latidos de su corazón e incluso el calor de su cuerpo, hacían suponer que su vida no corría peligro.

Montaron el pequeño campamento y tras una sencilla cena se acostaron.

Dormían todos junto al fuego cuando les sobresaltó un grito

-¡Detente malvado!

Martorell se incorporó bruscamente provocándose un dolor que le recordaba cruelmente que aún estaba herido.

-¿Qué os sucede? Preguntó al pobre viejo que sentado ahora desafiaba a grandes voces a un enemigo imaginario.

-¡Pagarás por lo que has hecho! -seguía el anciano ajeno a los que le rodeaban.

-Tranquilizaos. Estáis entre amigos. Nada os va a pasar.

El caballero se calmó casi tan súbitamente como había despertado y regresó a su estado de inconsciencia.

Martorell no pudo volver a conciliar el sueño. Se preguntaba quién era aquel anciano que por la capa que vestía debía pertenecer a la afamada orden de Montesa. Se preguntaba que hacía en aquel lugar y en aquel estado y de pronto tuvo el presentimiento de que aquel hombre había sido una nueva víctima de Miquel García.

Al día siguiente, el herido presentó una notable mejoría. Alternaba momentos de consciencia que fueron aprovechados para darle de beber, que era probablemente lo que más necesitaba, con otros momentos en los que caía de nuevo en un profundo sueño del que no le podían rescatar de ninguna manera, por más que le gritasen o zarandeasen. Cuando podían hablar con él nada sacaban en claro. No podían averiguar su nombre o su origen, pues aunque el castillo de Montesa estaba cerca de allí, cruzando la sierra hacia el Este, ya hacía muchos años que la Orden y sus bienes había sido absorbida por la Corona y que sus miembros, sólo podían lucir su condición como un blasón de prestigio pero sin ninguna autonomía. De hecho el último gran maestre, había muerto tras cumplir su condena por sodomía, como virrey en Cataluña en 1592.

Martorell decidió que lo más adecuado sería conducirlo hasta Xàtiva para que fuese convenientemente atendido en el Hospital Real.

Las maderadas normalmente son acompañadas por un equipo de intendencia formado por algún cocinero y por niños que en lugares predeterminados, adecuados para remansar los troncos, aguardan a los gancheros y les

preparan la comida, así como hogueras en las que secan las ropas de estos que llegan empapadas por caídas o por la propia humedad del entorno.

La maderada de Fray Tomás no gozaría de este privilegio. Tendría que transportar sus propias provisiones en los troncos y habrían de procurar por sus demás necesidades sin apoyo externo. Lo reducido de la expedición por el número y tamaño de los troncos facilitaría su objetivo.

Matías ordenó que se formasen tres grupos de troncos. Atando entre sí los del exterior formaría un cerco en cuyo interior irían los demás sueltos salvo tres o cuatro que ataría convenientemente sí para formar una plataforma estable donde transportar los víveres y enseres necesarios, y donde pudieran descansar en los tramos más sencillos del curso del río. Finalmente ataron los grupos de troncos uno a continuación del otro, formando una alargada serpiente que debería ondular con facilidad sobre la superficie del río. El ganchero con su nieto iría en el primer grupo. Era fundamental que éste trazase la trayectoria más conveniente para que los siguientes no tuviesen dificultades. Su falta de vista sería suplida por su memoria y por las indicaciones del niño que, acostumbrado a ser su vista, intuía a la perfección las necesidades de su abuelo y le iba indicando constantemente a media voz todo lo que el anciano necesitaba saber para evitar tropiezos. En el segundo grupo irían el monje y la mujer. Este grupo de troncos era totalmente pasivo y ningún error que cometiesen sus tripulantes tendría repercusión en el resto. Finalmente, en el tercer grupo iría Gafarró, cuya única misión debería ser corregir los coletazos que algún trazado brusco pudiera provocar y que no tendría por qué suponer ninguna dificultad, dada la pericia mostrada por el muchacho en su corto entrenamiento.

Estaba todo preparado. Fray Tomás había resuelto vender el carro y la mula con las que había salido del monasterio y, como de costumbre, había hecho un buen negocio, así que tras preparar la maderada y adquirir las provisiones, se dispusieron para iniciar el descenso del río.

La última noche en la posada Gafarró pensaba acostado en Estrella. Pronto volvería a verla una vez terminada su pesadilla de muerte y huida. Tal vez podría definitivamente retomar la vida feliz que había vivido e iniciar la nueva

que anhelaba formando una familia con ella. En algún momento un principio de pena le embargaba para desaparecer rápidamente. Era cuando recordaba a Carmeta y tomaba conciencia de su muerte. Pero de inmediato, como si algo o alguien se la hurtase, la pena desaparecía y era sustituida por una sensación de paz e ilusión. Era como si Carmeta no hubiese muerto y estuviese todavía con ellos.

Con ellos estaba, mejor dicho, en ellos, viviendo su presente y su futuro, sabiendo que todavía no podía marcharse a la Luz porque todavía tenía que protegerles. A todos.

La Mora, que hasta entonces había permanecido junto al monje, como algo natural e inevitable, empezaba a temer por sus ilusiones. ¿Qué sucedería al llegar a su destino? ¿Cómo reaccionaría Fray Tomás? ¿Regresaría al monasterio? ¿Qué sería de su vida si no podía compartirla con él? Sin embargo, de la misma manera que sin razón alguna les había seguido, algo o alguien le decía que iba a continuar con ellos el resto de su vida.

Como solía ser habitual, el más confundido era Fray Tomás. Su vida había cambiado radicalmente pero no podía borrar de pronto toda su vida anterior, sus anhelos, sus creencias. Y no quería borrarlos. Lo que le ocurría era que ahora los consideraba desde una perspectiva nueva y los veía de otra manera. Sus creencias eran firmes y nada las haría cambiar, pero aquella mujer a la que en sus delirios confundía con la Santísima Virgen, les daba una orientación nueva, diferente. Como si todo, su vida y su fe, tuviesen que pasar necesariamente por ella.

El Chono había llegado a Xátiva al anochecer. Buscó alojamiento en una posada discreta y antes de dormir, repasó mentalmente los últimos acontecimientos y empezó a construir sobre ellos sus planes de futuro inmediato. La muerte del viejo loco en la sierra sólo era una anécdota molesta. Su autentica preocupación era las consecuencias que le pudiesen acarrear la paliza y la violación de Carmeta y la posterior deserción. Temía la reacción de Martorell pues era consciente de la dureza de sus castigos. Por otra parte no

se arrepentía de lo que había hecho. Aquella estúpida era un testigo más de su vergonzosa vida y era merecedora de lo que le había pasado. Aunque no tanto como Gafarró. El carpintero le había humillado en su primer encuentro y aunque había conseguido olvidarle durante algunos años, su reencuentro con la ciudad, en la misión en la que acompañaba al capitán había servido para recuperar todo su odio dormido multiplicado por mil. Tenía que vengarse. Pero no sabía cómo. Lo más probable era que ya nunca tuviese la oportunidad de encontrarse con él. Es más tenía que alejarse de la comarca cuanto antes e intentar iniciar una nueva vida.

De pronto se le ocurrió. Estaba a menos de un día de marcha de Alzira. El capitán estaba herido y probablemente tardaría en regresar con los prisioneros. Tendría la oportunidad de llegar a la ciudad y causar a Gafarró el mayor daño que pudiese imaginar. Mataría a Estrella y lo haría de la manera más cruel posible. Le haría padecer a ella el sufrimiento que pensaba causarle a Gafarró porque sabía que cuando éste se enterase, sufriría mucho más que si le lo provocase a él mismo.

Empezaría por violarla para después torturarla hasta la muerte. En sus últimos meses en la ciudad, sabía como todos de la relación entre los muchachos a quienes solía ver de lejos con desprecio. El Chono no sentía ninguna atracción por Estrella. Es más, no comprendía cómo era tan afamada en la ciudad. Su mezquindad le impedía apreciar la belleza exterior e interior que para todos era tan evidente. Pero no le importaba, la violación sería una huella de dominio y humillación que heriría a su enemigo de una manera inimaginable. Así pues estaba decidido. Ahora tendría que inventar la manera de acercarse a ella discretamente y apartarla de los demás para poder cumplir con su objetivo. Le venció el sueño casi de madrugada. Para entonces ya tenía medio perfilado su plan.

12

A esa hora en Cofrentes, la maderada de Fray Tomás estaba a punto de iniciar su marcha. Habían atado los troncos según lo previsto. En el centro, cuatro troncos sujetos por uno que ataron en diagonal sobre ellos, hacía de plataforma estable donde permanecerían los viajeros que

en la mayor parte del tiempo no tendrían que hacer otra cosa que dejarse llevar por el río. El resto flotaría alrededor dentro de un cerco de troncos atados para que no se desperdigasen en la corriente. Esta manera de llevar la madera solamente era posible cuando se trasladaban troncos de poca longitud y no requería de la gran cantidad de gancheros que exigía la maderada de pinos cuyos troncos mucho más largos, precisaba de una atención casi individual en algunos tramos complicados. Pero no era éste el caso. El tramo de corriente hasta la desembocadura era plácido y sin desniveles importantes. El único obstáculo era el Azud de Antella. Allí tendrían que deshacer las balsas y superar tronco a tronco el desnivel. Matías el ganchero afirmaba que estarían en Alzira en tres jornadas.

Iniciaron la marcha tras un rito supersticioso que incomodó a Fray Tomás más de lo que los demás pudieron adivinar. Justo antes de empujar los troncos hacia el centro de la corriente, Matías arrojó a las aguas un pan troceado con sus propias manos como tributo a la Madre del Río. Fray Tomás pensó que se trataba de alguna devoción Mariana del lugar y al preguntar al Ganchero y descubrir que se trataba de un rito pagano y supersticioso, torció el gesto y dio media vuelta bastante corrido. Sin embargo, como si en efecto la Madre del río hubiese aceptado complacida el tributo, la travesía empezó de manera inmejorable. Los troncos seguían la corriente con mansedumbre. De vez en cuando, Matías flanqueado por su nieto, metía el largo gancho en el agua y palanqueando contra el lecho corregía levemente la trayectoria del convoy hacia el trayecto más idóneo de manera que los dos grupos de troncos que le seguían atados no tenían nada que hacer salvo dejarse llevar. Sus tripulantes, atentos al principio por la novedad y por la inexperiencia, fueron relajándose poco a poco y empezaron a gozar del paisaje extraordinario que les ofrecía aquel tramo inicial del río. Transcurría por un angosto valle entre montañas de empinadas laderas, cubiertas de vegetación exuberante, entre la que no se distinguía la huella del hombre. De vez en cuando se veían grupos de muflones que observaban quietos el silencioso paso de los troncos.

Al cabo de unas horas, mientras Matías permanecía de pie como un mudo mascarón de proa, observando con los ojos de la memoria el curso de las aguas, Fray Tomás y la Mora conversaban sentados en los troncos contándose sus vidas, como si tuviesen la necesidad de hacerlo. Entonces supo Fray

Tomás la desgraciada experiencia de la Mora. Vio como la maldad de los hombres había convertido a una muchacha inocente y buena en una asesina y en una prostituta y lloró con ella al revivir su desdicha. Le preguntó si sabía algo de sus padres. Si todavía vivían en Carcaixent.

-No he vuelto a saber nada de ellos y no sé si algún día seré capaz de presentarme ante ellos.

-Deberíais hacerlo. Ellos habrán sufrido mucho por tu desaparición.

-Yo creo que ya se habrán olvidado de mí.

-Ya veréis como no. Yo os acompañaré si queréis.

-¿Lo haréis? Preguntó sabiendo con certeza que así sería.

Fray Tomás le contó por su parte sus anhelos de convertirse en sacerdote y su permanente frustración pero la Mora sabía que hablaba exclusivamente del pasado porque ahora estaban aceptando tácitamente que su vida iba a ser completamente distinta.

Gafarró, en último grupo de troncos, no podía conversar con nadie pero no le importaba. Se entretenía con sus pensamientos que giraban exclusivamente alrededor de Estrella. Con eso tenía más que suficiente. Contaba las horas que le faltaba para volver a reunirse con ella y en olvidar para siempre aquella terrible pesadilla que aunque sólo tenía unos días le parecía tan antigua como una vida.

En un momento dado, Matías empezó a desviar los troncos hacia un lugar donde la orilla se despejaba. Era la hora de comer.

En Alzira, Ferrán Iñigo había preparado la carreta y la mula para ir al trabajo. Le habían encargado uno de las tareas en las que era experto y él había contratado una cuadrilla de trabajadores apropiados para que le ayudasen.

Uno de ellos era el lenguaraz Bernat Furio que ya estaba mareando al resto del grupo con su verborrea incansable, especialmente a Carles Giner, un muchacho alto y delgado al que su padre, amigo de Ferrán, había encomendado para que le enseñase su oficio y le hiciese un hombre de bien, pues, aunque el muchacho era bueno, no tenía el sentido de la responsabilidad que su padre deseaba y pasaba las horas en juegos y apuestas cada vez menos inocentes. Carles era especialmente diestro en dar al blanco lanzando piedras y prácticamente invencible en las carreras a pié. Nada de provecho, pensaba su padre con razón.

Los campos de naranjos que tenía que podar estaban a un día de marcha, cerca de Gandía y tendría que pasar varios días fuera de la ciudad. Su esposa le despedía acompañada de su hija Estrella. Le había preparado las provisiones necesarias y confiaba en tenerle pronto de regreso con el dinero ganado que tanta falta les hacía. Estrella asistía pensativa, como ausente. Su padre le recriminó amablemente

-¿Que no me vas a dar un beso de despedida?

-Claro padre. Qué cosas tiene.

Lo cierto es que no se quitaba de la cabeza el extraño sueño que la había alterado durante la noche. Había estado con Carmeta en un jardín que no conocía. Paseaban juntas hablando como amigas, aunque nunca lo habían sido, especialmente desde que inició su noviazgo con Gafarró. Carmeta la tomaba del brazo y le hablaba tranquilizadamente sobre su destino y el de Gafarró. Un destino que sería feliz aunque tuviesen que pasar todavía por alguna penalidad. De pronto un perro rabioso las atacó y Carmeta lo espantó con gran valor. La muchacha parecía mayor que ella, aunque no lo era. Más madura. Con una serenidad que no le había visto nunca. Pero sobre todo lo que más le extrañaba era su amabilidad con ella. Sabía que andaba detrás de Gafarró desde que éste llegó a la ciudad y siempre había sido un incordio para su relación.

Los sueños son casi siempre absurdos, pensaba mientras sacudía la cabeza tratando de desprenderse aquellos pensamientos. No se daba cuenta de que por primera vez, desde que Gafarró había huido se sentía confiada y segura de que pronto iba a reunirse con él.

Terminada la comida, los improvisados gancheros empujaron de nuevo los troncos hacia la corriente, siguiendo las órdenes de Matías. La comida se había desarrollado con cordialidad y satisfacción por lo bien que se habían desarrollado las cosas hasta el momento. El viejo mayoral les explicó que las cosas no tenían por qué ser de otra manera. El río en aquella época, anterior a las crecidas de otoño, era fácil de manejar y que ellos por su parte ya habían tenido la precaución de presentar su ofrenda a la Madre del Río. Fray Tomás masculló por lo bajo algunos reniegos pero no presentó ninguna objeción a sus palabras.

El niño Joaquín había sido objeto de especial atención por parte de la Mora. Silencioso y triste, únicamente hablaba para dirigirse a su abuelo al que atendía con una exclusividad tal que parecía que nadie más existiese. Nunca sonreía y cuando ella o algún otro miembro de la expedición le hablaba no respondía, limitándose a quedarse mirando a su abuelo como un perrillo a la espera de alguna indicación. Un aura de tristeza parecía envolverle de forma permanente lo cual hacía que La Mora se sintiera extrañamente conmovida. Quizás aquello fuese lo más parecido al instinto maternal que hubiese sentido nunca.

La travesía continuó sin incidentes. Los troncos eran llevados por las aguas sin oponer resistencia. Hábilmente guiados por Matías seguían el camino que éste les trazaba como si lo conocieran de siempre.

El calor de la tarde era intenso. Las laderas del valle por el que el río transcurría, cercanas a sus orillas, enviaban el calor que habían almacenado a lo largo del día. El viento contenía su aliento y privaba a los viajeros del alivio que anhelaban y aunque apenas hacían esfuerzo físico alguno, el sudor les empapaba. La llegada de la noche les serviría para refrescarse.

Volvieron a detenerse en el lugar adecuado que el anciano tenía previsto y tras asegurar los troncos, amarrándolos a los árboles más próximos a la orilla, se dispusieron a pasar la noche.

La Mora se disponía a preparar la cena cuando el Gancho intervino

-Dejadme a mí. Quiero prepararos algo que nunca habéis comido y que estoy seguro de que os va a gustar mucho. ¿Habéis probado las migas de Gancho?

-No.-respondieron casi al unísono los compañeros de viaje.

-Pues permitidme que os agasaje con la comida más sabrosa y nutritiva que se puede comer en estas circunstancias.

Así pues mientras Gafarró, Fray Tomás y la Mora accedieron expectantes ante aquella maravilla prometida, el viejo y su nieto, se aprestaron con gran seguridad a reunir aquello que necesitaban.

Ya había oscurecido. La Luna en cuarto menguante hería la negrura del cielo proclamando su poder sobre las tímidas estrellas. En un momento dado cada uno de los compañeros de viaje se retiró discretamente a sus necesidades y su aseo ante la inminente cena. La Mora, agobiada por el calor sufrido a lo largo de la jornada, sintió la súbita necesidad de darse un baño en las aguas del río. Así pues alejándose un poco más, encontró un lugar adecuado y tras quitarse la ropa de hombre que ahora vestía, se metió en las frescas aguas sintiendo un escalofrío de placer. Sin alejarse de la orilla, flotaba boca arriba y se dejaba llevar a cortos tramos por la corriente mansa. En un momento dado, abandonada a la sensación de frescura e ingravidez, perdió la noción del tiempo.

La cena ya estaba lista y su olor auguraba que la promesa del gancho iba a ser cumplida holgadamente. Se reunieron hambrientos alrededor de la comida mientras llamaban a la Mora ausente a grandes voces. Al no obtener respuesta, Gafarró y el Monje se miraron alarmados y, casi sin decir palabra, salieron en su búsqueda en la dirección que esta había tomado. Al no encontrarla de inmediato decidieron separarse mientras seguían llamándola a gritos. La mora no les podía oír porque no se lo permitía el rumor de la corriente.

Ya salía de las aguas cuando Fray Tomás la encontró. Abrió la boca para iniciar un amable reproche pero sus palabras murieron antes de nacer ante lo que vieron sus ojos. El cuerpo desnudo de la mujer brillando con reflejos húmedos avanzaba hacia él. La Mora no le había visto y mientras caminaba titubeando entre las piedras de la orilla escurría su cabello retorciéndolo en una cola que formaba ante su generoso busto.

Fray Tomás nunca había visto a una mujer desnuda. Intuía sin interés las diferencias anatómicas entre hombres y mujeres y las consideraba como una más de las peculiaridades de la naturaleza humana. Sin embargo ahora, viendo las curvas perfectas de la silueta de aquella mujer, la madura gravidez de su pecho, la firmeza de sus muslos sintió un deseo irresistible de tocarlo entero con las manos y la boca. Con todo su ser. La sensación que había sentido al verla cuando salía entre risas del agua en Cofrentes, cuando practicaban con los troncos y sus ropas de hombre mojadas se le pegaban al cuerpo aumentó hasta un nivel que casi le causaba dolor.

La Mora dio un respingo cuando le vio boquiabierto y mudo al mismo tiempo. Intentó taparse instintivamente con la ropa que ya tenía en sus manos pero inmediatamente desechó la idea con una punzada de tristeza. ¿Qué pudor había de sentir ella a estas alturas? Había olvidado por un tiempo su condición de puta y había reaccionado como lo que nunca debió dejar de ser. Como una joven inocente y enamorada.

-¿Qué hacíais mirando?- Acertó a decir mientras terminaba de vestirse a un azorado fray Tomás que aún no había conseguido articular palabra.

-Venía a buscaros porque la cena ya está lista y no escuchabais nuestra llamada.-Acertó a tartamudear finalmente el monje.

-Disculpadme. Sentí la necesidad de refrescarme y se me fue el santo al cielo. La verdad es que ya me muero de hambre.

-Por fin os encuentro-Intervino Gafarró que había acudido al oír su conversación. -Vamos la cena promete ser buenísima.

Y lo estaba. Las migas del gancho guisadas con ingredientes sencillos, resultaron ser un manjar inmejorable que los comensales no dejaban de alabar para gran satisfacción del cocinero. Buenos tragos de vino condimentaban la satisfacción general que les hacía locuaces y extrovertidos. Sin embargo Fray Tomás apenas participaba en la conversación y aunque había disfrutado de la cena tanto como los demás, se había decantado más por el vino buscando aturdir una sensación a la que temía y al mismo tiempo de la que no quería escapar. Se sentía confundido pero también feliz. ¿Feliz por qué? Se preguntaba una y otra vez.

Se dispusieron a dormir bastante entrada la noche. Arrullados por el rumor de la corriente y el chapoteo de los troncos que se balanceaban suavemente junto a la orilla el anciano, joven de nuevo junto a su nieto, y Gafarró, que contaba las horas que le faltaban para ver a Estrella, cayeron rendidos casi al instante. Sin embargo Fray Tomás se revolvía inquieto sobre la manta en la que yacía junto a la Mora. Esta tampoco podía dormir. Recordaba el momento en que el monje la había sorprendido desnuda saliendo del agua y fantaseaba sobre la vida que había querido tener y que tan trágicamente se había truncado.

Sólo había amado a Joan, cuando vivía en Carcaixent en un mundo perfecto, pero nunca se había entregado a él. De sus encuentros con los hombres solamente guardaba recuerdos de los que le habían producido asco y violencia. Los demás sólo habían sido actos fisiológicos intrascendentes que le habían facilitado su subsistencia. Por lo tanto no sabía lo que significaba el sexo por amor. Ni siquiera por placer.

¿Por qué no? Se preguntó de repente. Aquel hombre era un ser bueno. Algo que ya casi había olvidado. Se sentía próxima a él, unida de una manera espiritual. Era el tipo de persona con el que le hubiera gustado compartir su vida. Sabía que ella no le era indiferente. La manera como la trataba, la ternura con la que la miraba y aquella noche, unas horas antes junto a la orilla, con el deseo que tantas veces había visto en el rostro de sus parroquianos y que por primera vez no le había producido repulsión. ¿Por qué no?. Se volvió a repetir.

Así pues, incorporándose, le llamo suavemente.

-Fray Tomás.

-¿Qué pasa? Preguntó el monje incorporándose sobresaltado.

-No pasa nada. Venid conmigo. Quiero enseñaros algo.

-¿Ahora? Preguntaba el monje extrañado, pero que sin embargo se iba dejando llevar.

-Sí, ahora. Dejad de rezongar y seguidme.

Tomaron el camino hacia el lugar donde la Mora se había bañado y allí, junto a la orilla, la mujer extendió la manta que había llevado consigo.

-Venid. Acostaos aquí junto a mí.

El monje obedeció sin rechistar y se tendió en la manta mientras observaba que la mujer, lentamente se desnudaba ofreciéndole de nuevo la maravillosa imagen de su cuerpo.

-¿Pero qué hacéis? Tartamudeó Fray Tomás que no entendía lo que estaba pasando.

-Shhh. Le hizo callar la Mora mientras ponía un dedo sobre sus labios.

Ya completamente desnuda, se tendió a su lado y tomando una de las manos de Fray Tomás la puso suavemente sobre su pecho blando y generoso.

El monje estaba paralizado por el terror. No sabía qué hacer. Pero por nada del mundo quería retirar la mano del cuerpo de aquella mujer. Su contacto le hacía sentir algo totalmente desconocido, maravilloso y no quería de ninguna manera romper el instante.

La mujer entendiendo la situación, tomó la iniciativa y empezó a desnudar a Fray Tomás con delicadeza pero con dificultad porque el monje no soltaba su

pecho de ninguna manera. Finalmente consiguió tenerlo desnudo como ella. Su cuerpo flaco y sus piernas arqueadas no eran precisamente un modelo de belleza, pero ella sólo lo veía con los ojos del corazón. Lo cual no le impidió apreciar la descomunal erección que se proyectaba desde su vientre hacia el cielo estrellado.

Nunca nadie se entregó al amor con más ternura que la Mora en aquella noche de verano. Nunca nadie fue iniciado en el amor con más dulzura y placer que aquel afortunado monje. En brazos de aquella mujer, desbordado por sus besos, fundido en su carne, creyó morir y resucitar varias veces hasta que finalmente, exhausto, se tumbó boca arriba junto a ella tomándola de una mano mientras la luna en lo alto del cielo les miraba con satisfacción y dibujaba su sonrisa vertical en señal de aprobación.

La Mora, a su lado, lloraba en silencio. Pero sus lágrimas eran de dicha. Ella, la famosa Mora, la deseada por los clientes del Varón que le habían pagado cantidades excesivas por tenerla, había conocido por primera vez la plenitud del amor al entregarse a alguien a quien ya amaba con todo su ser. Pasase lo que pasase, nunca se separaría de aquel hombre que en silencio, a su lado le aferraba la mano con firmeza y con desesperación.

Despertaron al amanecer abrazados, buscándose de nuevo y volvieron a entregarse con una deliciosa mezcla de ternura y pasión sin darse cuenta de que el niño Joaquín les miraba desde los árboles con los ojos abiertos como platos. Le habían mandado a buscarles pues sus compañeros de viaje ya estaban aprestándose para la nueva jornada. Gafarró, a pesar de vivir solo para sus anhelos de regreso a casa, no había sido ajeno a la proximidad que veía entre Fray Tomás y la Mora y, de alguna manera, sin razonarlo, también les veía unidos en el futuro. Por eso no se extrañó cuando les vio llegar, siguiendo al niño, cogidos de la mano. Tampoco necesitó preguntarles qué les había pasado. Sus rostros de satisfacción lo proclamaban como un libro abierto.

La segunda jornada de descenso del río transcurrió sin nada que merezca ser contado. Cada uno ocupó su posición en las pilas de troncos y cumplió con su cometido que era bien simple, especialmente para fray Tomás y la Mora que

pasaron el día mirándose casi en silencio, embobados y felices. El niño Joaquín no dejaba de volver la vista atrás mirando a la Mora y empezaba a preguntarse si aquella mujer no podría ser algo parecido a la madre que no conoció. Gafarró desde atrás le veía constantemente y sentía una gran satisfacción por la felicidad de su protector. Era el hombre más bueno que había conocido y sin duda merecía la felicidad que ahora mostraba. Su futuro como monje, incapaz de cumplir su anhelo de ser sacerdote, no dejaba de ser un destino triste en permanente frustración. En cambio, con aquella mujer presentía que iba a ser muy feliz, tanto como sin duda lo sería ella que compartiría su vida con un santo.

A media tarde llegaron a Antella. Pueblo agrícola a la orilla izquierda del río, era conocida por su famoso azud. Su origen se remontaba al siglo XIII y su construcción fue ordenada por el Rey Jaime I. Este azud daba origen a una caudalosa acequia, conocida desde entonces como la acequia real del Xuquer que distribuía con generosidad el agua del río a las fértiles llanuras de la ribera alta y baja que no tenían contacto directo con el río principal. Para los gancheros era el último obstáculo que tenían que salvar hasta llegar a Alzira, y aunque no revestía ninguna dificultad especial, suponía una demora importante en tiempo, pues los troncos debían ser “ayudados” uno a uno a superarlo. Por esta razón, cuando la maderada de Fray Tomás llegó al lugar, Matías no se extrañó de ver que los madereros que días antes, habían partido con una cantidad extraordinaria de troncos, estuvieran todavía ocupados en la tarea de pasar las últimas unidades.

Atracaron su partida a cierta distancia del azud para no entorpecer la labor de los que les habían precedido y Matías, que se veía de nuevo joven y útil, sintió la necesidad irresistible de encontrarse de nuevo con sus compañeros.

Cuando estos le reconocieron no podían dar crédito a sus ojos. Matías, el legendario mayoral de mayores estaba de nuevo en activo. ¿Cómo era posible? ¿Acaso no había jurado no volver a ejercer jamás la profesión que se había cobrado la vida de sus dos hijos? ¿Qué le habría impulsado a ponerse al frente de una maderada?. Todas estas dudas no les impedían acoger con cariño y respeto a aquel famoso personaje.

-¿Qué hacéis aquí? Preguntó uno de los más veteranos.

-Estoy ayudando a unas personas que me necesitaban- respondió vagamente, ocultando que ni el mismo tenía una explicación razonable para su decisión.

-¿Pero cómo conseguís guiar los troncos?. Preguntó un gancharo más joven que solamente conocía a Matías por su fama y que sabía que estaba prácticamente ciego.

-Matías conoce el río mejor que nadie- respondió el primero- Podría navegarlo con los ojos cerrados sin equivocarse en una vara.

-Bah. Estas exagerando. Cortó Matías con modestia.

-Bueno vendréis a cenar con nosotros. El grupo que queda se alegrará mucho de veros.

-No vengo solo. Estoy con los dueños de la madera. Es un monje al que acompaña una mujer y un joven que le ayuda.

-No es problema. Traedlos también. Serán bienvenidos. Además, esta noche después de cenar pensamos ir a ver al Niño Sabio que dicen que está en el pueblo.

-¿El Niño Sabio?. ¿Quién es ese? Preguntó el viejo gancharo que había vivido los últimos años ajeno a las noticias del mundo.

-No me digáis que no lo sabéis. Pues razón de más. Tenéis una oportunidad única. Cada vez es más famoso y es más difícil verlo de cerca.

Regresaron al campamento propio donde les aguardaban Fray Tomás y los demás con cierta curiosidad. Matías les informó de la invitación y del acto al que podían asistir. Fray Tomás y Gafarró tampoco habían oído hablar del Niño Sabio pero la Mora sí. Torció un poco el gesto cuando oyó que le nombraban. No le gustaba. Había coincidido con él en varias ocasiones en las ferias y ciudades que había visitado en el peregrinar del Varón en busca del dinero

fácil y aunque reconocía el entusiasmo que despertaba allá donde fuera, había algo en él y en su entorno que le causaba desagrado aunque no supiera explicarlo.

La curiosidad de Gafarró y del monje pudo más que la reluctancia de la Mora y decidieron casi de inmediato aceptar la invitación que los gancheros les habían hecho en homenaje a su antiguo jefe.

La Mora quiso vestir de nuevo sus ropas de mujer pero Fray Tomás no vistió su hábito de monje. No quería que nada le alejase del nuevo estado al que se había entregado en cuerpo y alma. Acudieron a la hora acordada y fueron recibidos con un silencio admirativo ante la aparición de la mujer. Sólo el respeto que les inspiraba el viejo mayoral impidió que los rudos gancheros saludasen con procacidades la exuberante belleza de la Mora. Sin embargo en el transcurso de la cena las miradas furtivas llenas de lujuria enrarecieron el ambiente añadiendo la sensación de celos al catálogo de nuevas experiencias que iban transformando el carácter de Fray Tomás con la fuerza y la velocidad de un huracán.

Terminaron la cena y tras recoger los platos y los cubiertos, se encaminaron al lugar donde el Niño Sabio iba a hacer su aparición. Los habitantes del lugar y de poblaciones cercanas como Gavarda, Sumacarcer y Beneixida también acudían. Familias enteras que cargaban en sacos ofrendas y pertenencias que iban a poner a los pies del Niño.

Un reguero de antorchas marcaba el camino hacia el lugar donde se iba concentrando la gente. La plaza principal del pueblo estaba presidida por un escenario en el que unos titiriteros entretenían a los asistentes mientras esperaban la aparición del Niño. Los gancheros abrieron paso con rudeza para sus invitados y les consiguieron sin dificultad un lugar preferente desde donde podrían presenciar los actos con comodidad.

Pronto se dieron cuenta que los actuantes eran bastante torpes. Los malabaristas apenas lograban enlazar movimientos sin que les cayeran las mazas. Un tragafuegos hubo de ser socorrido por sus compañeros porque a la segunda llamarada que salía de su boca se le prendió la ropa y una vieja actriz

de voz hombruna recitaba sin gracia unos versos picantes que inspiraban cualquier cosa menos deseo.

Gafarró, que había visto alguna vez a auténticos titiriteros en las fiestas de su ciudad hizo un comentario a Fray Tomás

-Que malos son. Nunca he visto a nadie más torpe ni menos dotado que estos tipos. Parece mentira que se dediquen a esto.

-Es por eso que acompañan al Niño. No tienen otra salida. De otra manera se morirían de hambre -Contestó la Mora que había oído el comentario. Fray Tomás guardaba silencio. No tenía experiencia para opinar. Sin embargo la expectación de los asistentes le daba mala espina. Estaba experimentado el mismo sentimiento de rechazo que poco antes le había transmitido la Mora.

De pronto tras la última actuación, tan lamentable como las anteriores, apareció el Chambelán del Niño. Un individuo bajito con ojillos saltones de cegato que se adivinaban tras unos lentes, anunció con tanta solemnidad como con faltas de dicción la aparición del Niño Sabio. Todos los titiriteros asistentes y no pocos miembros del público se pusieron las dos manos abiertas tras las orejas como hacen los que tienen problemas de oído y quieren aumentar el pabellón auditivo. Fray Tomás extrañado preguntó en voz alta

-¿Qué significa ese gesto?

-Es la nueva manera de saludar al niño.

-¿Y por qué lo hacen? ¿Acaso habla en voz muy baja y no pueden oírle?

-No. No es eso. Cuando lo veáis lo entenderéis.

Subió al entablado balanceándose sobre unas piernecitas zambas que se adivinaban bajo sus ropas. Iba completamente de blanco con un vestido que a base de adornos más parecía el de una niña. Coronaba su cabezón enorme con una corona de plumas también blancas que alargaban su menguada estatura. Iba completamente maquillado de blanco y en sus mejillas dos

pegotes rosa intentaban dar al rostro del niño un aire infantil que de ninguna manera se percibía. Sin embargo la gente al ver su aparición se unió en una exclamación colectiva mezcla de asombro, admiración e histeria. El niño avanzaba con solemnidad seguido de una mujer alta y extremadamente delgada que era su ayudante principal. No era tan vieja como las arrugas de su labio superior proclamaban y vestía con una elegancia exquisita. Como una aristócrata. Una mueca de amenazante enfado ensombrecía su rostro permanentemente.

El Niño tomó asiento en un trono forrado de terciopelo rojo y levantando uno de sus bracitos hizo callar a toda la concurrencia. Fray Tomás vio con asombro la causa del extraño gesto de los acólitos del Niño: Unas enormes orejas destacaban del ovalo de su carita haciendo su rostro todavía más grotesco.

-¿Por qué se burlan de él si son sus seguidores? Volvió a preguntar Fray Tomás.

-No es una burla. Ellos quieren magnificar este rasgo de su rostro elevándolo a la categoría de símbolo. Es su manera de proclamar lo orgullosos que se sienten de él y por otra parte una manera inteligente de evitar que lo ridiculicen sus adversarios. Por este gesto a los “artistas” que le acompañan les llaman los cómicos de la oreja.

Unos asistentes próximos hicieron callar al Monje que se atrevía a romper el respetuoso silencio que el Niño había impuesto.

El niño empezó a hablar. Sonó una vocecita engolada que empezó a decir, con una solemnidad acorde con su aparición, una serie de ideas comunes y obviedades que al público enardecían a pesar de su vaciedad. En ocasiones movía con energía el brazo de arriba a abajo formando un círculo con los dedos índice y pulgar para recalcar sus afirmaciones. A Gafarró se le antojó absurdamente que era como si estuviese masturbando un enorme falo invisible y le vino al pensamiento de pronto el recuerdo de Carmeta y sintió una súbita punzada de pena y de remordimiento. En otro momento el niño

unía sus manitas formando un triángulo con cuyo vértice apuntaba al público mientras les miraba asintiendo con la cabeza de forma continuada y solemne.

El monje se escandalizaba por la reacción del público pero no manifestaba su disconformidad. Seguía atento la intervención del Niño pensando que toda aquella pobre gente se dejaba embaucar por la apariencia, por la puesta en escena, por la imagen, sin analizar en absoluto su contenido.

En un momento dado se dirigió en voz baja hacia la Mora

-¿Es esto así siempre?

-Más o menos?

-¿Pero la gente no se da cuenta de que no está diciendo nada?

-No. Pero ellos creen que sí que les dice mucho, porque entre todos se encargan de que así lo parezca.

-¿Y que ganan el Niño y sus seguidores con todo ello?

-Pronto lo veréis.

Efectivamente. Tras unos cuantos discursos no demasiado largos, los asistentes empezaron a someter a la sabiduría del Niño sus pleitos y diferencias. Unos planteaban la partición de una herencia, otros la disputa de unos lindes. En todos los casos resolvía con rapidez, quedándose siempre con alguna parte de lo que se dilucidaba sin que nadie se atreviese a cuestionar sus resoluciones. Había quien simplemente le entregaba los mejores frutos de sus cosechas y los mejores ejemplares de sus corrales para sus obras benéficas de las que siempre hablaba pero que nadie reconocía haber visto jamás.

De pronto se oyeron unas voces airadas y Fray Tomás vio un forcejeo entre la multitud que se arremolinaba alrededor de alguien que con dificultad pero con insistencia se iba acercando al escenario donde el Niño Sabio había callado.

Finalmente consiguió zafarse de quienes le retenían y subió al entablado que servía de escenario. Era un sacerdote viejo que avanzando hacia en Niño cojeando ostensiblemente mientras le increpaba a grandes voces.

-Maldito impostor. Ni eres niño ni eres sabio. Sólo eres un embaucador que te estás aprovechando de la ingenuidad de esta pobre gente.

Un aullido de protesta proveniente del público acalló sus voces. Los titiriteros más bragados procedieron a sujetarlo y a expulsarlo de malos modos llevándole a la parte de atrás del escenario mientras el niño impávido miraba al frente como si nada viera.

Finalmente habló con su vocecilla engolada

-Tenemos que combatir el desprecio y la intolerancia de quienes temen perder los privilegios que siempre han tenido. -A lo que los asistentes respondieron con vivas y aplausos aunque sabían bien que el pobre párroco de Antella, Don Nicolás, vivía como el más pobre de sus parroquianos y que era más bueno que el pan. Pero si lo decía el Niño Sabio, por algo sería.

Uno de los cómicos que acompañaban al Niño, Malarroyo le llamaban, reforzó el mensaje caminando por el escenario en círculos imitando con mala gracia la exagerada cojera del sacerdote mientras hacía gestos ridículos con la cara y exagerados aspavientos con los brazos, lo que provocó una risotada general, especialmente de los más jóvenes que como de costumbre eran los más influenciados por el Niño.

Fray Tomás, temiendo por la vida del anciano sacerdote, acudió lo más rápidamente que pudo al lugar por donde se lo habían llevado. Llegó casi tarde pues ya le habían golpeado con saña.

-Deteneos miserables, rugió con furia.

Gafarró que le había seguido a duras penas vio como los matones del Niño le señalaban como un nuevo objetivo mientras dejaban caer el cuerpo

desmadejado del sacerdote cojo. Ya iban a por él cuando Gafarró se puso a su lado dispuesto a defenderlo. Pero no fue la presencia de Gafarró ni la determinación de su gesto lo que disuadió a los matones de molerlos a palos a los dos también. Eran un grupo de gancheros que temiéndose lo peor habían acudido a socorrer a sus nuevos amigos.

Los matones, viéndose en inferioridad, recularon y desaparecieron con gran rapidez para confundirse entre la multitud que aún reía las gracias del cómico favorito del Niño al que colmaba con prebendas que eran la envidia del resto de los titiriteros.

Fray Tomás se inclinó contra el maltrecho sacerdote que, afortunadamente, no estaba tan malherido como parecía.

-¿Cómo os encontráis?, preguntó el monje con suavidad al sacerdote al que se le iban hinchando los golpes que había recibido en el rostro.

-No tan mal como quisieran esos desgraciados, respondió el viejo.

-¿Por qué os habéis enfrentado a él?

-No soporto el engaño. Ese individuo y sus secuaces están sacándole a la gente hasta la sangre y solamente les da a cambio palabras y mentiras.

-¿No pensáis que a vosotros los religiosos se os podría acusar de lo mismo? Intervino la Mora que acababa de llegar y observaba la escena desde la espalda de Fray Tomás.

El sacerdote la miró con desprecio- -¿Quién eres tú? ¿Acaso eres una de ellos? Desde luego tienes aspecto de ramera.

Fray Tomás retrocedió de pronto como si hubiese sido golpeado por un puño invisible y soltó al sacerdote viejo que estuvo a punto de caer.

-No. Ella no es una de ellos. Viene conmigo. Y permitidme que os diga que según las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo no debemos juzgar para no ser juzgados.

-¿Qué sabéis de las enseñanzas de Nuestro Señor? ¿Acaso sois religioso?

Fray Tomás le miró en silencio y tras unos instantes de reflexión dijo

-No. No lo soy.

La Mora le miró con una mezcla de alegría y gratitud entendiendo que aquellas palabras significaban el cumplimiento de su más profundo anhelo.

Dejaron al sacerdote solo y confundido mientras regresaban hacia su campamento. Fray Tomás y la Mora abrían el camino cogidos de la mano seguidos por Gafarró y Matías con su nieto a una distancia prudencial. Caminaban en silencio. Unos pensaban en lo que acababan de ver. Otros en la decisión tácita de Fray Tomás, en el profundo significado de su reciente negación. Para la Mora era un momento mágico que no quería romper con sus palabras.

Finalmente habló Fray Tomás

-¿Qué te ha parecido el espectáculo?.

-Ya lo conocía. Ha sido más o menos como siempre.

-¿Cómo puede la gente creer semejante engaño?

-Alguien podría decir lo mismo de las religiones -sugirió tímidamente la Mora que no quería incomodar al monje, pero que ahora que había negado su condición pensaba que podía mostrársele más sincera.

Fray Tomás mostró un gesto de desagrado que no paso desapercibido a su amante. Esta mantuvo un prudente silencio mientras esperaba el comentario que por fin se produjo:

-La religión en una cuestión de Fe. Entiendo que para alguien pueda parecer un engaño. Sin embargo te diré que quienes la propagan lo hacen con sinceridad creyendo en lo que predicán. Podrían estar equivocados, pero ellos obran de buena fe. El Niño Sabio está engañando a la gente sabiendo muy bien lo que hace.

No era intención de la Mora iniciar una discusión sobre un tema tan delicado, especialmente para su amado, así que callo prudentemente.

Gafarró se acercó a ellos pues estaba ansioso por comentar lo que habían visto

-¿Qué opináis del Niño Sabio, Fray Tomás?

-Lamentable. Es un burdo engaño. El niño sin duda no es tal niño. Se trata de un enano disfrazado grotescamente. De sabio tiene más bien poco. ¿Te has dado cuenta de que no decía prácticamente nada y en cambio la gente estaba embelesada con él?

-Si me temo que la gente no sabe ver más allá de lo que son capaces de ver con los ojos.

-Lo peor de todo es que si todas esas personas pudiesen elegir a su rey, sin duda le elegirían a él. -Añadió la Mora

Gafarró estallo en risas ante la absurda ocurrencia de la mujer. Sin embargo a Fray Tomás le recorrió el espinazo un escalofrío de terror al imaginar tal posibilidad.

15

Cuando el capitán Martorell y su escolta llegaron a Xátiva, el viejo caballero Andreu Sunyer había experimentado una mejoría casi milagrosa, por lo que llevarle al Hospital Real como era su intención inicial carecía de sentido.

El anciano había contado al capitán su historia que éste había escuchado en silencio y con gran respeto. También le había confiado el anhelo súbito de volver a sus raíces, quería saber de su familia. Su madre, lógicamente habría muerto, pero tenía la esperanza de encontrarse de nuevo con su hermanito Joan, al que no había vuelto a ver desde que le llevaron, siendo poco más que un adolescente, al castillo de Montesa para que fuese preparado para ingresar en la orden de caballería.

Así pues, decidieron continuar el viaje hacia su destino. Los escoltas de Ayora, una vez llegados a Xátiva, regresaron a sus cuarteles según les habían ordenado y, ya en la Vía Augusta, Martorell, el anciano caballero y el soldado de Cullera siguieron el camino hacia el norte. Martorell debía pasar por la ciudad para hacer oficial la exoneración de Gafarró y de Carmeta. Andreu Sunyer tomaría desde allí el camino hacia Valencia donde buscaría a sus

familiares vivos. Llegarían al final de su etapa a primeras horas de la tarde por lo que tendrían tiempo suficiente para hacer sus gestiones, buscar alojamiento para el caballero y preparar el regreso al día siguiente a Cullera. Martorell se debatía en la duda de comentar a los padres de Carmeta la muerte de la muchacha o no hacerlo. Su vida militar no le hacía remilgado o timorato ante estas situaciones pero la muerte de aquella muchacha le había afectado más de lo razonable y todo era porque el causante había sido uno de sus soldados. Uno que no debía haberlo sido nunca o, al menos, debía haber sido expulsado del ejército como era su intención. Al pensar en todo aquello, una nueva oleada de ira recorrió sus entrañas. Ojalá encontrase a aquel desgraciado y pudiese darle su merecido.

-¿En qué estáis pensando? Preguntó el caballero, aburrido por el prolongado silencio que les envolvía.

-En un miserable al que tengo que dar su merecido.-respondió el capitán contándole a continuación todo lo que le causaba la cólera que le envenenaba.

Tras hacer éste una breve descripción física del Chono comprendieron que estaban hablando del mismo miserable al que se había enfrentado Andreu.

¿Por qué le atacasteis si no le conocíais?-Preguntó Martorell

El caballero se quedó meditando unos instantes para finalmente decir

-No lo sé. Solamente sé que tenía que esperarle y enfrentarme a él.

Un día antes, el Chono había llegado a Alzira. En la Parroquia de la Encarnación torció a la izquierda, cruzó el brazo del río que abraza el casco urbano original por una pasarela de madera que los vecinos se empeñaban en construir para su comodidad y que el río periódicamente destruía y se dirigió, casi tocando las murallas, hacia el puente de San Gregorio que era el lugar de acceso a la ciudad desde el Norte. Tenía que asegurarse de que no le esperaban por donde se suponía que debía llegar que era por el sur desde Xàtiva.

Hacía avanzar a su caballo por sendas conocidas de su adolescencia. Frente a aquel lugar, en la orilla del río, donde ya vieja se ofrecía a los labradores por algún fruto, fue donde mató a su madre, donde dio comienzo la última etapa de su vida como militar. Pensaba en ello curiosamente en aquel lugar ya que cuando culminase su venganza, daría comienzo otra etapa de su vida como bandolero. Marcharía a Valencia donde en los alrededores del puerto se contrataban sicarios y se organizaban discretamente partidas de malhechores, formadas principalmente por individuos como él, deshechos de una sociedad que no digería a estos elementos ni siquiera en el ejército.

Llegó al puente y subió por un acceso lateral, tranquilo pero alerta. Debía estar atento a cualquier indicio que le señalase como objeto de persecución. Era muy improbable que así fuese. Sólo si Martorell regresaba la ciudad para informar del resultado de su persecución se sabría de su crimen y dado que había sido herido no creía que estuviese ni siquiera en camino.

En el extremo del puente por donde había accedido, se abría la puerta de entrada a las murallas que antiguamente habían protegido la ciudad. La iglesia de Santa María era la primera edificación que encontraba el viajero, junto a ella una calleja recta y larga conducía hasta el edificio del ayuntamiento donde esperaba reportarse con supuestas instrucciones de su capitán de ser atendido y proveído para seguir su camino y cumplir con una misión encomendada. Apenas se había cruzado con algunos paisanos que no le prestaron atención cuando fue reconocido.

Aureli el bobo, una de las víctimas que más había padecido la crueldad del Chono y de sus secuaces le señaló con terror

-El Chono. Es el Chono. -Gritó temblando.

El caballo se encabritó ante los gritos y estuvo a punto de derribar a su jinete lo que hizo que el Chono bramase encolerizado.

-Apártate imbécil o sabrás lo que es bueno.

Los transeúntes observaban ahora con cierta curiosidad. Aunque acostumbrados a las rarezas del pobre Aureli, no dejaban de interesarse por el soldado que se las tenía con él. Algunos también le reconocieron pero no

mostraron ninguna reacción especial. No había nada que temer pensó el Chono que finalmente agradeció el incidente con el bobo del pueblo.

Avanzó hasta el ayuntamiento en el centro de la ciudad y tras presentarse a la autoridad local informó que habían conseguido atrapar a los fugitivos. El capitán, que había sido herido en un encuentro con unos bandoleros, le enviaba de avanzada para informar y anunciar que en unos días se presentaría en la ciudad con los cautivos. Tenía intención de celebrar un juicio público para posteriormente proceder a la ejecución de los condenados en la plaza mayor. Quería dar un escarmiento a quienes se atreviesen a atacar a sus soldados.

La noticia corrió como las llamas en un reguero de pólvora por toda la ciudad. Estrella estaba visitando a sus futuros suegros cuando trajo la noticia la madre de Carmeta que la había oído en su panadería. Les habían atrapado y les iban a ajusticiar.

El padre de Gafarró que se sentaba ya en una silla inclinada que apoyaba en la pared casi cayó del sobresalto. Estrella estalló en llanto seguida casi al unísono por las madres de los fugitivos.

No podía ser. Finalmente les habían atrapado. Pero no era justo que les castigasen. Ellos sólo se habían defendido. Batiste intentó levantarse de la silla para dirigirse al ayuntamiento a conseguir más información pero apenas pudo dar unos pasos. El dolor que le había impedido prácticamente moverse hasta entonces se hizo presente en toda su fuerza y le hizo caer al suelo. Las mujeres le incorporaron como pudieron y decidieron que Estrella y la madre de Carmeta acudiesen a averiguar lo que pudieran. Marieta quedó acompañando con su llanto los gemidos de dolor y rabia que ahora también salían de la garganta del carpintero.

Estrella se tenía que refrenar constantemente para no dejar a la madre de Carmeta atrás. Llegaron al Ayuntamiento donde todavía estaba el Chono que al verlas entrar las recibió con una cruel sonrisa de triunfo.

-Dinos. ¿Es cierto que han atrapado a Gafarró y a Carmeta?- Pregunto Estrella casi sin voz.

Si. Y al monje también. Los traerán tan pronto como el capitán que está herido pueda viajar. Quiere ejecutarlos aquí para que todo el mundo aprenda la lección.- Proclamó con evidente satisfacción el Chono.

Las dos mujeres volvieron a romper a llorar desconsoladas. Ya se retiraban abrazadas cuando el Chono llamo a Estrella.

-Espera. Tengo algo que decirte de parte de tu prometido.

Una chispa de esperanza prendió el corazón de la muchacha que se volvió de inmediato dejando sola a la desesperada madre de Carmeta que seguía su camino hacia casa.

-Viendo que estaban solos, el Chono se aproximó a Estrella y se susurró al oído

-Yo puedo liberar a tu prometido si tú quieres.

-¿Cómo? Preguntó la muchacha que quería aferrarse a cualquier esperanza que se le presentase por remota que fuese.

-Aquí y ahora nada te puedo decir. Ven justo antes de que anochezca al cañaverl de la muralla y allí te diré lo que haremos. Pero no le digas nada a nadie o todo se vendrá abajo.

Estrella asintió y dejó de llorar casi al mismo tiempo. No tenía la serenidad necesaria para pensar que aquello únicamente era una trampa para tenerla sola a su merced, justo en la noche. El cañaverl de la muralla era el lugar por donde acababa de pasar el Chono. Cercano al lugar donde había asesinado a su madre.

Volvió a casa de Batiste y Marieta para confirmar la noticia. No sabía si comentarles la ultima parte de su conversación con el Chono. El miedo a estropear la oportunidad, quizás única de salvar a su amado, pudo más que la razón y finalmente decidió callar. Marieta la aguardaba impaciente en la puerta de su casa que no se atrevía a abandonar para no dejar solo a su marido. Cuando Estrella les confirmó lo que ya sabían, volvieron los llantos y las lamentaciones en las que Estrella participaba ahora con menos énfasis. Marieta no pudo dejar de darse cuenta de ello a pesar de su dolor.

Las horas pasaban insoportablemente lentas para Estrella. El verano en pleno apogeo alargaba inmisericorde las horas de luz y la muchacha caminaba sin sentido por la casa repitiendo tareas domesticas ya hechas, barriendo la calle una y otra vez ante la silenciosa mirada de su madre que pensaba que su hija necesitaba estar ocupada para no pensar en el triste destino que le aguardaba. Sus hermanitas, que no acababan de entender la magnitud de lo que estaba pasando, la seguían, como los polluelos a una llueca, resignadas después de renunciar a las atenciones que ella normalmente les dispensaba.

El Chono también aguardaba impaciente el momento de su venganza. Si la muchacha acudía a la cita, como él confiaba, ejecutaría su plan. Tenía que humillarla, forzarla y después matarla. Si Gafarró llegaba a saberlo antes de que lo ejecutasen, sería perfecto, pero no podía aguardar a verlo. Esa misma noche huiría a Valencia.

Un cielo rojo de poniente anunciaba el final del día cuando Estrella, pretextando que tenía que acompañar a Marieta en aquellas horas de dolor, salió de casa y siguiendo la calle de carniceros se dirigió hacia su aparente destino con la intención de pasar de largo y, dando un rodeo por el barrio de Santa María, salir al puente de San Gregorio y acudir al lugar de la cita con el Chono. Mucha gente empezaba a salir a las puertas de sus casas en busca del frescor que la noche inminente prometía. Estrella tenía que tener preparada alguna justificación para su presencia en lugares que no eran los que frecuentaba, pues sin duda la gente le iba a preguntar, interesándose por su novio.

El abuelo Joan iba a salir a la puerta de su casa como hacía en ocasiones a refrescar cuando la vio pasar fugazmente. Su mermada vista, aunque mucho menos de lo que daba a entender, no le impidió reconocer la figura amada y distinguir un gesto de determinación que no se correspondía con la situación de dolor que suponía a su ánimo. Joan, como el resto del pueblo, había recibido las noticias con pesar. Amaba en silencio a la muchacha. Pero su amor a fuerza de imposible se había vuelto generoso y veía con placer el que la muchacha se hubiese enamorado del hijo adoptivo del carpintero. El muchacho era bueno, trabajador y, según había demostrado al defender a su padre frente a los soldados, valiente. No conocía a nadie mejor para hacer feliz

a su amada y por ello daba su bendición tacita a aquella unión que para todos había sido inminente y que ahora se había truncado.

De pronto, un impulso extraño le llevó a tomar su bastón y a seguir a la muchacha.

La seguía con una ligereza impropia que hacía muchos años que había dejado de sentir, incluso parecía, si no fuese absurdo pensarlo, que veía mejor, mucho mejor. El vigor que tenían sus piernas se iba extendiendo por todo su cuerpo y ahora aferraba el bastón en el que solía apoyarse como quien sujeta una espada. Nunca hubiese imaginado que ahora caminaba con las fuerzas y veía con los ojos de una mujer. Pero no se trataba de una mujer cualquiera: Carmeta Forner había tomado posesión de su cuerpo y le empujaba a seguir a Estrella cada vez más convencido de que necesitaba protección.

Esforzándose por no correr, mantuvo una distancia prudencial con la muchacha a la que seguía. No quería llamar su atención hasta no ver exactamente a donde se dirigía. Al llegar al puente de San Gregorio la noche empezaba a ganar su batalla al día, por lo que el anciano se alarmó al ver que Estrella iba a salir de la ciudad en aquellas horas. Apretó el paso pues ahora no podía perderla de vista. Sin cruzar el puente, la muchacha torció a la izquierda y caminó por un sendero que a duras penas de abría paso entre los cañaverales de la orilla.

La muchacha se perdió entre las cañas por lo que el abuelo Joan tuvo que guiarse ahora por el oído. Un oído tan milagrosamente recuperado como la vista.

-Chono. ¿Donde estas?- oyó llamar a la muchacha a media voz.

Así pues iba en busca de alguien, pensó Joan. Decidió redoblar la prudencia para no ser descubierto y se detuvo para no hacer ruido y concentrarse exclusivamente en las voces.

-Chono. -Repitió Estrella con más fuerza.

-Silencio. -ordenó una voz de hombre ¿Has venido sola?

-Claro. Así quedamos. Dime ¿Cómo vas a salvar a Gafarró?

El Chono avanzo unos pasos y vigiló el lugar por el que había llegado la muchacha para cerciorarse de que no había nadie más en los alrededores. Aguzó el oído y sólo escuchó el croar de las ranas y el rumor de una suave brisa que susurraba entre el cañaveral. Satisfecho regresó a la muchacha que le aguardaba impaciente.

-Dime ¿Qué vamos a hacer?

Una bofetada brutal fue la muda respuesta del Chono.

¿Pero qué te pasa?- Acertó a preguntar la confundida Estrella- ¿Por qué haces esto?

La tomó violentamente del cabello y tras zarandearla acercó su rostro y besó con furia los labios ensangrentados de la muchacha que a pesar de lo evidente, apenas empezaba a darse cuenta del grave error que había cometido.

Sin embargo, pensando en el destino de su amado, antes que en el suyo propio quiso suponer que aquel miserable quería cobrarse por anticipado el precio de un favor por lo que no se extrañó cuando tras rasgarle violentamente la blusa y dejar sus pechos al aire, le ordenó desabridamente

-Tumbate. Ahora.

¿Cómo...(vas a liberar a Gafarró)? Iba a preguntar Estrella que no se resignaba a abandonar la única esperanza que le quedaba.

Un nuevo golpe, esta vez con el puño cerrado, la derribo dejándola semiinconsciente.

El Chono se quitó los calzones y así le vio de pié, de espaldas, desnudo de cintura para abajo el abuelo Joan que, en un fognazo de memoria, recordó algo que había marcado su destino.

17

EN ALGUN LUGAR DE EUROPA

25 AÑOS ANTES

Las bajas se habían hecho ya insoportables. Los soldados del capitán Joan Sunyer se encogían instintivamente en el fondo de la trinchera cuando la artillería enemiga lanzaba sus andanadas para recordarles lo que les aguardaba si osaban atacarles de nuevo.

Las oleadas de la infantería española eran recibidas por descargas de la artillería que de una manera sistemática, eficiente y macabra iba triturando los intentos, cada vez menos intensos de tomar aquella posición vital para el desarrollo de la batalla. Escuadrones de fusileros, estratégicamente intercalados entre las piezas de artillería en lo alto de la colina, completaban la tarea rematando a los supervivientes que conseguían llegar a su alcance para retroceder espantados.

El Marqués de Matallana, al mando de los ejércitos, exigía a los altos oficiales resultados. No podía presentarse ante el rey con una nueva derrota. Así que les instaba a luchar hasta la muerte. Victoria o Muerte, les repetía obsesivamente con voz campanuda, aunque sabía que no era de la suya propia de la que estaba hablando.

Las tropas españolas estaban formadas por soldados profesionales entre los que abundaban mercenarios extranjeros pagados con el oro de las Indias y si bien habían demostrado su valor en repetidas ocasiones, no eran las palabras del Marqués de Matallana la divisa de su conducta. Victoria o huida, se ajustaba más bien a su pensar.

Así que al amanecer de aquel día, mientras los cañones enemigos les despertaban con su aterrador recordatorio, El Capitán Joan Sunyer empezó a esbozar un plan desesperado para intentar cambiar la situación.

Saldrían de noche, un par de horas antes del amanecer del día siguiente formando dos grupos de quince hombres cada uno. El objetivo era sorprender la guardia nocturna del enemigo y tras eliminarla en silencio, inutilizar las piezas de artillería de los extremos esparciendo la pólvora para hacerla inservible. Justo al amanecer cuando el enemigo diese comienzo a sus habituales salvas de advertencia, había que atacar a los fusileros por la espalda. El resto de la tropa española atacaría de inmediato para confundir a los enemigos que sin duda no esperarían la ofensiva. La confusión, la merma de la fuerza ofensiva artillera y el verse atacados por la espalda eran la única opción para conseguir romper aquel cerco que les resultaba insoportable. Las bajas serían importantes pero aquella se le antojaba la única alternativa.

Necesitaba hombres valientes y experimentados por lo que tras explicar el plan pidió voluntarios para acompañarle en la salida nocturna. Los soldados tenían que elegir entre el combate cuerpo a cuerpo en la noche o enfrentarse a las descargas de artillería en campo abierto al comienzo de la auténtica batalla. Ninguna de las opciones era atractiva. Sin embargo le sorprendió ver entre los voluntarios al más joven de sus soldados. Roger Martorell no tendría más allá de quince o dieciséis años y aunque los más veteranos le solían proteger relegándole siempre a los lugares de retaguardia, no era menos cierto

que era el objeto de las burlas y las bromas más pesadas con las que entretenían las jornadas en las que no tenían que guerrear, que eran las más habituales. El muchacho por su parte protestaba por todo. Por la protección y por las burlas y se quejaba de que no le dejaran participar como un auténtico soldado. El Capitán Sunyer pensó que dadas las alternativas mejor sería, si tenía que morir, que lo hiciese luchando por su vida en un combate frente a un enemigo real que morir descuartizado por la metralla. El muchacho no era miedoso y parecía tener la fuerza y la determinación para lo que se le avecinaba. Así que fue aceptado. El capitán lo llevaría en su grupo.

Roger Martorell no consiguió dormir la noche del ataque. A su lado, los soldados más veteranos que le iban a acompañar en la salida, roncaban plácidamente como si hubiesen pasado una noche de juerga y no tuviesen que enfrentarse a la muerte al día siguiente. Pero Roger no dormía. Había afilado y engrasado las dagas con las que iban a enfrentarse en el combate cuerpo a cuerpo varias veces, había revisado las dos pistolas cargadas que el capitán había entregado a los voluntarios. Sólo podían dispararlas a bocajarro en el pecho del enemigo, en el corazón. No debían perder ningún tiro. "una bala una vida", les había repetido hasta la saciedad. La eficiencia máxima era la única opción para tener éxito. Roger aún no había matado a ningún enemigo. Había visto la muerte en toda su crudeza, los miembros arrancados, las tripas liberadas de la cárcel de sus vientres, los gritos de dolor de los heridos que resonaban en sus oídos horas después de que aquellos hubiesen muerto al fin, pero todavía no había matado a nadie y lo deseaba. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Él era un soldado. Siempre había querido serlo y entendía que matar

a sus enemigos era la culminación de su vocación. No esperaba sentir, sin embargo, ningún placer. No tenía por qué sentirlo, simplemente lo tomaría como algo natural, lógico. Como había tomado la muerte de sus propios camaradas. Ellos también mataban sin placer. Sólo era su oficio. Un oficio que si no ejercían bien pagaban con su propia vida. Únicamente la violencia gratuita repugnaba al soldado Martorell. Las violaciones y las muertes innecesarias de quienes se resistían a los saqueos le parecían elementos discordantes en la vida militar que siempre había soñado. Nunca participaría en ellas.

El capitán Sunyer le encontró despierto cuando fue a organizar a su grupo de voluntarios. Martorell se había preparado tal como le habían indicado. Ligeros de ropa. Con dos dagas y las dos pistolas al cinto. Con un gesto de asentimiento se unió al grupo que ya se había formado y, a regañadientes, aceptó cerrar la comitiva. Avanzaron hacia las filas enemigas según lo planeado. La mayor parte del tiempo corrían encorvados formando una cómica procesión. En tramos más expuestos se agazapaban y reptaban aunque la impaciencia por alcanzar su objetivo, les hacía correr más riesgos de los necesarios.

Los enemigos hacían guardia en grupos de dos hombres. Cuando llegaron al primer puesto vieron que uno de ellos dormía confiado mientras el otro parecía vigilar más bien que su oficial no les sorprendiese tan relajados. No fue difícil neutralizarlos. El Capitán avanzando por detrás, rebanó el cuello del que estaba despierto mientras le tapaba la boca. El que dormía murió sin

enterarse. Ocultaron los cuerpos en unos matorrales y siguieron su marcha. Ahora tenían que ser especialmente cuidadosos.

La pieza de artillería que pretendían neutralizar estaba algo más a la izquierda de lo que habían calculado por lo que les costó localizarla más de lo previsto. Fue el muchacho Martorell quien la descubrió. Su vista joven fue la única capaz de distinguir el siniestro perfil del cañón que se recortaba entre las tenues sombras que lo rodeaban cuando estaban dejándolo atrás. A su alrededor dormían confiados sus servidores y unos metros más allá se distinguían los barriles de pólvora que alimentaban su capacidad de destrucción.

Cayeron en silencio sobre los dormidos permitiendo que el muchacho recibiese su bautismo de sangre. No era la manera que Martorell había soñado para iniciarse en la lucha. Sin embargo cuando estaba a punto de rebanar el cuello al infeliz que le habían señalado, éste se despertó y se incorporó confundido sin poder reaccionar. Sólo acertó a abrir la boca para formar una mueca muda de incredulidad. Era un muchacho como él. Tal vez más joven. Martorell vaciló pero finalmente acertó a enviar una estocada intentando ensartar su daga en el cuello. El temblor de su mano desvió el golpe lo suficiente para que resbalase junto a la tráquea y su víctima trató instintivamente de sujetar con las dos manos el arma que lo hería. El atacante sacó rápidamente la daga del cuello cortando los dedos del francés que, todavía conmocionado, miraba ahora una mano mutilada mientras la otra sujetaba el cuello, tratando inútilmente de contener la abundante

hemorragia que manaba de su carótida seccionada. Martorell le miraba espantado sin saber qué hacer. Aun goteaba sangre su vizcaína cuando el capitán Sunyer dio un tajo preciso al cuello del moribundo que milagrosamente no había proferido ni un solo grito por fortuna para ellos. Sin perder más tiempo se dedicaron a vaciar los barriles de pólvora metódicamente esparciéndola por el suelo húmedo para que fuese imposible utilizarla. Si finalmente tenían que batirse en retirada sin lograr su objetivo, al menos inutilizarían aquella pieza durante algún tiempo. Aún miraba Martorell hipnotizado a su víctima cuando le instaron de un empujón a seguir su camino. No les costó en esta ocasión localizar al grupo de fusileros que se intercalaban entre las piezas de artillería pero estos les superaban en número. No serían menos de treinta. Lo ideal sería caer sobre ellos ahora que dormían pero eso significaba alertar al resto del ejército y precipitar la batalla. El plan del capitán Sunyer sólo tenía sentido si se sincronizaba con el ataque que había previsto para el amanecer. Los flancos de la defensa debían estar desguarnecidos si todo salía como había previsto y los fusileros que reforzaban la cobertura se tenían que batir contra un enemigo que les atacaba por la espalda. La confusión y, esperaba que la suerte, harían el resto. Así pues, se ocultaron en una vaguada próxima y se dispusieron a esperar al momento del ataque.

Roger Martorell sintió que el tiempo pasó a una velocidad de vértigo. No deseaba volver a pasar otra vez por lo mismo. Se sentía fracasado. No había sido capaz de matar a un muchacho dormido. Dudaba de su capacidad de enfrentarse de nuevo a la muerte como un auténtico soldado. Sin embargo al

oír los primeros cañonazos del día supo que había llegado su oportunidad de probarse que no era así y se aprestó junto a su capitán a recibir las últimas instrucciones.

Los fusileros se despertaban desperezándose confiados. Sabían que los cañonazos eran un disuasorio eficaz para el ataque español y, en cualquier caso, si éste se producía, las tropas aun tardarían en llegar al alcance de sus fusiles. Alguien dio una voz de alarma. Los españoles avanzaban con rapidez por los flancos sin que las baterías que cubrían la zona respondieran. El centro del ataque estaba vacío. Tenían que reaccionar corrigiendo el ángulo de tiro de las baterías del centro. Esto suponía reorientarlas, ensayar disparos, corregir y, en definitiva, perder un tiempo precioso en el que el enemigo podía venirseles encima. Los fusileros tendrían que estar preparados cuanto antes. Así que los oficiales empezaron a ladrar órdenes y a repartir puntapiés entre los más rezagados. Ahora era el momento. Pendientes del ataque nunca pensarían que también tenían al enemigo a sus espaldas. El plan del capitán Sunyer podía tener éxito.

-Adelante, ordenó el capitán. Sus hombres sabían lo que tenían que hacer. Avanzar a un tiempo con el máximo sigilo. Acercarse a los fusileros todo lo que pudieran y descerrajar un pistoletazo a quemarropa en el centro de la espalda. Una bala una vida, recordaba el joven Martorell como una letanía que se repetía obsesiva en su mente para no dejar espacio a otros pensamientos que le hiciesen titubear. Él fue el primero el llegar y en disparar. De los dos hombres que mató, al primero le dio en la espalda y cayó de bruces como si un

gigante le hubiese derribado. El segundo, a su izquierda, se volvió levantando el brazo como para protegerse instintivamente. La bala le atravesó el tronco de lado a lado destrozándole los pulmones. Cayó pesadamente sobre Martorell derribándolo. Cuando pudo desembarazarse del muerto que le entorpecía, el muchacho se incorporó entre un maremágnum de gritos y disparos. Sus compañeros de partida cumplían meticulosamente el plan del capitán y estaban teniendo el éxito que en el mejor de los casos podía darse. Los enemigos confundidos no reaccionaban ante aquel enjambre de energúmenos que los iba masacrando de aquella forma tan eficaz. Prácticamente nadie erró un solo disparo y los que no fueron víctimas de las pistolas, se enfrentaron mermados de ánimo a las dagas vizcaínas que les iban destripando. El oficial de los fusileros, reconociendo sin entender las voces de autoridad con que Joan Sunyer animaba a sus soldados, quiso matarle en un intento desesperado de descabezar el ataque que les estaba derrotando con tanta facilidad. Tomó el fusil de uno de sus hombres muertos y apuntó a Sunyer que en ese momento le daba la espalda. Martorell de un brinco consiguió desviar el fusil en el momento del disparo que aún consiguió herir su brazo derecho. Cuando el capitán se volvió vio al muchacho enzarzado en un combate cuerpo a cuerpo con el oficial de los fusileros que había conseguido desenvainar la espada que le iba a ser de poca utilidad en aquel lance. El muchacho ya le sujetaba abrazando su cuerpo mientras ensartaba en su costado la daga que empuñaba con la derecha.

En aquel momento la batalla estaba ya en pleno auge. Las tropas españolas avanzaban con alivio y rapidez porque recibían poco fuego en sus áreas de

avance. Lo que procedía ahora era seguir sembrando confusión en la defensa por lo que los hombres del grupo del capitán Sunyer atacaron lateralmente la siguiente pieza de artillería que aún no había conseguido corregir el tiro lo suficiente para causar daño a los enemigos. Los artilleros fueron atacados por el grupo vociferante de españoles que sin más armas que las dagas que empuñaban en cada mano eran más que suficientes para exterminarles ya que no estaban preparados para semejante combate.

El grupo de españoles que había atacado por el otro flanco, había tenido un éxito similar al del capitán Martorell y se veía a las tropas españolas cada vez más cerca de su objetivo. Desprovistos de la fuerza de la artillería cuyas piezas iban enmudeciendo una a una, los enemigos empezaron a plantearse la retirada cuando ya fue demasiado tarde. Las tropas españolas estaban alcanzando sus posiciones y caían sobre ellos descargando toda la furia y el miedo que les habían hecho sufrir. No hubo supervivientes. El capitán intentó en vano impedir la carnicería que se empezaba a desarrollar pero la herida que había sufrido, aunque leve, le había hecho perder mucha sangre y ahora, neutralizada la excitación inicial del combate, le llevaba, por un agujero negro que le envolvía, a la inconsciencia.

Despertó junto al joven soldado Martorell que le había salvado la vida. Éste miraba ausente, indiferente el caos de sangre que le rodeaba. Los soldados españoles habían decapitado a los enemigos y habían clavado sus cabezas en sus picas que habían plantado en una hilera siniestra mirando hacia las posiciones enemigas. Según le había explicado un sargento, quizás demasiado

viejo para ser soldado, querían amedrentarles. Hacerles saber lo que les esperaba. -Las batallas se ganan cuando le ganas el ánimo a tu enemigo,- le había dicho -aunque no creo que volvamos a tener otra victoria como esta.

Efectivamente. El 19 de Mayo de 1.643, en Rocroi, los tercios españoles, víctimas de la ineptitud y prepotencia de sus mandos y del merito y estrategia de las tropas francesas, capitaneadas por el Duque de Enghien y su uso inteligente de la caballería, sufrió su primera gran derrota que de alguna manera marco el declive del imperio español en Europa.

Para el joven Roger Martorell, aquel gesto de macabra crueldad que los oficiales de su católico rey consentían en ocasiones de una manera tácita, fue una lección que no olvidaría. Afortunadamente tuvo en el resto de su carrera militar ejemplos de nobleza y abnegación, de valor y sacrificio que compensarían la frialdad y la crudeza con la que se enfrentaría a sus enemigos en el futuro. Ejemplos como en que aprendería aquel mismo día de su capitán.

Las tropas españolas, tomaron las posiciones ganadas al enemigo y el capitán Sunyer ordenó que un emisario diese cuenta de la victoria al mando supremo para que ordenase proveer y reforzar los territorios conquistados.

Los soldados, eufóricos por la victoria conseguida, avanzaban confiados por un territorio que suponían vacío. Las pocas aldeas del lugar permanecían abandonadas por la proximidad de los combates. Los granjeros habían abandonado sus tierras y habían huido llevándose lo imprescindible, pero algunas reses sueltas habían sobrevivido a la rapiña de los soldados de uno y

otro bando, y los vencedores andaban a la búsqueda de algún animal con el que festejar la victoria. A pesar de los esfuerzos del capitán por mantener una cierta disciplina entre las tropas, los soldados siguiendo a sus oficiales deambulaban en busca de un botín para la cena. Tampoco había que emplearse a fondo, pensaba Joan Sunyer mientras avanzaba ahora a caballo seguido por el muchacho Martorell que, desde que le había salvado la vida, le acompañaba por deseo expreso del capitán. Aquellos hombres habían sufrido todas las calamidades que la guerra puede plantear a un soldado. Tampoco era injusto que tuvieran cierto relajo.

Avistaron una granja y un grupo de soldados, próximo al capitán, se dirigió de inmediato a ella con la esperanza de encontrar alguna cosa que pudiera serles de interés. Y efectivamente lo había. Dos muchachas, poco más que unas niñas cuidaban a su abuelo que demasiado enfermo para huir de los soldados, había conseguido sobrevivir escondido en una cámara oculta bajo el suelo del granero. Sus nietas le procuraban el sustento y agua que habían almacenado antes de que los soldados tomaran aquel lugar, expoliando todo lo que les fuese de alguna utilidad.

uno de los soldados españoles las había encontrado cuando salían a buscar agua y ahora la más joven de las hermanas chillaba como un conejo profiriendo insultos incomprensibles mientras un soldado la sujetaba del pelo y la llevaba a sus compañeros que la esperaban entre risotadas. No hizo falta ninguna deliberación para saber que debían hacer con aquellas muchachas aunque no eran demasiado agraciadas, así que las llevaron a la casa

mientras algunos de ellos iban acariciándose la entrepierna babeando de lujuria.

un Joven teniente había conseguido imponer el privilegio de su rango e iba proceder con una de las muchachas. El capitán Joan Sunyer le sorprendió con los calzones bajados, dispuesto a tenderse sobre la muchacha que aterrorizada le miraba muda mientras era sujeta por cuatro soldados.

No dijo nada. Quizás ese fue su error. El error que le costaría el resto de su vida militar. Simplemente sacó su pistola y disparó al teniente por la espalda que cayó muerto sobre la muchacha que empezó a gritar histérica tratando inútilmente de quitarse el cuerpo inerte y pesado de encima. Sus secuaces miraban incrédulos al capitán mientras seguían sujetando inútilmente a la muchacha.

Únicamente el joven Martorell entendió al capitán. El día en que éste había conseguido la victoria más importante de su carrera, cuando había sido herido en un acto de heroísmo y había salvado la vida de muchos de sus soldados, no podía consentir que terminase con aquel acto repugnante.

Quizás pudo haber evitado aquello de otra forma. Tal vez una sola orden habría bastado para detener al violador, pero ni siquiera se le ocurrió. Impulsado por la inercia del combate, actuó como lo habría hecho frente a un enemigo amenazante. Mató a quien se oponía a su voluntad.

Precisamente por haber sido el héroe de la jornada, consiguió salvar su propia vida. El marqués de Matallana sopesó durante largas horas si debía

perdonarle por la victoria del día o ajusticiarle porque el teniente asesinado era su protegido. Finalmente pudo más su sentido práctico. No podía ejecutar a quien le había proporcionado aquella victoria que tanto había necesitado. Las tropas no se lo perdonarían. No quería minar su moral. Pero aquello había sido un crimen y tenía que ser castigado. Finalmente optó por perdonarle la vida pero después de degradarlo y expulsarlo del ejército.

18

Aquel día en que terminó su carrera militar, pasó como un relámpago por la cabeza del abuelo Joan cuando vio al Chono que se disponía a violar a su amada Estrella.

-Detente- ordenó en un tono mucho más sereno de lo que estaba su ánimo.

El Chono se volvió de inmediato apuntándole impudicamente con su erección.

Detente o lo lamentarás- repitió el abuelo Joan mientras avanzaba con paso firme mientras esgrimía su bastón como si fuese una espada que sujetase con ambas manos.

-¿Quién me va a obligar? ¿Tu?- respondió el Chono que aún no se había repuesto completamente de su sorpresa inicial mientras se volvía a subir los calzones.

-¿Acaso ves a alguien más? Añadió el anciano con una seguridad que empezó a preocuparle.

-Pues no vas a ser tú quien impida que cumpla mi propósito -dijo el Chono y de inmediato se abalanzó contra el anciano que, con una agilidad que le dejó perplejo, le esquivó apartándose dos pasos a la izquierda y propinándole con el bastón un golpe de revés en la cabeza que dio de lleno en la oreja mutilada del violador.

Un rugido de rabia y de incredulidad surgió de la garganta del Chono que, tocándose la oreja y viendo los dedos manchados de sangre, sintió renacer el odio y la frustración que le había ocasionado su primera derrota años atrás cuando tropezó con Gafarró.

Esta vez no le iba a pasar lo mismo. Aquel viejo decrepito no le iba a humillar. Busco con la mirada las armas de las que se había desembarazado para violar a Estrella y, rodeando al anciano mientras mantenía sus ojos fijos en él, fue acercándose a la espada que estaba medio oculta en la hierba. El abuelo Joan era prácticamente ciego. Seguramente no la habría visto.

Pero fue el anciano el que atacó antes de que el Chono alcanzase su objetivo. Dos ágiles zancadas pusieron al Chono, cada vez más perplejo, al alcance de su bastón que como un rayo cayó sobre su cabeza hundiéndole en un pozo de inconsciencia casi tan negro como su alma.

Estrella había presenciado los últimos lances de la pelea y al principio le había costado reconocer a su salvador. Aquel hombre no podía ser el abuelo Joan, el amable inventor de historias al que tanto apreciaban en su barrio, aquel hombre que apenas podía moverse sin ayuda. Había luchado con la agilidad y la fuerza un joven y había eliminado con facilidad a aquel miserable. Pero sí. Era él. No había duda. Su rostro amable le sonreía con ternura mientras le ofrecía la mano para que se incorporase.

Caminaba apoyada en su brazo mientras intentaba cubrirse con la ropa que le había rasgado el Chono. Apenas habían hablado. No era necesario. Estrella iba desplazando el miedo que había sentido con el pánico y la desesperación por el destino de su amado Gafarró, ahora que sabía que el Chono la había engañado. Mientras andaba sentía que a cada paso le iban abandonando las fuerzas del cuerpo y del alma.

También iban abandonando las fuerzas al abuelo Joan. Cumplida su misión, el espíritu de Carmeta iba dejando el cuerpo de aquel anciano, no sin antes hacer que profiriese un sonoro gruñido de triunfo. Por su parte Joan Sunyer, notaba con tristeza cómo aquel fegonazo de juventud, que le había permitido hacer realidad uno de los innumerables sueños con los que vivía sus noches, en los que salvaba a Estrella para ser su paladín, le estaba abandonando para

volver a dejarle en lo que se había convertido: un pobre viejo que sólo podía llevar una vida digna en sus propias ensoñaciones.

Mientras se acercaban al Ayuntamiento, para dar cuenta de lo sucedido y que apresasen al Chono, la pareja, cada vez más vacilante en su andar, iba llamando la atención de los habitantes del lugar que a las puertas de sus casas intentaban aliviarse del calor. La noche ya dominaba por completo las calles pero la pareja fue reconocida sin dificultad por los vecinos. Enterados de lo sucedido, se organizaron rápidamente para salir en busca del Chono. Todos tenían ganas de castigar a aquel miserable.

Pronto se les unieron los alguaciles que con antorchas iban buscando en los cañaverales los rastros del violador. No consiguieron localizarle a pesar de las precisas indicaciones que Estrella y el abuelo Joan les habían dado de su paradero. Era bien avanzada la noche cuando frustrados, abandonaron la búsqueda del canalla. A la luz del día siguiente podrían ser mucho más exhaustivos y sin duda darían con él.

El día siguiente iba a ser sin duda uno de los días más felices para Estrella y para el Abuelo Joan.

El anciano había pasado la noche agitado y dolorido. Su cuerpo, pese a no haber recibido golpe alguno, protestaba con agujetas insoportables por el esfuerzo que un espíritu mucho más joven que el suyo le había permitido hacer la noche anterior para salvar a Estrella. Ésta, ahora junto a su cama, le visitaba para interesarse por él y para agradecerle lo que había hecho por ella, a pesar de que su ánimo estaba ensombrecido por el destino que temía para Gafarró. Sin embargo recordaba con extrañeza el sueño que había tenido en las pocas horas que consiguió dormir. Nuevamente paseaba con Carmeta en el mismo jardín que había soñado en una ocasión anterior y ésta como la amiga que nunca había sido, le aseguraba que Gafarró estaba bien, que le iba a ver pronto y que serían felices para siempre.

Muchas veces soñamos con aquello que ansiamos, de decía a sí misma mientras una espina de temor insistía cruel en pincharle el corazón.

Los vecinos, de vez en cuando les traían noticias de la infructuosa búsqueda del Chono. El abuelo Joan sabía que el golpe que le había dado tenía que haberle dejado conmocionado, por lo que no se explicaba cómo no le

encontraban ya. Un golpe fuerte en la cabeza debería haber dejado a aquel miserable sin la capacidad necesaria para huir. A lo sumo podría esconderse en el cañaveral. Tarde o temprano acabarían encontrándole.

A media tarde, una noticia recorrió la ciudad como un rayo. El capitán Martorell, el superior del Chono, acompañado del otro soldado y de un anciano con aspecto de caballero había llegado a la ciudad. Viajaban en una carreta pues el capitán estaba herido aunque su aspecto no lo demostraba. Se dirigían al ayuntamiento. No traían presos a Gafarró, Carmeta ni Fray Tomás.

La vieja servidora del abuelo Joan, irrumpió en la habitación del anciano donde Estrella le obsequiaba con su silenciosa compañía.

-Ya han llegado- dijo excitada. Ya están aquí- repitió de forma innecesaria.

-¿Quién?- Preguntó el anciano que pesó por un momento que habían encontrado al Chono.

-El capitán y el otro soldado que llevaba con él. Pero no traen prisioneros. Sólo les acompaña un caballero anciano.

Todo el miedo y la incertidumbre que Estrella había soportado en aquellos días desde la huida, se materializaron en una pesada losa que estuvo a punto de hacerle perder el sentido. Lo primero que le vino a la mente era que Martorell había ejecutado a los fugitivos sin esperar a que fuesen juzgados en Alzira, como le había anunciado el Chono. Tenía que averiguarlo. No podía soportar la idea de no volver a verlo aunque fuese por última vez.

Salió corriendo en busca de noticias. Hizo caso omiso a los ruegos del abuelo que quería acompañarla en aquel trance mientras se incorporaba dificultosamente.

Estrella llegó al Ayuntamiento casi al mismo tiempo que el capitán y sus acompañantes. Le observó muda y aterrada cómo bajaba de la carreta y era recibido por la autoridad local. Un cortejo de curiosos que había seguido al capitán, prácticamente desde su entrada en la ciudad iba formando un semicírculo de silencio alrededor de la puerta principal, expectante por oír noticias de sus paisanos. Estrella consiguió sin dificultad un lugar preferente en la primera fila.

El capitán saludó a la autoridad que le recibía y al ser preguntado por los fugitivos, recorrió con la mirada los rostros de quienes le rodeaban y al llegar al hermoso rostro de Estrella ahogado en lágrimas de incertidumbre dijo sin emoción:

-El muchacho y el monje están libres. Han sido perdonados por haber prestado un valioso servicio al rey. Pero lamento decirles que la muchacha ha muerto.

Un murmullo de desencanto enmarcó el grito de dolor que la madre de Carmeta profirió desde la última fila a la que acababa de llegar. Los vecinos la sujetaban después de haberse desmayado. Estrella casi se desmayó también de alivio, aunque no pudo evitar sentir una mezcla de pena y remordimiento por la suerte de su rival, que se había convertido, no sólo en la salvadora de su amado, sino también en su amiga en sueños.

Una amalgama de lamentos y exclamaciones de alivio, según en quien se pensara creció en la muchedumbre arremolinada ahora sin orden hasta que la voz del abuelo Joan, que había conseguido llegar antes de lo que él mismo pensaba, consiguió imponerse a las demás pidiendo detalles de lo sucedido.

Martorell accedió de buen grado y con una prosa escueta que evidenciaba su condición de militar, refirió los acontecimientos que había vivido desde la captura de los fugitivos.

Una explosión de voces de ira surgió de los asistentes al saber que el miserable del Chono era el causante de la muerte de Carmeta. Pronto entendió el capitán la causa de aquella reacción cuando se le informó de la última canallada de su soldado, afortunadamente sin culminar y se sumó a la cólera general, añadiendo la cuota que le correspondía por no haberlo expulsado a tiempo del ejército como había sido su intención.

Mientras tanto, ajeno a la indignación generalizada, Andreu Sunyer, el caballero de Orden de Montesa, miraba incrédulo a aquel anciano que había pedido explicaciones.

No. No podía ser. Aquel hombre, aunque mucho más viejo, era la viva imagen de su padre.

La noche anterior, una serpiente de agua reptaba por el cañaveral atraída por una rana que croaba junto a la orilla. Superó aquel bulto extraño y caliente con desagrado procurando que el repugnante contacto no la distrajesse de su presa, cada vez más próxima. De pronto un movimiento brusco la elevó por los aires proyectándola más allá de la rana que se sumergió de un salto en las aguas.

El Chono había despertado de repente al notar en su cara un contacto frío y escamoso que ondulaba desde su boca a sus ojos y lo había apartado en un acto reflejo de defensa. Aturdido por el golpe recibido, sufría un dolor que casi no le dejaba pensar. Recordaba a trozos lo sucedido y no podía darle crédito. El abuelo Joan. El decrepito contador de historias a quien nunca había soportado, le había dejado fuera de combate con dos golpes certeros e increíblemente potentes ¿Cómo podía haberle pasado?. No había rastro de Estrella o del abuelo pero oía voces de gente que buscaba. ¿Qué buscaba a quien? Pensaba torpe aún, sin darse cuenta de que era él el objetivo. El resplandor de algunas antorchas empezó a hacer luz en su propio cerebro y de pronto tomó conciencia de su situación. Estaban buscándole a él. Seguramente Estrella y el abuelo habían dado cuenta de lo sucedido y ahora venían a apresarle. Mientras recogía sus armas y el resto de su ropa supo que tenía que esconderse. Apenas tuvo que pensarlo: cerca de allí se encontraba la cueva del miedo. Su cueva. Si conseguía llegar sin que le viesan estaría a salvo.

La encontró con grandes dificultades. La oscuridad de la noche y las aportaciones de cieno que la riadas periódicas dejaban a su paso y prácticamente habían obstruido la entrada por completo hacían muy difícil localizarla. Pero finalmente la encontró y reptando, a duras penas consiguió introducirse en el túnel en el que se adentró sin poder evitar que las antiguas sensaciones de atracción y miedo volvieran a apoderarse de su ánimo haciéndole olvidar por unos instantes el dolor lacerante que partía su cabeza en dos. Avanzó unos cuantos metros arrastrándose y finalmente perdió de nuevo el conocimiento.

La Madre del Río tenía que recoger a uno de sus hijos. Se trataba sin duda de uno de los más queridos: Matías el Gancho. Mayoral de mayorales, nadie como él había conocido sus secretos. Nadie había mostrado más respeto por ella. Incluso cuando le arrebató a sus dos hijos en el mismo día, Matías aceptó resignado su destino y jamás la maldijo por habérselos llevado antes que a él. Pero ahora su misión en la tierra había terminado y era el momento de llevarlo junto a sus seres queridos, río arriba, a su origen. Donde nacían todos los ríos del mundo. Donde nacía la Vida.

Lo encontró durmiendo junto a la orilla. A su lado el gancho que con tanta maestría había usado descansaba dispuesto a no ser olvidado en el último viaje. Le llamó suavemente y el anciano, despertando con una sonrisa tomó la mano que le tendía y se incorporó de inmediato ágil y alegre. Se volvió brevemente a mirar por última vez a su nieto que dormía junto a la Mora y subió a una pequeña almadía de luz y empezó a bogar río arriba.

Gafarró se despertó el primero. La inminencia del reencuentro con su amada, una vez resueltos todos sus problemas, apenas le había permitido conciliar el sueño. Únicamente cuando estaba bien avanzada la noche había logrado descansar aunque recordaba con cierta inquietud el sueño en el que una especie de barca luminosa remontaba extrañamente el río con alguien conocido a bordo a quien no lograba identificar. Fray Tomás, la Mora y el niño Joaquín entre los dos, todavía dormían profundamente. Lo que le extrañó es que también lo hiciera el viejo Gancho que generalmente estaba despierto y con los preparativos en marcha cada mañana al amanecer. Se acercó para despertarle y le vio durmiendo con una sonrisa. Quizás la primera que veía en su rostro desde que le habían conocido. Le llamó y al ver que no despertaba insistió sacudiendo suavemente su hombro. Al no obtener respuesta insistió temiéndose lo que iba a confirmar de inmediato: El gancho había muerto mientras dormía. Despertó de inmediato a Fray Tomás para informarle. La Mora y el niño despertaron al oír la conversación preocupada de los hombres. El niño se acercó a su abuelo. Le miró fijamente y en silencio se acercó a la Mora para abrazarse a sus piernas desesperadamente. La mujer se agachó y

abrazando a su vez al niño le besó tiernamente en la frente asegurándole sin palabras que nunca iba a estar solo.

Le enterraron cerca de la orilla porque pensaron que aquel hombre debía permanecer junto al río en el que había transcurrido su vida. Fray Tomás recitó unos latinajos incomprensibles con cierto reparo porque ya no se sentía moralmente autorizado a pronunciarlos. Los demás asistieron mecánicamente a sus invocaciones y al terminar la sencilla ceremonia, señalaron con una tosca cruz el lugar donde descansaría para siempre.

Se encontraban muy cerca de su destino. De hecho si se hubiesen apurado habrían llegado a la ciudad el día anterior al atardecer. Sin embargo el Gancharo había insistido en hacer una parada a poca distancia de la ciudad porque quería llegar recién comenzada la mañana, a fin de que la recogida de los troncos no se tuviese que terminar de noche. Gafarró había puesto toda clase de objeciones al plan, pero finalmente había accedido por la intervención de Fray Tomás que, pretextando cumplir con su misión de la mejor manera posible, estaba de acuerdo con retrasar la llegada pues necesitaba prepararse para afrontar su destino.

La noche anterior, mientras cenaban, Matías les había descrito el breve trayecto que les separaba de la ciudad. Cómo se hacía la recogida de los troncos de la corriente a la altura del puente de san Gregorio en el que había una rampa por la cual se arrastraban los troncos con la ayuda de animales de tiro. En esta ocasión, dado el escaso volumen de la maderada, no se necesitaría ninguna intendencia especial, aunque resultaba conveniente que alguien se adelantase para preparar al menos una cuadrilla de peones.

Fray Tomás, responsable de la compra de la madera para el retablo del monasterio y, además, el más torpe de los nuevos gancharos, tenía que ser por lógica el encargado de la misión y ahora avanzaba a paso ligero hacia Alzira, siguiendo los senderos que acompañaban al río en su descenso. Iba pensando en todo lo que le había pasado y en aquello a lo que se iba a enfrentar. Estaba decidido a abandonar el monasterio y a iniciar una vida nueva junto a la mujer a la que amaba con toda su alma. Su Fe y su devoción a la Santísima Virgen permanecían intactas pero ahora que lo veía todo con ojos nuevos, sabía que su lugar no estaba en un cenobio, lejos del mundo y sus problemas sino compartiendo con los demás, viviendo sus tristezas y sus alegrías y, sobre

todo, amando. Amando con todas sus fuerzas a aquella mujer sin la cual ya nada tenía sentido.

Hablaría con el prior. Su primo le entendería. Era un hombre santo y sabría aceptar sus razones. Ahora comprendía con cierta tristeza los comentarios sobre su incapacidad para el sacerdocio que sus hermanos no se molestaban en ocultarle. Recordaba con ternura sus ingenuas misas profanas, sus cómicos rituales, sus patéticos esfuerzos por alcanzar la ordenación sacerdotal. No se arrepentía de nada porque todo lo había hecho con sinceridad y no renegaba de su fracaso porque finalmente no había habido tal fracaso: La Virgen le había premiado permitiéndole conocer el Amor.

En efecto. Aunque Fray Tomás no lo supiera, la Mora era el premio a su bondad, pues era esta virtud la que había logrado conmover a la mujer que ahora le permitía conocer el amor más puro e intenso que nadie pueda concebir.

Al llegar a la ciudad, se dispuso a atravesar en puente de San Gregorio que era históricamente la principal vía de acceso a la ciudad pues enlazaba directamente con la Vía Augusta que venía de Valencia hacia el sur. De pronto mientras caminaba por su estrecha calzada revivió en un solo instante el recuerdo de su llegada a la ciudad treinta años antes donde una mezcla de miedo e ilusión apenas le dejaba darse cuenta de que probablemente nunca iba a volver a ver a su madre.

21

Doña Elvira de Montañud, sabía que se moría. El bulto que había detectado en su pecho meses atrás le había hinchado dolorosamente el seno izquierdo hasta ocultar el pezón en un orificio rodeado de tumefacción. un agudo pinchazo le rodeaba la espalda y se le clavaba en el corazón. Las infusiones que le preparaban para calmarle el dolor apenas le hacían efecto y su rostro

hermoso, ahora extremadamente pálido, se veía constantemente crispado por una mueca de angustia. Todos se daban cuenta de su estado y la compadecían sinceramente aunque no se atrevían a decírselo para no asustarla más.

Todos menos su hijo menor: Tomás. Su favorito. El regalo que el Cielo le había enviado cuando su marido, el rico comerciante valenciano Francesc Montagué le manifestaba su desinterés por ella haciéndole el amor solamente en contadas ocasiones. A ella realmente no le importaba la indiferencia de su marido. Casada en matrimonio de conveniencia nunca había estado realmente enamorada de él. Estimaba a su esposo que en los primeros años de matrimonio fue atento y gentil con ella pero la rutina y la falta de una base sólida sobre la que construir la convivencia, habían ido apartándolos poco a poco y habían llegado a convivir como dos vecinos que se trataban con indiferente cortesía. Sus hijos mayores, Manel y Vicent, habían dejado de necesitarla hacia ya muchos años y vivían con sus esposas. Ayudaban a su padre en el negocio familiar y apenas la veían. Por ello cuando sus hijos se casaron y abandonaron el hogar, se dedicó en cuerpo y alma a la educación de su hijo menor, Tomás, a quien supo inculcar su devoción a la Virgen. Compartían largas horas de oración y el niño jamás se cansaba de su compañía. A su padre, Tomás le resultaba indiferente. Más bien le despreciaba pues consideraba que las dificultades que el muchacho tenía para el habla le hacían poco menos que inútil para su profesión de comerciante. Además, ya contaba con sus dos hijos mayores que le iban a suceder y que perpetuarían su nombre y fama con todo lo que él sin duda les iba a enseñar. Dejaría a Tomás para su madre aunque le estuviese embobando aún más con sus beaterías.

Así pues, la infancia de Tomás Montaguá transcurrió sin juegos, sin hermanos o primos con los que pelear o competir, sin amigos, sin apenas contacto con el mundo real. Sin embargo, pocos niños fueron tan felices como él en aquellos lejanos años. Su universo era su madre. Aquel ser hermoso y dulce que llenaba su vida por completo. Ella le contaba historias de santos, vidas ejemplares que le llenaban de asombro y admiración. Le inculcaba su devoción hacia la Santísima Virgen, Madre de todas las madres y sobre todo madre de Dios a quien el niño Tomás imaginaba con el rostro bello de la suya propia. Compartían rezos y asistían en la parroquia próxima a la misa diariamente, en la que Tomás escuchaba con reverencia las divinas palabras del sacerdote pronunciadas en un idioma para él tan mágico como incomprendible y que, según su madre, se llamaba latín.

Tomás pronto anheló convertirse en sacerdote para caminar por una vía de santidad y perfección en el que él mismo fuese capaz de hacer el bien y dirigir, como el sacerdote de la parroquia a la que asistía, a la congregación de los fieles en los rituales santos hablando aquel lenguaje divino.

Su madre vio en la ilusión de su hijo la solución al problema que su muerte le iba a provocar. Le internaría en un monasterio donde el niño lograría cumplir sus sueños y a ella le permitiría morir en paz. Sabía que su hijo no era capaz de enfrentarse a la vida real y ahora se culpaba por ello. Había sido egoísta. Lo había querido para ella sola y ahora el muchacho no estaba preparado para vivir sin ella.

Aceptaba resignada como una cruel penitencia el dolor insoportable que aquel viaje desde Valencia al Monasterio de Santa María, en el paraje de Alzira conocido como la Murta, le estaba provocando. Cada bache, cada piedra del camino en las que tropezaban las ruedas de la carroza en la que viajaban eran una puñalada profunda que apenas le permitía responder a las interminables preguntas que su hijo le hacía excitado y feliz, señalando a lo largo del camino cada árbol, cada pájaro, cada cosa que sus ojos casi sin mundo veían por primera vez.

Su marido, que era consciente de su enfermedad, no puso objeción alguna. Más bien ofreció dotar al muchacho generosamente para compensar las molestias que su falta de luces iba a suponer a los monjes. Así pues escribió a su sobrino Lluís Montañud, Prior del Monasterio de Santa María y éste aceptó de inmediato admitir a su primo como novicio.

Cuando llegaron a la ciudad, el muchacho enmudeció tan pronto como empezaron a cruzar el puente que los lugareños llamaban de San Gregorio. Aunque el monasterio se hallaba en un valle próximo, para él Alzira era su destino. De pronto empezó a tomar conciencia de lo que aquello significaba. Iba a cumplir su sueño pero también iba a separarse de su madre por primera vez en su vida. La miró en silencio y ella le devolvió la mirada esforzándose en dibujar una sonrisa en sus labios crispados por el dolor. Se les llenaron los ojos de lágrimas y se fundieron en un abrazo silencioso y tierno.

Pocas semanas después llegó al monasterio la noticia de la muerte de Doña Elvira. El joven Tomás corrió llorando a la capilla para rezar a la Virgen y

encontrar consuelo. Mirándola fijamente mientras repetía con fervor las palabras que su madre le había enseñado empezó a confundir sus rostros hasta que finalmente se fundieron en uno solo y Tomás comprendió que en realidad no había sido abandonado. Que ahora la Virgen era su Madre y su madre era la virgen y que en su devoción y compañía encontraría el consuelo y felicidad que ella siempre le había procurado.

22

Terminó de cruzar el puente después de atravesar la puerta Real. El barrio de Santa María se componía de una serie de casas modestas construidas al socaire de la Iglesia del mismo nombre. Estaba atravesado por una calle bordeada de viviendas que se apretujaban contra las murallas que rodeando la ciudad tenían en aquel lugar la parte más angosta. Allí vivían unos muleros que complementaban sus ingresos ayudando a acarrear los troncos que bajaban por el río cada otoño. Aquel año, días antes habían visto con decepción una de las maderadas más grandes que recordaban, pasar indiferentes río abajo en busca del mar. Cuando los niños alertaron con sus voces de la llegada de la madera acudieron a la orilla, extrañados porque no era la época todavía, pero felices porque iban a conseguir unos ingresos con los que no contaban. Sin embargo en aquella ocasión, la maderada no venía precedida de los intendentes que preparaban normalmente maromas que cruzaban el río para retener a los troncos así como una rampa contra corriente en la orilla para subirlos y almacenarlos hasta que fuesen reclamados por sus compradores.

Pronto comprendieron que nada tenían que hacer porque aquella madera no era para la ciudad.

Así pues cuando Fray Tomás les encontró para contratarles para la pequeña maderada que traía, aceptaron de inmediato la oferta de trabajo sin apenas regatear precios. Ayudarían a retener los troncos tal como habían visto hacer a los gancheros en otras ocasiones y de alguna manera, con más trabajo y

esfuerzo, conseguirían subirlos hasta donde pudieran quedar convenientemente almacenados.

La llegada de fray Tomás a la ciudad, ocasionó una nueva conmoción en la población que vivía los últimos acontecimientos relativos al regreso de los fugitivos con enorme interés.

Tras conocer la muerte de Carmeta a manos del Chono, al que no habían conseguido encontrar todavía, no se hablaba de otra cosa en las calles. Todos tenían su opinión y nadie se privaba de proclamarla. Unos decían que habría huido: el abuelo Joan no habría sido capaz de causarle un daño importante. Otros creían que se habría ahogado en el río, al intentar cruzarlo medio inconsciente. En cambio la mayoría insistía en seguir la búsqueda. Los cañaverales de la orilla ofrecían muchas posibilidades de esconderse pero una inspección meticulosa, acompañada de una vigilancia adecuada, acabarían por dar con el miserable.

La aparición del monje abría un nuevo escenario para comentarios y especulaciones. Pronto se supo que Gafarró venía por el río conduciendo la maderada y que alguien más le acompañaba. Estrella, tras asegurarse por boca de fray Tomás de que aquel se encontraba bien, acudió al río de inmediato y sobre el puente anticipaba ansiosa el momento de reencontrarse con él sin que nada ni nadie pudiese apartarla de allí. Como si su voluntad pudiese acelerar el curso de las aguas para traerle a su amado lo más pronto posible.

EL REENCUENTRO

El viejo caballero Andreu Sunyer había reconocido a su hermano menor Joan en la figura de aquel hombre medio ciego. Transcurridos los primeros instantes de incredulidad se había rendido a la evidencia física. Aquel hombre era el fiel trasunto de su padre, Salvador Sunyer, noble valenciano que había muerto antes de que Andreu ingresase en la orden de Montesa. Sólo le diferenciaba la edad que era mucho más avanzada en éste, pero su voz, su porte, su ademán no podían ser fruto de una mera coincidencia. Aquel hombre tenía que ser su hermano. Pero ¿Qué hacía allí? ¿No debería estar acaso en el palacio familiar, dirigiendo su hacienda y ostentando el título nobiliario que le correspondía?. Una duda se abrió paso entre la certeza que sentía en su interior y le hizo reprimir el impulso irresistible de abrazarle, como se abrazaría a la memoria más feliz del pasado.

En la primera oportunidad que tuvo para hablar en privado, contó sus sospechas a Martorell que le escuchó sorprendido y encantado por ver que aquel viejo, al que había empezado a estimar, había encontrado milagrosamente su destino. No obstante coincidió con él sobre la necesidad de ser prudente. No quería que éste sufriese la humillación de un chasco. Presentía que su condición de viejo caballero no la soportaría. Por otra parte, mirando con disimulo al sujeto en cuestión, encontraba en él algo que también le resultaba conocido. No quería contagiarse de las manías del viejo y luchó por no dar más atención a aquella sensación de familiaridad con aquel personaje ciego, pero no lo consiguió.

Llegados a Alzira, Martorell podía considerar que la misión inicial que le había llevado a perseguir a los fugitivos para castigarles por haber matado a dos de sus soldados, había terminado. Ahora tenía otra: atrapar al soldado García y castigarle por sus desmanes pero aquello se le hacía bastante más difícil. No tenía idea de donde pudiera estar. Ni siquiera de si estaría vivo. Una sensación de desánimo provocada sin duda por la herida y el cansancio se apoderó de él y le hizo decidirse a quedarse un día más en aquella ciudad. Tal vez pudiera ayudar al viejo Andreu a averiguar la verdad antes de despedirse de él definitivamente.

El Chono flotaba en una nube de oscuridad e inconsciencia de la que le sacaba eventualmente un dolor de cabeza inmisericorde. Los minutos que

permanecía despierto los empleaba en analizar su situación y en evaluar sus posibilidades de huida. Pronto caía de nuevo en la nube y se perdía en sueños que cada vez le inquietaban más.

En un momento dado salió bruscamente del sueño porque una sensación en todo su cuerpo le llenó de miedo: era como un hormigueo que sentía desplazarse por su piel, tanto en la parte de su rostro y sus manos como en la que tenía debajo de su ropa. Tumbado en el suelo, levantó una mano para pasarla por su frente y descubrió con asco lo que provocaba aquella sensación: docenas de cucarachas, quizás cientos de ellas se movían de forma errática y nerviosa buscando sobre su piel cálida el alimento que necesitaban. Se puso en pie en medio de un alarido de pavor. El Chono sentía hacia las cucarachas un miedo irracional provocado por alguna experiencia de su infancia que le había dejado marcado. No las soportaba. Por eso al darse cuenta de que habían tomado su cuerpo empezó a sacudírselas de encima como pudo palmoteando frenéticamente su cara, sus orejas, su cuero cabelludo, olvidando incluso el dolor que hasta entonces le había dominado. Luego se quitó, prácticamente se arrancó, la ropa trémulo mientras la agitaba con vigor para desprenderse de aquellos insectos que lejos de mostrarse huidizos como solían, parecían empeñados en vivir en su cuerpo.

Aterrado, el Chono caminaba vacilante sobre aquella legión de bichos que crepitaba repugnantemente al ser aplastada por su pies descalzos que buscaban sin éxito lugares limpios donde apoyar su huida.

Por fin encontró suelo libre. Era la parte que le conducía hacia el fondo del túnel, hacia el corazón oscuro de la cueva del miedo.

Avanzó sabiendo que se alejaba de la salida Pero no le importaba. En aquellos instantes sólo le preocupaba huir de sus asquerosas enemigas. La oscuridad era total pero el pasadizo tenía una altura que le permitía avanzar erguido. El suelo de tierra estaba ahora más seco porque seguía un curso ascendente hasta llegar a niveles donde las inundaciones eran más raras. De pronto el pasadizo terminaba en un muro que le cortaba el paso. Tanteó con las manos y descubrió que la argamasa que unía los bloques de piedra se deshacía entre sus dedos con cierta facilidad. Aquel muro separaría el pasadizo del sótano de alguna casa cerca de las murallas que en algún tiempo habría servido de bodega o almacén. Tal vez alguien, comerciante o autoridad, habían

construido el pasadizo para tener un acceso directo al río para cargar o descargar a su través mercancías. Las crecidas periódicas de las aguas habrían puesto pronto de manifiesto su inutilidad y habrían tapiado la salida con aquel muro, esperando que los aportes de cieno que aquellas traían terminasen de hacer el resto.

El Chono pensó que si conseguía mover algunas de aquellas piedras, tal vez conseguiría acceder a alguna vivienda desde la que con mucha prudencia, lograrse escapar durante la noche. Era muy difícil pero no tenía otra posibilidad. Al menos mientras las cucarachas le cerrasen el paso hacia la salida del pasadizo.

La adrenalina generada por su miedo había aclarado la cabeza del Chono y había mitigado grandemente su dolor. Mientras hurgaba con la punta de la espada, que había conseguido conservar milagrosamente, entre los bloques de piedra para eliminar la argamasa y conseguir desplazarlos, pensaba en todo lo que había vivido recientemente. En cómo había fracasado miserablemente en su empeño de vengarse de Gafarró. En cómo lograría escapar. Pero poco a poco iba dándose cuenta de que un terror irracional, injustificado iba apoderándose de su ánimo. No era el miedo concreto a ser atrapado y castigado. No era el miedo a su futuro incierto. Era el miedo que sentía cada vez que había entrado en aquel pasadizo en su adolescencia que ahora se enroscaba en su cuerpo como una serpiente repugnante y seductora al mismo tiempo.

Por fin consiguió mover la primera piedra. Libre del material que la unía a sus vecinas cedió unos centímetros a la presión que el Chono ejerció con todas sus fuerzas que no eran muchas en aquel momento. Animado por el éxito, volvió a insistir hasta que, sudoroso y jadeante, logró hacer que esta cayese a la parte opuesta del muro. Un gruñido de victoria acompañó al ruido sordo que hizo la piedra al caer. El resto sería más fácil. Caída la primera piedra el objetivo siguiente fueron las dos laterales. La de arriba, sin apoyo, cayó sola.

El hueco ya era suficiente para permitir el paso de un hombre. El Chono vacilando por el miedo que ahora sentía acrecentado y guiándose como hasta entonces por el tacto logró introducirse en aquella estancia. No sabía que allí comenzaba el principio del fin de su deleznable vida.

El espacio se llenó de luz. Pero lejos de proporcionar alivio a quien se estaba ahogando de miedo, aquella luz acrecentó su temor. Era una luz blanca y fría que no deslumbraba a sus ojos que llevaban largas horas en la oscuridad más absoluta. Era como la luz de una pesadilla que solamente sirve para acrecentar el terror de quien la padece.

El Chono se encontraba en una estancia circular que tenía seis metros de diámetro más o menos y unos tres metros de altura, en cuyas paredes se veían unas planchas oscuras que naciendo desde el suelo, se elevaban hasta casi tocar el techo pero sin alcanzarlo, pues su extremo superior se curvaba como si buscara el centro de la estancia, formando una extraña cúpula incompleta.

No se veía el origen de la luz que iluminaba el recinto, lo cual acrecentaba más si cabe la inquietud del Chono. Esta sin embargo no le impidió acercarse y tocar con las puntas de los dedos aquellas planchas de metal. No era hierro. No estaban frías. Al contrario, parecían tener el calor de un ser vivo. Recorriendo la estancia vio que el extremo opuesto del lugar por el que había entrado mostraba otra entrada tapiada también con gruesos bloques de piedra. Por un momento se generó en su corazón una chispa de esperanza. Pero murió de inmediato cuando oyó una voz que le llamaba a sus espaldas.

-Chono. Mírame- ordenó la voz.

El Chono se volvió reconociendo incrédulo la voz que le había llamado: era la voz de Carmeta Forner, su penúltima víctima. Y allí estaba. O al menos así lo creyó, al ver su figura inconfundible presidida por su rostro que dibujaba una mueca horrible que paralizó al malhechor.

Aún no había reaccionado ante la aparición cuando otra voz le llamó de nuevo a sus espaldas.

-Mírame a mí.- dijo la voz cavernosa de un anciano.

Y al volverse se le apareció el viejo chiflado al que había matado en la sierra de Enguera cuando huía tras haber matado a Carmeta que le miraba con ojos de fuego.

-No. A mí. Ordenó la voz de otro hombre

Y así, una tras otra fueron apareciendo, como si salieran de aquellas planchas, las visiones horribles de todas las víctimas de la maldad del Chono. De todos aquellos a quienes había hecho sufrir sus burlas, sus humillaciones, sus golpes, sus robos, sus violaciones. Le iban rodeando amenazantes, asfixiando su espacio vital y él, absolutamente paralizado por el miedo, empezó a notar cada una de sus vísceras contrayéndose dolorosísimamente mientras intentaba vanamente cubrir sus ojos con sus manos temblorosas. Cuando creía que iba a morir de dolor y miedo apareció ante él el fantasma al que más temía: el de su madre que apartando a las demás visiones, se acercó a él y fríamente le introdujo la mano en el pecho y le arrancó el corazón.

3

Estrella aguardaba impaciente la llegada de Gafarró que había de producirse de un momento a otro, según Fray Tomás. Éste la acompañaba en el centro del puente junto a la Puerta Real y estaba contagiándose de su impaciencia. Realmente ya debían haber llegado. Estaban a poca distancia y no se le ocurría ninguna razón que justificase el retraso. Acudía de vez en cuando a la orilla donde los muleros fingían indiferencia entretenidos en arrojar piedras al río, cuando en realidad estaban temiendo perder, otra vez, la oportunidad de ganar un buen salario.

Cuando la impaciencia empezaba a tornarse en inquietud aparecieron. Gafarró guiaba trabajosamente la primera almadía de troncos que iba dando lentos e inexorables bandazos como resistiéndose a seguir las ordenes de aquel intruso. El muchacho, exasperado, mientras se centraba en intentar que los troncos siguieran el camino que él les marcaba infructuosamente, no se había dado cuenta de que ya estaba llegando. Hasta que la voz cálida de su amada le llamó nítida y potente.

Levantó la vista y la vio saltando de puro gozo mientras agitaba los brazos junto a Fray Tomás que dibujaba una sonrisa que era plenamente correspondida por la Mora, a espaldas del muchacho.

Con mucho más trabajo del esperado, finalmente consiguió arrimar los troncos a la orilla y de un brinco saltó a tierra para correr a los brazos de Estrella que iba a su encuentro con los brazos abiertos balbuceando sonidos inconexos de felicidad.

Tras compartir lágrimas y besos, fundidos en un abrazo que conmovía a los que poco a poco habían acudido a presenciar la llegada de Gafarró, Estrella prestó atención a los acompañantes de su prometido reparando en la hermosa mujer que, extrañamente vestida de hombre, no se separaba de un niño que la miraba fijamente y de Fray Tomás que pasaba el brazo sobre su hombro con familiaridad. Al verles, por un momento tuvo la absurda idea de que parecían una familia. Una familia de verdad.

Marieta, la madre de Gafarró interrumpió sus pensamientos mientras corría dando gritos de alegría hacia su hijo. Al enterarse de su inminente llegada, había dejado a su marido al cuidado de las vecinas desoyendo las súplicas y maldiciones de éste, que también quería acudir al puente a pesar de no estar completamente restablecido.

A regañadientes, Estrella se apartó de su amado para permitir que la madre de éste se abrazase a su hijo como si hubiesen pasado muchos años desde su partida. Reflexionando sobre ello, sobre la angustia que había sufrido desde el incidente de la taberna, Estrella se daba cuenta de que aquellos días, poco más de una semana, habían supuesto toda una época de sufrimiento insoportablemente larga que esperaba olvidar pronto.

En efecto, nunca tan poco tiempo había tenido tanta trascendencia para tanta gente. Gafarró se había tenido que enfrentar a los fantasmas de su pasado, a aquella vida de violencia e incertidumbre que ya creía olvidada y había terminado con bien. Fray Tomás, el monje que estaba a punto de dejar de serlo, había nacido como un hombre nuevo a una vida diferente, completamente distinta a la que siempre había soñado y que sin embargo le ofrecía una mayor promesa de felicidad. La Mora había cerrado definitivamente su vida de prostituta y se disponía a reanudar otra de amor e ilusión, como si todavía fuese la muchacha ingenua de Carcaixent que, pendiente sólo de su amor hacia Joan Vidal, ni siquiera era consciente de su belleza. Estrella, que había estado a punto de morir a manos del Chono y que había sufrido tanto por la suerte de su amado Gafarró, sentía tras todo su

sufrimiento que aquello había sido una prueba de la que salía más fortalecida para afrontar lo que el destino le deparase, sabiendo que nada ni nadie podría con aquel amor que ahora sentía acrecentado.

Otros aún no sabían cómo la vida les iba a cambiar muy pronto.

El resto del día transcurrió feliz y con la sucesión de acontecimientos que era lógica tras el regreso de Gafarró. Los muleros recogieron los troncos del río y los almacenaron en un patio cercano en espera de ser convertidos en tablones con los que el artesano al que se había encargado el retablo del monasterio pudiese trabajar. Mientras tanto, el joven abrazando a su prometida y a su madre, que se aferraban a él a cada uno de sus costados en amorosa disputa, se dirigía a su casa para ver a su padre y maestro. Los vecinos aclamaban al recién llegado como si se tratase de un héroe, aun sin saber que aquel muchacho, en efecto venía de combatir a unos aguerridos bandoleros como un héroe auténtico.

Fray Tomás había partido hacia el monasterio a dar cuenta de su encargo y a comunicar su decisión firme de abandonarlo. Tras haber encomendado a su protegido y amigo el cuidado de la Mora y del niño Joaquín, estos seguían a Gafarró a corta distancia, confundidos entre algunos vecinos ociosos que les acompañaban sin dejar de vitorearle.

Al llegar a su casa encontraron a Batiste que, dominado por el deseo de abrazar a su hijo, se había sobrepuesto al dolor de los golpes recibidos y se esforzaba por mantenerse de pie en la puerta de su casa con los brazos abiertos en una muda llamada de afecto que Gafarró, nada más verlo se apresuró en responder.

La Mora y el niño observaban la escena desde un segundo plano, con timidez. Estrella y Marieta no habían dejado de apreciar su belleza con cierto recelo, pero pronto entendieron que aquella mujer era asunto de Fray Tomás y la acogieron sin reparos haciéndola participe de su alegría. Se quedaría en casa de Batiste y Marieta hasta que Fray Tomás les diese alguna instrucción al respecto.

Los recién llegados se asearon, comieron y descansaron y poco a poco fueron surgiendo las preguntas y los relatos sobre las peripecias vividas en los días que habían estado separados. Celebraron el ingenio de viajar disfrazados. Se

horrizaron al saber la aventura con los bandoleros y se entristecieron hasta el llanto al evocar el cruel destino de la pobre Carmeta. Gafarró sabía que tenía que presentarse ante sus padres para contarles de primera mano el triste fin de su valerosa hija, pero no conseguía reunir el ánimo necesario para hacerlo. Quizás el día siguiente le trajese el coraje que ahora no tenía. A pesar de todo el sentimiento predominante era de felicidad porque, aunque ellos no lo supieran, Carmeta estaba con ellos contagiándoles la alegría que ella misma sentía al ver que su misión entre sus seres queridos iba terminando y que pronto iba a unirse a la Luz de la Vida Eterna. Nadie preguntó por la Mora o por el niño al que suponían su hijo y Gafarró no tuvo que mentirles.

Con un deseo enorme de reintegrarse a la vida cotidiana que habían estado a punto de perder, no dudaron en acudir aquella noche a la reunión lúdica que se anunciaba en la plaza del pozo. En ella sería Gafarró sin duda el protagonista y allí acudió la familia Fuster ayudando al padre herido que estaba experimentando una recuperación sólo explicable por la alegría del retorno de su hijo. Pronto se extendió esta alegría a todos los asistentes que escuchaban encantados algunas de las anécdotas que el muchacho, poco acostumbrado a hablar en público, les iba contando torpemente. Ya estaba avanzada la velada cuando apareció, vacilante como siempre, por la esquina de la calle de los Carniceros el abuelo Joan. Su presencia provocó un murmullo de satisfacción. Aquella iba a ser una velada memorable. La noche de los héroes. Si Gafarró les había entusiasmado con sus experiencias, escuchar de boca del anciano su reciente enfrentamiento con el Chono no iba a ser un placer menor, más aun teniendo en cuenta que el anciano sí que sabía contar historias y que la gente aún se preguntaba cómo había sido capaz de derrotarle. Se acomodó en su habitual lugar preferente que Gafarró se apresuró a ceder y sin hacerse de rogar empezó su historia que, para decepción de muchos, nada tenía que ver con su incidente con el Chono. O tal vez sí.

Mientras tanto, desde un lugar discreto donde casi no llegaba el resplandor de las llamas de la hoguera, el caballero Andreu Sunyer y el capitán Martorell, que asistían a la velada en la esperanza de acercarse discretamente al abuelo Joan, agudizaron los sentidos para no perder detalle de la narración.

EL ESPEJO DE LAS ALMAS

Hace ya muchos años, cuando en esta ciudad todavía se adoraba a Alá, vivía un rico comerciante que se llamaba Tarik. Su casa, cerca de la mezquita mayor, era la más lujosa y grande de toda la ciudad y en ella vivía con sus dos hijas que eran la luz de sus días rodeados de sirvientes que se apresuraban a satisfacer todos sus deseos. Había amado con pasión a su esposa y cuando esta falleció no quiso volver a tomar otra para que nadie ocupase en su corazón el lugar que a ella había pertenecido.

Nadie sabía con exactitud la cuantía de su fortuna pero todos sospechaban que debía ser importante porque Tarik ya no comerciaba y pasaba los días dedicado a sus hijas y a su afición mayor: la lectura. Nadie imaginaba que los cálculos más exagerados no se acercaban ni a la décima parte de la realidad. Y es que Tarik, hombre al que todos consideraban amable y justo en cualquier aspecto, había sido víctima de uno de los vicios más abyectos que puede ensombrecer el alma de un ser humano: la avaricia. Por ella había engañado y arruinado a quienes habían hecho negocios con él. No había tenido el menor escrúpulo en recurrir a los métodos más ruines a la hora de obtener beneficios. Incluso había ordenado la muerte de quienes le impedían sus propósitos. Pero la pérdida de su esposa por la que sentía un amor que era junto al que sentía por sus hijas la única luz de su negra alma, le había hecho ver la inutilidad de su ambición, la incertidumbre de la vida real y

ahora vivía sólo dedicado a sus hijas y a su afición obsesiva por la sabiduría, que era la única ocupación que podía dignificar la vida de un ser humano.

Se dice que había viajado por todo el mundo conocido y que había tenido contacto con las más extrañas creencias y culturas. En su casa reunía libros, documentos y pergaminos que había traído de todas partes y pasaba las horas estudiándolos gracias a el dominio de los idiomas que había desarrollado con gran habilidad a los largo de sus viajes.

Sus hijas, que apenas acababan de alcanzar su condición de mujer, eran dos ángeles de bondad que solamente vivían para adorar a su padre que representaba para ellas la cumbre de la condición humana. Competían entre ellas en cordial disputa por ver quién le atendía mejor, aunque sus querellas siempre terminaban con amables recriminaciones del hombre que las hacían reír y sentirse felices y agradecidas por formar aquella familia tan afortunada.

El día en que todo empezó era frío y lluvioso. Por esta razón la llegada de la caravana no causó en el pueblo gran sensación ya que la mayoría de sus habitantes se dedicaban a tareas domésticas en el interior de sus casas para combatir el aburrimiento. Casi nadie vio llegar a la bizarra comitiva de hombres de reluciente piel negra que viajaban en extraños animales llamados camellos. Tras ellos, ateridos de frío por venir de zonas más cálidas, sus sirvientes, armados hasta los dientes, rodeaban una carreta que transportaba una gran caja de madera cubierta de telas. Miraban con gran recelo a su alrededor, temerosos de que alguien les robase la carga. Ni siquiera ellos sabían

cuál era el contenido de la misma pero eran conscientes de su gran valor, pues de lo contrario nadie pagaría la fortuna que iban a recibir a su entrega. Los criados de Tarik, a pesar de haber sido instruidos por su amo ante la inminente llegada de una importantísima mercancía que había encargado de lejanas tierras del sur, enmudecieron impresionados ante la aparición en el umbral de su casa los adustos rostros de los viajeros. Corrieron a avisar a su amo que acudió excitado a recibirlos. Por un momento, Alí, el mayordomo, pensó con tristeza que su amo volvía a su oficio de comerciante, cuando Tarik era el hombre duro e implacable y aquel brillo de su mirada anticipaba la conclusión de algún gran negocio que indefectiblemente ocasionaba la ruina de alguien menos sagaz o carente de escrúpulos. Pero no. Tarik no deseaba comerciar y así se lo dio a entender cuando vio pasar a los extranjeros que se retiraban cargando unas pesadas bolsas de monedas de oro y plata que sólo su señor sabía donde se guardaban. La caja que los siervos de los recién llegados habían depositado en el sótano de la casa no podía ser objeto de comercio. Nadie pagaría por aquello, por valioso que fuese, más de lo que sospechaba que había pagado su amo.

Aquel día Tarik no comió con sus hijas. Tampoco acudió a la cena. Ordenó que le dejasen en la cocina algo de comer pero sus criados, al retirar la bandeja vieron que no había probado bocado. Les prohibió con toda su autoridad que bajasen al sótano hasta que él les autorizase. Estuvo allí todo el día y parte de la noche hasta que, exhausto, subió a su habitación a descansar durante unas pocas horas. Al día siguiente, antes de que amaneciera y se despertasen sus hijas, estaba de nuevo en el sótano desde el que llegaba el ruido de

martillazos y golpes. Sus hijas estaban más que preocupadas pues no entendían que le estaba pasando a su padre. Intentaban acercarse a él y solamente conseguían ser rechazadas en un tono que les dejaba al borde del llanto. Nadie imaginaba que el viejo comerciante estaba a punto de hacer realidad uno de sus más anhelados sueños: Iba a tener su espejo de las almas.

Años antes, en el puerto de Málaga, donde había terminado uno de sus provechosos negocios, Tarik había comprado al capitán de un barco una colección de papiros que estaba escrito en uno de los idiomas que conocía bien. Tenía algunos dibujos que describían unas formas extrañas pintadas con especial esmero.

Era famosa su afición por los libros entre sus conocidos y estos sabían que cuando alguno le interesaba no escatimaba en gastos para conseguirlo. Aquel libro en cambio le costó bien poco. El capitán del barco parecía tener mucho interés en venderlo y se lo dejó casi sin regatear el precio. Tarik guardó los papiros entre sus pertenencias y emprendió casi sin mirarlo el camino a casa. Ya tendría tiempo de estudiarlo a su llegada.

Pero su llegada a casa fue el principio de un cambio profundo en su vida pues se encontró a una esposa moribunda que sólo parecía aguardarle para morir en paz y dos niñas que le miraban en mudo reproche por haberlas dejado tanto tiempo solas. Abrumado por el dolor, comprendió lo equivocado de su vida y en aquel instante decidió dejar el comercio que desde hacía bastante tiempo solamente practicaba por pura ambición. Su riqueza, importante desde entonces, no había hecho más que aumentar hasta niveles que únicamente él

conocía y que, en lugar de hacerlo más feliz, le había privado del amor y de la compañía de sus seres queridos.

Se dedicó en cuerpo y alma a sus hijas que pronto perdonaron sus largas ausencias, compensadas con creces con el cariño y las atenciones que les brindaba su padre, convertido ahora en un hombre nuevo. Los momentos en que no estaba con ellas, Tarik se dedicaba a leer y a traducir los libros que almacenaba en su nutrida biblioteca. Aprendía y se deleitaba con los conocimientos que los libros le daban y dejaba pasar los días en apacible fluir viendo crecer a sus hijas en belleza y en virtud.

Un día, años más tarde, tomó los papiros de Málaga para leerlos detenidamente y entonces nació su obsesión. Aquellos papiros eran la traducción de un texto mucho más antiguo que hablaba de una especie de artilugio mágico: Era algo que reflejaba el alma de las personas. Recogía del aura de quienes entraban en él y lo devolvía reforzado haciendo crecer sus virtudes, pero también podía aumentar sus defectos.

El artilugio era muy sencillo. Había que disponer ocho láminas de metal celeste formando un círculo en el que cuatro de ellas coincidieran con los puntos cardinales de la tierra y las otras cuatro se intercalarían de forma equidistante. Las láminas habían de tener altura suficiente para que un hombre cupiese en su interior de pie y habían de estar dobladas en su extremo superior formando una especie de cúpula abierta. En el lugar donde estuviese no debía llegar de ninguna manera la luz del sol pues esta anulaba por completo su funcionamiento.

Tarik deseó de inmediato construir aquel artilugio. Tenía que tenerlo. Tenía que aumentar la virtud de sus hijas que eran su mayor tesoro. Su ambición renació de nuevo con toda su fuerza aunque en esta ocasión la avaricia no fuese de dinero sino de bondad. Enseguida se puso en marcha para conseguir sus propósitos. Todavía sabía dónde y a quién tenía que acudir para conseguir lo que quería. Su nombre aún era recordado con una mezcla de admiración y odio entre la mayoría de los comerciantes que tuvieran cierta importancia. Así pues no le fue difícil transmitir un mensaje que se extendió rápidamente por las principales rutas comerciales: Pagaría una fortuna a quien le trajese una cantidad suficiente de láminas de metal celeste.

El metal celeste era un material extraño que recibía su nombre por venir del cielo. Bolas incandescentes que eventualmente caían a la tierra. Eran enviadas por dioses antiguos y para nada servían salvo para recordarnos que no debíamos contrariarles ya que con ellas podían destruirnos en cualquier momento. En algún lugar Tarik había oído la leyenda de una gran bola que había destruido casi toda la vida sobre la tierra al provocar con su impacto una nube oscura que durante muchos años extendió una noche interminable sobre la tierra.

Tarik sabía cómo era aquel metal. Había tenido la oportunidad de tenerlo en sus manos y de notar su extraño calor. Tenía un tacto áspero y su color era gris muy oscuro. Era bastante maleable por lo que se podía trabajar bastante bien pero su feo aspecto no lo hacía deseable. Su único atractivo era su escasez.

Al cabo de unos meses llegó un emisario a su casa. Una caravana procedente del gran desierto del Sur se había puesto en marcha para llevarle lo que había solicitado. La espera se le había hecho casi insoportable y ahora allí tenía el material necesario para cumplir su último sueño: tener su espejo de almas.

Tardó algo más de lo previsto en terminarlo porque no admitió la ayuda de nadie. Allí le insistía cada vez con menos interés ante las repetidas negativas de su amo. Sin embargo, no dejaba de preocuparse por su extraño comportamiento, por lo que no le pasó desapercibido en momento en que dejó de oír ruidos o golpes procedentes del sótano al que tenía prohibido acceder desde la llegada de la misteriosa caja.

Tarik había terminado su obra. Se encontraba en su habitación secreta. Era una estancia circular que se comunicaba con el sótano y que los anteriores propietarios de la vivienda habían mandado construir con algún propósito práctico que él sólo podía medio imaginar. La había descubierto casi por casualidad al ver un bloque de piedra que tenía una hendidura por el que salían repugnantes cucarachas. Dispuesto a acabar con aquellos insectos, consiguió mover el bloque y descubrió la estancia. Una vez retiró las piedras en cantidad suficiente para acceder al interior, concibió de inmediato la idea de que aquel iba a ser el lugar más seguro en el que guardar su fortuna. En el extremo opuesto al lugar por el que había accedido se veía una entrada a un pasadizo que se prolongaba hacia la oscuridad. Lo recorrió iluminado con una antorcha hasta que llegó a un lugar donde apenas cabía y pudo atisbar una tenue luz que venía del exterior. Entonces lo comprendió. Aquel túnel y

aquella estancia eran un acceso, tal vez secreto, para comunicar la vivienda con el brazo del río que rodeaba las murallas del sur de la ciudad. Las constantes crecidas del río lo habían hecho prácticamente inservible y finalmente había sido abandonado. Se encargó personalmente de tapiar con gruesos bloques de piedra el acceso al pasadizo, se hizo una puerta secreta disimulada con piedras del mismo tamaño para acceder desde el sótano y consiguió tener en ella su particular cámara del tesoro.

Tarik miraba su espejo de almas con una mezcla de ilusión y miedo. Por una parte creía haber alcanzado su sueño y se disponía a comprobarlo de inmediato. Por otra parte temía fracasar. Quizás no había sido lo suficientemente hábil y había errado en alguna fase de la construcción o tal vez peor, quizás aquello no fuese más que una superchería que él había creído ciegamente y que sólo le había servido para desprenderse de una buena parte de su fortuna. En eso pensaba cuando el espejo empezó a funcionar. Las láminas de metal celeste empezaron a emitir un tenue zumbido, como el de una mosca y se iluminaron con una débil luz blanca y fría que fue creciendo paulatinamente hasta permitir la visión de la estancia sin ayuda de los candiles que había encendido. El espejo había tomado las fuerzas de la tierra y del cielo y estaba dispuesta para multiplicar el aura de los seres humanos que estuviesen en su interior.

Sin pensar en las consecuencias, exultante por su logro Tarik se precipitó en el interior del círculo y de inmediato empezó a sentir sus efectos. El amor que había entregado a sus hijas se multiplicó y le hizo gozar de una sensación de

pa^z casi extática. Visiones de rostros sonrientes de sus hijas en todas las etapas de su vida le devolvían oleadas de amor y felicidad que casi no podía soportar. Luego apareció su esposa que le entregaba toda la ternura que él había sentido por ella y le hacía sentir centuplicado el placer de la pasión con la que se entregaban cuando estaban juntos.

De pronto todo cambió. El espejo de las almas había llegado a su interior más profundo y estaba explorando la avaricia y la ambición que, aunque habían estado ocultos en el rincón más remoto de su alma, habían dejado una huella que no había desaparecido por completo. Tarik empezó a ver los rostros de todos los rivales a los que había eliminado para conseguir sus propósitos que se acercaban amenazantes abriendo unas fauces de lobo en las que destacaban afilados colmillos de oro. Tras los rostros, una enorme bola dorada giraba lenta hacia Tarik que paralizado por el horror veía reflejada en su brillante superficie una mueca de espanto en la que no reconocía su propio rostro.

El alarido se oyó en toda la casa. Las hijas de Tarik que en ese momento estaban más próximas que los sirvientes se precipitaron al sótano donde vieron que tras la caja de madera desquazada, había una puerta entreabierta cuya existencia desconocían. De la puerta salía una luz blanca que les hizo detenerse. Un nuevo alarido las sacó de dudas y entraron en la habitación atropellándose por ser la primera en socorrer al padre amado.

Tarik estaba tendido en el suelo. Sus piernas no se movían pero sus brazos se agitaban como si intentase apartar algo que de aplastase. Las dos muchachas le tomaron cada una de un brazo y, sin saber bien por qué, empezaron a tirar

de su padre para sacarle de aquel lugar extraño. Su padre parecía estar clavado al suelo. Como si una fuerza invisible le estuviera aprisionando. Las muchachas no conseguían moverle y veían desesperadas como su padre volvía a gritar con una vehemencia que les desgarraba el alma.

De pronto sintieron maravilladas que su fuerza crecía y casi sin esfuerzo, como si moviesen una pluma, sacaron a su padre en volandas de aquel sótano y le llevaron a su aposento donde de inmediato dejó de gritar, cayendo en un profundo estado de inconsciencia.

Nunca sabrían que el espejo de las almas había multiplicado su virtud y por el amor que sentían hacia su padre había aumentado sus fuerzas para salvarle de una muerte segura.

Cuando Alí llegó, atraído por los gritos, ya todo había terminado. Las hijas le contaron entre sollozos lo que había sucedido. El mayordomo bajó al sótano y descubrió la estancia secreta donde las láminas de metal celeste todavía iluminaban el espacio con su inquietante luz. Cerró la puerta cuya existencia desconocía hasta aquel momento y subió a atender a su amo sintiendo la certeza de que nunca volvería a ver aquella estancia.

y así fue. Cuando Tarik despertó de su inconsciencia. Ordenó que se cerrase la cámara y que nunca, bajo ningún concepto de volviese a abrir, aunque aquello supusiese perder la mayor parte de su fortuna que estaba enterrada en su suelo. Recordaba con claridad todo lo que en ella había experimentado y muchas noches se despertaba gritando hasta que sus hijas con mimos y ternura conseguían calmarle.

Su vida cambió desde entonces. No soportaba la visión del oro. Sus hijas ayudadas por Alí se encargaron de administrar casi en secreto el resto de su riqueza que él se empeñaba en repartir entre los necesitados porque no quería tener nada que le recordase su codicia. Murió unos años más tarde feliz, acompañado por sus hijas creyéndose pobre y redimido de su pecado de avaricia.

5

La velada terminó más tarde que de costumbre aunque nadie lo notó. Sólo los más pequeños que habían caído rendidos en el regazo de sus madres que seguían embobadas con la boca abierta las narraciones de la noche.

El abuelo Joan se despidió y titubeante, para hacerse acompañar de dos muchachas como de costumbre, se retiró a su casa. Los vecinos poco a poco fueron despidiéndose y tras las bromas y consejos habituales fueron también en busca del descanso. Poco antes se habían retirado el caballero Andreu y el capitán Martorell que comentaban en voz baja la necesidad de entrevistarse con el abuelo y preguntarle por su identidad. Mañana sería el día adecuado.

6

En el Monasterio de Santa María, Fray Tomás, o mejor dicho Tomás Montagud, se revolvía inquieto en su camastro incapaz de conciliar el sueño. Se mantenía firme en su decisión de abandonar la vida monástica tal como le había anunciado a su primo el abad, pero todavía sonaban en su corazón los ecos de un sentimiento que no le dejaban estar tranquilo. Iba a dejar toda una vida y un anhelo que nunca había podido realizar. Su paso por el monasterio tras su feliz infancia junto a su madre iban a quedar atrás para siempre y aunque se abría una vida nueva junto a la Mora que le llenaba de ilusión, no

dejaba de sentir aquel cambio tan radical como si se tratara de una pérdida irreparable.

Lluís Montagud, prior del monasterio de Santa María, no dejaba de repasar lo que había acontecido en la jornada. Su primo Tomás, el pobre loco al que tras años de frustración había conseguido integrar en la comunidad religiosa para que le fuese útil, había regresado del encargo que le había encomendado con gran éxito, pero a continuación le había anunciado su marcha. Aún le costaba creerlo. Aquel hombre que le anunciaba sereno y decidido su intención de abandonar la vida religiosa no era el mismo al que había enviado con cierto recelo a conseguir la madera para el retablo. Después de tantos años de patético esfuerzo por alcanzar la ordenación sacerdotal, tratado por algunos de sus hermanos en la fe como un ser inferior, sólo su parentesco con el prior le había permitido en un principio permanecer en el monasterio. Más tarde, su abnegación en el cumplimiento de las tareas más humildes y sobre todo, la capacidad de negociación comercial que demostraba cada miércoles en sus viajes a la ciudad le habían hecho necesario para la comunidad. Ahí estaba, sin ir más lejos, la gestión que había realizado en la compra de la madera, que finalmente había resultado por un precio muy inferior al que habían presupuestado. Pero al padre Lluís lo que más le extrañaba era el cambio radical que había observado en su primo menor. Le había anunciado su intención de abandonar el monasterio con tal determinación que apenas le había dejado opción de intentar convencerle de lo contrario. Su voz, sus gestos y su mirada no le dejaban otra alternativa que aceptarlo. Pero ¿Qué le había sucedido? ¿Qué había provocado aquel cambio tan radical?

Aún recordaba la ocasión en que alarmado, le había seguido de madrugada en aquella escapada intempestiva hacia el bosque. El padre Lluís se había levantado antes de su hora preocupado por no recordaba qué problema, había salido a respirar el fresco de las últimas horas de la noche cuando había visto una sombra que trotaba nerviosa tras salir de la cocina. Estuvo a punto de increpar al que se atrevía a romper las estrictas reglas de la orden cuando le reconoció. Era su primo Tomás. Un sentimiento de prudencia ahogó su voz. Decidió seguirle con discreción hasta que le vio meterse en una abertura entre la maleza que había junto a una roca vertical y se acercó sigiloso para descubrir que hacía allí su protegido. Aguzando el oído escuchó al poco rato los fonemas familiares del rito de la Misa. Fray Tomás, el más lerdo de sus

religiosos estaba celebrando el sagrado sacrificio de la misa. Pero ¿cómo se atrevía? Aquello era un sacrilegio. Pero la cólera que le invadía desapareció de inmediato sustituida por un fagonazo de ternura. Aquel pobre loco intentaba alcanzar a Dios por los medios que la Naturaleza y los hombres le habían negado. Se retiró en silencio sintiendo un nudo en la garganta. Los ojos inundados en lágrimas no le permitieron ver a una hembra de jabalí que acudía seguida de sus tres jabatos a su diaria comunión. De regreso en la cocina casi tropezó con fray Andreu, el obeso cocinero que se entregaba a escondidas al pecado de la gula. No tuvo fuerzas para regañarle.

Poco después del amanecer vio alejarse a Tomás Montagud que a pié, vistiendo ropas de humilde campesino, se alejaba de monasterio tal vez para siempre. Deseaba de todo corazón que la nueva etapa que iniciaba su primo le diese la felicidad que anhelaba. Le había entregado el dinero que un misterioso prestamista le había facilitado para conseguir la madera que ya estaba depositada en el almacén de Alzira. Mientras la desgarbada figura desaparecía de su vista en un recodo del camino el padre Lluís no dejaba de preguntarse qué sería lo que había provocado aquella milagrosa transformación que le había hecho pensar que trataba con un hombre nuevo, distinto, al que no había podido oponerse.

Tomás Montagud, el hombre nuevo, caminaba sonriendo hacia una promesa de felicidad que se escudada tras unos ojos increíblemente azules. No se dio cuenta de que de lejos, de forma casi furtiva le seguían una mujer y tres niños que trotaban formando una fila como lo hacen las hembras de jabalí seguidos de su piara.

La mañana era calurosa y Enric Bria jadeaba sudoroso mientras movía con gran esfuerzo aquellos bloques en el extremo de la iglesia. Sus compañeros le habían dejado solo una vez más y el encargado le había asignado, como siempre, los trabajos más penosos. Ya no era ningún joven pero nadie tenía

esta circunstancia en consideración, es más, parecía que se empeñaban en encargarle trabajos que a duras penas podía cumplir. Tal vez para humillarle.

Enric había sido un reconocido maestro de obras y nunca en la ciudad le había faltado trabajo. Hasta que enviudó. Su esposa, su compañera fiel le había dejado años atrás, sin haberle dado hijos, víctima de unas fiebres y él ya no había vuelto a ser el mismo. Desinteresado, negligente y no pocas veces borracho, había ido dejando de cumplir con sus obligaciones y sus clientes potenciales le habían dado la espalda por lo que tenía que conformarse con trabajos que el siempre hubiera considerado indignos de su habilidad para asegurar al menos su subsistencia. El pueblo no le había perdonado su dejadez y sus cofrades, poco menos que sintiéndose traicionados por quien había sido en muchos casos su maestro, no dejaban de recordarle quien había sido mientras le humillaban.

Pero a Enric nada le importaba. Agachaba la cabeza y obedecía en silencio las órdenes que recibía. Únicamente se preocupaba de ganar lo suficiente para comer y beber día a día. Por eso estaba trabajando como peón en las obras de reconstrucción de la iglesia de Santa Catalina.

Se trataba de una iglesia situada en el barrio principal de la ciudad, muy cerca del ayuntamiento. Había sido un edificio gótico que a él siempre le había gustado. Se había construido sobre la mezquita principal de la ciudad tras la reconquista. No tenía la esbeltez de otras iglesias que él conocía, especialmente en Valencia y en Xátiva pero al maestro venido a menos, siempre le había parecido que representaba mejor que ningún otro edificio el espíritu de la ciudad, si bien era consciente que su opinión no era compartida por sus conciudadanos, que habían recibido con alborozo la decisión de que se derribase el templo y se construyese sobre el mismo, aprovechando aquellos muros que pudieran ser útiles, una iglesia nueva, mayor, más acorde con los nuevos tiempos.

En aquel momento, mientras se secaba el sudor y recuperaba el aliento, miraba con extrañeza aquel bloque, algo mayor que los otros, que no iba a poder mover solo. Sus conocimientos de maestro albañil no le alcanzaban para descifrar el sentido de aquella piedra. No se correspondía con las que se estaban retirando. No tenía una finalidad específica y allí estaba, absurda, fuera de lugar.

Cuanto más pensaba en ello menos sentido le encontraba. Aquella piedra no soportaba ningún peso y, sin embargo, era mayor que las demás. ¿Para qué serviría?. Iba a llamar a sus compañeros para pedirles ayuda cuando una idea surgió en su mente. Quizás aquella piedra sirviese para sellar la entrada a algún recinto. Tal vez una bodega o sótano que la humedad del subsuelo hubiese convertido en inservible y que los antiguos ocupantes del lugar hubiesen decidido abandonar definitivamente. Pero entonces, si allí abajo había alguna cámara tendrían que abrirla para cegarla, ya que los nuevos muros no deberían sostenerse sobre suelo falso. Eso era, tendrían que abrir la cámara, si es que la había.

Llamó por fin pidiendo la ayuda que necesitaba y fue respondido con comentarios despectivos sobre su falta de competencia y sobre su virilidad. Sólo cuando el encargado de las obras Josep Soler, antiguo socio de Enric, que era uno de los que más le reprochaba su dejadez, escuchó las razones del antiguo maestro, accedió a enviarle a cuatro peones a los que puso bajo sus órdenes ante sus miradas de sorpresa.

Tras seguir sus acertadas instrucciones, empleando palancas de hierro, consiguieron despegar el bloque de su emplazamiento y al sacarlo vieron durante unos instantes una escalera que descendía hacia la oscuridad, tal como había supuesto Enric. Mientras decidían quién iba a adentrarse en la oscuridad, al tiempo que preparaban una antorcha, les sorprendió un estruendo. La tierra parecía abrirse a sus pies y alguno de los albañiles estuvo a punto de ser tragado por la boca que se abrió en el suelo. Cuando se posó el polvo y se recuperaron los ánimos pudieron ver, a la luz del sol, una estancia circular en la que destacaban unas extrañas planchas oscuras que bordeaban las paredes ahora a la luz. En el centro el cuerpo de un hombre boca arriba, extendía brazos y piernas señalando las planchas que le rodeaban. Los más jóvenes se abalanzaron a la cámara y pudieron comprobar que al cuerpo que apenas había empezado a descomponerse le faltaban los ojos. Más tarde descubrieron con repugnancia que estos estaban en el interior de los puños cerrados del muerto. Por otra parte ninguna herida parecía haber sido causante de la muerte de aquel desgraciado. Alguien insinuó que por la expresión crispada de su rostro tal vez hubiese muerto de miedo. Cuando fue expuesto a la curiosidad pública y se vio rodeado de innumerables vecinos

nadie fue capaz de reconocerle, hasta que una voz temblorosa y familiar surgió de un recién llegado convenciendo a todos los presentes

-Es el Chono. -Es el Chono, dijo Aureli el Bobo.

Tomás Montagud, conoció la noticia apenas llegó a la ciudad. Nadie hablaba de otra cosa. El ambiente general era de gran satisfacción por la muerte del miserable pero lo que más movía a comentarios era lo extraño del lugar en el que había aparecido muerto y, sobre todo, la causa desconocida de su muerte. Todo el mundo opinaba, y como es natural, cada uno daba una versión diferente de lo que podía haber sucedido, pero al final, todos estaban de acuerdo en considerar una bendición la muerte del asesino de Carmeta Forner y de la frustrada violación de Estrella Iñigo.

Fray Tomás acudió directamente a la casa de Batiste Fuster donde le aguardaba impaciente la Mora. Pocas noches de angustia e incertidumbre recordaba como aquella en la que se veía sucesivamente unida a Tomás y separada de él por un destino inmisericorde que vestía el hábito de los Jerónimos. Al verle aparecer por la puerta siempre abierta de la casa del carpintero se arrojó a sus brazos cubriéndole la cara de besos para incomodidad de los padres de Gafarró que todavía no habían asimilado como su hijo el nuevo estado de aquel hombre al que consideraban un santo.

Gafarró, como no podía ser de otra forma, estaba con Estrella en casa de esta, aguardando el regreso de Ferrán que suponían inminente para concertar el inmediato matrimonio que no querían demorar más bajo ningún concepto, especialmente después de lo vivido en los últimos días. Cuando les llegó la noticia del descubrimiento del cadáver del Chono quisieron ir a comprobar con sus propios ojos el final del último protagonista de su pesadilla reciente.

Allí les encontraron Tomás y la Mora que también acudieron a ser testigos del suceso del día, probablemente del año. Las sonrisas con las que se saludaron mutuamente les dejaron bien claro que la gestión de Tomás había transcurrido sin contratiempos y que para el hombre santo se abría una vida nueva. Una vida de la que Tomás y la Mora tenían que hablar abiertamente. Decidieron regresar a la casa de Gafarró. Caminaban completamente felices. Sólo a Tomás se le ocurrió pensar con vergüenza que una buena parte de

aquella felicidad la provocaba la muerte de un ser humano, aunque el Chono apenas mereciese tal calificativo.

Una vez que fue retirado el cadáver del Chono, el grupo de curiosos que se había acumulado junto a la cámara descubierta se fue retirando. Incluso los trabajadores de la obra creyeron que el acontecimiento merecía un descanso para comentar y especular sobre lo que podía haber pasado. Enric quedó sólo junto a la cámara preguntándose por el sentido de aquellas planchas de metal feo armónicamente dispuestas formando un círculo. Las miraba ensimismado cuando distinguió un brillo dorado entre las huellas que habían dejado en el polvo los que habían descendido para recoger el cuerpo del Chono. Antes de bajar para recoger lo que provocaba aquel brillo supo que había cambiado para siempre su suerte porque acababa de encontrar un tesoro. Lo que no podía imaginar era su incalculable valor.

8

En Xeraco, una pequeña villa al norte de Gandía, Ferrán Iñigo y su cuadrilla de trabajadores había terminado el trabajo para el que se le había contratado. Solamente les faltaba cobrar sus jornales. Estaba deseando volver a su casa y encontrarse de nuevo con su familia, especialmente con su hija mayor, Estrella, a la que había dejado bastante intranquila por el destino incierto de su prometido. Aquel muchacho adoptado por el carpintero le gustaba. Tenía la seriedad que cualquier padre desearía para el marido de sus hijas y era buen trabajador, respetuoso con los mayores y, sobre todo, amaba a su hija con toda el alma y esto, aun no siendo suficiente para cualquier otro padre, a él le parecía su virtud más importante. Sabía lo que había sucedido en la taberna del tío Josep en el incidente con los soldados, y aunque consideraba que la actitud del muchacho había sido más que correcta, no tenía demasiadas esperanzas sobre su futuro. Su pesimismo le hacía desear estar con más fuerzas junto a su hija porque sospechaba que le iba a necesitar más que nunca. Así pues, dos horas después del amanecer, deambulaba algo impaciente frente a la taberna que había cerca de la playa, que les había servido de base de intendencia para proveerse en los días en que estuvieron

trabajando los campos del rico terrateniente, mientras sus hombres le miraban aburridos, apoyados en una de las paredes de la modesta construcción.

Más tarde de lo que había previsto, le vio llegar a caballo seguido de dos criados. A Dalmau de Villena le gustaba demostrar su condición de potentado y vestía con la exageración que quien no ha sido rico de cuna. Los mejores vestidos y las joyas más ostentosas adornaban su cuerpo más bien escuálido proclamando a los cuatro vientos el poder económico de quien los vestía.

Descendió del caballo seguido de sus criados que se apresuraron a sujetar las riendas. Se acercó a Ferrán sonriente, satisfecho por el trabajo que le habían hecho y dispuesto a pagarlo generosamente. Hizo que Ferrán le prometiera ponerse a su disposición en el futuro pues deseaba incrementar sus campos de naranjos y no había conocido a nadie mejor que él para que los atendiese cuando fuera menester. Ferrán aceptó halagado.

Quiso Dalmau convidar a Ferrán y a su cuadrilla a tomar unas jarras de vino para celebrar el trato lo cual animó de inmediato a los peones que estaban escuchando la conversación. Pero Ferrán declinó el ofrecimiento cortésmente. Estaba impaciente por salir de regreso a Alzira. Y no era sólo por su hija. Un sexto sentido le conminaba a alejarse de aquel lugar cuanto antes. Pero de nada le sirvió el presentimiento. Ya estaba despidiéndose del patrón ante el gesto de decepción de sus compañeros cuando cayeron sobre ellos.

El grupo de piratas de Said el Tuerto había llevado a cabo un nuevo intento de atacar alguna granja cerca de la costa para proveerse de alimentos que ya les escaseaban. Regresaban frustrados pues habían visto un grupo de soldados que patrullaban por las inmediaciones y sólo la voluntad de Alá había impedido que topasen con ellos. Más numerosos y mejor armados, hubiesen

masacrado a los piratas, a pesar de que su jefe se jactaba de tener a los hombres más valientes y aguerridos a sus órdenes. Entre ellos destacaba Alí el Arrancatestas, su favorito, un gigante negro al que Said había comprado cuando era un niño a unos traficantes de esclavos.

Cuando Said le encontró, Alí estaba atado de pies y manos en un rincón de la polvorienta plaza donde se realizaba la subasta de esclavos, pues sus dueños no podían controlarle de otra manera. Ni los latigazos podían calmarle. Ya se le veía fuerte y fiero a pesar de que solamente tendría ocho o nueve años. Sus ojos, dos manchas blancas en un rostro increíblemente negro, miraban con el fulgor de un odio que resultaba incongruente en un niño de su edad. Para los traficantes se había convertido en un molesto problema, ya que les exigía unas precauciones que hacían que su mantenimiento no les resultase rentable. Los curiosos que se acercaban a mirar interesados la peculiar mercancía se retiraban convencidos de que comprar a aquel niño sólo representaría para ellos comprar un auténtico problema. Said, en cambio, sólo vio en él todo el potencial que le podía dar en el futuro y que posteriormente había sobrepasado con creces sus más optimistas expectativas. Así pues lo compró a un precio excepcionalmente bajo que, no obstante, satisfizo enormemente a sus propietarios que vieron con alivio como Said, ayudado por sus hombres se llevaba al muchacho todavía atado de pies y manos. No le costó ganarse la voluntad del niño. Una vez en su casa, Said personalmente le alimentaba y le hablaba tranquilizadamente a pesar de que era evidente que el niño no le comprendía. Éste, mientras comía, miraba hipnotizado el único ojo de Said recordando al ídolo de su tribu, el dios de la guerra y de alguna manera iba aceptando, resignado al principio, agradecido más tarde el nuevo estado que había tomado su vida cuando aquellos hombres vestidos con las extrañas telas que todos en aquel lugar llevaban, llegaron al poblado de su familia y atraparon a la mayor parte de sus componentes, matando sin vacilar a los que se les opusieran.

Alí, arrancado brutalmente de sus raíces, empezó a considerar al Tuerto como su nuevo padre, como su nuevo dios. Y como los perros empezó a desarrollar una sumisión y una fidelidad que estaba más allá de todo lo imaginable. Fue creciendo descomunadamente en estatura y fuerza y Said le preparó para que fuese su arma de disuasión más efectiva. Al alcanzar la edad de ser considerado como hombre se había convertido en un gigante temible cuya sola

presencia bastaba para amedrentar a las víctimas de los ataques piratas y hacer que se sometiesen a las órdenes de Said sin ofrecer resistencia.

En su educación, el Tuerto sólo había fracasado en dos cosas: enseñarle el uso de las armas y hacer que vistiese ropas. En cuanto a lo primero era inútil y, según pudo ver pronto el maestro, totalmente innecesario. Cuando ensayaban alguna pelea usando espadas o cuchillos, Alí se desembarazaba de ellas como si fuesen un estorbo, y directamente atrapaba a su adversario por los brazos o por el cuello, haciendo inútil cualquier finta o intento de ataque por parte de éste. Desesperado Said renunció a intentar enseñarle cualquier técnica, reconociendo que, en definitiva, tampoco le hacía falta pues todo su cuerpo, dotado de aquella prodigiosa fuerza era el arma más temible.

En cuanto a la ropa, el problema era distinto. En su tribu hombres y mujeres vivían completamente desnudos y a Alí las telas que las personas vestían en su nuevo mundo eran el rasgo que más le había impresionado en su brutal encuentro, mientras paralizado veía como aquellos hombres mataban a su padre. Los hombres que les atacaban le parecían monstruos deformes que llevaban pieles de colores que flameaban según sus movimientos haciendo que cambiase su forma. Cuando lo atraparon, el contacto con las telas le produjo una sensación repugnante y ya para siempre relacionó el contacto con las telas, con la brutal experiencia de su niñez. Nunca soportó vestir las.

Para Said aquello fue un problema no menor. El muchacho en un principio deambulaba desnudo por la casa y cuando salía a la calle siguiendo a su amo, pero pronto el desarrollo físico alcanzó a su sexo y el muchacho no podía mostrarse exhibiendo su descomunal virilidad por lo que Said tuvo que esforzarse mucho para que el muchacho vistiese un taparrabos hecho de pieles de animales. Finalmente aquella peculiaridad favorecía los intereses del pirata pues mostraba a sus rivales la prodigiosa musculatura a la que se tendrían que enfrentar si pretendían resistirse a sus exigencias.

Los piratas berberiscos tenían cada vez era más complicado vivir de su oficio como habían hecho durante tanto tiempo. El rey de España estaba dispuesto a terminar con la piratería que sufrían las costas de levante y había reforzado la vigilancia. Construyendo torres de aviso, patrullando con cierta regularidad los puntos más sensibles de la costa y repartiendo patentes de corso para perseguir a los piratas en el Mediterráneo, había conseguido que los ataques

piratas quedasen reducidos a simples picotazos que apenas daban fruto a quienes los perpetraban.

Said recordaba vivamente la noticia que le dieron los supervivientes del grupo de Youcef el Viejo. Varios años atrás, en Cullera, habían topado con un grupo de soldados y habían sido ejecutados. Durante semanas las cabezas de los piratas habían saludado la llegada de las embarcaciones que entraban por la desembocadura del río en una muda advertencia a quien se atreviera a atacar la ciudad. Era el riesgo que corrían por llevar aquella vida de peligros y lo aceptaban, pero Said había querido ver con sus propios ojos lo que no quería creer. Habían remado en silencio durante la noche por la desembocadura, río arriba hasta que fueron recibidos por los rostros sin ojos de sus camaradas que les gritaban desde las orillas, en una mueca silenciosa, que se alejasen de allí. Quiso no obstante Said reconocer a los caídos y recorrió uno a uno los postes donde se erigían sus despojos. Allí estaban todos menos uno. Faltaba la cabeza de Al Garruf, el hijo del carpintero, el muchacho a quien Youcef había adoptado y de quien decían que era mucho más temible de lo que su aspecto anunciaba.

Desde entonces los piratas habían elegido otros rumbos menos peligrosos para perpetrar sus razzias. Pero cada vez eran menos los lugares donde podían obtener beneficio acorde con el riesgo que corrían.

Pero ahora, mientras regresaban al punto acordado para ser recogidos por su embarcación, que tras dejarles durante la noche, se había adentrado en el mar, para no ser avistados, habían tropezado con aquella taberna cuya existencia desconocían y, acercándose sigilosos estaban espionando la curiosa transacción que tenía lugar entre Dalmau Y Ferrán.

El hombre más viejo vestía con lujo y seguramente por ello debía ser hombre rico. Si lo capturaban podrían pedir un buen rescate por él. Era una práctica habitual el secuestro de comerciantes que navegaban por el Mediterráneo occidental, pero para piratas como Said aquello era un premio extraordinario ya que su embarcación no podía atacar los navíos en los que viajaban los comerciantes ricos y dado que normalmente atacaban casas de las afueras de las ciudades, no era lógico encontrar en ellas gente de semejante condición. Definitivamente, pensó, aquel día Alá les era favorable.

Así pues, tras ordenar con gestos a sus hombres un despliegue para rodear a su presa, los piratas tomaron su posición para el ataque. El objetivo principal era el hombre de ricas vestiduras y aquel con el que estaba haciendo la transacción y recibía con satisfacción las bolsas de monedas. Casi al mismo tiempo salieron de la vegetación que les ocultaba y amenazaron al grupo de campesinos y criados mientras sujetaban entre dos a un aterrorizado Dalmau. Ferrán tardó unos segundos más de la cuenta en reaccionar pues ni podía esperar semejante ataque, ni era hombre de armas. No obstante aún pudo tomar un hacha corta que empleaba para podar los árboles y esgrimiéndola sobre su cabeza fue capaz de herir a dos de los piratas antes de que Alí le dejase inconsciente al propinarle un fuerte golpe en la cabeza con su puño. Los peones, los criados y el tabernero asistían aterrorizados a la refriega, incapaces de hacer nada pues habían sido reducidos por los asaltantes.

El Jefe de los piratas, ordenó de inmediato degollar a los peones mientras empujaba al tabernero al interior de su miserable establecimiento a fin de incautarse de aquello que pudiese tener algún valor para ellos.

Uno de los peones, Carles Giner, que era el más joven de la cuadrilla, miraba hipnotizado al gigante negro que había dejado inconsciente a Ferrán de un solo golpe. Vio cómo arrancaba, literalmente y sin grandes esfuerzos, la cabeza a uno de sus compañeros y cómo la sangre de éste se escapaba a borbotones de su cuerpo decapitado y resbalaba por el reluciente pecho del gigante. Aquello le dio fuerzas para desembarazarse de quienes le sujetaban y salir corriendo, sin que los piratas pudiesen alcanzarle. Mientras huía horrorizado por la imagen de sus compañeros convertidos en manantiales pulsantes de sangre, le acompañaba el pensamiento absurdo de sus padres recriminándole por perder el tiempo en competiciones inútiles en las que apostaba, e indefectiblemente ganaba, a que nadie en la ciudad era más rápido que él, o en arrojar piedras, donde se le consideraba sin duda el mejor, pues nunca erraba un solo tiro a los blancos que se le señalaban.

Los piratas iban a dar cuenta de los criados cuanto Said, saliendo de la taberna con el escaso botín que había conseguido arrancar al tabernero antes de matarle, les ordenó que se detuvieran. Tenía que dejar testigos de que él, Said el Tuerto, era quien había secuestrado a su amo y a él tendrían que

dirigirse para conseguir su rescate. Ordenó que recogiesen todas las provisiones que pudieran cargar.

Los criados quedaron atados a un árbol mientras veían alejarse a la comitiva de piratas que arrastraban a un lloriqueante Dalmau y a un inconsciente Ferrán. Por un momento Said pensó que tal vez éste no valiese la pena como cautivo y consideró la idea de matarle también. Finalmente decidió llevarlo. Parecía fuerte y en Argel le darían como mínimo un buen dinero vendiéndolo como esclavo. No sabía que acababa de cometer el por error de su vida.

10

El abuelo Joan descansaba en su casa satisfecho. Estaba feliz por Estrella. Sabía que todo había terminado con bien y recordaba satisfecho cada detalle del incidente con el Chono. Se enorgullecía de su actuación. Por unos momentos se había convertido de nuevo en el soldado que fue, enfrentándose, con valor y con las fuerzas que hacía mucho que había dado por perdidas, a aquel miserable mucho más joven y fuerte que él. Y le había vencido. Y había salvado a su amada Estrella tal como soñaba en las historias que inventaba sólo para él. Por eso, a pesar de que había regresado a su triste realidad cotidiana, nada le impedía paladear aquellos momentos de felicidad, cuando alguien llamó a su puerta.

-Dos hombres quieren verle. -anunció la vieja que le atendía.

-¿Quiénes son? ¿Qué quieren? -preguntó extrañado.

-Únicamente me han dicho que quieren hablar con usted. Uno de ellos es el oficial que perseguía a los fugitivos.

-Diles que pasen -ordenó Joan mientras se incorporaba y componía torpemente su vestimenta.

-Con permiso -dijo el más viejo de los dos mientras atravesaba el umbral de la habitación donde descansaba el dueño de la casa.

-¿Qué queréis de mí? ¿En qué puedo ayudaros?, -repitió redundante.

-Disculpad nuestra intromisión. No queremos molestaros pero hay algo que quisiera preguntaros sin preámbulos. ¿No seréis por ventura pariente del Conde de Moncada, don Francesc Sunyer?

-¿Quién lo pregunta? -acertó a decir tras un largo instante de silencio mientras se esforzaba por escrutar con su escasa vista el rostro de aquel anciano que le interrogaba. Poco después, un torrente de recuerdos olvidados se agolpaban en su mente haciéndole sufrir todo aquello que durante años se había esforzado por olvidar y al mismo tiempo llenándole de gozo por aquel retorno completo de su pasado.

11

TARRAGONA, 25 AÑOS ANTES

Joan Sunyer, descansaba en un rincón del recinto que le habían asignado en la posada que había cerca del camino real hacia Valencia. Una sensación de fatiga, amargura y fracaso le acompañaba desde que había sido expulsado del ejército por haber matado a aquel teniente en el norte de Francia. Tras la victoria que él había procurado a su batallón después de tantos fracasos se le había revuelto la conciencia al ver a aquel lechuquino miserable que se disponía a violar a unas pobres muchachas. Había reaccionado de forma impulsiva. Todavía corría por sus venas el furor del combate y casi sin haber salido de la disyuntiva continua de matar o morir, no había imaginado en aquel momento otra manera de evitar la fechoría. Pero ni siquiera ahora tenía una clara sensación de arrepentimiento. En el fondo pensaba que

volvería a hacerlo de nuevo si se le presentase la ocasión. Sólo lamentaba las consecuencias que aquella acción le había acarreado. Juzgado sumariamente, solamente su intervención decisiva en la victoria obtenida le había salvado la vida. El Marqués de Matallana, a pesar de que el teniente muerto era su protegido, no se había atrevido a ejecutar al héroe de la jornada. No le convenía contrariar a la tropa y había optado por una solución salomónica: Le expulsó del ejército, degradándole y confiscando las pagas que se le adeudaban.

Pero Joan no lamentaba la pérdida de su dinero. Su familia era una de las más ricas de Valencia y allí se dirigía. Únicamente le dolía haber sido expulsado de la vida a la que se había entregado y por la que había consumido los mejores años de su existencia. El ejército lo era todo para él. El riesgo, la camaradería, el homenaje continuo al valor y el servicio a su Patria y a su Rey eran las cosas por las que en su juventud había decidido alistarse. Ni las fatigas y penalidades de la vida militar ni la horrible muerte de sus camaradas más queridos había calmado su sed de aventura. Por el ejército había renunciado a todo, incluso a su madre y ahora había sido expulsado y devuelto como un material defectuoso a la vida civil a la que no sabía si se podría adaptar.

Llevaba años sin ver a su madre, doña Úrsula. Además, su oficio militar le impedía mantener un contacto regular con ella. Era una mujer hermosa, incluso en su madurez, cuando la mayoría de las mujeres ya han perdido interés por su aspecto. Ella, en cambio, se procuraba los afeites más caros y los

vestidos más ricos, y quienes la envidiaban murmuraban que debía tener un pacto secreto con el Maligno que la mantenía mucho más joven de lo que a su edad correspondía. Joan sabía que aquellas habladurías sólo respondían, efectivamente, a la envidia e incluso presumía ante sus amigos de tener la madre más hermosa.

Ahora en su rincón de la posada, evocaba su rostro y anhelaba encontrarse de nuevo con ella. Era ya la única familia que le quedaba. El único lazo de afecto que ataba su corazón tras la pérdida de su hermano mayor Andreu. El caballero de la Orden de Montesa había desaparecido tras el vergonzoso incidente con el Gran Maestro de la Orden, sorprendido en acto de sodomía y que había terminado con la independencia de la misma al ser incorporada a la Corona por Felipe II.

El aburrimiento y la fatiga del viaje estaban ganando su ánimo para conducirlo al sueño, cuando una cierta algarabía impropia de la hora y del lugar le espabiló. Oyó decir a unos comerciantes que estaban junto a él que había llegado Pere el Clarividente y que seguramente les aguardaba una noche entretenida.

Un poco molesto por aquella inesperada perturbación de su descanso, Joan no dejó de sentir cierta curiosidad y miró con interés a un anciano recién llegado que era guiado por dos mozas de la taberna, pues era evidente que no veía bien. Joan no dejó de observar cómo las palpaba abiertamente mientras se dejaba llevar sin que las mozas, tal vez habituadas a semejantes tocamientos, opusiesen la más mínima resistencia.

Supo Joan más tarde que el anciano era un antiguo monje del Monasterio de Poblet, en cuya biblioteca había leído más obras de las que su inteligencia había podido digerir. Había sido expulsado por sus superiores que veían en su extraño comportamiento la influencia de Satanás que, a través de alguna de aquellas obras profanas que acostumbraba a leer, le había insuflado poderes que repugnaban a la vida monástica. Lo cierto es que el antiguo monje parecía capaz de leer las mentes de quienes le rodeaban y descubrir sus más íntimos secretos. Sin embargo nunca empleaba aquella habilidad en hacer daño a nadie ni en conseguir ventaja sobre otros. Lo mostraba como una especie de espectáculo con el que se ganaba la vida decentemente. Además contaba entretenidas historias con las que encandilaba a su audiencia en plazas, ferias y posadas por lo que era bien recibido allá donde le conocieran.

Le sentaron en una silla puesta apresuradamente en el centro de la estancia. El Posadero le presentó a la concurrencia de forma tan pomposa que más bien pareciera que se estaba burlando de él, aunque no fuese así. Tras un breve silencio Pere dirigió sus ojos sin vida a quienes le rodeaban, a pesar de que apenas podía verles. Se detuvo un instante en Joan que empezaba a estar más que intrigado. Luego continuó hasta detenerse en un individuo hosco y malcarado que estaba cerca de Joan y tras una mueca de sorpresa, el viejo esbozó una sonrisa triste y continuó mirando a su alrededor como si buscara aquello que sus ojos no podían ya ofrecerle.

El silencio expectante se estaba haciendo insoportable para Joan que sentía, a su pesar, que estaba más interesado en lo que allí ocurría de lo que la lógica

puédesse recomendar. Por fin, el viejo comenzó un relato que inmediatamente encandilo a su audiencia

LA REINA VIUDA

Hace algunos años, en un país no muy lejano, vivía una hermosa reina que tras haber tenido dos hijos varones, enviudó siendo aún muy joven.

Dicen que no lloró demasiado la pérdida de su marido el Rey pues éste, bastante mayor que ella, apenas la contentaba en la cama. La Reina era una mujer ardiente y la mayoría de las noches dormía en sus aposentos privados donde ella misma se procuraba la satisfacción que su marido casi nunca podía darle. Ni siquiera el nacimiento de sus hijos cambió su naturaleza y su obsesión por los placeres carnales fue creciendo hasta convertirse en una necesidad dolorosa.

Al morir el Rey, siendo sus hijos pequeños, asumió la regencia y pronto le asediaron aspirantes al trono que buscaban compartir su poder y su cama. Había algunos que, dada su hermosura, anhelaban más lo segundo que lo primero. Pero ella los rechazaba a todos. Sabía de sus necesidades y no quería encadenarse a nadie que probablemente no sería capaz de satisfacerlas. Así pues, había tomado una decisión: no volvería a casarse. Tendría de esa forma el poder y la libertad para elegir a sus amantes y para cambiarlos siempre que quisiera. Y así lo hizo.

Aún colgaban los lutos en los salones de su palacio cuando, incapaz de resistirse un solo día más, empezó a entregarse a su pasión con desenfreno. Para conseguir sus propósitos contaba con un viejo chambelán, fiel como un perro,

que la conocía desde su niñez pues ya había estado al servicio de su difunto padre. Éste hacía de alcahuete forzoso y le procuraba aquellos mozos al servicio de palacio que la reina le solicitaba. A esta no le importaba su condición. Tanto valía si eran soldados de la guardia o mozos de cuadra. Sólo el vigor de sus cuerpos jóvenes y la promesa de satisfacción que estos contenían eran los méritos que les hacían acreedores del premio que les aguardaba.

El procedimiento casi siempre era el mismo. El chambelán se acercaba discretamente al elegido por la reina y le comunicaba que esta le aguardaba en sus aposentos pues tenía que hacerle un importante encargo. Debían presentarse limpios y compuestos pues así lo requería la dignidad de la gran señora. Confundidos, los elegidos se apresuraban a acudir tal como se les había indicado para encontrarse con la mayor sorpresa de su vida. La reina les seducía con facilidad y terminaba despidiéndoles con una buena recompensa económica y la amenaza de guardar estricto silencio sobre lo ocurrido si querían conservar la vida. Y así sucedía. Los afortunados se retiraban contentos y con la expectativa feliz de volver a cumplir la misma misión más adelante. Algunos incluso se sorprendían de que se les llamase de nuevo cuando apenas habían transcurrido unas horas y casi no podían cumplir con su menester. Otros en cambio esperaban inútilmente que se les volviese a llamar porque no habían cumplido las expectativas de su señora.

El problema era que algunos se enamoraban de la reina y de alguna manera, considerando que al tenerla en la cama les asistía algún derecho, se atrevían a comunicárselo tímidamente. La reina, temiendo verse sometida a algún

escándalo, no dudaba en ordenar que fuesen eliminados. El chambelán les encargaba alguna misión lejos de palacio de la que nunca regresaban. La servidumbre era extensa y no necesariamente estable. Los que desaparecían figuraban como despedidos, como huidos tras robar en palacio o simplemente como muertos víctimas de algún salteador de caminos.

Así transcurrieron los años en los que la reina gozó del sexo como ningún ser humano en la tierra haya gozado jamás. Y para envidia de quienes la conocían su cuerpo parecía no envejecer, como si su pasión constantemente satisfecha, obrase como un elixir de eterna juventud.

Sus hijos crecían ajenos a las aventuras de su madre. Sin embargo cuando el mayor se adentró en la adolescencia fue enviado por su madre a misiones de embajada a países lejanos donde aumentase su prestigio y se preparase para sucederla en el futuro. Lo que en realidad quería la reina era que sus más íntimos allegados no tuvieran conocimiento de su vida secreta. Desgraciadamente en uno de sus viajes el heredero desapareció y nunca más se supo de él. La reina sufrió como madre la pérdida y para procurarse consuelo redobló con una energía casi febril sus esfuerzos amorosos, hasta el punto de que casi no conseguía suficientes jinetes para cabalgar el potro incansable de su deseo.

Años más tarde fue su hijo menor quien llegó a la edad de conocer y entender y se convirtió en un nuevo peligro para sus fines. Enfrentada al dilema de que le ocurriese lo mismo que con su hijo mayor o de tener que renunciar a sus pasiones, pudo más su instinto de mujer que el de madre y volvió a enviar a

éste a nuevas embajadas para tenerle alejado y así poder desenvolverse con total libertad.

Poco después comenzó su desgracia. Paseaba por los jardines de palacio sola. Iba pensando, como casi siempre, en alguien con quien satisfacer su necesidad. Últimamente no quedaba completamente satisfecha. Y no era por falta de empeño o vigor en sus amantes. Le faltaba algo más. Algo que le despertase una pasión no sólo física sino espiritual. No. No era el Amor. Era un grado más de morbosidad pues últimamente el acto sexual se había convertido en una necesidad puramente biológica y la satisfacía como satisface el hambre quien come una hogaza de pan. Pero ella necesitaba algo más. Algo que despertase su instinto desde bien adentro. Algo morboso, prohibido. Más prohibido.

Y de pronto lo encontró. El Jardinero real estaba arreglando los macizos de flores ayudado por su hijo. Al notar la presencia de la reina se incorporaron precipitadamente haciendo continuas reverencias que no impidieron a esta ver el rostro del muchacho. El hijo del jardinero se llamaba Onofre. Acababa de cumplir catorce años y ayudaba a su padre desde hacía tres aunque la reina jamás había reparado en su presencia.

Quedó impresionada por la belleza de su rostro. El muchacho todavía imberbe tenía los cabellos dorados formando una maraña de bucles que enmarcaban unos ojos grandes y azules que la miraban con temor. Parecía un ángel. Un ángel sin sexo y eso fue lo que se clavó en su vientre como una daga de fuego. Tenía que poseer a aquel muchacho.

El chambelán torció el gesto por primera vez cuando oyó las exigencias de su reina. Aquello no era lo de siempre. La reina empezaba a desviarse de lo que para él no había sido hasta ahora más que una prodigiosa capacidad para el sexo. Pero aquel muchacho no iba a poder satisfacerla a no ser que su señora empezase a buscar cosas distintas. Cosas que al Chambelán no le gustaba imaginar. Intentó hacer alguna objeción a la orden de su señora pero la fiera mirada de esta acalló de inmediato su protesta. Agachó la cabeza en señal de sumisión y salió del aposento de inmediato dispuesto a cumplir sus instrucciones.

El muchacho y su padre se extrañaron por la orden del Chambelán e iniciaron casi al unísono una disculpa torpe por alguna falta que no eran conscientes de haber cometido. El Chambelán les atajó con un gesto y repitió escueto la orden. El muchacho debía presentarse en los aposentos de la reina debidamente aseado para no afrentar a su señora. Por supuesto tenía que ir solo.

Onofre se presentó ante el chambelán a la hora convenida. Siguió a éste a través de estancias cuya existencia ni siquiera llegaba a imaginar hasta que llegaron a una puerta que suponía que debía ser la del dormitorio de la reina.

El chambelán golpeó suavemente en el panel de madera ricamente adornado.

-Pasad -ordenó una voz desde el interior

-Majestad, aquí os traigo al muchacho tal como ordenasteis.

-Puedes retirarte. Y tú muchacho, acércate sin miedo -ordenó al hijo del jardinero que estaba aterrorizado por lo extraño de su situación.

La reina vio, ahora de cerca, su rostro inocente y su mirada limpia y sintió en sus extrañas encenderse el deseo como nunca antes lo había sentido. Iba a moldear a aquel muchacho que era todavía casi un niño a su antojo. Le convertiría en un amante perfecto que cumpliría dócilmente sus requerimientos sexuales. Pero no iba a ser en aquel momento. Quería saborear el proceso de transformación que se antojaba mucho más excitante incluso que la propia culminación.

Así pues, aquel día lo dedico a tener una charla amable con la que ir derribando el muro insalvable que les separaba entonces. Le preguntó por su familia, por sus sueños y aspiraciones y con mucha sutileza por sus amoríos de juventud. Pronto descubrió que el muchacho, como ya suponía, era virgen, lo que provocó una oleada de deseo que se esforzó en contener. Al cabo de una hora de charla en la que el muchacho poco a poco se iba sintiendo más cómodo, la reina le despidió indicándole que le volvería a llamar pues aunque era la reina, se sentía muy sola y en ausencia de sus hijos, no tenía a nadie con quien hablar llanamente.

El muchacho se retiró y mientras iba en busca de su padre que le esperaba más que inquieto, se preguntaba extrañado por el sentido de aquella reunión. No había entendido ni su propósito ni lo que la reina le había explicado de la soledad y del amor.

Dos días más tarde fue llamado otra vez. La reina apenas podía esperar a ver al muchacho de nuevo pero, como los buenos placeres, quería saborear aquel muy despacio. Aquel día se mostró más próxima al muchacho y se permitió

alguna caricia casual que el muchacho recibió como la picadura de una avispa por el temor reverencial que lógicamente sentía por su reina. Esta sonreía comprensiva. El muro que les separaba era demasiado grueso y demasiado alto para ser derribado en tan poco tiempo. A aquel encuentro siguieron otros y otros y pronto el muchacho empezó a sentirse cómodo en presencia de su señora y a manifestarse con naturalidad e incluso a reír abiertamente ante las bromas que esta le hacía.

Cuando llegó el momento que ella consideró oportuno se preparó a conciencia, se arregló con sencillez para resultar más cercana, soltó sus cabellos y los peinó con esmero añadiendo unas gotas de perfume de jazmín, que era la flor favorita del muchacho. Onofre, que ya disfrutaba de la compañía de la reina, llegó sonriente aquella mañana llevándole como presente un ramo de las rosas más bellas de los jardines de palacio. Se sorprendió al verla vestida de forma diferente y se atrevió a hacer un comentario elogioso sobre su aspecto. La reina le respondió con una sonrisa y tomándole de la mano le llevó a su lecho haciendo que se sentara a su lado. Cogió el rostro aún imberbe del muchacho entre sus manos y acercándolo al suyo le dio un beso húmedo en sus labios. El muchacho sorprendido intentó apartarse pero una fuerza extraña, nueva, se lo impidió y pronto se abandonó a una sensación desconocida y dulce que fue creciendo en su pecho. La mano de la reina acarició su muslo y fue subiendo lentamente hacia su entrepierna que empezaba a dolerle por la excitación y por la impaciencia. Al sentir la mano de la reina en ella explotó en una mezcla de placer y dolor que dejó al muchacho temblando con la mente en blanco. La reina notó el placer del muchacho y se retiró discretamente.

Complacida por ver que en muchacho efectivamente era virgen empezó a fantasear con los caminos que le iba a hacer recorrer y con el placer que aquello le iba a hacer sentir.

No pudo esperar al día siguiente. Aquella misma tarde le mandó llamar de nuevo y cuando el muchacho llegó le llevó directamente al lecho y sin palabras empezó a desnudarle mientras el muchacho se dejaba hacer mostrándole una prometedora erección.

Instruyó al muchacho en las artes en las que era más experta. Le enseñó formas y prácticas que él ni en diez vidas hubiese imaginado, y la torpeza y la fogosidad con que el muchacho afrontaba su vida amatoria fueron dominadas y modeladas a gusto de la maestra que gozó de la instrucción infinitamente más que su alumno. Al principio era la morbosidad de poseer la inocencia de la juventud y su inexperiencia lo que la hacía disfrutar, pero poco a poco aquella inocencia fue dando paso a una maestría que al estar hecha a su gusto, exclusivamente para ella, empezó a convertirse en la perfección que cualquier amante anhela. El muchacho era como ella misma por lo que su relación sexual se convirtió en una mezcla maravillosa de cópula y masturbación en la que el amante atendía a sus más íntimos deseos como si habitase en su interior. A tal punto llegó el placer que aquellos encuentros con el hijo del jardinero se fueron convirtiendo en una necesidad imperiosa para la reina que pronto aventajaron a las de comer, beber o dormir.

El muchacho, a medida que perdía la inocencia, rellenaba el vacío que dejaba en su corazón con malicia y esta pronto le hizo consciente de su

dominio sobre la reina que cada vez le mostraba más su dependencia. Así, poco a poco, fue asumiendo un papel dominador en su relación carnal y la reina iba viéndose reducida a un estado de esclavitud al que se entregaba de una manera consciente, casi deliberada.

Los asuntos de estado, competencia de la reina, que hasta entonces habían sido atendidos con más o menos diligencia, fueron abandonados en manos de sus subordinados que vieron en la pasión de la reina la oportunidad de obrar en beneficio propio. El reino empezó a perder peso ante los reinos rivales que pronto vieron la oportunidad de conquistarlo. Unos años más tarde una coalición de países vecinos invadió el reino y tras vencer una débil resistencia, y beneficiarse por la traición de los nobles que se apresuraron a ponerse al servicio de los nuevos amos, procedieron a repartirse las tierras y a desterrar a la reina a la que no quisieron matar pues ya no la consideraban un peligro permitiéndole llevarse una pequeña fortuna que le permitiese vivir con cierta dignidad el resto de sus días.

Efectivamente, a la reina nada le importaban aquellos asuntos y sólo vivía para entregarse a su pasión. El hijo del jardinero, sabiéndose dueño de la relación empezó a ponderar los inconvenientes que aquella situación le comportaba y una noche, mientras dormían en una posada, camino del exilio, tomó los objetos de valor que pudo cargar y abandonó a la reina. Esta al verse abandonada enloqueció y desde entonces, convertida en una vieja horrible, vaga por los caminos buscando unos ojos inocentes en el rostro de todos los muchachos que encuentra.

El relato terminó entre comentarios elogiosos de la concurrencia que había asistido embelesada al relato. Contagiados por la pasión de la reina, algunos huéspedes intercambiaban gestos de complicidad con las mozas de la posada que a cambio de algunas monedas solían servir de desahogo de los viajeros. Otros, más pobres o más tacaños, se aliviaban con disimulo bajo las mantas que les cubrían.

Joan Sunyer, en cambio sentía una sensación de desagrado por el relato que había escuchado. Sin saber explicar por qué, veía en aquella historia tientes de familiaridad que no tenían lógica alguna. Así pues, tras unos instantes de duda, decidió abordar al viejo de las historias que ya se había retirado.

Salió a un callejón que había en la parte trasera y pronto su instinto de soldado le puso en guardia. Unos golpes sordos y el ruido de un cuerpo al caer pesadamente sobre el suelo, seguido de un gemido lastimero le hicieron apretar el paso hasta la carrera que terminó bruscamente cuando casi tropezó con el cuerpo del anciano que yacía atravesado en su camino. Aún tuvo tiempo de ver a una sombra que se adentraba en la oscuridad huyendo del lugar.

Debatiéndose entre la disyuntiva de ayudar a la víctima o perseguir al agresor, una voz temblorosa de ayudó a decidirse por lo primero.

-No le sigáis. No tiene caso.

-Pero que os ha pasado. ¿Quién os ha atacado?

-Eso no importa ya. He llegado al punto que estaba escrito en mi destino y sólo me queda aceptarlo con resignación.

-¿De qué destino habláis? ¿Qué demonios de resignación?- Venga, levantaos. En la posada os atenderán como es debido.

Tomándole de las axilas intentó incorporar al anciano que se resistió con un gemido de dolor. Joan palpó su cuerpo en la oscuridad y pronto sintió en las manos la cálida viscosidad de la sangre que escapaba del cuerpo herido del Clarividente.

-Escucha. No hay tiempo que perder-, consiguió decir el anciano. -Tú vas a ser el depositario del Don.

-¿De qué Don estáis hablando? Contestó Joan que empezaba a reconocer en el herido el delirio de la muerte.

-El Don de la Clarividencia, que me fue entregado y que tenía transmitir a quien tuviera la imaginación suficiente para convertir en historias las sensaciones que recibiera y la honestidad necesaria para no obtener provecho de ellas perjudicando a los demás.

Cada vez más confundido Joan tomó instintivamente las manos de aquel hombre que era evidente que se moría. Y entonces ocurrió. Un hormigueo intenso recorrió sus brazos en una fracción de segundo y un fogonazo blanco deslumbró sus ojos dejándole conmocionado.

Cuando recuperó la visión pudo darse cuenta de que el anciano había muerto. Se incorporó lentamente dispuesto a pedir ayuda en la posada.

Mientras caminaba se dio cuenta de que sabía lo que había sucedido y lo que iba a pasar después. El individuo que estaba en el rincón de la posada era un malhechor que al ver al Clarividente había decidido robarle su dinero matándolo si era necesario. Mañana iba a morir en una reyerta en una taberna tras una discusión por una partida de naipes.

Joan Sunyer siguió su viaje al día siguiente hacia Valencia. Llegaría unos días más tarde para descubrir que su casa y su fortuna había desaparecido en manos de prestamistas y acreedores y que su madre, Doña Úrsula había muerto en la más horrible de las miserias tras haber vagado como una lunática por la comarca en busca de unos ojos que le leían el alma.

Desde entonces Joan vivió viajando sin rumbo fijo. El Don que había recibido pronto le hizo famoso y apreciado. Si algo le había sobrado desde siempre era precisamente la imaginación para inventar historias y la naturalidad para contarlas de forma sencilla. Por eso fue considerado como su antecesor como un personaje bienvenido allá donde fuera. Nunca le faltó el sustento pero fue notando que a medida que iba viendo con el alma todo lo que sucedía a su alrededor, iba perdiendo poco a poco la vista de sus ojos. Por eso cuando llegó a Alzira, lo hizo casi de incógnito pues no quería continuar su vida errante. Sabía además que en aquella ciudad iba a cerrar el círculo de su vida. Compró una casa en la calle de los carniceros. Había servido de vivienda y comercio para su propietario aunque desde hacía mucho sólo se utilizaba como vivienda. Una vez instalado, estando solo, caminó hasta un rincón del patio donde descubrió lo que ya sabía que iba a encontrar. Una tinaja llena de

monedas de oro que le iba a permitir vivir holgadamente aguardando la llegada de su pasado. Del pasado que tenía ante sus ojos casi muertos.

12

En casa de Estrella empezaba a reinar la inquietud. Ferrán, su padre estaba tardando más de lo previsto. No era raro que se retrasase algún día cuando salía fuera de la ciudad a cumplir con sus encargos. Pero aquel retraso no era normal. Las esposas de los peones que le acompañaban acudían a su casa esperando tener alguna noticia y se retiraban frustradas por la falta de ellas. Sus comentarios no hacían más que aumentar el temor de la familia Iñigo, especialmente de Estrella que unía al temor por la suerte de su padre la impaciencia por concertar su boda cuanto antes. Temía que surgiese alguna nueva incidencia que impidiese vivir con su amado.

Cuando vio el rostro desencajado de Carles Giner que seguido por sus padres entraba en su casa, supo que una nueva desgracia amenazaba su futuro.

Carles, tras escapar de los piratas, había corrido casi sin descanso desde las playas de Xeraco y aunque había llegado exhausto, tras avisar a sus padres se había dirigido a la casa de su jefe para comunicar la noticia.

La madre de Estrella se desmayó al saber la noticia y sus hermanas la rodearon de inmediato compitiendo en llantos. Estrella salió en silencio en busca de Gafarró.

13

Mar adentro Ferrán Iñigo vagaba entre la inconsciencia y el dolor. El vaivén de la barca en la que se encontraba coincidía con las pulsaciones de dolor que asaltaban su cabeza en oleadas regulares. En los momentos en los que recuperaba la consciencia pensaba que era el movimiento el que le provocaba

el sufrimiento y deseaba con todas sus fuerzas permanecer quieto, como si la quietud fuese a procurarle el alivio. Oía el gimoteo quedo de Dalmau y pensaba en absurdos delirios que estos respondían a un trabajo incorrecto en sus campos y se extrañaba de que en lugar de recriminarle airadamente, se dedicase a gimotear como un niño desvalido. De vez en cuando unas voces desabridas le ordenaban callar hablando en su idioma con un acento peculiar que de alguna manera le recordaba el que en ocasiones creía distinguir en su futuro yerno, Gafarró. Al pensar en él una oleada de inquietud se añadía al dolor de su pobre cabeza y como resultado de la combinación, desfilaban por su mente imágenes absurdas de enanos vestidos de blanco que le anunciaban con una vocecita engolada que el abuelo Joan triunfaba sobre el Mal mientras que de los naranjos de Dalmau surgían naranjas enormes llenas de gusanos con la cabeza de alguien que le resultaba desagradablemente familiar y al que le faltaba una parte de la oreja derecha.

Said el Tuerto, apenas podía creer la suerte que había tenido. Las joyas que aquel mequetrefe exhibía sin pudor le iban a reportar una ganancia considerable y le prometían un rescate que quizás le permitiese vivir el resto de su vida con comodidad, sin tener que arriesgarse a enfrentarse con los corsarios que se estaban convirtiendo en una pesadilla para los piratas.

Navegaban a vela, lejos de la costa para evitar ser avistados por sus enemigos. Quería llegar a Argel cuanto antes. Solamente tocarían tierra para proveerse de los alimentos y el agua que necesitasen para la travesía. Oteaba el horizonte con su único ojo, que según sus camaradas veía más que cualquiera de sus hombres con la vista completa, buscando indicios de alguna amenaza. Faltaba bastante para el anochecer cuando la encontró. Una galera corsaria se dirigía hacia ellos en trayectoria diagonal. Probablemente buscaba el puerto de Gandía que ellos habían dejado atrás en su camino hacia el sur. No era probable que les hubiera visto dada la distancia que les separaba y lo pequeño de su embarcación, pero Said no quiso tentar a la suerte y ordenó de inmediato que sus hombres se pusieran a la boga para acelerar su marcha. Afortunadamente se hallaban cerca del cabo que los cristianos llamaban de San Antonio. En sus impresionantes acantilados los piratas sabían encontrar huecos inaccesibles donde esconderse de sus enemigos. No le sería difícil llegar a alguno de ellos. Definitivamente, Alá estaba de su parte.

Los ancianos se habían reconocido. Andreu Suñer veía en aquel anciano desvalido la imagen que su mente conservaba de su difunto padre. Le costaba creer que aquel viejo fuese el hermanito que contaba historias en la cocina de su casa en Valencia. El endemoniado mocoso tenía gracia para inventar historias de héroes y de amor, de brujas y de santos con las que encandilaba a las criadas que le rodeaban boquiabiertas mientras el niño, en tono solemne recitaba sus fantasiosos disparates. Ahora le veía viejo y acabado sin pensar que él mismo era todavía mayor. Bien es sabido que el espíritu envejece mucho más lentamente que el cuerpo y que a veces nos cuesta reconocer como propia la imagen con la que nos insulta el espejo. Pero no había duda, aquel hombre era su hermano menor Joan Sunyer.

El abuelo Joan no reconoció en la imagen tenue que le llevaban sus ojos velados al hermano perdido. Fue su Don el que hizo saber que el caballero de la Orden de Montesa, Andreu Sunyer, que había ocupado en su infancia el lugar de referencia moral que correspondía a su difunto padre estaba otra vez en su presencia, esforzándose en mantener un porte que ni su edad ni su físico le permitían. Transcurrieron unos instantes de embarazoso silencio hasta que los ancianos se fundieron en un abrazo inundado de lágrimas de felicidad por el encuentro y de añoranza por el tiempo perdido.

Supo en aquel abrazo el abuelo Joan que los días de su hermano estaban contados y que éste sólo había vivido para poder reencontrarse con él.

El capitán Martorell asistía más emocionado de lo que esperaba a aquella feliz escena, sintiendo de alguna manera que aquella situación no le era totalmente ajena. En un momento dado, tras deshacer el abrazo, el abuelo Joan dirigió hacia él su mirada vacía y le dijo con autoridad

-Soldado Martorell. ¿Es que no reconoces a tu capitán?

Y entonces lo supo todo sin más explicaciones. Ante él, como un milagro, estaba el Capitán Sunyer, el héroe de la batalla que supuso para él su bautismo de fuego y al que siempre tuvo como modelo. Él le había demostrado

que a pesar de la crueldad, de los saqueos y de la cobardía de algunos, la vida militar no tenía que ser el pretexto para los infames, sino todo lo contrario, aunque hubiese que pagar el más alto precio. En su ejemplo se había forjado la fama del capitán. Justo y entregado a los fieles y valientes, se mostraba despiadado con los cobardes y los negligentes. Así había sido y así sería hasta su muerte.

-Capitán. Capitán Sunyer.- Sólo acertó a decir uniéndose a él en un abrazo torpe, como el de un hombre que sabe poco de afectos, y el anciano se regocijó por el encuentro que su Don no le había anunciado.

La totalidad del día transcurrió en contarse los hermanos reencontrados sus peripecias y avatares. Las risas y el llanto se alternaban en el vaivén de emociones que surgían de sus curiosos relatos. Parecía que quisieran rellenar en unas horas el vacío de toda una vida. En algún momento, el capitán quiso retirarse, viéndose actor secundario en aquel feliz reencuentro, pero los hermanos se lo impidieron. Especialmente el abuelo Joan que de alguna manera sabía ahora que su participación en aquella obra estaba todavía lejos de terminar.

El narrador de historias pidió al capitán que fuese su huésped por aquella noche. Su hermano Andreu, evidentemente se quedaría a vivir con él, dado que era su único familiar y nada quedaba de su patrimonio en Valencia.

A la mañana siguiente, el capitán se despidió de los hermanos con cierta pena. Tenía que reincorporarse a su responsabilidad en el castillo de Cullera. Sabía que aquello significaba volver a la rutina y al aburrimiento que su espíritu de aventura estaba lejos de anhelar, pero era su deber y, como no podía ser de otra manera, tendría que aceptarlo. Le aguardaba en la puerta de la casa el soldado que le había acompañado con su montura preparada. Martorell estaba casi restablecido por completo a pesar de que la herida que tenía no era menor. El capitán apenas se había cuidado pero su cuerpo, como si tuviera voluntad propia, se había esforzado en suplir con eficacia los cuidados que su dueño no le había procurado. Nunca hubiera creído, si alguna mente calenturienta hubiese sido capaz de imaginarlo, que Carmeta Forner estaba dentro de su herida sanándola eficientemente para que estuviese listo para ayudar a aquel a quien tanto había amado.

Lo cierto es que ahora se sentía fuerte y preparado de nuevo para aventuras que aún no sabía que le estaban aguardando a la vuelta de la esquina.

El capitán Martorell no podía marcharse sin despedirse del muchacho al que debía la vida y se encamino hacia su casa.

Lo encontró en medio de su calle, abrazando a su novia que, entre sollozos y balbuceos, le informaba del secuestro de su padre. Un muchacho alto y delgado puntualizaba los datos que Estrella comunicaba a Gafarró pues había sido testigo del secuestro y había conseguido escapar milagrosamente. Ahora solamente les quedaba esperar a que llegase la petición de rescate por parte de los piratas.

Podía tardar meses, años, o incluso no llegar. Esta era transmitida por órdenes religiosas que se dedicaban a la redención de cautivos y que movidos por la piedad, actuaban como intermediarios imprescindibles para que se realizase.

Carles Giner, que de alguna manera parecía sentirse culpable por haber conseguido escapar, indicó que el jefe de los piratas era un hombre de edad algo avanzada que llevaba un parche en el ojo. Gafarró dio un respingo y afirmó mirando al capitán que le observaba desde lo alto de su montura

-Sé quién es y dónde podría encontrarle con un poco de suerte.

El capitán Martorell supo en aquel instante quien era aquel muchacho. Todas las piezas que no le habían encajado en los días anteriores tomaron su lugar componiendo el cuadro que Martorell no había sabido ver. Aquel muchacho era un pirata. El hijo de un carpintero no podía luchar como él había visto luchar al muchacho. Cómo y por qué había llegado hasta allí era otro asunto. Por un instante, su sentido del deber le hizo pensar en arrestarlo inmediatamente pero algo se lo impidió. Tal vez cuanto todo esto acabe. O tal vez no, pensó mientras descendía de su caballo.

Said el Tuerto y Youcef el Viejo eran rivales encarnizados, aunque sus enfrentamientos nunca habían sido cruentos. Navegaban las mismas aguas y se disputaban los mismos objetivos. Quien atacaba primero era el único que podía obtener alguna ganancia. Tras el ataque la zona se convertía en tierra quemada donde nada tenían que hacer durante cierto tiempo. También competían por los refugios que les permitieran esconderse de las galeras corsarias que les hostigaban continuamente. Eran pequeñas calas escondidas entre las rocas de la costa donde las galeras no tenían acceso, ni siquiera sospechaban de su existencia. Pero alguna de ellas no tenían cabida para más de una embarcación por lo que el que la ocupaba, vetaba la posibilidad de esconderse a las otras. Gafarró conocía aquellos refugios. Si se daban prisa podrían sorprenderle en alguno de ellos.

Tomás Montagud y la Mora asistían horrorizados a la noticia que se desarrollaba ante la presencia del vecindario, que profería gritos de indignación y lamentos por la suerte de la joven pareja y pensaban que un nuevo obstáculo crecía ante su inminente felicidad. Habían planeado como tendría que ser la nueva vida que iban a iniciar juntos, aunque eran conscientes de que no podían llevarla a cabo en aquel lugar. La gente estimaba a Fray Tomás y difícilmente admitiría verlo como un laico unido a una exprostituta. Había él pensado en mudarse a Carcaixent, pero la Mora no se sentía capaz de enfrentarse a su pasado. Demasiados recuerdos dolorosos le impedirían ser feliz. Valencia era una muy buena opción pero Tomás no quería relacionarse con su familia. Los años pasados en el monasterio a partir de la muerte de su madre y el absoluto desinterés de su padre, ya fallecido, y hermanos hacia él le hacían pensar que no iba a ser bien recibido y Tomás, que no les guardaba ningún rencor, no quería imponerles su presencia. Tampoco les necesitaba. Quizás en la vecina Algemesí pudiesen comenzar una vida nueva donde vivir con la habilidad para el comercio del ex monje. Era lo ideal. Allí no eran conocidos pero estaban lo suficientemente cerca de Alzira para no perder los lazos con Gafarró y su familia a la que Tomás y la Mora consideraban como propia.

Pero ahora Gafarró y Estrella les necesitaban. La nueva vida tendría que esperar.

EL FINAL

1

La embarcación de los piratas avanzaba ahora a remo. Said había ordenado desmontar el mástil y la vela pues no quería correr el riesgo de ser avistado y porque lo iba a necesitar para entrar en el refugio. La operación había sido más lenta de lo que él hubiese deseado porque el mar estaba algo picado y

ahora tenían que esforzarse en la boga para llegar a él cuanto antes. Azuzaba a sus hombres con amenazas y maldiciones y algún que otro golpe mientras forzaba su único ojo para encontrar la marca que le señalaba la entrada en la huidiza luz del atardecer.

Said lo conocía bien. Era una cueva que estaba prácticamente oculta por un desprendimiento de rocas que se había producido desde el acantilado. Estas tapaban la visión de la cueva desde el mar y sin embargo dejaban un estrecho desfiladero entre ellas y la pared vertical en el que podía entrar una embarcación pequeña. Además de Said el Tuerto, también había conocido el refugio Youcef el Viejo pero desaparecido éste, había quedado para su uso exclusivo. El problema para acceder a él lo planteaba el mar picado. El oleaje entre las dos paredes podía hacer que el nivel del agua subiese y bajase bruscamente más de dos metros y esto podía hacer que el mástil se rompiera contra el techo de la cueva, por eso con mala mar sólo se podía acceder con gran habilidad aprovechando los impulsos del remo combinándolos con expertos golpes de timón . Una vez dentro, la cueva terminaba tras un túnel irregular no demasiado largo en una pequeña ensenada donde la embarcación podía vararse en la arena y un grupo pequeño de hombres podían esconderse durante el tiempo que sus provisiones les permitiesen.

Ferrán salió de su estado de semiinconsciencia justo cuando empezaban a enfilarse el pasadizo entre las rocas y el acantilado que les conducía a la cueva refugio. Said había elevado el volumen y la vehemencia de sus imprecaciones y la pequeña embarcación se agitaba como un cascarón de nuez del que tirasen alternativamente la fuerza de las olas y la fuerza de los remos. Tumbado en el fondo de la barca, lo primero que vio fue una pared de roca que subía y bajaba vertiginosamente peligrosamente cerca de la borda. Al Otro lado de la barca, las rocas desprendidas del acantilado se movían al mismo compás. Mirando hacia arriba, acostado aún, vio sobre su cabeza otro muro negro enorme que ocupaba todo su campo visual y uniendo las rocas de los dos lados como una pantalla reluciente por el sudor. Le costó reconocer que aquello era la espalda de un hombre. Pero lo que más le llamó la atención, en su confusión, fue no escuchar el gimoteo continuo de Dalmau que, paralizado por el terror miraba con los ojos desorbitados los amenazadores muros de piedra que siguiendo los bandazos de la barca parecía que fuesen a aplastarlos como si fuesen las muelas de un molino descomunal.

Si hubiese sido hombre de mar, el padre de Estrella hubiese apreciado en su justa medida la pericia de aquellos piratas que conducían su pequeña nave con gran habilidad, a pesar de la enorme dificultad que les planteaba, como un desafío continuo, el cada vez más embravecido mar. No obstante no podía creer lo que ahora se disponían a hacer. A mano izquierda pudo distinguir una cueva cuya boca se abría y cerraba según el nivel de las aguas y los piratas maniobraban como si pretendiesen entrar en ella. A Ferrán por un momento se le antojó que la barca era un enorme cucharón de madera, lleno de carne, que se dirigiese a las fauces de un gigante de piedra insaciable.

Ya iniciaban la entrada cuando en un momento dado, en el que se encontraban peligrosamente cerca del techo de la cueva, una ola transversal les empujó contra la pared derecha rompiendo todos los remos de ese lado y dañando el casco de la embarcación que inmediatamente empezó a hacer agua por un boquete. Said ordenó que se cediera la mitad de los remos de la izquierda a ese lado y, bogando con desesperación, los piratas lograron que la embarcación, que se empezaba a hundir, se adentrara en la cueva lo suficiente para encontrar aguas más calmadas y alcanzar a ciegas la pequeña playa interior.

Exhaustos, los piratas, a duras penas consiguieron arrastrar la embarcación fuera del agua a pesar de contar con la extraordinaria fuerza de Ali. Said palpaba el costado dañado tratando de evaluar a oscuras los daños sufridos. Pronto se dio cuenta de que aunque no eran irremediables, le iban a retener durante algunos días. Afortunadamente en aquella cueva estaban a salvo. Tenían provisiones y agua para poder permanecer en ella el tiempo necesario para repararla. Así pues, ordenó a sus hombres recoger ramas secas y cañas arrojadas por el oleaje a la arena y que preparasen un fuego con el que cocinar algo. Tenían que reponer fuerzas para la tarea que les aguardaba el día siguiente.

Ferrán y Dalmau, atados espalda contra espalda, veían a la luz de la pequeña hoguera el recinto en el que se encontraban y consideraban que no tenían ninguna posibilidad de escapar. Dalmau, conmocionado, había dejado de gimotear y tal vez cavilase sobre su futuro, aferrándose a la posibilidad de pagar el rescate que por él se pidiera. Ferrán, más entero, no consideraba tal

posibilidad. Era pobre y lo más probable es que su destino fuese morir como esclavo en tierras infieles.

2

En la ciudad se había preparado una expedición para ir en su busca. A pesar de que muchos vecinos querían acompañar a Gafarró, el capitán Martorell, que de forma natural había asumido el mando, pensó que lo último que necesitaba era la intromisión de gentes sin experiencia militar que podían ser más estorbo que ayuda. Lo conveniente era partir cuanto antes al lugar donde pudieran encontrar a los piratas y conseguir la colaboración necesaria en la guarnición más próxima. Según las indicaciones del muchacho los piratas tenían un escondite en el cabo de San Antonio que estaba muy próximo al puerto pesquero de Denia donde había una importante presencia militar. Así pues, ordenó que se preparasen de inmediato monturas y armas para él, para Gafarró y para el muchacho que les había traído la noticia porque éste, además de estar ansioso por volver, ya que, de alguna manera, se sentía culpable por no haber corrido la suerte de sus compañeros, podía ser útil para llegar cuanto antes al lugar del secuestro donde tal vez pudiera conseguir alguna información adicional. Con quien no contaba era con el monje, aquel individuo flaco y desgarbado que vestido ahora con ropas de laico insistía en acompañarles por encima de todo. Viendo que Gafarró lo aceptaba de buen grado y no queriendo perder más tiempo en discusiones, tras enviar a su soldado a Cullera para informar de su estado y de su nueva misión, ordenó iniciar la marcha de inmediato. Por indicación de Gafarró cargaron con todas la cuerdas que pudieron llevar.

La esperanza de Gafarró era ir al refugio que Said el Tuerto usaba habitualmente y confiar en la gran suerte de encontrarle todavía allí. El tiempo era el factor más importante. El único que podía darles la posibilidad de alcanzar a los piratas. Si no lo conseguían, si los piratas no lo habían necesitado y habían pasado de largo, las posibilidades de alcanzarles por tierra eran prácticamente nulas. Sin embargo Gafarró presentía que los iba a

encontrar. Aquella pesadilla en la que se había convertido su vida en los últimos días tenía que terminar con bien.

Galoparon sin descanso durante horas. Sus monturas respondían incansables al ritmo infernal que les imprimían sus jinetes. Sudorosos y temblorosos por el esfuerzo los caballos seguían la ruta hacia la comarca de la Valldigna a la que se estaban acercando de una velocidad que si los componentes del grupo hubiesen analizado mínimamente habrían entendido que no era natural. Como tampoco lo era que Tomás Montagud, el antiguo monje galopase con la habilidad del más consumado jinete. El espíritu de Carmeta Forner les acompañaba una vez más dando a los hombres y a las bestias la habilidad y la fuerza que la Naturaleza no les podía ofrecer. Sólo el instinto militar de Martorell impuso un descanso que ni los hombres necesitaban ni los animales parecían agradecer.

Gracias a Carles encontraron sin dificultad a la taberna de Xeraco donde se había producido el asalto. Abandonada tras la liberación de los criados de Dalmau por unos campesinos, y habiéndose llevado los cadáveres ninguna información útil parecía ofrecer, ni siquiera por las huellas pudieron hacerse una idea del número de piratas que habían intervenido. De todas formas, el dato más espeluznante lo aportó Carles cuando apareció sujetando de los cabellos la cabeza arrancada de uno de los hombres de Ferrán que no había sido recogida por los que habían retirado los cuerpos de las víctimas.

-“Pare tetro Satanás”- (Vade retro Satanás) dijo Tomás Montagud espantado, a quien su nuevo estado mental no había cambiado en lo más mínimo su absoluta incapacidad por el latín.

-Pero ¿Qué significa eso?- añadió asqueado el capitán que veía claramente que aquella cabeza no había sido cortada.

-Es Alí- dijo Gafarró lacónicamente.

Carles se sentó con la cabeza entre las piernas y empezó a llorar como un torrente todas las lágrimas que hasta el momento no había tenido tiempo de derramar.

La expresión de horror del rostro decapitado no permitió a Gafarró reconocer en un principio al pobre Bernat Furió, el carretero lenguaraz que le había

recogido años atrás en los pantanos cerca de Favara y que le había encaminado a la vida que ahora llevaba, o al menos que quería llevar.

Obedeciendo órdenes del capitán que fue quien primero se sobrepuso a la impresión, enterraron la cabeza del pobre Bernat y se pusieron de inmediato en marcha hacia Denia, para alcanzar si era posible a los piratas antes de que fuese demasiado tarde.

Dejando atrás la ciudad, llegaron al lugar que Gafarró conocía cuando casi anochece. La falta de luz no les impidió experimentar la sensación de vértigo que tienen quienes se asoman al brusco corte que la montaña sufre para dar lugar a unos acantilados impresionantes. El cabo de San Antonio se encuentra al sur de Denia separándola de su vecina, y a veces rival, Xabia y si no es ni mucho menos el punto más alto de la costa en aquellos rumbos, es sin duda uno de los más espectaculares por la verticalidad de sus muros que emergen de las transparentes aguas del mar.

Gafarró les había conducido con una seguridad que no creía que pudiera experimentar. Conocía el lugar pero desde otra perspectiva. Sabía que debajo de donde se encontraban estaba la cueva, pues así lo señalaban las rocas desprendidas, y sabía que la cueva tenía una entrada superior que estaba constituida por una especie de chimenea natural que salía a la luz en una plataforma rocosa que había aproximadamente hacia la mitad de la pared vertical.

Recordó con una punzada de dolor como él y su amigo Hakim, navegando bajo las órdenes de Youcef el Viejo, habían entrado en aquella cueva refugio en varias ocasiones, cuando sabían que Said el Tuerto no se les había adelantado. El grupo de Youcef se había visto obligado en ocasiones a pasar varios días escondido, y los muchachos mataban las horas de aburrimiento inspeccionando la cueva. Guiados por una leve corriente de aire que venía del interior, no les costó encontrar la chimenea que en su inconsciencia no dudaron en escalar prácticamente a oscuras. Realmente no entrañaba ningún riesgo especial ya que su trayectoria inclinada, unida a los innumerables salientes de las paredes hacían relativamente fácil el ascenso. A ello se sumaba su agilidad de jóvenes y lo menudo de sus cuerpos que les permitía pasar con gran facilidad incluso en los lugares más estrechos. Mayor peligro entrañaba el descenso pues si bien la chimenea no era totalmente

vertical tenía tramos en los que había desnivel suficiente para que una caída producida por un resbalón o por el fallo de algún punto de apoyo pudiera resultar fatal.

Le parecía estar reviviendo el momento en que, seguido de su amigo había coronado por primera vez la salida de la chimenea al exterior. Terminaba en una pequeña plataforma donde crecían algunos arbustos. Las hermosas vistas que apreciaron desde allí, no les hicieron soslayar el hecho incontestable de que aquel era un lugar magnífico desde el que controlar el paso de galeras enemigas. Descendieron atropellados para comunicar el descubrimiento, llevando la recompensa añadida de varios huevos robados a las aves marinas que allí habían construido sus nidos.

3

Tomás Montagud observaba a su protegido que al borde del precipicio cambiaba opiniones con el capitán Martorell sobre el momento y la manera más adecuada para acceder al lugar donde suponían que iban a estar los piratas. Se había asomado brevemente al borde del acantilado y se había retirado de inmediato con más miedo del que se atrevía a confesar. Sujetaba las riendas de los caballos de los que ahora el muchacho larguirucho descargaba de las cuerdas que habían traído desde Alzira. El capitán, con más experiencia táctica que Gafarró había determinado que lo inmediato era descender a la chimenea de la que el joven le había hablado y cerciorarse de que los piratas se encontraban efectivamente en el lugar. La noche les dificultaría el descenso pero les iba a ayudar a acercarse a los piratas sin que estos de dieran cuenta de su presencia pues seguramente les sorprenderían durmiendo. Cuando les tuviesen localizados y evaluados, tomarían la decisión de atacarles o no, en función de su número y disposición o por el contrario solicitarían la ayuda necesaria a la guarnición y al puerto de Denia para proceder al bloqueo y posterior captura de los piratas.

Finalmente resolvieron aguardar tres horas para comer algo y descansar para reponer fuerzas y dar tiempo a que sus enemigos cayesen confiados en el sueño. Cenaron frugalmente y descansaron. Cuando se acercaba la hora,

cargaron las pistolas, ajustaron las dagas al cinto y se dedicaron a anudar las cuerdas que traían para conseguir las longitudes necesarias para el descenso escalonado que planeaban. Llegado el momento, Gafarró mejor conocedor del lugar, inició el descenso seguido por el capitán. En ese momento sus ojos estaban bastante acostumbrados a la oscuridad y no les fue excesivamente complicado encontrar la ruta más adecuada. Tomás y Carles quedaron al cuidado de los caballos y con el encargo de pedir ayuda en caso de que no regresasen en un tiempo prudencial.

Descendían tanteando la pared y agarrándose a las matas y arbustos allí donde los había, pero pronto tuvieron que recurrir a las cuerdas para salvar algunos tramos. Localizaban algún repecho y tras atar la cuerda a algún saliente o arbusto, la dejaban caer para desde allí tender otra. Las cuerdas tenían que quedar para regresar por donde habían venido, si no encontraban una vía mejor. En algunos casos tras haber estado peligrosamente suspendidos en el vacío, descubrían con frustración que aquel punto no tenía una continuación viable y tenían que retroceder a buscar alternativas. Sin embargo nada hacía mella en sus fuerzas ni en su determinación. Una ayuda que ni siquiera imaginaban les daba la energía necesaria para seguir.

No habían tenido necesidad de usar todas las cuerdas que llevaban, cuando llegaron a la plataforma donde se encontraba la entrada de la chimenea.

Se adentraron en la montaña donde les engulló rápidamente la más absoluta oscuridad. O al menos así lo entendió Martorell que había dejado la iniciativa al muchacho desde que habían iniciado el descenso pues era evidente que conocía el lugar lo suficiente como para guiarle. Avanzaban agarrándose a las paredes y tanteando el suelo con los pies para no pisar en falso. Si hubiesen llevado alguna antorcha el descenso no hubiese supuesto ningún peligro especial pero a oscuras tenían que procurar no dar ningún mal paso que tuviese consecuencias irremediables. Así pues, el paso por la chimenea se les estaba haciendo interminable cuando Gafarró se detuvo bruscamente, haciendo que el capitán tropezase con él y casi le derribase. Habían llegado a su destino.

Desde el fondo de la cueva a una altura aproximada de cinco metros sobre su suelo distinguían una débil hoguera que en aquellos momentos producía más humo que llama. Sin embargo para sus ojos, totalmente habituados a la

oscuridad, aquella luz era más que suficiente para que pudieran hacerse una composición bastante aproximada de la situación. Los piratas dormían agrupados de forma irregular alrededor de la hoguera agonizante. Más allá, tenues oleadas de espuma blanca rompían mansamente en la playa interior. La barca varada en ella presentaba evidentes desperfectos que iban a suponer varios días de trabajo y mucha habilidad de carpintero para repararlos y hacer que la barca resultase útil. En el centro del grupo dos hombres que vestían de forma diferente yacían atados espalda contra espalda. Eran los prisioneros.

Los piratas estaban de momento atrapados en la cueva. Pasaría algún tiempo antes de que pudiesen seguir su camino. Tiempo que sería más que suficiente para preparar un ataque combinado desde el mar y por su retaguardia desde el fondo de la cueva que les venciese el ánimo y forzase su rendición pues realmente, una vez descubiertos, no tenían ninguna posibilidad de escapar.

Estaba contando Martorell a los piratas cuando su vista tropezó con una mole enorme que no pudo identificar. Pensó en un principio que se trataba de algún tipo de carga cuando vio que la mole se movía lentamente buscando un cambio de posición para hacer más comfortable su sueño.

-¿Qué es eso? Pregunto al oído de Gafarró en un susurro.

-Es Alí. Respondió el muchacho lacónicamente, mientras la mole ratificó lo que el muchacho acababa de decir con un ronquido que retumbó en la cueva como el bramido de un toro.

El capitán Martorell no era ningún cobarde y así lo había demostrado en cada una de las ocasiones en las que había tenido que probar su valor. Pero aquella imagen y aquel sonido erizaron cada uno de sus cabellos y le impulsaron a retirarse.

Cerca de ellos, oculto tras unas rocas, Hassan el Perro intentaba hacer de vientre. Pero sus esfuerzos por liberar a sus intestinos de aquel dolor que últimamente se repetía con más frecuencia solamente conseguían que expulsase sangre. Sudaba por el esfuerzo cuando en una pausa entre las oleadas de dolor les oyó claramente.

Le llamaban el Perro pues nadie como él era capaz de guiarse por el olor cuando buscaban alimentos con los que proveerse pero la cualidad en la que

más destacaba, también como los perros, era por su finísimo oído, capaz de distinguir el batir de los remos de una galera entre el oleaje y la brisa a muchas millas de distancia.

Dos infieles cuchicheaban en el fondo de la cueva. Evidentemente no eran los prisioneros que dormían inquietos entre sus camaradas. Alguien, no podía imaginar cómo, había entrado en la cueva. Se incorporó y dio la voz de alarma con toda la fuerza de sus pulmones. Sorprendidos, los intrusos quedaron paralizados por los gritos que empezaban a despertar a los piratas dormidos. El capitán, localizó al que daba la alarma e instintivamente le silenció de un certero disparo en el centro del pecho. Ya de nada les servía el sigilo.

Hassan el Perro murió casi en el acto no sin antes percibir con más nitidez que nunca el olor de la muerte que era una mezcla de pólvora sangre y plomo.

Gafarró y el capitán iniciaron una apresurada huida. El camino de ascenso a lo largo de la chimenea iba a resultar más sencillo, pero no sólo para ellos, sino también para sus perseguidores.

Los piratas se habían despertado por completo al oír los gritos seguidos por el disparo y se precipitaban sobre sus armas para prepararse para el combate. Tras aguardar unos instantes tumbados en el suelo escrutando la oscuridad y al ver que no se producían más disparos iniciaron una cautelosa aproximación hacia el fondo de la cueva siguiendo a Alí que, sin armas, como de costumbre abría la marcha que cada vez tomaba más velocidad.

Los momentos de vacilación de sus enemigos iban a ser preciosos para los fugitivos que ascendían por la chimenea tropezando y resbalando pero avanzando a muy buen ritmo.

Los piratas encontraron a su camarada muerto y tras una minuciosa exploración de los alrededores, Said encontró la boca de la chimenea.

-Por ahí. Seguidles. -Ordenó a sus hombres y Alí desapareció en la abertura seguido por sus compañeros.

Más atrás junto a la barca, Dalmau reanudaba aterrorizado su gimoteo mientras Ferrán empezaba a pensar que quizás su suerte había cambiado.

El gigante seguía el curso ascendente de la chimenea a un ritmo que sus compañeros no podían seguir por mucho que se esforzaran. Iba dejando jirones de su propia piel en los salientes más afilados de las paredes de roca que no veía ni se esforzaba por esquivar. Toda su atención estaba centrada en un único objetivo: Atrapar y matar a los intrusos. A lo lejos escuchaba los jadeos de los que le precedían, interrumpidos por algún desprendimiento de piedras que no llegaban a alcanzarle. Sentía que cada vez los tenía más cerca. No se le iban a escapar.

Gafarró y Martorell llegaron a la plataforma donde terminaba la chimenea por la que habían huido de sus perseguidores. La cuerda que habían usado para descender hasta allí estaba en su lugar, apremiándoles a seguir en su huida.

-Subid vos primero- dijo Gafarró mientras intentaba recobrar el aliento que ya le faltaba.

-No, muchacho. Sube tú que eres más ágil y terminarás más pronto.

No quiso perder más tiempo en discusiones Gafarró y empezó de inmediato a trepar por la cuerda. Efectivamente llegó al arbusto donde la habían atado con gran rapidez y desde allí animó al capitán a que le siguiese. Martorell, que no estaba ni mucho menos recuperado del esfuerzo que había realizado inició el ascenso con mucha más dificultad. Apenas llevaba dos metros cuando Gafarró vio una sombra enorme que se acercaba a su compañero. El capitán sintió que una mano enorme le sujetaba la pierna derecha y de un solo tirón le arrojaba al suelo despellejándole las manos que asían la cuerda con desesperación. Conmocionado por el batacazo, aún tuvo Martorell conciencia suficiente para desenvainar su vizcaína y disponerse a vender cara su vida.

Gafarró observaba la escena arrodillado sobre el saliente que le servía de escalón para iniciar la ascensión hacia la próxima cuerda tendida. Vio como el capitán amenazaba con su daga al gigante. Apuntando con su pistola, el muchacho no se atrevía a hacer fuego por temor a herir a su compañero que se movía incesantemente por el reducido espacio, en un intento patético de huir de una muerte segura. Por un momento Gafarró pensaba que lo iba a conseguir pues vio como hundía la daga en el costado izquierdo del gigante cuando éste le había atrapado rodeándole con sus poderosos brazos. Pero el gigante no pareció inmutarse. Simplemente estrujo al cuerpo de Martorell

contra su pecho rompiéndole todas las costillas y dejándole sin aire en los pulmones para emitir un solo gemido de dolor.

A continuación, Alí sujetó el cuerpo desmadejado de su víctima con el brazo izquierdo mientras que con el derecho lo descabezaba en un seco movimiento de rotación. Mirando hacia el lugar donde estaba Gafarró emitió y escalofriante rugido de triunfo y arrojó los restos del capitán al vacío. El muchacho tomó entonces la pistola entre sus dos manos temblorosas y apuntó hacia la cabeza del gigante que le miraba con el rostro desencajado. La bala de plomo entró de arriba abajo por detrás de la clavícula izquierda y Alí el Arrancatesta, llevándose la mano derecha a la herida, se tambaleó y cayó de espaldas en la plataforma donde se encontraba mirando a su agresor con incredulidad.

Gafarró procedió de inmediato a recoger la cuerda para impedir que los piratas pudieran seguirle a partir de aquel punto. Haría lo mismo con el resto de las que habían preparado para el regreso. Estaba a punto de terminar con aquella primera cuando vio aparecer en la plataforma a Said el Tuerto seguido de algunos de sus hombres que apenas cabían en aquel lugar. Cuando Said vio a Alí increíblemente derrotado sin saber por quien empezó a maldecir en voz alta en su lengua profiriendo una mezcla de lamentos, maldiciones y amenazas mirando hacia el cielo estrellado. Le hizo callar una voz que, por un absurdo instante creyó que era de Ala, por venir desde arriba, que en su propia lengua le respondió

-Tu perro Alí ha encontrado el destino que merecía y que sin duda es el mismo que tú vas a correr muy pronto, Said.

-¿Quién eres?. ¿Acaso me conoces? Respondió confundido.

-Soy Al Garruf, el ahijado de Youcef el Viejo, tu antiguo rival.

-Maldito renegado. Traidor. Sólo alguien como tú podía traer a los cristianos nuestro refugio. Juro que te mataré con mis propias manos.

El disparo de uno de los piratas impactó en la roca muy cerca de la cabeza de Gafarró que decidió de inmediato terminar aquella ridícula batalla verbal y ponerse a salvo.

Continuó su ascenso de forma continua y segura, recogiendo metódicamente todas las cuerdas de forma que hiciese imposible el que los piratas pudiesen seguirle. Cuando llegó a la cumbre del acantilado encontró a Tomás y a Carles que se asomaban preocupados porque habían oído el disparo que había hecho Gafarró minutos antes.

Le preguntaron por el capitán temiéndose lo peor. Gafarró les indicó que habían sido descubiertos por los piratas que, como ya habrían adivinado, se encontraban en el refugio y que Martorell había caído en un enfrentamiento. No le pareció adecuado por el momento dar detalles de la horrible muerte del militar y les indicó que debían regresar a Denia cuanto antes para pedir ayuda porque, en efecto, el padre de Estrella y otro desdichado, se encontraban en poder de los piratas y había que rescatarlos cuanto antes.

Estaban recogiendo los escasos enseres y las cuerdas que habían llevado en los caballos cuando desde el mar una débil luz creciente anticipaba el amanecer. Miraba de reojo Tomás el horizonte aliviado en cierto modo por el fin de la larga noche, cuando por el borde del acantilado vio emerger una masa gigante que por un momento se le antojó un sol negro y brillante de sudor y sangre. Cuando Alí se irguió desplegando toda su estatura Tomás Montagud enmudeció de pánico y sólo acertó a señalarlo tras tocar repetidamente el hombro de Gafarró. Éste levanto la mirada hacia su protector y al ver su rostro desencajado por el miedo, comprendió que detrás de él sólo podía haber un monstruo temible: Alí el Arrancatesta.

No lo podía creer. El gigante negro había escalado la pared del acantilado sin más ayuda que sus manos y pies desnudos. No se le ocurrió pensar que, además, llevaba una bala de plomo en el cuerpo y una profunda cuchillada en el costado.

Alí avanzó hacia el grupo con gran rapidez sin darles tiempo a plantear una mínima estrategia de defensa. Su objetivo era Gafarró que ya había desenfundado su inútil vizcaína con la que apuntaba al pirata que se acercaba casi a la carrera con los brazos extendidos.

Tomás Montagud, viendo que el peligro se dirigía hacia Gafarró, intentó instintivamente interponer su cuerpo patético entre él y el gigante. Un revés seco le proyectó varios metros hacia la izquierda sumiéndole en una profunda

inconsciencia. Libre de estorbos, el gigante se precipitó sobre el muchacho que a duras penas logró escabullirse de la presa con la que Alí pretendía atraparlo. Se apartó del gigante instintivamente retirándose hacia el único lugar que le quedaba libre: el borde del acantilado.

Mientras tanto Carles miraba a los contendientes de la desigual pelea como hipnotizado. Solamente había acertado a tomar dos piedras que apenas le cabían en cada mano y seguía las evoluciones de los contendientes sin saber qué hacer. Únicamente una cosa tenía clara. Esta vez no iba a huir, aunque le costase la vida.

El gigante acorralaba a Gafarró mientras intentaba atraparlo y lo iba llevando cada vez más cerca al borde del precipicio. Intentó Gafarró huir alejándose del acantilado cuando tropezó y finalmente el gigante consiguió atraparlo por detrás. Le levantó del suelo sujetándole con el brazo izquierdo contra su pecho. Iba a arrancarle la cabeza con el derecho mientras Gafarró pataleaba desesperado intentando inútilmente clavar su daga en el costado derecho de su enemigo. Anticipaba horrorizado su final y decidió que sus últimos pensamientos serían para Estrella.

En aquel momento Carles arrojó una piedra con todas sus fuerzas y le dio certeramente en un ojo al gigante. Instintivamente Alí, profiriendo un aullido animal, se llevó la mano derecha al ojo herido soltando por un momento la cabeza de Gafarró. Inmediatamente una segunda pedrada le impactó en plena nariz de la que manó un abundante chorro de sangre. Soltó en ese momento a su presa el tiempo suficiente para que un desesperado Gafarró se revoliese clavando su daga vizcaína repetidamente en el vientre del gigante que se abrió derramando una cascada de intestinos relucientes.

Alí miró incrédulo sus entrañas y mientras intentaba torpe volverlas a poner en su lugar fue embestido por Gafarró que había tomado impulso para empujarle hacia el precipicio.

En condiciones normales, Alí no hubiese retrocedido ni un solo centímetro pero ya llevaba demasiadas heridas. Incluso para él. Así pues el empujón de Gafarró fue suficiente para que diese un traspié y cayese de espaldas al vacío mientras veía como sus tripas le seguían flameando como una bandera cada vez más larga.

Como cada vez que había descargado toda la ira de la que era capaz en una pelea, Gafarró se sentía vacío y lacio, incapaz de reaccionar. Por suerte estaba con Carles que le zarandeó y le gritó lo suficiente como para sacarlo de su ensimismamiento y sin más pérdida de tiempo se dispusieron a iniciar el regreso antes de que apareciesen otros piratas, aunque Gafarró no lo consideraba posible. Sólo un demonio como Alí era capaz de subir por aquellas paredes.

La primera dificultad que encontraron fue Tomás Montagud. El pobre hombre yacía conmocionado por el brutal golpe que había recibido. Intentaron despertarle de varias maneras y finalmente le pusieron atravesado sobre un caballo y le ataron a la silla para que no se les cayera. Cuando emprendieron la marcha ya había amanecido.

4

En el refugio Said el Tuerto ladraba órdenes a sus hombres apremiándoles para salir cuanto antes. La embarcación no estaba completamente reparada y no iba a ser lo manejable y ligera que acostumbraba, pero se podría gobernar. Los piratas, sabedores de que a veces pasaban largas temporadas lejos de costas amigas, solían llevar algunos tablones y herramientas adecuadas para hacer reparaciones menores por los daños que pudieran sufrir sus embarcaciones. La necesidad le obligaba a entender de los rudimentos de la carpintería y en la cueva los hombres de Said no tenían más afán que reparar los daños cuanto antes. La embarcación no reunía aún las condiciones idóneas para volver a navegar pero no tenían más remedio que huir. Descubierta su refugio era cuestión de horas que por una vía u otra se presentasen los soldados cristianos para atraparles. Su única esperanza era salir cuanto antes, alejarse lo más rápidamente posible de la costa y confiar en Alá.

Se dio cuenta de que en aquel momento los prisioneros eran un estorbo. Cuanto menor peso transportase la embarcación más ligera navegaría. Así pues, sin pensarlo dos veces, sacó su cuchillo y se dirigió hacia ellos.

Gafarró y Carles no avanzaban todo lo rápido que deseaban porque temían agravar el estado de Tomás. El pobre hombre estaba vivo, eso era evidente, pues no dejaba de murmurar en un idioma incomprensible que Carles atribuía a su profunda conmoción y que Gafarró sabía, aun sin entenderlo, que era el idioma mágico con que los sacerdotes hablaban a Dios, y que el pobre Tomás nunca había llegado a dominar.

En su delirio Tomás Montagud flotaba en el borde de un altísimo acantilado mientras una sucesión de imágenes absurdas desfilaban ante sus ojos. En ellas veía a la Santísima Virgen con el rostro de su madre que iba a amamantar a su divino hijo y le ofrecía, con una mueca de dolor, un seno tumefacto del que manaba pus. El niño dios la rechazaba y la Virgen se alejaba con gran tristeza llevada por un coro de ángeles que derramaban pétalos negros sobre la cabeza de Tomás. A continuación la Virgen cambiaba su rostro por el de la Mora y le ofrecía sus brazos amorosos a los que éste anhelaba acudir pero no podía porque un gigante negro le retenía con una fuerza descomunal. Nuevamente la Virgen se alejaba derramando lágrimas azules, como sus ojos, que quedaban flotando alrededor de Tomás hasta que unas golondrinas las bebían mientras trazaban a su alrededor vertiginosas piruetas. Tomás lloraba sintiéndose profundamente desdichado cuando Carmeta Forner le tomó la mano mientras le sonreía serena. Una profunda sensación de paz le envolvía cuando todas las luces se extinguían a su alrededor y volvía a caer en una profunda inconsciencia.

Cuando llegaron al castillo de Denia pidieron ser conducidos ante el oficial al mando y ayuda para su amigo inconsciente. El capitán que en ese momento estaba visitando las caballerizas se mostró pronto interesado por lo que le decían los muchachos. En la tarde del día anterior le habían llegado noticias del ataque de los piratas cerca de Gandía y del secuestro de un rico terrateniente. Si conseguía atraparles iba a conseguir una buena recompensa y tal vez la posibilidad de un ascenso que creía que merecía sobradamente.

Tras ordenar que se atendiera al herido, organizó un grupo de ataque de cuarenta hombres que a caballo se dirigirían al lugar donde tenía la cueva acceso a través de la chimenea. El muchacho más joven les llevaría directamente al lugar.

Sabiendo que en el puerto estaba una nave corsaria encargada de perseguir a los piratas bajo patente de su majestad, pasó por allí con su grupo y tras informar al capitán le encomendó a Gafarró para que le condujese a las proximidades y les cortase la eventual huida por mar. Los corsarios, sabiendo que había un rico prisionero que liberar, se apresuraron a hacerse a la mar pues sabían que el rescate les correspondía a ellos por ley. El lugar estaba muy próximo. Los vientos eran favorables. No tardarían en llegar allí. Dejando a medias las operaciones de aprovisionamiento que les habían hecho atracar en Denia, la nave corsaria “La Devoradora” se hizo a la mar en un santiamén.

6

A Said el Tuerto le pudo más la codicia que el miedo. Cuando iba a cortar el cuello a Dalmau que era el que más le molestaba con sus gimoteos éste le prometió muchísimo oro si le dejaba vivir así que finalmente Said desistió de su idea de matarles. Si aquello terminaba finalmente con bien, no quería que el riesgo corrido fuese en vano. Sus hombres ya habían puesto la embarcación en el agua y se estaban repartiendo los remos cuando a patadas metió a los prisioneros a bordo para disgusto de sus secuaces que sólo les veían como un engorroso estorbo en aquellos momentos.

La salida de la cueva fue mucho mejor que la entrada para los piratas. El mar estaba calmado y las maniobras de salida se ejecutaron sin apenas dificultad. El problema lo iban a tener en mar abierto. Los daños que habían sufrido, burdamente reparados, restaban velocidad a la embarcación y ahora contaban con prácticamente la mitad de los remos para ayudarse, así que solamente adentrándose en el mar inmenso tenían posibilidades de escapar. Tras salir del desfiladero que conducía a la cueva y enfrentarse al mar abierto, Said ordenó a sus hombres montar de nuevo el mástil e izar la vela para navegar más rápidamente.

Desde el lugar en el que estaban, no se veía ningún buque por lo que Said aliviado, ordenó a sus hombres redoblar su esfuerzo para no desperdiciar la oportunidad de salir de aquello con bien. Apenas estaban a dos millas de la costa cuando vio aparecer las velas de una nave corsaria que navegaba veloz hacia su refugio. Pudo distinguir la humareda en sus cañones antes de escuchar el trueno de sus disparos. No entendía a que o a quien disparaba cuando vio que unas enormes rocas se desprendían del acantilado cayendo sobre la entrada a la que probablemente dejarían inutilizada. Los cristianos querían dificultar la escapada y, al mismo tiempo, destruir aquel refugio para que no fuese utilizado por otros piratas. A continuación, la embarcación realizó una maniobra que otros ojos menos agudos que los de Said no hubieran podido distinguir y enfiló hacia el mar abierto. Hacia donde ellos se encontraban.

El vigía de la nave cristiana les había distinguido en el horizonte y empezaban a seguirle para darles caza. Said alertó a sus hombres que pese a llevar la vela desplegada no habían dejado de bogar y estos redoblaron su esfuerzo sabiendo que en sus actuales condiciones, sólo era cuestión de tiempo el que les alcanzase.

En efecto. La Devoradora avanzaba más rápido pero la distancia que les separaba era todavía considerable. El viento flojo perjudicaba por igual a las dos embarcaciones pero la navegabilidad de la embarcación pirata estaba muy mermada. Solamente si conseguían que no les atrapasen antes de caer la noche tendrían alguna posibilidad. Tendrían que reventar en la boga o morir a manos de los infieles.

Los piratas empezaban a flaquear en su esfuerzo, lógicamente agotados por su remar frenético y continuado de muchas horas. Said miraba al sol inmisericorde que parecía burlarse de él jugando a retrasar su ocaso. La nave cristiana pronto los tendría a tiro.

Al cabo de unos instantes, una columna de agua se elevó a apenas diez metros a estribor de su embarcación. La nave cristiana había hecho un disparo intimidatorio conminándoles a detenerse pues seguramente querrían rescatar a los prisioneros antes de hundirles.

De pronto Said lo vio claro. Esa iba a ser su salvación: Los prisioneros.

La única manera de ganar tiempo al objeto de perderse tragados por la noche, que ya empezaba a insinuarse en el mar, era hacer que los perseguidores se entretuviesen rescatando a los prisioneros en las aguas, así que ordenó que les desatasen y empujó a Ferrán por la borda rogando interiormente que supiese nadar para resistir hasta la llegada de los cristianos y que estos perdiesen tiempo recogéndole. El segundo prisionero, el más valioso, sería arrojado después. No quería arriesgarse a que, obtenida la presa principal, los cristianos optasen por hundirles sin más contemplaciones.

El plan le funcionó bastante bien. Ferrán resistió en el agua hasta la llegada de la nave corsaria cuyos ocupantes habían visto cómo los piratas le arrojaban al mar. Tuvieron que maniobrar para recogerlo. Cuando fue izado a bordo se sorprendió al ver a su futuro yerno entre sus salvadores. Tras abrazarlo le vio desenvolverse con gran naturalidad entre los marineros y hombres de armas. Si no hubiese estado Ferrán tan impresionado por todo lo que había vivido en los días anteriores, hubiese comprendido que la fiereza del muchacho defendiendo a su padre de los soldados en Alzira era algo más que la justa ira de un hijo ofendido. Algo que nunca habría sido capaz de imaginar.

La recogida de Ferrán dio a Said un tiempo precioso para alejarse de sus perseguidores. Lo malo para él fue que ese tiempo no era el suficiente por lo que tuvo que arrojar al terrateniente también aunque por un momento había llegado a pensar que podría conservar su preciada presa.

El pobre Dalmau apenas sabía nadar y cuando los cristianos le recogieron ya estaba medio ahogado. Los corsarios, tras saber por Ferrán que aquel era el trofeo que buscaban, perdieron todo el interés en perseguir a una embarcación que poco a poco iba tragándose la oscuridad de la noche.

Said el Tuerto respiraba aliviado. Habían logrado escapar una vez más. Lamentaba su suerte porque era consciente de que había perdido una gran fortuna. Pero estaba vivo. Otro día tendría más fortuna si Ala lo permitía. Mientras sus hombres, reventados, bebían y comían para reponer fuerzas, el jefe pirata miraba con su único ojo la oscuridad, en dirección a la tierra hermosa y fértil de sus antepasados de la que habían sido expulsados cuando él aún no había nacido pero a la que había aprendido a amar aunque sólo pisase su suelo para atacarla y saquearla.

Los corsarios regresaron felices a puerto. El terrateniente rico les iba a recompensar con gran generosidad según repetía una y otra vez y los marineros se las prometían muy felices mientras se describían mutuamente los burdeles y las prostitutas en los que iban a gastar tal recompensa. Uno de ellos hablaba de una tal Mora con quien había yacido en una ocasión y por la que entregaría gustoso toda su recompensa con tal de volver a tenerla entre sus brazos otra vez. Gafarró, que no tenía dudas de quien era aquella Mora, sufrió de pronto un pinchazo de preocupación por el estado de su protector y amigo Tomás Montagud.

En el castillo de Denia, Tomás flotaba en la oscuridad ajeno al mundo material. El médico de la ciudad, le había reconocido y no viendo heridas en su cuerpo determinó que su alma estaba en el limbo de los moribundos y que sólo la voluntad de Dios podría hacerle regresar.

Carles Giner y los soldados que habían acudido por tierra al refugio de los piratas habían regresado frustrados por no haber podido atrapar ellos a los piratas. Desde la cima del acantilado habían visto a la nave corsaria adentrarse en el mar, persiguiendo a una minúscula vela que apenas se distinguía en el horizonte y habían comprendido que nada tenían que hacer allí pues los piratas habían logrado salir del refugio.

Acudieron de inmediato al puerto cuando les llegó la noticia de que los corsarios habían regresado tras liberar a los cautivos y Carles se encontró con alegría con su jefe Ferrán al que admiraba. Gafarró se interesó por el estado de su amigo Tomás y decidió en aquel instante que debían regresar cuanto antes a casa. Si Tomás Montagud tenía que morir, que lo hiciese en brazos de la mujer que con su amor le había transformado. Sin duda ese sería su deseo y él se comprometió a cumplir su voluntad.

Viajaron hacia Alzira apenas rompió el día siguiente. Dalmau, que había renacido después de haber muerto de miedo cada minuto de su breve cautiverio, pagó de nuevo a Ferrán una generosa suma por los trabajos que le

había realizado a la que añadió una cantidad considerable para las viudas de los compañeros asesinados por los piratas. Además les entregó una carreta y una mula para que pudiesen transportar con cierta comodidad a su amigo inconsciente. Ferrán se despidió de Dalmau con un abrazo que solamente se entendía a raíz de los fuertes lazos emocionales establecidos entre los que comparten una experiencia de riesgo extremo.

El camino transcurrió sin más incidentes que los que el propio viaje imponía. Las paradas para descansar y comer. La atención a Tomás que no parecía que fuese a despertar y que, sin alimentos ni bebida, iba debilitando el volumen y la frecuencia de sus murmullos ininteligibles, también les requería su tiempo y atención, aunque sólo fuese para humedecer sus labios con trapos mojados y para refrescar su frente con ellos. Impotentes por no poder hacer otra cosa por su amigo, notaban como su ánimo ensombrecía a medida que se acercaban a su destino.

Pasaron una noche junto al camino y mientras Carles dormía, Ferrán aprovechó para aclarar todas las dudas que el comportamiento de su yerno le había generado y que ahora, sintiéndose a salvo, podía plasmar en preguntas concretas.

¿Cómo le habían encontrado? ¿Qué tenía que ver Gafarró con los piratas? ¿Qué sabía el muchacho de naves y combates para desenvolverse con tanta familiaridad entre hombres de armas?

Gafarró vio que había llegado el momento de decir la verdad sobre su pasado y comenzó en voz queda un relato de niñez truncada, de violencia y muertes, de horrores y huida, de amistad y regeneración. De amor.

Ferrán, impresionado, sólo era capaz de creer lo que oía por la seriedad y la coherencia con la que el muchacho le hablaba. Su yerno había sido un pirata. Un criminal sanguinario como los que habían estado a punto de matarle. Es más, les conocía y compartía con ellos mañas y escondites. Por un momento le repugnó la idea de entregar a su hija, Estrella, a un individuo como aquél, pero la razón y el cariño que el muchacho había sido ganarse de todos quienes le conocían pudo más que aquel sentimiento y acabó por aceptarle sin reservas y, debía reconocerlo, con cierta admiración.

La ciudad estaba acostumbrándose a un ritmo frenético de acontecimientos, todos relacionados con Gafarró. El incidente de la taberna del tío Josep. La llegada de Martorell y del Chono para perseguirles. El regreso del Chono y el intento de violación de Estrella. El regreso de Martorell y el perdón de los fugitivos. La muerte de Carmeta Forner. El regreso de Gafarró con la maderada. La secularización de Fray Tomás. El asesinato de los jornaleros en Xeraco y el secuestro de Ferrán. Todo ello en el transcurso de unos pocos días.

Sin embargo, y a pesar de que la población ya debía estar acostumbrándose a lo extraordinario, cuando la carreta de Gafarró llegó a las primeras casas de la ciudad, los vecinos fueron uniéndose a la comitiva con gran expectación, formando un silencioso cortejo que se esforzaba por vislumbrar el rostro de Tomás Montagud que con más aspecto de muerto que de vivo yacía en la plataforma de la carreta. Tras pasar por el barrio de San Agustín, enfilaron el puente para acceder a la villa. Torciendo a la derecha, a unos ciento cincuenta metros estaba la casa de Gafarró donde sus padres, avisados por la gente, aguardaban impacientes. Estrella estaba con ellos y, en un segundo plano, una hermosa mujer de bellísimos ojos azules, ahora ahogados en silenciosas lágrimas, acariciaba la cabeza de un niño que se aferraba a sus piernas con aire desvalido.

El aspecto de Tomás al ser bajado del carro impresionó a los que recibían a sus seres queridos, impidiéndoles mostrar la lógica alegría por el reencuentro anhelado.

Metieron el cuerpo inconsciente de Tomás en la habitación de Gafarró y lo dejaron en su cama. La Mora se sentó a su lado y le tomó la mano en silencio mientras le miraba con dulzura.

Los asistentes, se pusieron de acuerdo tácitamente en retirarse para no perturbar aquel momento de intimidad que suponían que iba a ser el último entre ellos. Incluso el niño Joaquín comprendió que debía dejarles solos, aunque fuese por un momento.

La Mora dejó fluir su pena en lágrimas mansas e interminables mientras acariciaba con ternura aquel rostro de bondad.

No había podido ser. Cuando había encontrado de nuevo el Amor verdadero, cuando su alma veía con ilusión un futuro feliz como el que le aguardaba en su niñez junto a Joan, la vida venía a derribarla de nuevo con un brutal manotazo hundiéndola en el pozo de miseria y maldad en el que habían transcurrido sus últimos veinte años. Quizás no mereciera otra cosa. Quizás estuviese pagando la penitencia por haber matado a un cerdo miserable cuando apenas era algo más que una niña.

El médico local, había llegado. Apartando suavemente a la Mora, reconoció al enfermo para certificar lo que todos ya sabían: Tomás Montagud se moría. Nada podían hacer por él salvo rezar por su alma.

Un siniestro humor se extendió por toda la casa y sus ocupantes que, abrumados por lo inevitable, seguían incapaces de alegrarse por su propia suerte.

Amigos, conocidos y curiosos, desfilaban por la casa de Batiste Fuster movidos por la compasión o por el morbo de conocer todo lo relacionado con lo sucedido. Los corrillos en la calle extendían toda clase de conjeturas, a cual más descabellada, sobre lo sucedido a Ferrán, a Gafarró y al que para muchos seguía siendo Fray Tomás. Algunos aventuraban que lo sucedido era una especie de castigo divino al monje por haberse atrevido a abandonar su vida de santidad y señalaban a la hermosa mujer que le acompañaba como fuente de todos sus males. También recordaban con simpatía y gratitud al capitán que tanto protagonismo había asumido en la ciudad y que había caído en el rescate de su vecino.

Mientras transcurrían las horas, la muchedumbre agrupada frente a la puerta de la casa de Batiste iba creciendo expectante por presenciar el desenlace fatal que presentían inminente. Por eso el murmullo de sorpresa se hizo tan fuerte que se oyó desde el interior de la habitación donde agonizaba Tomás. Había llegado el abuelo Joan acompañado por aquel extraño caballero que decían que era su hermano. La gente se apartó a su vacilante paso, dejando un amplio pasillo por el que accedió a la casa del carpintero.

Joan Sunyer pidió ver al moribundo. Entró en la habitación acompañado de su hermano. Las penumbras no iban a ser un inconveniente para lo que quería ver, pues sus ojos de poco le servían. Se acercó a la cama llevado por su hermano y la Mora accedió sin que nadie se lo pidiera a que ocupase su lugar en ella. Joan tomó las manos del hombre que yacía en la cama y supo de inmediato que aquel hombre no iba a morir. Su vida iba a ser cambiada, porque ese era su destino, por la de un ser muy querido que allí le acompañaba: Su hermano Andreu. Éste, digno y sereno, como si supiera lo que su hermano estaba pensando, asentía con la cabeza asumiendo su último acto de generosidad y servicio al prójimo. La emoción del momento se vio extrañamente perturbada por la súbita aparición ante los ojos de Andreu de una muchacha desconocida aunque no completamente extraña que profirió, para su asombro, un gruñido de alegría.

Joan no comunicó su descubrimiento a nadie. Se limitó a sonreír a la mujer que acompañaba a Tomás y a poner una mano sobre su hombro que dio a la mujer una profunda sensación de alivio.

La noche transcurrió sin novedades aparentes. Los curiosos fueron retirándose a sus casas poco a poco y las calles del barrio de Gafarró, como las del resto de la ciudad quedaron desiertas bajo la luz del cuarto menguante de la luna.

En casa de Gafarró todos sus habitantes dormían menos la Mora que continuaba infatigable su vigilia, ahora llena de esperanza.

En casa de Joan, los hermanos se acompañaban en silencio aguardando lo que ambos sabían ya que era inevitable. Compartían en un emocionado silencio la alegría por el reencuentro y la tristeza por el destino inminente que ambos asumían con naturalidad.

Amanecía cuando ocurrió el milagro. El sacerdote de Santa María, venía a dar la extremaunción a Tomás Montagud. Un monaguillo le ofrecía los santos óleos que el religioso iba extendiendo en forma de cruz en la frente, en el pecho y en las manos y en los pies del moribundo mientras desgranaba a media voz las sagradas palabras del rito del sacramento. “Per istam sanctam Uctionem et suam piissimam misericordiam...” (Por esta santa Ucción y por su bondadosa misericordia....) Al mismo tiempo no muy lejos de allí en la casa

de Joan Sunyer en la calle Carniceros, el viejo caballero de la orden de Montesa, Andreu Sunyer, expiraba feliz entre los brazos de su hermano que bendecía la suerte de haberlo encontrado de nuevo antes de morir.

Tomás Montagud volvía a oír. “...adjuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti. Amen” (...te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amen) Las palabras del rito de la extremaunción llegaban a su cerebro nítidas y sorprendentemente comprensibles lo cual le permitió apreciar errores imperdonables en aquel sacerdote que, por lo visto, también tenía problemas con el latín. “Ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet. Amen” (Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén) Supuso casi de inmediato que ya había muerto y por eso ya había superado las imperfecciones con las que la Naturaleza le había impedido alcanzar sus sueños de juventud: convertirse en sacerdote. De pronto sintió en su boca el contacto cálido y húmedo de aquellos labios que tanto había amado aunque hubiese tenido tan poco tiempo para disfrutarlos y de repente despertó.

El sacerdote de Santa María se sentía en el Paraíso contando el milagro que sin duda había llevado a cabo gracias a la misericordia del Altísimo, que a buen seguro había obrado a través de su Santísima Madre y de su humilde persona. El enfermo había sanado milagrosamente a serle impuestos los santos óleos.

Mientras regresaba a su iglesia, aferraba contra su pecho el resto de los oleos que tenía en la cajita, e ideaba la manera de exponerlos al culto para que fuesen visitados por peregrinos de todos los lugares que hiciesen generosos donativos a la parroquia. Únicamente le molestaba, aunque no pensaba hablar de ello, el secreto convencimiento de que aquella hermosa mujer con aspecto de pecadora, también había tenido algo que ver con aquel beso que había dado al beneficiario del milagro.

Ahora sí que la alegría era completa y, además, era compartida con sinceridad por todos los habitantes de la ciudad que habían tenido el privilegio de vivir las páginas más interesantes de su historia. Los jóvenes Gafarró y Estrella se iban a casar por fin después de todo lo que habían vivido. Tomás Montagud, completamente restablecido se iba a iniciar una vida nueva no lejos de allí con aquella mujer y el niño que les acompañaba constantemente y la bendita

tranquilidad volvía a reinar en la ciudad donde cada cual volvía a sus afanes con satisfacción.

9

Carmeta Fuster y el Caballero Andreu, ahora joven, hermoso y fuerte, caminaban cogidos de la mano hacia una luz muy brillante que en lugar de cegarles les atraía con una fuerza irresistible a la que se entregaban gozosos.

Noches después, el abuelo Joan tras dar sepultura a quien decían que era su hermano volvía a la plaza del pozo y deleitaba a su audiencia con una nueva historia

LA MIRADA DEL PIRATA

Los latidos de su corazón, apenas le dejaban oír el ladrido de los perros, pero estaban ahí, cada vez más cerca. Las voces de los soldados excitados por la inminencia de la captura se hacían más agudas e incomprensibles. Sólo quedaba una alternativa: seguir corriendo

FIN.